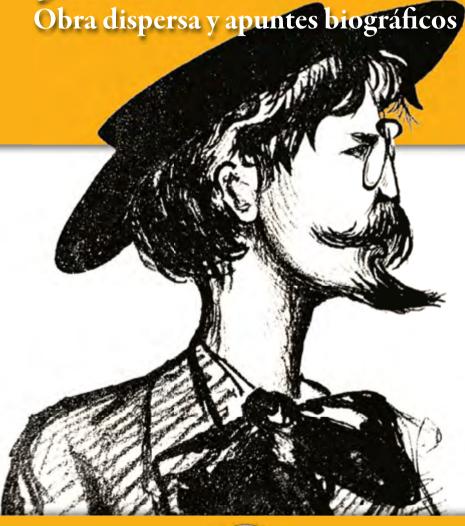
Juan Guillermo Toro Martínez

Julio Vives Guerra







Juan Guillermo Toro Martínez

Nació en Santa Fe de Antioquia. Profesor de matemáticas y ciencias naturales en Medellín y Bogotá. Investigador sobre la didáctica en esas áreas, ha presentado, en Colombia, España y el Uruguay, ponencias sobre heurística y modelación de conceptos físicos en matemáticas.

Miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia y del Centro de Historia de Santa Fe de Antioquia, ciudad a cuya historia ha dedicado numerosos estudios; miembro correspondiente del Centro de Historia de Ayapel.



Juan Guillermo Toro Martínez

Julio Vives Guerra Obra dispersa y apuntes biográficos



Academia Antioqueña de Historia Medellín, 2023 Julio Vives Guerra. Obra dispersa y apuntes biográficos

- © Academia Antioqueña de Historia
- © Juan Guillermo Toro Martínez

1ª edición Noviembre 2023

ISBN: 978-628-95974-1-7

Academia Antioqueña de Historia Fundada el 3 de diciembre de 1903 Carrera 43 n° 53-37 Tel. (4) 407 8182 Cel: 301 200 3182 acadehistoria1903@gmail.com www.academiaantioquenadehistoria.org

Revisión editorial: Eunice Díaz González eudiazg@gmail.com

Diagramación y diseño: Matías Toro toro.matias@gmail.com

Imagen de la tapa: Caricatura de Vives Guerra, aparecida en la revista Lectura y Arte, firmada por Sempronio (seudónimo de Marco Tobón Mejía)

Impreso por Todográficas Medellín

Esta obra ha sido publicada por la Academia Antioqueña de Historia, con aportes de la Gobernación de Antioquia por intermedio del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia.

Hechos todos los depósitos legales.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.









Contenido

Primo	era Parte - Apuntes biográficos	23
Jo	osé Velásquez García y la ciudad de Antioquia	25
Ju	ılio Vives Guerra en la ciudad de Medellín	35
Segu	nda Parte - Obra dispersa	75
Pa	alabras preliminares	77
L	a Miscelánea	81
L	a Bohemia Alegre	125
E	l Repertorio	147
E	l Cirirí	159
E	l Heraldo	167
E	l Medellín	175
E	l Cascabel	181
L	ectura y Arte	187
E_{ϵ}	l Nuevo Tiempo Literario	193
P_{i}	ierrot	225
A	lpha	231
E	l Correo del Valle	275
E	l Sol	305
A	nexo 1. Vives Guerra en imágenes	341
A	nexo 2. Correspondencia	349
Pa	alabras finales	359
	ndice de figuras	361
	eferencias bibliográficas	365

Presentación

La Academia Antioqueña de Historia publica la obra del académico de número don Juan Guillermo Toro M. *Julio Vives Guerra*. *Obra dispersa y apuntes biográficos*, para rendirle homenaje a un escritor santafereño, coterráneo y coetáneo de don Roberto Botero Saldarriaga y de don Jesús del Corral Botero.

Julio Vives Guerra (Santa Fe de Antioquia, 1873 - Bogotá, 1950), camuflado en un sinnúmero de seudónimos, fue autor de crónicas periodísticas, cuentos, cuadros costumbristas, poesía y relatos, varios de ellos recogidos y recopilados en este libro, gracias a las pacientes y fructíferas, que no exhaustivas, investigaciones de don Juan Guillermo.

Vives Guerra tuvo una actividad intelectual intensa; se relacionó con personajes muy representativos de la vida nacional: políticos, artistas, literatos, poetas y periodistas, y llegó a dirigir revistas y periódicos que, por cierto, tuvieron corta vida, quizás por sus tendencias liberales o por sus agudas, cargadas de humor, y a veces subversivas, referencias a altos funcionarios públicos.

Vives Guerra se alejó a sus veintiún años de su ciudad natal, Santa Fe de Antioquia, residió en Medellín entre 1895 y 1915, y luego pasó a Bogotá, donde vivió sus últimos treinta cinco años.

Su obra está recogida, en parte, en los libros siguientes, algunos de ellos publicados en fecha posterior a su muerte: *Prosa y Versos* (1899), *Aires Antioqueños* (1901), *Volanderas y tal* (1911), *Crónicas* (1994), *Gestas de la mi cibdad* (1963) y *Corrección del Lenguaje* (1938), y en innumerables revistas y periódicos.

Su obra más abundante se encuentra dispersa en incontables publicaciones, tanto en Colombia como en otros países, con el agravante de estar firmada con diversos seudónimos que hacen más difícil y compleja la labor de rastrearla.

Don Juan Guillermo tuvo la paciencia de investigar en numerosos archivos, y logró seleccionar un conjunto de escritos cortos que ilustran parte de lo más representativo de la abundante producción literaria del autor, y expresamente se compromete en el texto a continuar la investigación para brindar a sus lectores una segunda parte del trabajo que hoy, con gran satisfacción, publica la Academia Antioqueña de Historia.

La extensa muestra de la producción de Julio Vives Guerra contenida en el presente texto, fue escrita y publicada entre 1895 y 1914, periodo en el cual el autor vivió en Medellín.

La muestra es muy variada: contiene poesías, cuadros de costumbres, cuentos, relatos, anécdotas, cartas y telegramas. En el texto hay comparsas, diálogos, más que divertidos, hilarantes; exageraciones, muy propias del alma antioqueña, con damas y caballeros con nombres rimbombantes, y, con frecuencia, el empleo de un vocabulario cotidiano y familiar, propio de los campesinos antioqueños.

El lector puede observar la versatilidad, el sentido del humor, la ironía, la agudeza y la facilidad del autor, bien para versificar, bien para describir momentos anecdóticos, bien para hacer crítica literaria.

En esta obra va a encontrar relatos costumbristas, comparsas; diálogos, más que divertidos, hilarantes; exageraciones, muy propias del alma antioqueña, con damas y caballeros con nombres rimbombantes y con frecuencia, el empleo de un vocabulario cotidiano y familiar, propio de los campesinos antioqueños.

La obra de Vives Guerra pertenece a un periodo de la literatura antioqueña escrita en idioma paisa sencillo, espontáneo, sin complejidades, costumbrista, lleno de matices burlescos, humorísticos, y en ocasiones, satíricos.

El mismo lenguaje guasón, bromista y burlón lo empleaba para referirse tanto a temas de la cotidianidad de su aldea como para burlarse de los encumbrados personajes que manejaban los hilos de la guerra que se vivía en Europa.

No sé por qué cuando estoy leyendo estos relatos de Vives Guerra escritos desde Medellín se me viene al instante la conocida frase de Gregorio Gutiérrez González que decía "Como solo para Antioquia escribo, yo no escribo español sino antioqueño".

El libro se complementa con fotografías de la época y con caricaturas y dibujos que le hicieron personajes como Adolfo Samper, Francisco Antonio Cano, Alberto Arango Uribe y Ricardo Rendón, entre otros.

Pero don Juan Guillermo nos tiene una noticia: Ya tiene recopiladas más de ciento cincuenta crónicas publicadas por Vives Guerra en el periódico El Tiempo entre julio de 1938 y el 26 de marzo de 1939.

Para la Academia Antioqueña de Historia es muy satisfactorio poder divulgar estas investigaciones de uno de sus miembros de número, que recuperan la biografía y parte de la obra de un escritor antioqueño de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

> ALONSO PALACIOS BOTERO Presidente

Introducción

A las doce en punto del día lunes 2 de octubre de 1950, en la sala de una modesta casa en la carrera quinta, a medio camino entre la plaza de Bolívar y el Chorro de Quevedo, en Bogotá, Julio Vives Guerra dejó de escuchar el adormecedor murmullo de las palabras de Celmira —su esposa—, dobló la cabeza hacia la izquierda y murió quedamente, en silencio. Celmira y Lety, su hija, siguieron el hilo de la conversación que tenían con don Julio sin percatarse de que él ya no estaba allí para escucharlas.





Figura 1. Al día siguiente, los periódicos capitalinos, para los que había trabajado por tantos años, reseñaban la noticia de su muerte¹.

¹ En páginas interiores, en la sección Día a día, El Espectador comentaba así la noticia de la muerte de Vives Guerra: «Severa, discreta, después de haber rendido la fecunda labor que enalteció en todos los momentos el espíritu, se apagó ayer la vida ejemplar de José Velásquez García, el buen hidalgo que dio lustre a las letras colombianas y que entrega a la tierra sus despojos mortales, leño seco que se consumió paulatinamente por el fuego perenne de la combustión interior».

Tal vez a algunos lectores el nombre Julio Vives Guerra no les diga gran cosa. Si tal apelativo no les dice nada, menos lo hará su nombre de pila, José Velásquez García.

José Velásquez García Julio Vives Guerra

Figura 2. Las iniciales del nombre de pila coinciden con las de su seudónimo más famoso.

José Velásquez García, Julio Vives Guerra, Andrés Votino, Conde de Casa Negra, Fray Cepillo, Luis de Obando, son todas formas de imaginar al mismo personaje. Sin embargo, su nombre de pila y sus otros seudónimos se rindieron ante uno solo, el que usó casi toda su vida: Julio Vives Guerra.

¿Quién es, pues, este Vives Guerra y por qué escribir sobre él?

Pueden alegarse muchas razones para absolver este par de preguntas. Para contestarlas debemos comenzar por el sentimiento de emoción que invade a cualquier hijo de Santa Fe de Antioquia al leer uno de sus poemas más conocidos, "Volver, ¿y a qué?", el cual fue escrito a modo de epístola de respuesta a su prima Ana María Velásquez Ortiz². En una carta, desde su casona en la calle de la Amargura, Ana María animaba al poeta a volver a la ciudad de Antioquia, su ciudad natal. Vives Guerra, ya viejo de edad y viejo de vivir en Bogotá, le responde:

Volver, ¿y a qué?

Me dices que vuelva, prima Ana María, a ver por última vez mi ciudad lejana... ¡Que vuelva! ¡No sabes? Hoy el alma mía tiene tantas canas cual mi frente cana.

¡Que vuelva!... ¡A qué vuelvo si no hay quien me aguarde, si nadie me espera, si todos han muerto, si apenas la triste brisa de la tarde salmodia en las frondas de mi antiguo huerto?

² Hermana de Arturo, uno de los fundadores del Centro de Historia de la ciudad de Antioquia y, por lo tanto, tía del escritor y periodista Alberto Velásquez Martínez.

¡Ya se han ido todos!... ¡Ni padres ni amigos! ¡Huyó para siempre la ventura mía! ¡Murieron las flores que fueron testigos de mi alegre infancia, prima Ana María!

Hoy en mi vetusta casa solariega en vez de los cantos de mis hermanitas la brisa del Llano por el huerto riega Responsos que lloran dolorosas cuitas.

Hoy ya las palomas que pían querellas y arrullan sus hijos con tierno cariño, no son mis palomas, son nietas de aquellas que con mis hermanos cuidé cuando niño.

Ya no queda nada de mi alegre infancia, cayó la palmera que mi edad tenía, ya de mis jardines huyó la fragancia, ¡ya no queda nada, prima Ana María!

Si vuelvo... si vuelvo... llegaré muy quedo a mi antigua casa por los corredores, sonarán mis pasos tremantes, el miedo colmará mi pecho de extraños sabores.

Ya no en los salones, en los aposentos, veré de mi madre la silueta fina, ni podré ya oírle los suaves acentos ni ver su mirada dulce y azulina.

Ya no de mi padre la nívea cabeza he de ver, si vuelvo, ni oír sus consejos, ¡Qué vuelva! Si vuelvo tan solo tristeza hallaré en mi casa sin mis pobres viejos.

Prima Ana María, blasón de mi raza, evoca el recuerdo de los tiempos idos. Prima Ana María, si vas a mi casa reza por mis muertos, mis muertos queridos. De la luz poniente los rojos reflejos ya no alumbran alegres como en otro día. Ya todo se ha ido, ya todo está lejos, ya todo ha pasado, prima Ana María.

Si a mi ciudad vuelvo, sus calles silentes, andaré despacio pleno de tristeza. Y al verme, dolidas se dirán las gentes quién será ese anciano de nívea cabeza.

Iré al cementerio donde mis abuelos duermen, y en sus tumbas derramando llanto diré: Padres míos que estáis en los cielos, rogad por el nieto que os amaba tanto.

Pero no, no vuelvo jamás, Si volviera para mí alumbraran las postreras luces del sol que en las verdes cumbres falleciera. Sólo muchas tumbas, cruces y cruces.

¡Que vuelva! Que tristes serán los tañidos de aquellas campanas que en días de fiesta lanzaban jocundas hasta mis oídos sus sones que me eran celestial orquesta.

Ya sólo deseo, prima Ana María, que cuando yo muera lance su lamento la antigua campana que alegre tañía el alegre día de mi nacimiento.

Entonces, tú, llena de pesar y duelo, caerás de rodillas oyendo esos sones y mi nombre al punto volará hasta el cielo dentro del incienso de tus oraciones.

Pero no me digas que vuelva, muerto para mí está todo, si huyó la alegría, si se marchitaron las flores del huerto si soy un anciano, prima Ana María. Emociones aparte, hay otras razones, más objetivas quizá, para recordar a Julio Vives Guerra.

Aunque olvidado hoy, fue Vives Guerra escritor de gran influencia literaria y periodística durante la primera mitad del siglo XX, especialmente en Bogotá, donde hizo carrera como cronista en diarios de reconocimiento nacional.

Diversos autores, cuando se ocupan de la historia de la literatura y del periodismo colombiano, recuerdan su papel como aventajado maestro de la crónica periodística. Algunos ejemplos bastarán.

Dice Mariluz Vallejo en La crónica en Colombia, medio siglo de oro:

En un intento por reconstruir la tradición de la crónica en Colombia desde principios de siglo, con todos los riesgos que implica esta azarosa tarea, se podría afirmar que hubo varios magisterios a comienzos del siglo: El del antioqueño Julio Vives Guerra, que se hizo famoso con su columna de humor "Volanderas y tal (...)" (Vallejo Mejía 1997).

También se refiere a él, en términos elogiosos, Ismael Enrique Arciniegas:

Enamorado desde joven de su nativa ciudad, le ha consagrado bellísimas páginas de evocación, en prosa y en verso, desentrañando sus leyendas; y ha sido tan constante en este cariño y tan fecunda su pluma en ese género, que hoy es ya imposible pensar en Santafé de Antioquia, sin recordar también a su cantor (Biblioteca Aldeana de Colombia 1936).

Fray-Lejón (seudónimo de Federico Rivas Aldana), por su parte, se refiere a su prosa así:

En el estilo de entonces, Vives-Guerra fue superior en cuarenta codos a grandes cronistas españoles, como Taborda y Pérez Zúñiga. En el estilo de uso entonces, el despropósito a propósito, la desmesurada comparación, la exageración extremada, Vives-Guerra, que rehuía siempre el equívoco, tuvo las más regocijantes crónicas que aparecieron en el país (Fray-Lejón 1994).

Vives Guerra hizo parte de una generación de escritores que dieron gran impulso a la literatura regional que surgió durante el llamado quinquenio de oro de la

narrativa antioqueña (Naranjo Mesa, El relato en Antioquia, 1890-1910 2015), período durante el cual aparecieron importantes nombres más allá de don Tomás Carrasquilla. Estudiar esa amplia gama de autores y sus obras es tarea necesaria para profundizar en el conocimiento de nuestras letras, una tarea que tiene, además, amplio carácter formativo (y que ya han comenzado algunos estudiosos como el citado Jorge Alberto Naranjo).

Julio Vives Guerra nació en la ciudad de Antioquia el 24 de julio de 1873. Es el menor de tres hombres de letras fundamentales en la historia literaria de la vieja ciudad, que nacieron con pocos años de diferencia. Son los otros dos Roberto Botero Saldarriaga y su primo hermano, Jesús del Corral Botero.

Fueron los dos mayores, nacidos ambos en la misma Casa Verde, a un costado de la basílica metropolitana de la ciudad de Antioquia, personajes ampliamente conocidos tanto por sus logros literarios como por sus aportes a la vida pública del país.

El primero, Roberto Botero Saldarriaga, fue representante a la Cámara, senador, miembro de número de la Academia Colombiana de Historia y prolífico escritor. Como autor se ocupó tanto de la historia del país como de los géneros de la novela y el cuento. De sus obras históricas es muy conocida su biografía del general José María Córdova (obra ganadora del concurso realizado por el Departamento de Antioquia para celebrar el centenario de la Batalla de Ayacucho); escribió también sobre el libertador Bolívar (El Libertador Presidente), sobre Francisco Antonio Zea y Urdaneta (La dictadura de Urdaneta); de sus novelas, conocemos dos: Sangre conquistadora y Uno de los catorce mil; y de cuentos, "En las tierras del oro".

Jesús del Corral Botero fue autor del conocidísimo "Que pase el aserrador", que se incluye casi siempre en las antologías de cuentos colombianos, llevado a la gran pantalla por el director Víctor Gaviria y excusa de Juan Luis Mejía para escribir un ya casi clásico artículo sobre la mal entendida "viveza del paisa" (Mejía 2010)³. Don Jesús del Corral tuvo participación muy activa en la vida pública colombiana. De él se dice que "fue director nacional de Obras Públicas en la administración Restrepo, ministro de Agricultura y Comercio en la de Suárez,

Artículo completo en: https://www.universocentro.com/NUMERO9/Elcultoalavispado.aspx

miembro fundador de la Federación Nacional de Cafeteros y presidente varias veces de la Sociedad de Agricultores" (Biblioteca Aldeana de Colombia 1936).

Es interesante notar cómo, a diferencia de los otros dos, Vives Guerra no tuvo fortuna económica. Quizá se deba a que, como dice de él Ismael Enrique Arciniegas, "es un tipo exótico en su raza; soñador, poeta, sentimental, generoso hasta lo absurdo, de bolsa y de espíritu, no posee ni un adarme de las condiciones requeridas para hacerse rico o para dominar la adversidad" (Biblioteca Aldeana de Colombia 1936).

Efectivamente, Vives Guerra intentó formas diversas de prosperar económicamente, casi siempre sin éxito. Pretendió primero lograrlo a través de la literatura y de lo que hoy se conoce como emprendimiento cultural (fue empresario editorial desde 1895, apenas llegado a Medellín, y su primer libro es de 1899); luego como asesor contable, gracias a su clara inteligencia y a sus dotes de autodidacta; más tarde como funcionario público⁴ y, finalmente, como cronista en diversos medios bogotanos, como El Gráfico, El Espectador y El Tiempo. Nació, vivió y murió pobre, una condición que, al parecer, no le incomodaba demasiado o, más bien, aceptaba resignadamente.

Sobre su desinterés por lo mundano es posible citar varios episodios. En una entrevista, afirmaba: "Cuando los periódicos me pagan, me conformo. Cuando no lo hacen, también, porque yo, como Cyrano de Bergerac, salvo el penacho y boto la bolsa de oro, aun cuando no me haya desayunado" (Buitrago 1994). Ese carácter desprendido de lo material, tan característico de él, se evidencia también en una carta a Carlos E. Restrepo, en 1919 (ver Anexo 2), en la que le manifiesta "Ya lo estoy viendo en mi estante [un libro de Carlos E.]. Sólo que no tengo estante, y que mi biblioteca la uso debajo de los colchones". Y sobre su incapacidad para pedir favores para sí, un aparte suyo de otra carta, de 1931, al mismo Carlos E., la deja en evidencia:

Administrador de Correos de Antioquia, jefe de caja del departamento de Jericó, secretario de Juzgado Superior en Medellín, y en Bogotá, jefe de contabilidad del Ministerio de Agricultura, jefe de contabilidad de la Administración Nacional de Correos. Todos estos puestos le valieron, al final, una exigua pensión (Gallo Martínez 2008).

Se me ocurre que tú pudieras ayudarme, escribiéndole una carta al Dr. Olaya⁵, en que me recomendaras y le dijeras lo que te manifiesto. Él era muy amigo mío antes de presidenciarse; pero tú sabes que yo soy incapaz de hacer valer amistad pretérita ante ningún presidente (ver anexo 2)⁶.

En la ciudad de sus mayores, donde vivió su niñez y primera juventud, su nombre es poco conocido, casi ignorado. A duras penas está inscrito en la Casa de la Cultura, donde hoy tiene sede nuestro querido Centro de Historia de la ciudad de Antioquia, la Casa Negra, la casa de sus abuelos, sobre la cual escribe en el libro Gestas de la mi cibdad.

Vives Guerra abandonó su suelo natal a comienzos de 1895, a la edad de 21 años. Llevaba en sus bolsillos una carta de recomendación, la cual lo llevó a la cárcel nada más tocar suelo en las calles de la villa de Aburrá.

De su obra son regularmente conocidos sus libros *Volanderas y tal* (1911), *Crónicas* (editado póstumamente por Extensión Cultural Departamental en 1994), y *Gestas de la mi cibdad*, un hermoso y poco conocido libro que relata los avatares del Conde de Casanegra, editado originalmente por la Imprenta Departamental en 1963. Un libro menos conocido, *Corrección del lenguaje*, publicado por la Biblioteca Aldeana de Colombia en 1938, está firmado por Luis de Obando, otro de sus seudónimos⁷.

También son conocidas algunas de sus poesías, como la que citamos antes, quizá la de más renombre junto a "¡Dios te salve, mi tierra!"

Vives Guerra vivió en Bogotá los últimos treinta y cinco años de su vida y en la fría capital se hizo a un nombre como cronista, como filólogo, como hombre de prensa y como castellano de los antiguos. En la capital "colaboró en las revistas *Cromos* y *El Gráfico, Gaceta Republicana, El Repertorio Ilustrado, Semana*

⁵ Se refiere al presidente Olaya Herrera.

⁶ En carta posterior, refiriéndose de nuevo al presidente Olaya, le escribe a su interlocutor: "De modo que, para mí, como si no existiera, porque soy incapaz de pedirle nada. 'Y si me muero de hambre es con mi plata'. A lo cual puedo agregar como un cachaco que no nombro por no hacerte ruborizar castamente: 'solo con mis ideas y mis ideales'".

⁷ Mucho menos conocidos son sus primeros dos libros: Prosa y versos (1899) y Aires Antioqueños (1901).

Cómica, Fantoches y Bogotá cómico, y los periódicos El Tiempo y El Espectador" (Vallejo Mejía 1997). Por su columna sobre corrección del lenguaje, en El Espectador⁸, recibió invitación para hacer parte como miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua, honor que declinó alegando que no quería "perder el derecho de incurrir en gazapos" (Buitrago 1994).

Era Vives Guerra una visión habitual del centro de Bogotá en donde era común verlo "recorrer las calles luciendo su famosa capa española estilo Emilio Carrere, su chambergo clásico, sus mostachos y perilla de profesor, su corbata de lazo, como un castellano escapado de un cuadro de Goya" (Vallejo Mejía 1997).

Su labor periodística y literaria no tiene parangón entre los escritores de la ciudad de Antioquia. Considerando su enorme magnitud, no hay duda de que él fue el escritor más prolífico de la historia local.

Vives Guerra comenzó su andadura como poeta a los 21 años, recién desempacado en la villa de Medellín, a comienzos de 1895 (aunque, no tenemos duda, seguramente ya había escrito algo durante sus años mozos en la ciudad de Antioquia), y terminó como cronista aclamado nacionalmente en 1946, cuando sus dolencias cardiacas y la ceguera no le permitieron continuar. A lo largo de esos 50 años publicó cuatro libros y, según sus propias palabras, más de 50.000 cuadros de costumbres, cuentos, crónicas y poesías en revistas y periódicos colombianos y del exterior (Buitrago 1994). Dos obras más fueron publicadas después de su muerte.

Sobre ese querido e ignorado personaje es esta obra. Nace de la admiración por el ser humano y por su trabajo y de la necesidad de rescatarlo del olvido en el que reposa injustamente.

Una parte de su obra está condensada en sus seis libros. Pero otra, mucho menos conocida y abundante, se encuentra en multitud de publicaciones a lo largo de la geografía iberoamericana. Una porción de esa obra poco conocida, dispersa en el tiempo y en el espacio, es la que queremos poner de nuevo en las manos de los lectores de este libro. De ahí el título.

Esta columna fue la fuente para su libro Corrección del lenguaje, publicado en 1936.

Vives Guerra vivió en tres ciudades: Santa Fe de Antioquia, donde se hizo hombre y donde nutrió su espíritu para la poesía; Medellín, que le abrió las puertas para la creación; y Bogotá, donde alcanzó la tranquilidad vital y el reconocimiento como gran cronista.

De dónde vino su facilidad para las letras es una pregunta sin respuesta clara. Sin embargo, algunos datos nos pueden dar ciertas luces. De acuerdo con el diario *El Tiempo*, en la nota necrológica sobre Vives Guerra, quien lo descubrió para la literatura fue don Juan Ferrer, profesor suyo del colegio en Santa Fe de Antioquia (El Tiempo 1950)⁹. Según él mismo cuenta en una de sus crónicas, escribió su primer artículo a los seis años de edad: "Yo me imaginaba que todo el mundo tenía facilidad para estas cosas" (Vives Guerra, Crónicas 1994).

En "Delincuente o víctima", otra de sus crónicas, el autor nos da cierta idea de cómo era su entorno familiar con respecto a la literatura y cuenta cómo su tío materno, José María García de Hoyos, era dado a las tareas literarias. Seguramente su padre, instructor de profesión y vocación, fue una influencia decisiva en su formación literaria. Pero no solo su padre ejerció tal influjo: En *El Instructor de Antioquia*, del 15 de mayo de 1896, encontramos la publicación de un poema de su primo paterno, Francisco E. Velásquez:



Figura 3. Poema de Francisco E. Velásquez, primo de Vives Guerra.

⁹ En ninguna de las fuentes de que disponemos o hemos consultado –aparte de este artículo de *El Tiempo*–aparece el nombre de Juan Ferrer como su profesor.

En este libro nos ocuparemos de la producción literaria de Vives Guerra mientras habitó Medellín, de 1895 a 1915, veinte años en los que, a la par de la escritura que lo animaba, intentó con gran éxito hacerse a un nombre como divulgador de la cultura antioqueña en diferentes medios de comunicación y publicaciones seriadas.

Después de una fructífera búsqueda en diferentes repositorios físicos y virtuales hemos hallado 110 de sus obras, repartidas —y ocultas a la vista del público en diecisiete publicaciones seriadas de Antioquia, Colombia e Iberoamérica¹⁰. Ojalá el tiempo y las fuerzas alcancen para una segunda parte que se ocupe de la inconmensurable labor desplegada por él en la capital colombiana en la que, por treinta y cinco años, logró un nombre entre los mejores cronistas del país.

¹⁰ Es indudable que la labor de estos repositorios es fundamental para la conservación de nuestra memoria cultural. Las diferentes salas patrimoniales de la Universidad de Antioquia, la Biblioteca Pública Piloto, La Universidad EAFIT y la Biblioteca Nacional de Colombia, conservan verdaderos tesoros a la espera de que los investigadores de la cultura acudan a ellas.

Primera Parte

Apuntes biográficos

José Velásquez García y la ciudad de Antioquia

José Velásquez García nació en la ciudad de Antioquia el 24 de julio de 1873. Del discurrir de sus 21 años de vida en el pueblo natal se sabe muy poco. Sin embargo, escarbando en diferentes fuentes —sobre todo en la obra del mismo Vives Guerra— es posible hilar una línea de tiempo para que el lector se forme una imagen de cómo se hizo hombre en esa tierra y en otras en las que por fuerza del destino debió trajinar durante su niñez y primera juventud.

El primer libro publicado por Julio Vives Guerra es *Prosa y Versos*, editado por la Litografía del Comercio, en 1899. El prólogo fue escrito por su paisano y amigo Jesús del Corral¹¹. En él, el prologuista dedica unos párrafos a la ciudad que los vio nacer a ambos con pocos años de diferencia, unas frases que nos recuerdan las vicisitudes de la Ciudad Madre y que retratan perfectamente el ambiente en el que crecieron ambos escritores y el sentimiento de pérdida que los embargaba cuando se referían a la vieja ciudad, un sentimiento que, por lo menos en el caso de Vives Guerra, persistió hasta su último suspiro. He aquí las palabras de del Corral:

¹¹ Jesús del Corral y José Velásquez García fueron muy amigos desde su juventud en Santa Fe de Antioquia. Existen indicios fuertes de que el primero fue profesor de francés del segundo. Como cuenta Vives Guerra en "Cosas de Fray Trabuco" (Gestas de la mi cibdad, página 271): "Desde que empezó a publicar sus jugosas y castizas crónicas, Jesús del Corral usó el seudónimo de 'Fray Trabuco', y fue él quien me escogió el de 'Fray Cepillo', que acostumbraba yo muchísimo al principio de mi carrera de escritor. De esa paronomasia de seudónimos nos vino la costumbre de llamarnos siempre compadres (...)"

Ciudad en antes esplendorosa, rica y grande, y hoy silente y abatida como sultana que cayó en desgracia y que apura lentamente su infortunio.

Un tiempo fue en que la reina de Occidente desplegaba su cauda, recamada de brillante pedrería, para recibir a los huéspedes ilustres que de remotas tierras venían a rendirle pleito homenaje, atraídos por la fama de sus grandezas; en que sus raudales de ciencia mitigaban la sed de espíritus vigorosos que fueron timbre de honor en donde quiera que estuvieron. ¡Tiempo de riquezas y de lujo, de alegrías y de bullicio!

Hoy no le queda a la desventurada patria de Zamarra, de Martínez Pardo y Román de Hoyos sino el recuerdo de sus grandezas, la eterna poesía de su exuberante vegetación y la severa majestad de los templos viejos. ¡Triste destino, que hace pensar con amargura en la suerte aleatoria de todas las vanidades de la Tierra! (Velásquez García 1899, 7, 8).

Esa era la ciudad de Antioquia, y así permaneció, más o menos sin cambios, durante todo el siglo XIX: una ciudad detenida en el tiempo y en añoranza del oro y de los pequeños lujos de antes. De su gloria pasada atestigua don Tomás Carrasquilla en el asombro de sus personajes cuando llegan a la vieja capital de la provincia (Carrasquilla 1984):

Aquella ciudad señorial, adormecida a la sombra de tamarindos y palmeras se les hace a los viajeros cosa de ensueño. Doña Luz ojea por la abertura de su toldillo, como atisbara, desde el coro, una monja tentada por el demonio de la curiosidad. Todas esas casonas de cal y canto, con puertas de arco, las toma por iglesias, y como en Yolombó no se conocen zaguanes, tiene a aquellos, tan anchos y con santos sobre los trasportones, por otras tantas capillas, a ellos erigidos.

Quien conozca la ciudad de Antioquia con algún detalle seguramente se ha percatado de que su estructura urbana se despliega en forma triangular. Las tres calles principales¹² se desgajan desde La Glorieta, abriéndose en un abanico más o menos regular. Esta estructura no es moderna, ya estaba clara para los visitantes de la ciudad desde el siglo XVIII por lo menos. Así la veía el doctor Manuel Uribe Ángel en su Geografía general (Uribe Ángel 1885):

¹² Nos referimos, por supuesto, a la estructura original de la ciudad, sin contar lo que hoy se conoce como El Llano de Bolívar, un desarrollo urbano posterior, ni a las múltiples urbanizaciones que, desordenadamente, ante la mirada indolente de sus autoridades, hieren y desangran la tierra de sus alrededores. Las tres calles a las que nos referimos aquí conservan hoy aún su hermoso nombre popular, de norte a sur: calles de La Amargura, del Medio y de La Mocha.

La ciudad, vista desde el descenso de la loma Esperanza, tiene la figura de un ángulo agudo cuyo vértice está en el punto llamado Glorieta. Sus lados forman dos calles, de las cuales la del sur se bifurca en la bella plazuela de Chiquinquirá, sombreada por sus tres lados con mangueros y palmeras, y que dan principio a otra calle que sigue por las estancias hasta la ribera occidental del Cauca.

En esta calle se hallan establecidas la cárcel de mujeres y la telegrafía, así como el Hospital de Caridad, fábrica capaz de contener separadamente las enfermerías de ambos sexos, construida toda de cal y piedra, y cedida para tan santo objeto por la piadosa matrona Da. María Francisca Ferreiro.

En la calle del norte está situado el Colegio Seminario de San Fernando, establecido por el ilustre y nunca bien lamentado obispo D. Juan de la Cruz Gómez Plata, por muerte de este prelado, el establecimiento decayó casi en absoluto, y si hoy existe se debe a los esfuerzos del benéfico y patriota ciudadano Dr. José María Martínez Pardo.

La calle central, la más recta y ancha, donde se ven los mejores edificios, corta la plazuela de la capilla de Jesús Nazareno, edificada interior y exteriormente al gusto moderno y adornada con dos palmeras elegantes que se elevan como columnas de orden dórico en los extremos del atrio, y va a concluir en el cementerio, cuyo frontis tan sencillo como hermoso forma un triangulo perfecto.

Figura 4. Descripción de la distribución urbana de la ciudad de Antioquia, en la segunda mitad del siglo XIX, según Uribe Ángel. Esta estructura aún es perceptible para el visitante atento de la ciudad.

En esa geografía vino a nacer José Velásquez García, en el hogar de don Manuel Wenceslao Velásquez Sánchez y doña María del Carmen García Hoyos (Gallo Martínez 2008). Vio la luz en la Casa Negra¹³, hogar de sus abuelos paternos:

Nuestra vivienda era una casona pintada de negro. Sus paredes recias estaban hechas con tierra pisada, y es fama que mis abuelos, importadores de loza y de telas de Jamaica, guardaron en dichos tapiales catorce calabazos llenos de oro y de alhajas en previsión de una quiebra futura. Según la tradición, en dicha casa vivió también un antepasado nuestro: el Conde de Casanegra (Vives Guerra, Crónicas 1994).

Era don Manuel, el padre, un educador ampliamente conocido, no sólo en la ciudad, sino en todo el Departamento:

Respecto a mi padre, trabajó muchos años en la educación. Hombre instruido como pocos, poseía buen número de libros clásicos que le permitían revaluarse constantemente. Alguna vez lo visitó en su propia escuela el Director de Educación Pública de Antioquia, doctor Pedro Antonio Restrepo Escobar, padre de Carlos E. Restrepo (...) (*Op. cit.*, p. 500).

Y en Sobre el doctor Ospina, p. 34, dice de él: "Mi padre fue primero discípulo y después vicerrector del doctor Ospina Rodríguez en un magnífico colegio que éste tuvo en Medellín". Se refiere Vives Guerra, con gran probabilidad, al Colegio Académico de Antioquia, nombre que tuvo la actual Universidad de Antioquia y del cual fue rector Ospina Rodríguez entre 1836 y 1838 (Universidad de Antioquia s.f.). De acuerdo con las fechas, don Manuel debió ser alumno de esta institución en la década de los treintas, durante la primera rectoría de Ospina Rodríguez, y su vicerrector en la de los setentas, cuando éste regresó de su exilio en Guatemala¹⁴.

¹³ Hoy Casa de la Cultura Julio Vives Guerra y sede temporal del centenario Centro de Historia de esa ciudad. Al momento de escribir estas líneas existe el proyecto de restaurar la vieja casona. Esperemos que ello se haga realidad, pues el patrimonio arquitectónico de la ciudad de Antioquia, como tantos otros patrimonios, está en constante riesgo.

¹⁴ Sobre Mariano Ospina Rodríguez escribió Vives Guerra dos crónicas. La primera, llamada "Sobre el doctor Ospina", aparece en su libro Crónicas. La segunda, "Las hijas del expresidente", aparece en Gestas de la mi Cibdad y relata la triste muerte de las hijas adolescentes de Ospina Rodríguez, en diciembre de 1873, ahogadas en el río Cauca, en la hacienda Obregón, propiedad del médico amigo de Ospina, doctor Fabricio Villa.

La educación formal de Vives Guerra parece haber sido de altibajos. Sobre su educación temprana en la ciudad, dice:

Mi primer maestro lo fue don Lázaro Arango. No se me olvida el día en que mi madre me llevó a las malas a la escuela. Yo daba mucha guerra en la casa, y arrojé piedras a unos muchachos. Cuando mi madre le contó el caso a don Lázaro, me dijo éste, cogiéndome de un brazo. "¿Y es que tú eres muy bandido, mono?" "No señor, le contesté valentonamente, pero sí pienso serlo" (...) No tuve más estudios que los que hice con don Lázaro, pues me formé en la biblioteca de mi padre ya que las guerras constantes de aquel entonces no me dejaron entrar a los colegios. (Buitrago 1994).

Como veremos pronto, no es totalmente cierto este aserto de Vives Guerra.

De acuerdo con información refrendada por él mismo, se sabe que la familia dejó la ciudad de Antioquia cuando él era apenas un niño. En "De zapatero a príncipe de la Iglesia", p. 223, de *Gestas de la mi cibdad* cuenta:

La racha de la suerte empujó a mi familia fuera de Santa Fe de Antioquia, y durante nuestra ausencia el Padre Jesús fue consagrado obispo de aquella diócesis 15.

(...) Después de algunos años de ausencia, volvió mi familia a la vetusta y querida ciudad del Mariscal Robledo, y al día siguiente de nuestra llegada, estando sentados mis padres, mis hermanos y yo en un corredor de nuestra casa solariega, de pronto apareció en el transportó, la corpulenta figura del Ilustrísimo Señor Doctor Jesús María Rodríguez (...)

Rodríguez fue consagrado obispo de la Diócesis de Antioquia en 1883, de manera que la ausencia de la familia debió ocurrir antes de esa fecha. Se trasladaron a Amagá, donde José hizo su primera comunión: "Yo tenía seis años y Sinforoso Correa me dijo que me prestaba sus pecados para que me pudiera confesar (...) Pasado algún tiempo me hice monaguillo" (P.500). Según consta en su crónica "El santo de Sanín" (*Crónicas*, p. 26): "estaba yo muy niño, pues apenas contaría seis o siete años, y andaba con mi padre paseando por las calles de Titiribí, noble y querida ciudad tan agarrada a mis recuerdos de infancia (...)". Los andares de la

¹⁵ Se refiere a monseñor Jesús María Rodríguez, quien fue nombrado obispo de la Diócesis de Antioquia en octubre de 1883, aunque desde 1877 la había gobernado por ausencia del titular Joaquín Guillermo González.

familia Velásquez García se debieron al trabajo como maestro del padre en diferentes localidades del suroeste antioqueño.

La familia de Vives Guerra debió volver a la ciudad de Antioquia cuando éste ya era adolescente, quizá en 1887, según cuenta en "Como los hidalgos de la leyenda", p. 203 de Gestas de la mi cibdad:

Como mi familia estuvo ausente de Santa Fe de Antioquia unos diez años, don Ángel 16 no me conocía muy bien a mí, a pesar de la presentación que de él me hizo mi madre, cuando fue a visitarnos.

Me llegó el turno de las presentaciones, y mi madre le dijo:

—Mira, primo, éste es el menor.

Don Ángel María me miró con esa mirada fija de los présbites, y luego, después de tragar saliva, se dirigió a mi madre, y le dijo, a su turno:

—Conque el menorcito... Pues no está feo, está hasta buen mozo, porque...

Se trabó todo, porque era un hombre incapaz de decir una cosa por otra, y a pesar de su buen corazón, el llamarme buen mozo a mí ya era demasiado a los ojos de Dios.

A partir de este regreso a la ciudad de Antioquia, primero y, quizá, último de su vida, Vives Guerra permaneció en ella hasta su marcha definitiva en enero de 1895 a Medellín. Durante este período, las vivencias del adolescente en su ciudad natal hicieron crecer en él un amor incondicional por su terruño, del cual dejó evidencia en muchos de sus escritos¹⁷.

En diferentes crónicas cuenta el autor aspectos de la ciudad y de su vida en ella en esa época:

¹⁶ Hablaba de Don Ángel María Martínez, a quien se conocía como "don Angelito", nieto de don Juan Esteban Martínez Ferreiro.

^{17 &}quot;Pero él prefería, entre sus temas y sus realizaciones, las aterciopeladas narraciones de los embrujos y acaecimientos de su ciudad nativa. El sentía profundo orgullo de haber visto la luz en esa Ciudad de Antioquia, católica y meditabunda, sedante y silenciosa, donde su imaginación se dio libre curso para actualizar y revitalizar los hechos de infantas e infanzones" (Nieto Caballero 1994).

En "El apóstol de los negros", p. 41 de *Crónicas*, por ejemplo, cuenta sobre la construcción del templo de San Pedro:

Después en Santa Fe de Antioquia se erigió un bello templo a San Pedro Claver, en las afueras de la ciudad, en el campo, y en los alrededores del templo se efectuaban cada año alegres romerías, que animaban con sus ojos fulgurantes las lindas quinceañeras, mis paisanillas, con las cascadas de sus risas y con su dulce joteo calentano.

En "Dos profecías", p. 42 de *Crónicas*, relata un cuadro de la vida familiar y social:

Estábamos en mi casa una noche reunidos mis hermanos, mis primos y varios amiguitos y amiguitas, con mis padres y algunas personas que se hallaban de visita, y nos dimos a adivinar charadas...Bueno, pues Jesús del Corral, que era muy dado a ese ramo, nos puso esta charada de Carabobo (...)

En "La última noche del Indio", p. 194 de *Gestas de la mi cibdad*, nos hace participar de una de las tertulias con sus amigos en La Glorieta, seguramente al compás de algún buen licor local:

Era de verse y oírse, por ejemplo, a Jesús del Corral, en el pretil de "La Glorieta", —el paseo colonial que en Santa Fe de Antioquia dejó el espíritu progresivo del oidor don Antonio Mon y Velarde—; era de verse y oírse, repito, a Jesús del Corral, recitándonos en las noches de luna, mientras la brisa tibia de la tierra caliente remecía los abanicos de las palmeras:

¡Anarquistas somos los liberales, cuando queremos que vuelen por el éter, hechos trizas, los lechos en donde se engendran los cachorros de las emperatrices!

Y a Andrés Londoño del Corral, con su voz calmada y su pergenio nobiliario, cuando recitaba:

La porción joven de Colombia que ama las ideas libres, tiene una exuberancia de inteligencia, que se reconoce cada día más, con la fuerza de un hecho obligatorio.

O a José Reyes Sepúlveda, chiquitico, suave y siempre sonreído, con un talento que parecía imposible cupiera en aquel cuerpo diminuto, recitando apaciblemente (...)

Aunque Vives Guerra se precia de haber sido educado por su padre y de no haber asistido a más colegios, existe evidencia en contrario. Él mismo cuenta la siguiente anécdota (Vives Guerra, Anecdotario colombiano: Luis Zea Uribe 1934):

Allá, por el año de 1880, era mi padre maestro de escuela de la pintoresca y rica ciudad de Titiribí, en el entonces Estado Soberano de Antioquia.

Como yo, con la terquedad de los niños, insistiese para que me llevara a la escuela —por más que tal insistencia no fuera hija del anhelo de abrevar en las fuentes del saber—, mi padre me llevó, más que todo para que no estorbase yo en mi casa, pues un rapaz de seis años no es alumno deseable y, por el contrario, estoy seguro de que mis condiscípulos me declararon persona poco grata.

Llegado que hube a la escuela, mi padre me condujo a un escritorio, en donde muy aplicadamente estudiaba un pálido chiquillo como de ocho años y, acariciándolo en el hombro, le dijo:

—Mira, Luis, aquí te traigo a este diablito para que me lo enseñes a estudiar, tú que eres tan estudioso.

Otras evidencias aparecen ya en la ciudad de Antioquia, en el periódico *El Ins*tructor de Antioquia. En el número 16 de ese periódico, del 1 de marzo de 1893, se registra el comienzo de actividades del Colegio de San José. en el que Jesús del Corral fue profesor de francés.

Pues bien, en el número 17, del 1 de mayo de 1893, el mismo periódico publica las calificaciones del colegio de San José. En el renglón 38 aparece un nuevo alumno: José Velásquez, aún sin calificaciones (hace poco entró, dice de él):

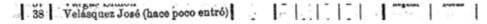


Figura 5. Renglón 38 del cuadro "que manifiesta el aprovechamiento, la conducta y calificación de los alumnos" y en el que aparece José Velásquez, aún sin notas.

En edición posterior del mismo periódico aparecen más calificaciones del Colegio de San José, ahora sí Vives Guerra (renglón 39) con notas:

Figura 6. Notas del alumno José Velásquez.

Finalmente, en el número 22, del 15 de agosto de 1893, se registra en actas que el alumno aprueba Francés y Filosofía.

Francés Profeser Dr. Juan B. Martines	Filosofía
1 Garcés Macarlo 2 Gómez Magín 3 Apenas aprobado 4 Londoño Andrés B. 5 Londoño Juan de D. 6 Martínez Lais Aurelio 7 Martínez Ramón 8 Rojas Josó Alejandro	

Figura 7. Resultados académicos de Vives Guerra en las asignaturas de Francés y Filosofía, en el colegio de San José, de la ciudad de Antioquia.

Desafortunadamente, poco más se sabe de la vida del poeta en su ciudad natal. El último dato cierto que tenemos de él aparece en el número 84 del mismo periódico, del 1 de junio de 1896, cuando Vives Guerra ya había emigrado de la ciudad. Es una nota de agradecimiento que el autor envía al nuevo director del periódico, don Federico Villa, quien, con ánimo renovador, había invitado a varios jóvenes antioqueños a participar con sus publicaciones en el periódico. La carta de agradecimiento, fechada en Medellín, el 22 de mayo de 1896 dice así:

Jose Velasquez Garcia

luda al Sr. Dn. Federico Villa, redactor de "El structor" y le agradece el honor que le dispeninvitándolo à colaborar en el periodico. Aprovecha, además, esta ocasión de ponerse á i disposición.

Medellín, Mayo 22 de 1896.

Figura 8. Nota de agradecimiento de Vives Guerra al nuevo director del periódico *El Instructor de Antioquia*, quien lo había invitado a colaborar en él (Velásquez G 1896).

Desafortunadamente, no tuvo tiempo Vives Guerra de publicar en el periódico pues éste desapareció dos meses más tarde.

Al parecer, pocas veces más volvería el cronista a su ciudad natal, de la que escribió en varias ocasiones con sentida nostalgia. Muchos años más tarde, en 1941, siendo ya reconocido poeta y cronista, el Concejo Municipal de la ciudad de Antioquia, en reconocimiento a sus méritos, pretendió hacerle un homenaje con ocasión de la celebración del cuarto centenario de fundación de la ciudad. Desafortunadamente, la celebración debió aplazarse, al igual que el homenaje a Vives Guerra quien, de todos modos, agradeció el gesto (Sepúlveda S. 2020). Extrañamente, algunas voces en la ciudad de Antioquia manifiestan, sin ningún fundamento, que el cronista declinó el ofrecimiento de asistir al homenaje (que "no quiso volver a la ciudad"), afirmación que, como se ve, carece de todo fundamento en la realidad.

Un día de principios de enero de 1895, con veintiún años a sus espaldas, el joven Velásquez García abandonó la ciudad de sus padres para buscar fortuna en la capital del departamento. No tenía cómo saber que veinticuatro horas después se encontraría preso en la cárcel municipal de Medellín, debido a una carta de recomendación que cargaba en las alforjas de su caballo. Tampoco sabía él que, mientras cabalgaba hacia la villa, una nueva guerra civil se había declarado en el país. 18

¹⁸ El 29 de enero de 1895, los liberales colombianos, bajo el mando del general Avelino Rosas, se levantaron contra el presidente Miguel Antonio Caro.

Julio Vives Guerra en la ciudad de Medellín

Sus días en la ciudad

A finales del siglo XIX, Medellín era poco más que un pueblo. Lejos en el futuro aún estaba el dominio del motor de combustión interna o de las líneas del tranvía eléctrico; todavía los bueyes pacían suavemente esperando su carga en las tranquilas calles de la villa, como atestigua una conocida fotografía de le época; la quebrada Santa Elena era aún el linde con la ruralidad por el norte, el parque de Bolívar y la nueva catedral acaso empezaban a esbozarse y Otrabanda era una inmensidad de potreros¹⁹.

Sin embargo, detrás de su apacible y bucólico aspecto, ya empezaban a notarse algunos cambios, jalonados por el incipiente desarrollo industrial y comercial. La ciudad moderna se asomaba detrás del pueblo que aún era Medellín, gracias al naciente proceso de industrialización que afectaba directamente la conformación urbana (Botero H. 1993) y propiciaba el nacimiento de una clase media con mayor capacidad económica, que se nutría, gracias a las revistas y periódicos que llegaban con cierta regularidad, de las noticias, las modas y la cosmovisión del viejo mundo europeo.

Al lado del surgimiento de esa clase media novelera, surgieron también hombres de letras, de cultura, interesados genuinamente en el cultivo de las artes, incluida

¹⁹ En 1883, la ciudad contaba con 37.000 habitantes aproximadamente.

la literatura en sus múltiples expresiones. A ese pueblo grande, a esa urbe naciente, llegó nuestro Julio Vives Guerra²⁰.

Como se mencionó al final del anterior capítulo, Vives Guerra llegó a Medellín a finales de enero de 1895, sin saber que una nueva guerra había comenzado en el país. Dejemos que sea él mismo quien nos cuente esta tragicómica historia, que involucra a un gran hombre. El relato se encuentra en "Un recuerdo del gran periodista Fidel Cano" (Vives Guerra, Gestas de la mi Cibdad 1963):

Quiero hoy recordar la manera como conocí a Fidel Cano, cuando se hallaba él en todo el vigor de su segunda juventud, y cuando apenas salía yo de los azarosos predios de la adolescencia.

Ello fue en 1895, cuando empezó la guerra de aquel año. Salí de Santa Fe de Antioquia, para Medellín, el 2 de enero, en compañía de la familia del doctor Julián Cock Bayer, un ilustre jurisconsulto, a la sazón Gobernador del Departamento.

Ese mismo día estalló la guerra, cuando iba yo por mi camino, caballero en una mula que debe de estar actualmente en el infierno de los solípedos, por anticristiana y cerrera.

Naturalmente, así sabía yo de la guerra como de las nubes de antaño, y cuando llegué a Medellín, no menos naturalmente nadie me dio la noticia, porque no había motivo para tal, ni ninguno podía suponerme tan atrasado.

Al día siguiente, siempre con mi columbina ignorancia a cuestas, me fui a una barbería, con el fin de realzar mis averiados hechizos personales, y estando en espera del turno, dime a preguntar por las direcciones de unos caballeros para quienes llevaba cartas de recomendación.

Habíanme dado esas cartas mi primo Francisco E. Velásquez, don Germán y don Antonio del Corral, que eran jefes del liberalismo en Santa Fe de Antioquia, y como

²⁰ No era, por supuesto, la primera vez que Vives Guerra visitaba la capital departamental. En" La noche del Indio" (Vives Guerra, Gestas de la mi Cibdad 1963) relata cómo en 1893 estuvo en esta ciudad, en compañía de Jesús Ferrer y Luciano Estrada, en la velada que la sociedad antioqueña realizaba para acopiar fondos con destino a "costear la permanencia de Epifanio Mejía en un sanatorio europeo", velada en la que el orador principal sería Juan de Dios, el Indio Uribe, a quien, como fogosos jóvenes liberales de la época (1893), admiraban al punto de la idolatría. Como recuerda Vives Guerra en esta crónica, "Terminó la velada, en la puerta del Teatro el Indio Uribe fue aprisionado; al día siguiente salió para el destierro y ya no volvió más a Colombia".

sus mejores amigos en Medellín eran los jefes del partido, esas cartas estaban dirigidas a Fidel Cano, Ricardo Castro, Isaías Cuartas, Ricardo Restrepo Callejas, Miguel Salas, Manuel Antonio y Rafael Ángel.

Púseme, digo, con gran tranquilidad, a preguntar por las direcciones de todos esos caballeros y, como la lista no tenía sino liberales, a la salida de la barbería me dijo un obrero, que me había suministrado los datos, juntamente con otro individuo que allí había:

- —Joven, ha cometido usted una imprudencia. Ese que le dio unas direcciones es policía secreto.
- —¿Y qué hay con eso? —le pregunté, sin entender el motivo para la admonición.
- —Que como todos los destinatarios de esas cartas están presos, por haber estallado la guerra, tenga cuidado.
- -¿La guerra? ¿Que estamos en guerra? le pregunté anonadado.
- -¿Pero de dónde diablos viene usted, mono majadero, que no sabe que estamos en guerra?

Hice caso omiso del denigrante calificativo que me colocaba, porque los obreros de Medellín pegan realmente, y le pregunté:

- —Y don Fidel Cano también está preso?
- —No, porque tiene la casa por cárcel, por un enfermo que hay en su familia.

Sin despedirme del artesano que me había llamado majadero, eché calle abajo a entregar la carta de don Fidel.

El gran periodista vivía entonces en el crucero de las calles de Maturín y Palacé, en una casa de dos pisos, antigua y espaciosa.

Me recibió con su ingénita afabilidad, me reprendió suavemente —sin llamarme "majadero"—, por la pata que yo había metido al mostrar las cartas en una barbería, y agregó, sin notar que yo tenía las uncinarias en estado preagónico:

- —No le rebajo a usted de diez días de cárcel.
- —Es decir, de hambre, don Fidel.
- —Nadie se muere de hambre.
- —Pero se muere de la falta de alimento a tiempo.

Don Fidel rio, prometiéndome hacer por mí cuanto le fuera dable; me despedí y salí con un susto de pe a pe y doble u.

Habría andado diez pasos fuera de la puerta, cuando se me acercó un policial y muy cortésmente —justo es anotarlo— me dijo:

- —Joven, ¿me hace usted el favor de seguir conmigo?
- —Gracias, señor policía, le contesté; prefiero seguir conmigo.
- —¡Siga conmigo! —ordenó el digno representante de la autoridad, ya con la voz "golpeada".

Miré hacia los balcones de don Fidel, resuelto a llamar a "asilum", y lo vi muy sonreído.

- —Amigo—me gritó—, esos son gajes del oficio. Que la cárcel le sea ligera.
- —Bueno, don Fidel —le contesté—, ahí queda esa pobre familia.
- —Pero ;usted tan joven ya está casado?
- —No, señor; pero tengo mucha gana. Se me olvidó que soy soltero, pero un olvido puede tenerlo cualquiera.

Don Fidel sonrió y yo seguí humildemente con mi policial, es decir con el astuto policial que el Gobierno había mandado para que me cogiera, a fin de que no derrocara al partido conservador.

Dos cosas resaltan en esta crónica, más allá del divertido episodio. En primer lugar, es evidente que la familia de Vives Guerra estaba muy bien relacionada con la clase

dirigente regional²¹; en segundo lugar, como ya se pudo leer en páginas anteriores al mencionar la reunión con sus amigos en La Glorieta y la velada del Indio Uribe, era Vives Guerra, ideológicamente, de tendencia liberal; lo cual le traería en el futuro más de un inconveniente en su ejercicio como periodista en Medellín.

No ha sido posible encontrar muchos registros ciertos de su cotidianidad y de su forma de ganarse la vida en Medellín, pero a través de indicios dejados aquí y allá en muchas de sus crónicas, en diferentes esbozos biográficos²² y en algunas apariciones suyas en la prensa local, nos es posible deducir algunos datos que procuraremos ordenar aquí.

Velásquez García ejerció varios cargos públicos, entre ellos el de administrador de Correos de Antioquia, jefe de Caja del Departamento de Jericó²³ y secretario de Juzgado Superior en Medellín (Gallo Martínez 2008). Seguramente, debió recurrir a estos empleos en vista de que su labor como periodista y escritor independiente, oficios en los que pretendía ocupar el tiempo, le eran insuficientes para suplir sus necesidades básicas y las de su familia. Por lo que sabemos, sus labores como empleado público estuvieron relacionadas, especialmente, con los ramos de las comunicaciones y la hacienda, las cuales ejerció en varios lugares del departamento de Antioquia y en Bogotá²⁴ durante más de cuarenta años (Nieto Caballero 1994). Todos estos trabajos en el sector público, a los que, probablemente, accedió gracias a las recomendaciones generosas de tantos amigos "importantes", le permitieron disfrutar de una vejez más o menos tranquila, gracias a una modesta pensión (Buitrago 1994).

²¹ Arribó a la ciudad de Medellín con la familia del gobernador y traía cartas de recomendación para abogados prestantes como Isaías Cuartas –en cuyo gabinete de abogados trabajó después–, para empresarios reconocidos como Ricardo Restrepo Callejas o para periodistas de la talla de Fidel Cano.

²² Al final de su libro *Crónicas* aparecen los siguientes esbozos biográficos de Vives Guerra: "El hidalgo y el gramático", por Luis Eduardo Nieto Caballero; "Vives-Guerra", por Fray-Lejón (seudónimo de Federico Rivas Aldana, su compañero en el periódico *El Tiempo*); "Estampa de Julio Vives Guerra", por Jaime Buitrago; y "El viejo hidalgo", por Adel López Gómez.

²³ Jericó fue departamento entre 1908 y 1909, gracias a una reforma territorial del presidente Rafael Reyes.

²⁴ En Bogotá ejerció como jefe de contabilidad del Ministerio de Agricultura y de la Administración Nacional de Correos (Gallo Martínez 2008).

Además de sus empleos públicos intentó Vives Guerra ejercer en el campo del derecho. En el periódico *El Avisador*, del 27 de julio de 1900, encontramos este diciente aviso publicitario:

JOSE VELASQUEZ GARCIA

Se encarga de toda clase de defensas en negocios criminales. Trabaja en la oficina de los doctores Luis Eduardo Villegas é Isaías Cuartas y bajo la dirección y con la ayuda de éstos.

Figura 9. Vives Guerra intentó sobrevivir en Medellín ejerciendo diferentes oficios.

En este aviso, publicado en *El Avisador*, ofrece sus servicios como abogado. (Este Isaías Cuartas es el mismo para quien Vives Guerra traía una carta de recomendación al llegar a Medellín.)

Contrariando la versión de algunos de sus biógrafos respecto al carácter circunspecto de Vives Guerra en su vejez ("era de aspecto grave, reflexivo, hasta adusto, pero estaba lleno de ingenio y de miel", dice de él Luis Eduardo Nieto Caballero en "El hidalgo y el gramático"), es evidente que en su juventud y primera adultez en la ciudad de Medellín hacía gala ya de ese ingenio y esa miel, sin ser todavía un individuo adusto —rasgo de carácter que, creemos, se debe a los golpes recibidos con el paso de los años, como la muerte de su hijo Gilberto y de su primera esposa, Adelina.

Vives Guerra hizo, rápidamente, numerosos amigos en Medellín. En varias de sus crónicas atestigua cómo se relacionó con muchos de aquellos que, con el correr de los años, se convertirían en grandes personajes de la vida regional y nacional. A uno de ellos, el escultor Marco Tobón Mejía²⁵, lo conoció en una retreta que, con motivo de la erección de la estatua de Pedro Justo Berrío, se hacía en la ciudad²⁶: "Cuando nos despedimos ya Tobón Mejía y yo éramos grandes amigos, con amistad no entibiada ni por el tiempo ni por la separación; pero truncada

²⁵ El dibujo de Vives Guerra en la portada, firmado con el seudónimo de Sempronio, es de su autoría.

²⁶ Hecho ocurrido el 29 de junio de 1895.

por la muerte del artista querido cuya desaparición fue como una desgarradura en el alma" (Vives Guerra, *Gestas de la mi Cibdad* 1963).

A otro gran artista, Francisco Antonio Cano, lo conoció gracias a quien después sería presidente de la República:

Una tarde me dijo Carlos E. Restrepo (...)

—Esta noche te aguardo en La Tertulia Literaria para presentarte.

Y fui, claro está. Porque para un escritor provinciano, como yo, el llamarse socio de La Tertulia Literaria era una consagración, era como un espaldarazo que le armaba caballero de las letras...

Llegamos al lado de un caballero bajo de cuerpo, de ojos claros y melancólicos y de sonrisa amable. Carlos Restrepo me presentó, y luego me dijo, señalándome a aquel:

—Francisco Cano, el pintor.

Yo conocía ya varios cuadros de Cano: sus escenas bíblicas en que un Jesús hermoso y de barba rubia deja vagar las divinas miradas por la superficie del lago de Galilea, y donde una Virgen María sonríe a calladas visiones celestiales, que descienden envueltas en los rayos de la luna...

Por eso sentí la más dulce emoción y el más legítimo orgullo al estrechar la mano que había pintado tan bellos cuadros; esa mano que recibía el calor de un corazón abierto como un monóptero a todos los vientos de la generosidad y de la hidalguía.

Porque eso fue Francisco Cano, antes que todo: un corazón al servicio de un cerebro...

Ese era el artista al que hoy llora Colombia toda. Ese era el amigo querido que tanto me animó en mi carrera. Ese era el hermano del alma que, en horas de dolor para mi hogar derruido, mezcló sus lágrimas con las mías²⁷. (Vives Guerra, Gestas de la mi Cibdad 1963).

²⁷ Seguramente, en la última frase se refería don Julio a la compañía y al apoyo del pintor cuando murió Gilberto, el hijo de Vives Guerra, acontecimiento que lo llevó a huir de Medellín y de su dolor.

La amistad entre el cronista y el pintor fue duradera. En el artículo "El pintor Francisco A. Cano: nacimiento de la academia en Antioquia", se cuenta que Vives Guerra recitó un poema suyo en homenaje a Cano en el evento que se organizó para recoger fondos para el pintor, quien estudiaba en París (Londoño Vélez s.f.)2829.

Del pintor al cronista también hubo gestos de amistad, representados, por ejemplo, en el dibujo que Cano hizo de Vives Guerra, el cual aparece en un capítulo posterior.

La relación de Vives Guerra con los artistas e intelectuales de la época en Medellín está bien documentada. Un ejemplo más se encuentra en la crónica "Las tres patas de Rendón" (Vives Guerra, Gestas de la mi Cibdad 1963), en la que cuenta cómo Ricardo Rendón hizo una caricatura suya:

Estaba yo sentado en un sofá, leyendo la prensa. Cerca, y en torno de una enorme mesa que crujía bajo el peso de los libros, las revistas, los periódicos y los calambures, se hallaban Gabriel Cano, Fernando Isaza, Jesús Restrepo Rivera, Restrepo Olarte, y muchos de aquellos buenos e inteligentes chicos que constituían la desesperación de los vecinos con sus risas, sus gritos y sus charlas.

De pronto Rendón, que se hallaba sentado frente a mí, se levantó y me dijo, esventolando en mis propias narices un papel:

—Mira, para que te enteres de que pareces una lechuza que escribe.

Y me mostró una caricatura mía, que acababa de trazar "a la traición", en la cual, si no parezco ciertamente una lechuza, si tengo muchos visos de aquella "ave por su fealdad aborrecida". Fue esa caricatura una de las primeras unipersonales que Rendón hizo, si acaso no la primera.

²⁸ El poema que recitó Vives Guerra esa tarde en homenaje al pintor se llama Por Cano; fue publicado en abril de 1899 en La Miscelánea y aparece transcrito en la segunda parte de esta investigación.

²⁹ En el periódico El Cascabel, número 79, del 23 de mayo de 1899, aparece el programa del homenaje a Cano en reporte firmado por Juanilla.

Vives Guerra conocía a Rendón desde que éste era un niño (en el barrio Buenos Aires, en Medellín³⁰); su amistad perduró hasta la temprana muerte de Rendón y fueron, además, compañeros de trabajo en la prensa bogotana (Escobar 1994)³¹.

Una anécdota, relatada por Vives Guerra en "La elección de Carlosé", retrata perfectamente la cercanía de su relación con quien fuera presidente de Colombia entre 1910 y 1914, Carlos E. Restrepo. Cuenta el cronista que, terminado el gobierno del amigo, fue a su casa a visitarlo. Al preguntar el expresidente por el cargo que ocupaba Vives Guerra y enterarse de su exiguo salario como administrador de Correos del Departamento, aquel le contestó: "Hombre, poco sueldo para un padre de familia, ¿por qué no me pediste un empleo en todo este tiempo? Te hubiera colocado bien". A la respuesta del cronista ("No me atreví"), Carlosé le replicó: "¿No te atreviste? ¡Cyrano! Me persuado una vez más de que eres el primer idiota de Colombia e islas adyacentes." En el Anexo 2 de esta obra aparecen algunas cartas cruzadas entre Vives Guerra y Carlos E. en diferentes épocas.

Otra relación interesante de Vives Guerra comenzó en agosto de 1910, cuando inició un breve cruce de correspondencia con el escritor y humanista español Miguel de Unamuno, que se conserva en la Universidad de Salamanca (de la cual era rector). En ella, Vives Guerra le envía al maestro un ejemplar de la revista *Alpha* (número 51), en la que aparecía "Como la serpiente", un cuento suyo. Le pide a Unamuno que lo lea "aunque luego el cuento le parezca malo", y termina con un elogio: "Lo admira siempre que lo lee, y lo lee siempre" (Universidad de Salamanca 2009).

³⁰ En la misma crónica, Vives Guerra cuenta que conoció a Rendón siendo este un niño cuando, caminando por el barrio Buenos Aires, "me crucé con una criada que llevaba de la mano un chiquillo como de dos años de edad. El chiquillo cojeaba y tenía un pie calzado con zapatico de Charol y el otro con pantufla de seda". Era Ricardo Rendón, quien había recibido un balazo accidental de un borracho.

³¹ Rendón había viajado a Bogotá en el año 1917. En 1918 empezó a colaborar con *Cromos* y con *El Gráfico*, impresos donde ya colaboraba Vives Guerra.



Figura 10. Carta de Vives Guerra a don Miguel de Unamuno. Repositorio digital GREDOS, Universidad de Salamanca.

En respuesta a Vives Guerra, Unamuno le envió una carta en la que incluía un poema suyo. En la carta le confesaba: "Es ya antigua mi debilidad por las cosas antioqueñas" (González Rodas 1996):

Salamanca, 29-IX-1910 Señor D. Julio Vives Guerra Medellín

Su cuento «Como la serpiente» que acabo de leer en Alpha (revista que recibo normalmente) tiene, señor, un defecto capital y es el de no estar escrito en verso. Su contenido, su ambiente y su tono piden la poesía y no la prosa, por muy poética que esta sea. Aunque está muy ceñido, el verso le hubiera a usted obligado a ceñirlo más aún. Intente usted hacer con él un poemita, pues lo merece. Sólo hay una cosa que no acaba de gustarme, y es aquello de «circundados de orejas de hastio».

Como le digo, recibo con normalidad Alphu y suelo leerla. Es ya antigua mi debilidad por las cosas antioqueñas.

Y ya que tengo la pluma en la mano quiero enviarle algo para esa Revista. Ahora me ha dado por los sonetos; los hago casi todos los días. Ahí va, para que lo publiquen si les gusta, el de hoy. Mañana, 29 de septiembre, cumplo mis cuarenta y seis años.

Y ahora, salude a sus compañeros de armas los buenos soñadores antioqueños. Suyo alfmo,

Miguel de Unamuno.

Al llegar a mis cuarenta y seis años El 29 de septiembre de 1910

Ahora que ya por fin gané la cumbre, a mis ojos la niebla cubre el valle y no distingo a dónde va la calle de mi bajada. Con la pesadumbre de los agüeros vuelvo hacia la lumbre que mueve la mirada. Que se acalle te pido esta mi ansión y que tu dalle riegue al cabo. Señor, toda mi herrumbre. Cuando puesto ya el sol contra mi frente me amaguen de la noche las tinieblas. Tú, Señor de mis años, que elemente mis esperanzas con recuerdos pueblas, confórtame al bajar de la pendiente de las nieblas sali, vuelvo a las nieblas. Miguel de Unamuno º.

Figura 11. Carta de Miguel de Unamuno a Vives Guerra, en la que incluye un poema inédito suyo: "Al llegar a mis cuarenta y seis años".

No sabemos si Vives Guerra hizo caso al maestro en aquello de "Intente usted hacer con él un poemita".

Algunos meses después, volvió Vives Guerra a escribirle, agradeciéndole el gesto de contestarle "a un segundón de las letras como yo", y terminó la misiva expresándole: "su carta la conservaré como un blasón para mis hijos, pues ella me prueba que no han sido vanos mis esfuerzos para salirme de entre el gran montón de anónimos" (Universidad de Salamanca 2009).

Sus verdaderos oficios en Medellín

Sus relaciones con la élite medellinense, registradas en los párrafos anteriores, muestran cuan fácil se insertó Vives Guerra en la sociedad de Medellín. Pocas semanas habían transcurrido desde su llegada a la pequeña metrópoli y ya empezaba a destacarse como escritor y periodista en una ciudad que, como se describió brevemente antes, cambiaba rápidamente tanto en el aspecto material como en el cultural.

Al crecimiento económico del Medellín de finales del siglo se unía una verdadera explosión cultural, ya explicada por diferentes autores. Las causas de esa explosión están ligadas a muchos factores y hechos relevantes ocurridos durante las dos últimas décadas del siglo XIX. Entre ellos, además del aumento de capacidad económica de la clase media emergente, que le permitía ocupar su tiempo en actividades diferentes a las propias de las profesiones, o al aumento de la instrucción pública de la población ocurrida en Medellín en la segunda mitad del siglo XIX (Ortiz Mesa 1996), mencionamos —a modo de ilustración—dos más concretas como la fundación de la revista *La Miscelánea*, en 1886 y la reapertura de la Escuela de Artes y Oficios, en 1892. La Miscelánea, creación de Juan José Molina, ocupó un lugar preponderante en las lecturas del público hasta 1914 y tuvo notable acogida no sólo en otras regiones colombianas sino en el exterior (Toro H. 2013). En la Escuela de Artes y Oficios, por su parte, a la enseñanza de los oficios requeridos por la sociedad antioqueña de la época (como mecánica, herrería o fundición), se agregaba la de artes como litografía, dibujo o música teórica y práctica (Álvarez O. 2014).

Respecto al nacimiento de cierta cultura literaria en Medellín, como afirma el profesor Jorge Alberto Naranjo, es justamente en la década de 1890 cuando "puede hablarse a ciencia cierta de la existencia de una cultura de la narración y de un dominio ya colectivo de las formas superiores del relato" (Naranjo Mesa, *Antología del temprano relato antioqueño* 2013). El surgimiento de esa cultura literaria en la ciudad puede haber aparecido como "terapia colectiva" al concluir la guerra civil de 1885 (Naranjo Mesa, *El relato y la poesía en Medellín, 1858-1930* 1986). Como en otras ciudades, el nacimiento y afianzamiento de una literatura regional —o propia— vino de la mano de las tertulias culturales y literarias.

Durante el siglo XIX aparecieron muchas de esas tertulias en Medellín, décadas antes de la época que nos ocupa: la de Mariano Ospina Rodríguez y la de Juan de Dios Aranzazu, antes de 1850; la de Manuel Uribe Ángel, la de Juan José Molina, la del Liceo Antioqueño, o el Casino Literario, impulsada por Carlos E. Restrepo, en las que se dieron a conocer escritores de gran renombre posterior (como don Tomás Carrasquilla, para mencionar sólo a uno) y surgieron importantes novelas de la época, como *Frutos de mi Tierra*. (Restrepo Arango 2005).

Naturalmente, la producción literaria de estas tertulias requería de medios de comunicación. De esa manera, de ellas comenzaron a surgir las correspondientes revistas literarias, que son hoy documentos históricos importantes para la historiografía de la cultura regional. Esas revistas se constituyeron en un puente natural entre el periodismo y la literatura (Beigel 2003), como se hizo evidente en el caso de Julio Vives Guerra con el género de la crónica.

Estamos de acuerdo con la tesis de María Luisa Restrepo, quien afirma que existe "la necesidad de hacer una lectura atenta y concienzuda de estas revistas, cuyas páginas constituyen una riquísima fuente de información que, sin duda alguna, permitirá conocer más a fondo un período bastante olvidado por la historiogra-fía antioqueña" (Restrepo Arango 2005). Afortunadamente, tal como habíamos mencionado, ya se han dado algunos pasos en esa ruta, especialmente por investigadores como Jorge Alberto Naranjo y sus múltiples trabajos sobre el asunto³².

Habiendo llegado a principios de 1895, justo al comienzo de lo que se ha denominado el Quinquenio de Oro de la narrativa antioqueña (Naranjo Mesa, *El relato en Antioquia, 1890-1910* 2015), a las pocas semanas estaba ya Vives Guerra haciendo parte de un periódico como su redactor principal, tal como consta en *Publicaciones periódicas en Antioquia 1814-1960*:

(...) el 6 de febrero de 1895 salió en Medellín el primer número del periódico de anuncios y variedades, titulado El Aviso. Se publicaba semanalmente, editado en la Tipografía Central, en octavo, de cuatro páginas. Lo redactaba don José Velásquez García, lo administraba don Carlos Fernández E. y colaboraba Carlos Espinela (Arango de Tobón 2006).

³² El relato en Antioquia y Antología del temprano relato antioqueño son buenos ejemplos de ello.

En ese momento, aún nuestro autor no había definido ningún seudónimo para sí mismo, cosa que ocurriría más tarde, durante este mismo año³³.

Pocos meses después, en agosto de 1895, publicaba "Sermón perdido", primer poema del que tenemos evidencia, el cual apareció en la revista *La Miscelánea*. Sin embargo, de acuerdo con el mismo autor, no fue "Sermón perdido" su primera publicación en una revista; en "De cómo fui periodista" (crónica escrita muchos años después) afirma: "A poco de hallarme en la capital de Antioquia, publiqué en *El Esfuerzo*, que dirigía y redactaba Salvador Uribe Restrepo... unos versos que se llamaban, si mal no recuerdo, "Acuarela Medioeval" o "La musa de Arciniegas" (Vives Guerra, *Crónicas* 1994). Desafortunadamente, no ha sido posible hallar ese primer poema³⁴ que fue publicado después por él, en 1899, en su primer libro, *Prosa y versos*, página 93, con el título "La musa de Arciniegas".

De sus obras publicadas durante el año 1895, hasta la fecha nos ha sido posible encontrar las siguientes versiones originales:

Título	Revista	Mes	
Sermón Perdido	La Miscelánea	Agosto	
En el cielo	La Miscelánea	Septiembre	
En el Rhin	La Bohemia Alegre	Octubre	
Jerónimo	La Bohemia Alegre	Agosto	
Al dr. Uribe Ángel	La Miscelánea	Noviembre	
Coraggio	La Bohemia Alegre	Noviembre	
Pavesas	La Bohemia Alegre	Noviembre	

Tabla 1. Producción literaria de Vives Guerra durante su primer año en Medellín.

Estos dos actos "inaugurales", hombre de prensa y escritor, dibujan muy bien las que serían las verdaderas profesiones de Vives Guerra durante el resto de sus días

³³ Desde que comenzó a publicar, José Velásquez García usó el seudónimo de Julio Vives Guerra. En muy pocos casos usó sus otros seudónimos conocidos: en El Cirirí, usó el de Fray Cepillo; en El Correo del Valle, usó una vez el de Andrés Votino; en su libro Correcciones del Lenguaje utilizó el de Luis de Obando.

³⁴ En la colección de patrimonio documental de la biblioteca Carlos Gaviria Díaz, de la Universidad de Antioquia, se encuentran ejemplares de *El Esfuerzo* solo a partir del 18 de junio de 1895 y, de acuerdo con la afirmación de Vives Guerra, *Acuarela medieval* debió aparecer en marzo o abril de aquel año.

y las que forjaron su camino vital. Nada más comenzar, ya no detuvo su impulso creador durante los siguientes cincuenta años.



Figura 12. Primera página del número 5 del periódico *El Dúo*, primer producto de las actividades editoriales de Vives Guerra. Fue editado en compañía de Julio Gutiérrez.

Junto a las publicaciones en diferentes revistas durante 1895, Vives Guerra continuó con su labor como hombre de prensa. A mediados de ese año "mandó imprimir, en los talleres de los hermanos Pineda un periódico de pequeño formato titulado El Dúo, en compañía de Julio Gutiérrez³5. Al parecer se publicaron 11 números del periódico, entre el 6 de julio y el 19 de septiembre. Fue El Dúo, según Jesús del Corral, 'uno de los pocos periódicos que en esta ciudad han tenido más de mil compradores'" (Arango de Tobón 2006). De este periódico, el mismo Vives Guerra afirma en "De cómo fui periodista": "Y salió El Dúo, con tan buena fortuna que fue el primer periódico, después de El Espectador, que alcanzó entonces en Medellín una venta de más de dos mil ejemplares en un día" (Vives Guerra, Crónicas 1994).

³⁵ Julio Gutiérrez Robledo, poeta manizalita, quien se suicidó un año después.

De acuerdo con el libro Publicaciones periódicas en Antioquia, no existen ejemplares conocidos de tal periódico. Sin embargo, en nuestra búsqueda tuvimos la fortuna de encontrar una, el número 5, del 8 de agosto de 1895, en la Sala de Patrimonio Documental de la Universidad EAFIT.

El Dúo fue cerrado por el gobierno departamental:

Por decreto de la gobernación de este Departamento se prohibió la venta y circulación del número 11 del periódico intitulado El Dúo, de esta ciudad, atento el Gobierno Departamental á que en ese número "se ofendió la dignidad de un alto empleado en el orden civil"; y por decreto posterior se suspendió la expresada hoja periódica por el término de seis meses, y se prohibió su reaparición con el mismo ó diferente nombre si llegaren a figurar como redactores los sres. D. Julio Gutiérrez y D. José Velásquez García. Fúndase el último decreto en que el redactor principal desobedeció órdenes terminantes dictadas por el secretario de Gobierno (Arango de Tobón 2006).

Sobre este hecho, en "De cómo fui periodista", Vives Guerra precisa el acontecimiento que puso fin a su periódico:

Con las velas infladas iba nuestro periódico; pero se me ocurrió una vez escribir un violento editorial contra el gobierno, y el doctor Bonifacio Vélez, que era el gobernador de Antioquia, hizo trizas sobre nuestras cabezas un ejemplar de la Ley de Prensa y nos suspendió el periodiquito, con gran detrimento del ramo de acrósticos y retratos instantáneos (Vives Guerra, Crónicas 1994). Pero no crean ustedes que le guardé al doctor Vélez ni el más pequeño rencor —acota el autor para dar por terminado el asunto.

Otro hecho importante ocurrió en la vida de Vives Guerra en su primer año en la ciudad: la creación de la tertulia —y su correspondiente revista— *La Bohemia Alegre*:

Saturnino Restrepo, Tomás Quevedo Álvarez, Jesús Ferrer, Alonso Castro, el negro Cano, Emilio Quevedo Álvarez, José Montoya y otros formaron conmigo un grupo literario que llamamos "La Bohemia Alegre".

Era un centro sin reglamento, sin estiramientos enfadosos, sin domicilio fijo, pues unas veces nos reuníamos en un parque, otras en un puente, otras en la esquina de alguna de las novias, y otras, casi siempre, en mi destartalado cuarto de soltero, paupérrimo.

Teníamos como órgano del mencionado grupo una revistilla que también se llamaba "La Bohemia Alegre", y en ella depositábamos cuanto nos sobraba en la mente, ya prosa, ora verso (Vives Guerra, Crónicas 1994)³⁶.

De la revista *La Bohemia Alegre* circularon diez números, desde octubre de 1895 hasta febrero de 1897. Nos ocuparemos de ella más adelante, en la segunda parte de esta obra.

Al mismo tiempo que se ocupaba con sus amigos de *La Bohemia Alegre*, Vives Guerra inició, con su "compinche" de la ciudad de Antioquia, Jesús del Corral Botero³⁷, quien lo había precedido en su llegada a Medellín (y lo antecedió también en Bogotá), la edición de otro periódico, *El Cirirí*, publicado a partir del 1 de abril de 1897.



Figura 13. Periódico *El Cirirí*, dirigido por Vives Guerra y Jesús del Corral.

Este periódico es descrito en la Hemeroteca Digital Histórica como de tendencia liberal —y de veras lo fue—, y tenía como foco "informar y denunciar aspectos de la administración regional" (Banco de la República s.f.). Para Vives Guerra, sin embargo, *El Cirirí* no era más que "un periódico de guasa viva, de pura broma y que, como Dalila, le tomaba el pelo hasta a Sansón con todos sus filisteos" (Vives Guerra, *Crónicas* 1994).

³⁶ Cita extraída de su crónica "No pudimos retratarnos".

³⁷ Jesús del Corral Botero y Vives Guerra fueron amigos desde la adolescencia del segundo en la ciudad de Antioquia hasta la muerte del primero en Bogotá (y creemos que fue del Corral quien animó y ayudó a Vives Guerra a dejar Medellín y radicarse en la capital colombiana). De del Corral, Vives Guerra dice: "(...) ese amigo fraternal cuya muerte llorarán siempre las letras patrias y lloraremos siempre quienes lo quisimos y admiramos, singularmente yo, que fui su compañero, y que puedo decir de él como en el 'Romance del fusilado': Eran su madre y la mía / del mismo pueblo las dos / y alumbró nuestras dos cunas / el mismo rayo de sol" (Vives Guerra, Crónicas 1994).

El Cirirí fue multado en junio de 1897 por "la publicación de 'sueltos' subversivos para realizar un concierto a beneficio de los heridos cubanos durante la confrontación con España en los que tildaban al gobierno colombiano de 'neutralidad acomodaticia'" (Gobernación de Antioquia 1897).

En efecto, en *El Cirirí*, del Corral y Vives Guerra hacían oposición al gobierno de Miguel Antonio Caro, a quien se referían como "presidente o dictador".

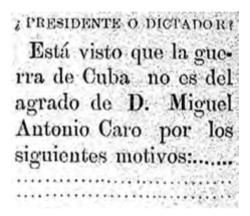


Figura 14. El humor contra el poder.

Debido a esta publicación contra el presidente Caro, *El Cirirí* fue multado por el gobierno departamental y Jesús del Corral atacado por un empleado gubernamental, como relataremos más adelante en la sección *Vives Guerra, don Mirócletes y el filósofo de Otraparte*.

El Cirirí circuló en Medellín hasta el 20 de noviembre de 1897 y tuvo una segunda y tercera época entre 1904 y 1909 en Bogotá, bajo la dirección exclusiva de Jesús del Corral.

Vives Guerra cuenta también de sus trabajos en el periódico *El Medellín* (con Arturo Jaramillo Gaviria), durante la Guerra de los Mil Días, y en *El Bateo* (con Enrique Castro), pocos años después (Vives Guerra, *Crónicas* 1994).

En 1910, comienza una nueva labor, esta vez al frente del periódico El Sol.

En este periódico, Vives Guerra dio cabida por primera vez en la prensa a un joven escritor envigadeño, Fernando González Ochoa, como se relatará más adelante.

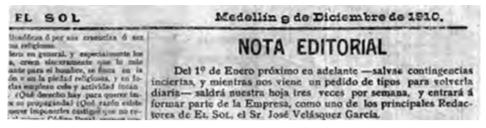


Figura 15. Vives Guerra comienza a trabajar en *El Sol*.

Durante ese mismo año se unió a don Tomás Márquez para fundar *El Diario*, una publicación en formato tabloide, de cuatro páginas, que editaron en imprenta propia, primero, y en la del periódico *El Sol* después (Arango de Tobón 2006).

De otra parte, aunque él no lo mencione en sus recuerdos, Vives Guerra fue también redactor de *Pierrot*, en el que figura como tal, bajo la dirección, de nuevo, de don Enrique Castro.



Figura 16. Vives Guerra redacta el periódico *Pierrot*, desde su primer número.

También aparece como colaborador de *Mesa Revuelta*, periódico que fue "primero dirigido por don Luis Cano (hijo de Fidel), luego por Fidel (1906)". Vives Guerra colaboró después de la reaparición de este periódico el 19 de marzo de 1908, dirigido por don Gabriel Cano (Arango de Tobón 2006).

A su ardua labor como redactor en los periódicos ya citados y a sus necesarios empleos en distintos ramos de la administración, Vives Guerra dejaba tiempo para cumplir con su única pasión: la literatura.

En la segunda parte de este libro se hablará en detalle y se reproducirá toda la obra de Vives Guerra, dispersa en diferentes medios locales, nacionales y extranjeros, obra producida por él desde su llegada a Medellín, en 1895, y que se extiende hasta su viaje sin retorno a Bogotá. Sobre esa voluminosa obra, comenzada con la publicación de "La musa de Arciniegas", basta decir por el momento que está constituida por ciento cuatro poemas, cuadros, cuentos y crónicas, que hemos localizado en diferentes archivos físicos y digitales.

Libros publicados por Vives Guerra en Medellín

La obra de Vives Guerra durante estos veinte años no se limitó a la que apareció en los medios previamente indicados. A ella debemos sumar los tres libros publicados durante su vida en esta ciudad³⁸.

El primer libro de Vives Guerra fue *Prosa y Versos*, publicado por la Tipografía del Comercio, en 1899. El prólogo, al cual llamaron Portada, fue escrito por su amigo, Jesús del Corral Botero.

De esa portada rescatamos la anécdota ya relatada antes, ahora en la voz de Del Corral:

Cuando apenas había cumplido los veinte años (en enero de 1895) resolvió Velásquez salir de su patria, en busca de gloria y de fortuna, esas dos deidades caprichosas que persigue toda mente juvenil.

Y se vino a la opulenta Medellín, con el cerebro lleno de ideales y el corazón impregnado de nobles sentimientos y de risueñas esperanzas.

³⁸ Gestas de la mi cibdad y Crónicas fueron publicados póstumamente y Corrección del Lenguaje cuando ya vivía en Bogotá.

Pero al llegar le salió al paso uno de los más tristes desengaños que puede sufrir un pobre soñador que se creía completamente desconocido. Y fue que lo redujeron a prisión, a las veinticuatro horas de estar en la ciudad.

Mucho tiempo después de salir de la cárcel supo la causa porque en ella lo habían encerrado. ¡Había traído de Antioquia una carta de recomendación, dirigida a un distinguido jefe militar, enemigo del gobierno, y al solicitar por el destinatario creyeron a Velásquez un terrible conspirador! ¡A él, en cuya cara infantil de ojos azules se transparentaban los primeros albores de un espíritu delicado y lleno de sonrientes ilusiones!

Está constituido *Prosa y versos* por quince cuadros y treinta y ocho poemas, algunos de ellos previamente publicados en diferentes revistas literarias durante sus primeros cuatro años de producción literaria.

El segundo libro de Vives Guerra, *Aires Antioqueños*, fue publicado por la Imprenta del Departamento en 1901.



Figura 17. Carátula de *Prosa y Versos*, primer libro publicado por Vives Guerra en 1899.

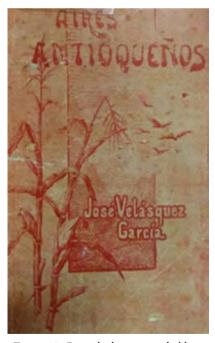


Figura 18. Carátula de su segundo libro, *Aires Antioqueños*.

Comienza el libro con una fotografía del autor, seguida de una sentida dedicatoria a su padre y al doctor Manuel Uribe Ángel:

Sr. Dr. Manuel Uribe Ángel.

Querido doctor:

Hoy, que dedico este pequeño libro a la venerada memoria de mi padre, permítame que asocie al modesto nombre de quien fue un humilde institutor, el nombre ilustre de quien es una lumbrera de la ciencia.

No extrañe Ud., pues, que en la primera página de Aires Antioqueños aparezcan juntos esos dos nombres, así como los llevo unidos en el alma; porque, según lo dije en otra ocasión, siempre en el fondo de mi mente se destaca, al lado de la huguiana figura del anciano vivo, la silueta pálida del anciano que murió.

El prólogo, a medio camino entre el humor y la augusta seriedad, es escrito por don Mariano Ospina Vásquez, hermano de Tulio, cofundador de la Academia Antioqueña de Historia, y de Pedro Nel, futuro presidente de la República, entre 1922 y 1926. Burlándose un poco, habla en el prólogo don Mariano de la explosión de creatividad literaria en la que había "caído" la capital antioqueña:

Nada común, casi alarmante, es la cosecha actual de escritores antioqueños. Hoy todos escribimos aquí, — "así sale ello" — y esto está al volverse, si ya no se volvió, una "Antioquia literaria" en forma cabal.

Y dije alarmante, porque es opinión de muchos que una tan inusitada actividad literaria es mal síntoma en la vida de un pueblo.

Más adelante, ya más en serio, llama a Vives Guerra "poeta popular" y dice de él:

Había ensayado él, con éxito vario, diversas maneras de poesía, había golpeado a la puerta de más de una escuela, sin fijarse en ninguna, cuando ahora (...) echose por el camino de lo regional, y produjo unas cuantas de las composiciones que hoy publica, en que se ve claro el propósito de hacerse poeta de Antioquia y para Antioquia.

Tenía razón don Mariano. Había acudido Vives Guerra, en algunas de sus anteriores poesías, incluso al modernismo. En Aires antioqueños, sin embargo, el más puro costumbrismo y el inevitable romanticismo de la época cubren como un manto la totalidad de las obras, 29 poemas.

En palabras de Vives Guerra (en su crónica "Del lenguaje popular"), la idea del libro surgió de una conversación con Jesús del Corral:

Cuando llegó a Colombia el primer libro del poeta español Vicente Medina, "Aires Murcianos", quienes éramos dados a los escarceos métricos lo leímos, lo releímos, y muchos le arrimamos el hombro a la tarea de imitar al sentido bardo peninsular.

Sin ir muy lejos, yo me resbalé hasta publicar un libro con el nombre de "Aires Antioqueños".

Fue mi fraternal amigo Jesús del Corral quien me metió por el aro de ese libro, allá en el año de 1900, y para incitarme a escribir líricamente en el lenguaje de los montañeros de Antioquia, echó sobre mi estro poético un alud de piropos que casi me hacen ruborizar (Vives Guerra, Crónicas 1994).

Sobre este libro, en la revista Lectura y Arte, número 1, de julio de 1903, se encuentra una crítica de José Montoya en la que ve en Vives Guerra la intención de "hacerse poeta de Antioquia y para Antioquia", movido, quizá, por la influencia del libro Aires Murcianos, de Vicente Medina, y resalta la deliberada evolución en la prosa del autor "hija del estudio y la reflexión" (Montoya 1901).

El tercer libro publicado por Vives Guerra en Medellín, quizá el más conocido de los tres, es Volanderas y Tal, editado por Imprenta Editorial, en 1911.

Dedica el autor el libro al doctor Luis Eduardo Villegas, jurisconsulto y escritor antioqueño. El prólogo, en esta ocasión, estuvo a cargo del escritor Gaspar Chaverra (seudónimo de Lucrecio Vélez Barrientos). En el prólogo, Chaverra alaba el arte de escribir de Vives Guerra quien, según sus palabras, "nunca escarba en los albañales", aludiendo a la limpieza de su lenguaje, y termina con un contundente "Un libro bueno como es éste de Julio Vives Guerra, es un esfuerzo civilizador y honrado que merece, lo repito, la remuneración y el aplauso" (Vives Guerra, Volanderas y tal 1911).

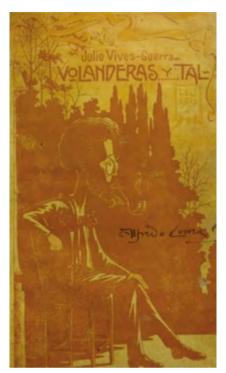


Figura 19. Carátula de *Volanderas y Tal*, publicado en 1911.

Está compuesto el libro por cincuenta y siete crónicas, constituyéndose en la primera obra del autor en dedicar completamente al género literario que lo consagraría nacionalmente, más tarde, en Bogotá.

Los otros tres libros de Vives Guerra no fueron escritos en Medellín. En particular, aunque *Gestas de la mi cibdad* fue publicado por la Imprenta Departamental de Antioquia apenas en 1963, Vives Guerra lo tenía en mente desde muy joven, cuando aún vivía en esta ciudad. Las primeras referencias³⁹ que hallamos sobre este libro suyo están en un poema que escribió para *El Nuevo Tiempo Literario*, en noviembre de 1912⁴⁰, y en una carta a Carlos E. Restrepo (en 1919), donde le contaba:

³⁹ La primera crónica con el epígrafe de *Gestas* apareció en el periódico *El Gráfico*, del 21 de octubre de 1916. Allí publicó la crónica *El voto del señor Conde*.

⁴⁰ Nos referimos al poema titulado *Gestas de la mi cibdad, los zapatos de oro* (fragmentos del poema "La condesa de Peztagua").

Yo por no ser menos, también voy a echar libro. Se llamará «Gestas de la mi cibdad» y lo constituirán las crónicas coloniales de la ciudad de Antioquia, que he venido escribiendo. Ya tengo publicadas en El Gráfico unas veinte...

¿No quisieras tú descender desde tu olimpo político, literario y tal y escribirme un prólogo? Eso para mí, fuera de la consiguiente honra, sería casi decisivo para la guita, porque hay por ahí unos cuantos tarambanas que tienen la debilidad de admirarte. ¿Hace? Si hace, me lo avisas, para yo darme el gran pisto con eso, y aureolar el libro.

También llevará éste un prólogo de Max Grillo. Tú verás si escoges más bien escribirme un epílogo, que es más original, y por serlo, resulta más sencillo⁴¹.

Vives Guerra, don Mirócletes y el filósofo de Otraparte

La historia que sigue, por hilarante que parezca, está ceñida a la verdad de las fuentes que hemos encontrado. Es una historia en la que ni Vives Guerra, ni Fernando González, el filósofo de Otraparte, son los protagonistas, pero sí actores principales. El protagonista, quien carga con el grueso de la trama es Mirócletes Durango, un abogado, posiblemente sopetranero.

Para conocer a Mirócletes Durango es necesario devolvernos a 1886, en la ciudad de Antioquia.

En el periódico *El Monitor*, de esa ciudad, número 14, del primero de febrero de 1886, se menciona por primera vez al protagonista de esta historia (25 de enero 1886):

25 de Enero.—Fromovidas por el señor Mirócletes Durango se celebraron executas en el templo de Nuestra Señora de Chiquin, 1 i en este dia, en sufragio de las almas de los que murióron el 25 de Enero de 1879 en esta ciudad en el levantamiento politico de esa fecha.

La función principió á las 10 a.m. con el can-

Figura 20. Aviso parroquial sobre Mirócletes Durango, en *El Monitor*.

⁴¹ Ver Anexo 2, Carta 1, 24 de septiembre de 1919.

Pocos meses después, en el número 21 del mismo periódico, vuelve a aparecer el personaje, ahora nombrado inspector de Policía (Empleados públicos 1896):

Empicados públicos. El 1º del corriente entró à desempedar el destino de Alcalde del Distrito el Sr. José María Aguilar, nombrado para el 2º periodo del año, y posteriormente tomó posesion el Sr. Mirócletes Durango del destino de Inspector de policia. Jóvenes ambos, ambos patriotas, activos y honrados, prometen mucho en su administración. El último dictó un decreto sobre varios asuntos de policía, decreto que como es natural ha causado alarma à los vagos, á los que viven en el abandono moral y á los que no les gusta el aseo ni la limpieza. Se hacía sentir ya una orden de esta clase, y como vemos en el señor Inspector firmeza y deseo de cumplir su deber, es seguro que no se quedará escrito. Como es natural la grita destemplada se ha levantado acompañada de insultos, brabatas y amenazas; y amenazas con Inspector. Es necesario despreciar tales sandeces; obrar derecho y esperar el resultado.

Figura 21. Mirócletes Durango se convierte en inspector de Policía.

Siete años después, en el número 13, del 15 de enero de 1893, empieza a publicarse en la prensa de la ciudad de Antioquia un aviso de Mirócletes Durango, ofreciendo sus servicios como abogado (El Instructor de Antioquia 1893):



Figura 22. Aviso de Mirócletes Durango en *El Instructor de Antioquia.*

Hasta este momento parece una historia de lo más ordinaria sobre un abogado de la ciudad de Antioquia. Sin embargo, al revisar algunas fuentes sobre las actividades de Vives Guerra en Medellín —y que ya contamos antes— nos enteramos de una dificultad que habían tenido Vives Guerra y Jesús del Corral con *El Cirirí*, el periódico que, como sabemos, publicaban juntos en la capital de la montaña.

Como se registró en páginas anteriores, *El Cirirí* fue multado el 22 de junio de 1897 con cincuenta pesos por "la publicación de 'sueltos' subversivos, con la pretensión de realizar un concierto a beneficio de los heridos cubanos durante la

confrontación con España, en los que tildaban al gobierno colombiano de 'neutralidad acomodaticia'³⁴².

La historia, bastante truculenta, se cuenta en el número 11, del 26 de junio de *El Cirirí*. Allí, además de publicar el decreto de la Gobernación con la multa (firmado por el gobernador Bonifacio Vélez), se cuenta sobre un bochornoso hecho ocurrido el domingo anterior:

El Auditor de Guerra.

Es inútil comentar los sucesos del domingo. Yá todos han lanzado su fallo contra Mirócletes Durango por su alevoso atentado. Esta sociedad, cristiana y culta como es, ha sentido algo como una desga rradura, al ver que en su seno se cometen tales atentados que, como es natural, dada la liliación política del agresor, quedarán impunes. Al fin tendremos qué emigrar todos y para esa emigración ofrecen Londoño Hormanes sus magníficas bestias de alquiler.

Figura. 23. Mirócletes Durango golpea a Jesús del Corral, a la salida de la misa dominical, según cuenta Vives Guerra en una de sus crónicas.

Efectivamente, ese domingo, Jesús del Corral había sido agredido en la calle por un funcionario gubernamental, Mirócletes Durango⁴³, lo que llevó a Vives Guerra a hacerse cargo él solo de la publicación de este número del periódico.

Al parecer la enemistad entre Mirócletes Durango y del Corral y Vives Guerra venía desde la Ciudad Madre y se debía, creemos, a rencillas políticas (Mirócletes era conservador, y Vives Guerra y del Corral, liberales).

Aunque con este bochornoso hecho desaparece de escena don Jesús del Corral, aún hay que decir un poco más de Durango y Vives Guerra. Esta historia, ya de por sí bastante enrevesada, da varias vueltas de tuerca más, prolongándose hasta el 31 de agosto de 2012, ciento quince años después, e incluye al último personaje: Fernando González.

⁴² En efecto, en *El Cirirí*, del Corral y Vives Guerra hacían oposición al gobierno de Miguel Antonio Caro, a quien se referían como 'presidente o dictador'.

⁴³ En ese momento, Durango ejercía el cargo de Auditor de Guerra.

A TODOS A consecuencia del brutal atentado de que fué víctima micorredactor Jesús del Corral, no figura conmigo en este númere. Todo lo que aparezca escrito sin firma, es de mi pluma, y de ello respondo ante el Gobierno y ante los particulares. José Delásquez Garcia.

Figura 24. Vives Guerra se hace cargo de *El Cirirí*, mientras su amigo del Corral se repone de la golpiza recibida.

En 1932, Fernando González publicó en París *Don Mirócletes*. Es una novela, y en ella, el padre del protagonista se llama Mirócletes, pero no Durango, sino Fernández. Sin embargo...

En el periódico *El Colombiano*, del 31 de agosto de 2012, hay un artículo de Ernesto Ochoa, titulado "Don Mirócletes". En él, el periodista nos explica que el Mirócletes de la realidad (Durango) y el de la novela de Fernando González (Fernández) podrían corresponder en parte a la misma persona, o que el primero sirvió de modelo para el segundo (Ochoa, Don Mirócletes 2012):

En efecto, en la libreta diario de Fernando González correspondiente al año de 1931⁴⁴, aparece mencionado Mirócletes Durango como inspiración del personaje de la novela.

⁴⁴ Cuyo acceso generoso nos ha permitido don Gustavo Restrepo Villa, director ejecutivo de la *Corporación Otraparte*.

Pero el abogado Durango Ruiz, bien conocido en los estrados judiciales durante su existencia, no pasó a la historia por esta demanda todavía viva, sino porque su nombre se hizo famoso en la obra "Don Mirócletes" de Fernando González. En ella aparece como Mirócletes Fernández, papá de Manuelito, personaje central de la novela, pero repasando la libreta-diario del escritor envigadeño de ese año de 1931, queda claro, porque lo menciona con nombre y apellido, que la inspiración fue el abogado Mirócletes, cuya vida, agonía y muerte narra González, por esos días juez de circuito de Medellín.

La figura y la vida de *Mirócletes Durango* eran bien conocidas en el ámbito jurídico del Medellín. Y, por lo que se adivina, el escritor le era cercano: "Lo conocí rico, difamado por todos y buscado por todos... Decían que era ladrón, y le buscaban después; decían que era asesino, y le llamaban doctor y bajaban los ojos en su presencia".

Cuenta el novelista que don Mirócletes nació en Sopetrán, fue llevado joven, pobre y enfermo a la ciudad de Antioquia, allí consiguió dinero, se enamoró de una señorita distinguida, el papá de ella se opuso y un día fue asesinado al frente del almacén del pretendiente, a quien acusaron del asesinato. Estuvo preso y fue absuelto. "Se graduó de abogado en la cárcel, que es el mejor maestro para esto, en lucha contra la sociedad toda".

Figura 25. Artículo de Ernesto Ochoa, en El Colombiano, sobre don Mirócletes.

Por si esta historia no tuviera ya suficientes vueltas, debemos agregar que el artículo del periodista de *El Colombiano* no fue bien recibido por los descendientes del abogado Durango, quienes protestaron por el artículo, lo que llevó al periodista a hacer una distinción clara entre el personaje de la novela y el abogado de la vida real⁴⁵.

La historia bien podría terminar aquí. Sin embargo, gracias a informes de don Gustavo Restrepo Villa, director ejecutivo de la Corporación Otraparte, se sabe que, además, hubo una relación particular entre Vives Guerra y Fernando González⁴⁶. Lo cuenta así don Gustavo: "Adjunto además otros documentos de nuestro archivo en los que se menciona a Julio Vives Guerra, un personaje muy importante en la vida de Fernando González, pues fue el primero en publicarlo y en mencionarlo en la prensa (...)"

En el mismo correo nos envió, entre otras cosas, el boletín 137 de la Corporación Otraparte, de abril de 2017, en el que se cuenta de la celebración de los 100 años de la publicación de *Pensamientos de un viejo*. En ese boletín aparece el

⁴⁵ Aunque no tiene que ver con esta historia, vale la pena agregar que esta familia se hizo famosa en el año 2021 (y asunto que motivó el artículo en mención), por haber demandado al Estado colombiano hace más de medio siglo, reclamando terrenos ubicados en once municipios del oriente de Antioquia. La demanda se hacía por 594 billones de pesos.

⁴⁶ En correo electrónico personal.

siguiente suelto de Vives Guerra en el periódico *El Sol*, del que era redactor principal, por allá en 1914, con motivo de la publicación de los primeros artículos de Fernando González en ese medio:

Notas de prensa sobre la aparición de Pensamientos de un viejo

En los principales periódicos de la República se están reproduciendo las crónicas que bajo el título general "Desde mi Tinglado", ha venido publicando en El Sel nuestro colaborador D. Fernando González.

Como algunas personas que han admirado estas crónicas reveladoras de un talento ágil y de un espíritu vibrante, nos han preguntado por su autor, les informamos que el Sr. González es un joven de unos diez y siete o diez y ocho años, que vive en su finca de Envigado entregado al estudio.

Para nosotros es sobremodo honroso que un colaborador a quien de veras estimamos y admiramos, como el Sr. González, tenga la aceptación que merece en el mundo de las letras, y al felicitarlo, les damos las gracias a los colegas dichos, por la constante reproducción que de aquellas crónicas hacen, aunque, quizás por olvido, han suprimido en ellas el título general, reproduciéndolas sólo con el subtítulo.

Julio Vives Guerra

Figura 26. Vives Guerra sobre Fernando González, en el periódico El Sol^{‡7}.

El mismo Fernando González, de su puño y letra, deja registrado el papel de Vives Guerra en la promoción de su nombre, desde 1914:

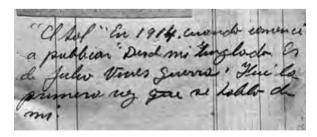


Figura 27. Fernando González reconoce en nota manuscrita el papel desempeñado por Vives Guerra en los comienzos de su carrera literaria.

⁴⁷ En una crónica muy posterior, "La historia anecdótica", el mismo Vives Guerra recuerda su papel en la promoción de la obra de Fernando González, antes de la aparición de su primer libro.

Y en la página de la Corporación Otraparte (Boletín 111, diciembre 26 de 2012), aparece la siguiente aclaración del periodista Ernesto Ochoa, después de reproducir su artículo de *El Colombiano*:

El otro Mirócletes

Por Ernesto Ochoa Moreno

En mi columna del pasado primero de septiembre afirmé que Fernando González se había inspirado en Mirócletes Durango Ortiz, fallecido en 1931, para escribir la novela Don Mirócletes, publicada en 1932, en la que el personaje que da título a la obra se llama Mirócletes Fernández, padre de Manuelito Fernández, heterónimo del escritor y personaje central de la novela. Trascribí, por lo demás, algunos apartes de dicha novela sobre la vida del mencionado Mirócletes, así como un retrato de éste que me pareció de interés literario.

Como no advertí expresamente la diferencia entre el Mirócletes de la fantasía, personaje creado por Fernando González, y el Mirócletes histórico, que fue bien conocido y respetado en la sociedad de su época, pudo haber quedado la sensación de que lo dicho en la novela tenía características biográficas. Lo que, por supuesto, no dije yo en mi columna ni se deduce del hecho de que en la libreta-diario de 1931 del autor envigadeño aparezcan apuntes sobre el doctor Durango, junto con observaciones, notas y párrafos del borrador de la novela

Figura 28. Aclaración de Ochoa en *El Colombiano*, a petición de la familia de Mirócletes Durango (Ochoa, El otro Mirócletes 2012).

Vives Guerra abandona Medellín

Así, entre revistas, periódicos, poemas, crónicas, una familia formada y diferentes empleos con los que logró sobrevivir durante 20 años, transcurrieron los días de Julio Vives Guerra en Medellín. Finalmente, en 1915, un golpe fatal lo llevó a tomar la decisión de abandonar esta ciudad para trasladarse, en un viaje que él no sabía sin retorno, a la capital de la República⁴⁸. Él mismo nos cuenta la razón de su decisión, en tristísimos versos que envió a León Zafir⁴⁹, fechados en no-

⁴⁸ No tenemos evidencia de que Vives Guerra hubiera vivido en Bogotá en épocas anteriores al año 1915. Sin embargo, la duda al respecto persiste pues en 1909 firma en esa ciudad su crónica "La mejor natilla" que publicó en el diario bogotano *El Heraldo*.

⁴⁹ Seudónimo del poeta antioqueño Pablo Emilio Restrepo López.

viembre de 1932⁵⁰, y publicados en el periódico *El Diario*, de Pereira, el 10 de diciembre del mismo año, junto con la respuesta de Zafir. Versificaba así su dolor Vives Guerra:

Yo también soy de allá don Zafiro, y acá a la sabana me vine con pena porque mi muchacho que con Dios se encuentra se murió, y entonces, a yo y a mi vieja nos entraron flatos y nos dio tristeza de estar viendo siempre la pobre casita onde mi muchacho se murió, la escuela onde él aprendía y la sepoltura que tiene su nombre marcao en la piedra.

Y por eso, don Lión, nos vinimos de aquella montaña tan verde y tan buena onde yo y mi mujer nos casamos, onde un día nacimos yo y ella, onde están enterraos mis padres y onde quiero estar yo cuando muera! Y ya ve, don Zafiro, las malas: pacá nos vinimos, y también mi vieja, sin yo percatarme, una mañanita se me fue quedando muertecita... muerta! Lo último que dijo ¡pobrecita mía! fue: —Voy a morirme sin ver más mi tierra, sin ver mis montañas, y la sepoltura de mi muchachito sin volver a verla.⁵¹

^{50 &}quot;De Julio Vives Guerra, a quien no conocí personalmente, guardo como oro en paño una amable y bondadosa correspondencia epistolar, que el ilustre e ilustrado hombre de letras inició generosamente desde Bogotá, para estimularme cariñosamente, con la epístola folclórica en verso que copio a continuación y que está fechada en la capital de Colombia a los 16 días del mes de noviembre de 1.932", dice Zafir antes de compartir estos versos de Vives Guerra.

^{51 (}El Diario 1932).

Vives Guerra había contraído nupcias con Adelina Tamayo Restrepo⁵², y de su unión habían nacido sus dos únicos hijos: Leticia, quien acompañó y fue soporte para su padre en los días más aciagos de su vida⁵³, y Gilberto, quien falleció el 22 de junio de 1915. Fue, pues, esa trágica muerte del hijo lo que llevó a la pareja Velásquez Tamayo a trasladarse a Bogotá, huyendo de lugares y recuerdos dolorosos.

Un año después de la muerte del niño, cuando ya Vives Guerra vivía en Bogotá, el periódico *El Tiempo*, en nota conmemorativa, registraba el hecho de la siguiente manera:



Figura 29. Artículo del periódico *El Tiempo*, del 27 de junio de 1916, en el que se conmemora la muerte del niño Gilberto Velásquez Tamayo, hijo de Vives Guerra. El artículo incluye una fotografía del niño.

⁵² En el primer libro de Vives Guerra, *Prosa y Verso*, hay un poema con el título "Adelina", fechado en 1897, que, suponemos, se refiere a quien más tarde, en fecha que no nos ha sido posible precisar, sería su esposa.

⁵³ Leticia casó en Bogotá con el antioqueño Jorge Posada Cano, con quien tuvo descendencia.

Qué edad tenía el niño es un dato que aún no logramos confirmar⁵⁴. Tampoco cómo es que a su tierna edad estaba ya en capacidad de traducir del francés, aunque adivinamos la mano de su padre en ello.

Vives Guerra en el exterior

Si la trayectoria literaria de Vives Guerra es poco conocida en Colombia, menos aun lo es su producción más allá de nuestras fronteras. Sin embargo, hurgando aquí y allá, nos ha sido posible rastrear publicaciones suyas en revistas de Chile, Argentina, España y Costa Rica.

En la revista *La Bohemia*, de Valparaíso, número 3, del 16 de noviembre de 1901, publicó el cuento "Valiska", el cual había sido publicado originalmente en la revista antioqueña *La Bohemia Alegre*, de febrero de 1896.

El primer número de la revista *La Bohemia*, seminario artístico, literario y de actualidades, apareció el 2 de noviembre de 1901. La revista era dirigida por Pedro Müller C. En el sitio web de la Biblioteca Nacional de Chile se encuentran cuatro números digitalizados (Biblioteca Nacional Digital de Chile s.f.).



Figura 30. Carátula del número 3 de *La Bohemia*, número en el que aparece el cuento "Valiska".

⁵⁴ El sitio web de genealogías https://www.genealogiasdecolombia.co registra su nacimiento en 1902.

En la revista *Caras y Caretas*, de Buenos Aires (Argentina), Vives Guerra publicó dos veces. Esta emblemática revista fue fundada por Eustaquio Pellicer y José Sixto Álvarez en 1898⁵⁵, "editada entre 1898 y 1939, fue una de las más importantes revistas nacionales de la época" (Archivo General de la Nación Argentina s.f.).

Primero, en el número 1051, del 23 de noviembre de 1918, página 118, publicó "Pa qué harán las guerras" (España, Hemeroteca digital s.f.), el cual transcribimos aquí:

¿Pa qué harán las guerras?

¡Qué frío tá haciendo! ¡Sí que hay escurana!
¡Qué noche tan negra!
¡Hijue Dios! ¡Sí que me pitan las balas!
¡Si mi pobre viejecita me viera
temblando de frío,
tan desalentao, con la boca seca,
con un hambre que pinta cocuyos
y una jiebre que cuasi me quema
calzando este rifle
y rumbando bala, sin saber siquiera
ni an quién me ha traído
ni tampoco por qué es la pelea!...
¡A bueno una agüita! ¡Valiente sé tengo!
¿Pa qué harán las guerras?

Si acaso me matan,
decile a mi madre que viva contenta,
que morí confesao y rezando
y que nunca sentí terronera.
Allá en mi casita, junto a la quebrada,
estará mi vieja
rezando a la virgen pa que no me maten
y que pronto güelva...

⁵⁵ Pellicer la había fundado, inicialmente, en Montevideo (Uruguay), en 1890; en 1898 se trasladó a Buenos Aires por invitación de Bartolomé Mitre y Vedia y refundó la revista en su versión argentina (Archivo General de la Nación Argentina s.f.).

⁵⁶ En la revista lo registran como hondureño.

¡Probe mi mamita! está muy enjerma, y yo, en vez de asestila, peliando!... ¿Pa qué harán las guerras?

Ay, ¡Dios mío! me dieron... ¡cogeme!
¡Se me tán vaciando todas las alterias!
Afijate, por Dios... Me mataron...
¡Virgen de la Cueva!
decile a mi madre, si por un acaso
golvés a mi tierra,
que no sufra por yo, que no llore,
que tenga paciencia,
que le rece a la Virgen del Carmen
pa que mi alma pronto salga de penas!...
Llevale a mi madre este escapulario...
¡Mamita!... me muero... ¡Tan pobre mi vieja!...
¡Ora que yo jalte se morirá de hambre!...
¡Pa qué harán las guerras!

Después, en el número 1872, del 18 de agosto de 1934, página 48, publicó, en *Anecdotario colombiano*, "Luis Zea Uribe". En esta crónica cuenta de la vida de este médico y político antioqueño, incluyendo la pintoresca anécdota de cómo lo conoció a la edad de seis años, en la escuela que el padre de Vives Guerra dirigía en Titiribí (Antioquia), en 1880.



Figura 31. Crónica de Vives Guerra en *Caras y caretas*, 1934.

En la revista Hojas selectas, de la Biblioteca Salvat, de Barcelona (España), publicó, también, dos veces. Esta revista fue fundada por Pablo Salvat. Subtitulada como "revista para todos", tenía periodicidad mensual y tuvo amplia acogida en toda Hispanoamérica (España, Hemeroteca Digital s.f.).



Figura 32. Detalle de la revista *Hojas Selectas*.

Primero, en el número 109, de 1911, página 65, publicó "El castillo de la sangre azul" (dedicado al negro Cano), con dibujo de Gaspar Camps⁵⁷:



Figura 33. "El castillo de la sangre azul", en Hojas selectas, 1911.

⁵⁷ Pintor, ilustrador y dibujante publicitario barcelonés (Historia s.f.).

Luego, en la página 18 del número 157, de 1915, publicó "La balada de los conquistadores", con dos dibujos de A. Gual⁵⁸.



Figura 34. "La balada de los conquistadores", en *Hojas selectas*, 1915.

Apuntes fue una revista costarricense de temas variados, dirigida por Elías Jiménez Rojas, en la que colaboraron intelectuales de la época y que circuló entre 1931 y 1944 (Sistema Nacional de Bibliotecas de Costa Rica s.f.). En ella, además de Vives Guerra, publicaron otros autores colombianos como Luis López de Mesa y Baldomero Sanín Cano.

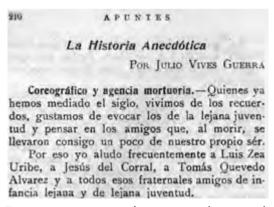


Figura 35. *La Historia Anecdótica*, conjunto de crónicas de Vives Guerra en *Apuntes*, revista costarricense.

⁵⁸ Debe tratarse del dramaturgo Adrià Gual, quien "trabajó en su juventud en el taller de litografía de su padre y se formó como dibujante y pintor en la academia de Pedro Borrell del Caso" (Fernández, *Biografía de Adriá Gual* 2004).

En esta revista, en varias ocasiones publicó Vives Guerra una serie de crónicas bajo el nombre genérico de La historia anecdótica⁵⁹, extraídas, muchas de ellas, de sus crónicas publicadas a través de los años en diferentes periódicos de la capital colombiana, especialmente en El Tiempo. La serie comenzó en el tomo 32, del 30 de septiembre de 1937, y se prolongó hasta 1942.

En el primer ejemplar, el conjunto de crónicas consistía en las siguientes: "Denominación aritmética", "Por las ánimas benditas", "El poeta zig-zag", "Andares decisivos", "Una que no entendía", "Una lección de urbanidad", "O compadre o muerto" y "Un pero bien puesto".

En el tomo 33, del 30 de noviembre de 1937, publicó otro conjunto compuesto por "Coreográfico y agencia mortuoria", "Cosas de Soto Borda", "Una caja de colores", "Un quijotismo de José Eustasio", "Un rasgo de Vergara y Vergara", "Apotegma jurídico", "Un curso singular" y "Las travesuras de Rodríguez Moya".

En el número 34, del 15 de marzo de 1938, encontramos: "Un negrito y un enclenque", "Las coplas políticas", "Un empleo para gentuza", "El naufragio del 'Nocturno", "De Juan José Botero", "La tristeza de dos poetas", "Los dos siglos".

En el número correspondiente al 30 de junio de 1938 aparecen: "Un refrán trunco" (referida a su amigo Jesús del Corral), "El corazón de Diego Uribe", "De cómo se hacían 'los chispazos'", "Una aurora triste", "Bolívar juzgado por Lamartine", "El último abencerraje", "Una excusa peregrina" y "Negocios y negociantes".

En el tomo 36, de septiembre de 1938: "El café huérfano", "¡Un momento!", "Los matachistes", "Un sonetino improvisado", "De G. G. G." y "El Cristo y el puñal". (Vives Guerra, La historia anecdótica 1937)60.

⁵⁹ Nombre que luego cambió a Anecdotario de Julio Vives Guerra, mismo nombre usado en El Tiempo.

⁶⁰ Todos los ejemplares se pueden encontrar en el sitio web https://www.sinabi.go.cr/biblioteca%20digital/revistas/Apuntes.aspx

Segunda Parte

Obra dispersa

Palabras preliminares

En las páginas que siguen registramos las transcripciones de ciento catorce obras escritas por Julio Vives Guerra, publicadas todas entre agosto de 1895 y noviembre de 1914, tiempo durante el cual su vida transcurrió en la ciudad de Medellín. Rastreamos y hallamos estas producciones en una búsqueda por diferentes repositorios, tanto físicos como digitales, tal como se dijo antes. No nos cabe duda, en todo caso, de que la producción literaria de Julio Vives Guerra mientras vivió en Medellín es mucho mayor que la aquí consignada. Seguramente una búsqueda más minuciosa lograría engrosar en buena medida este centenar y poco más de obras de las que nos ocupamos aquí.

La producción que se transcribe a continuación se encuentra dispersa en trece diferentes publicaciones seriadas nacionales y en cuatro del exterior, como se muestra en el siguiente cuadro⁶¹:

Título de la publicación	Lugar de publicación	Obras publicadas
La Bohemio Alegre	Medellín	10
La Miscelánea	Medellín	23
El Repertorio	Medellín	6
El Nuevo Tiempo Literario	Bogotá	11
El Cirirí	Medellín	3
El Heraldo	Bogotá	3
El Medellín	Medellín	2

⁶¹ Incluimos en este cuadro las obras encontradas en revistas de otros países. Aunque ellas no se transcriben en esta sección, sí fueron mencionadas en páginas anteriores, al final de la primera parte de este libro.

Título de la publicación	Lugar de publicación	Obras publicadas
El Cascabel	Medellín	1
Lectura y Arte	Medellín	2
Pierrot	Medellín	3
Alpha	Medellín	13
El Correo del Valle	Cali	12
El Sol	Medellín	11
Lo Bohemio	Valparaíso (Chile)	1
Caras y Caretas	Buenos Aires (Argentina)	2
Hojas Selectas	Barcelona (España)	2
Apuntes	San José (Costa Rica)	5

Tabla 2. La obra dispersa de Vives Guerra, clasificada de acuerdo con la publicación seriada en la que aparece.

La producción que se transcribe en las siguientes páginas se encuentra dispersa en quince diferentes publicaciones seriadas nacionales y en cuatro del exterior.

Sin pretender un análisis exhaustivo, es posible clasificar las obras de Vives Guerra en este período (1895-1915) en tres diferentes géneros: poesía, cuadros y cuentos y crónica periodística. La siguiente tabla muestra la cantidad de obras publicadas por él, en cada uno de esos géneros:

Poesías	52
Cuadros y cuentos	23
Crónicas	35

Tabla 3. Clasificación de la obra dispersa de Vives Guerra, según el género literario.

La clasificación de las obras como cuentos o cuadros (de costumbres) es problemática, pues diversos autores difieren en las definiciones de tales géneros narrativos. Para superar esta dificultad, hemos acudido a la definición más o menos clásica del cuadro como un relato que "enmarca una escena cerrada, con su propia coherencia: una escena que se autocontextualiza, una escena autónoma" (Naranjo Mesa, El relato en Antioquia, 1890-1910 2015) y decidido agruparlos junto a sus cuentos.

De acuerdo con la tabla anterior, la obra de Vives Guerra, en sus primeros veinte años de producción literaria, está consagrada, mayormente, a la poesía. No nos creemos competentes para emitir juicios estrictamente de crítica literaria sobre su obra poética, y no lo haremos; sin embargo, basta una lectura atenta para percatarse de la enorme calidad de su poesía, que discurrió por diferentes corrientes en boga en su época, como el romanticismo tardío o el costumbrismo.

El cambio de residencia de Medellín a Bogotá fue un punto de inflexión para Vives Guerra, tanto en lo personal como en lo literario. Sin repetir aquí los motivos de su decisión de marcharse, nos parece que, en cierta forma, "Julio" se convirtió en "don Julio" en ese momento. Al irse de Medellín con su esposa tenía 38 años, un adulto aún joven. La tristeza —ese doloroso impulso vital que lo llevó a tomar la decisión de marcharse— afectó tanto su vida personal e íntima como, creemos, su producción literaria. En Bogotá, Julio Vives Guerra era otro, un adulto viejo, podría decirse. Nos parece que su carácter aparentemente huraño (tal como lo retratan varios de sus biógrafos, quienes lo conocieron ya mayor en la capital de la República) reemplazó al jovial Vives Guerra que abandonaba Medellín. Ocurrió lo mismo con su escritura que, aunque siguió siendo humorística, en Bogotá adquirió tintes diferentes: casi abandonó la poesía y el cuento para dedicarse de lleno a la crónica periodística, el género que le daría reconocimiento en la historia de la literatura colombiana.

Como se advirtió, la investigación realizada y registrada aquí se ocupa de su literatura mientras vivió en Medellín. Sobre su larga trayectoria periodística y literaria en Bogotá habrá mucho que decir. Basta con recordar que durante más de treinta años escribió casi diariamente crónicas para diversas revistas y periódicos de esa ciudad. El mismo Vives Guerra habla de "más de cincuenta mil" artículos escritos durante su vida (Buitrago 1994). Como podrá imaginarse el lector, el trabajo de recuperación de una obra de semejante magnitud requiere tiempo y un esfuerzo inmenso que, de hacerse (y debería hacerse), nos acercaría al cumplimiento del objetivo expresado por sus descendientes en el prólogo de Crónicas: la publicación de sus obras completas. Por el momento, vale la pena dejar constancia de que la tarea ya ha sido comenzada: además de su trabajo incluido en esta obra, hemos recopilado ya más de ciento cincuenta de sus crónicas publicadas por él en El Tiempo, entre el 9 de julio de 1938 ("Los colores de la bandera") y el 26 de marzo de 1939 ("La leyenda del nombre").

La columna que publicó en *El Tiempo* tenía por nombre *Anecdotario de Julio Vives Guerra*. La escribió, al parecer, hasta el 9 de septiembre de 1946 ("Los sáficos de las tres gees")⁶². Por lo que nos ha sido posible averiguar, Vives Guerra comenzó la publicación de su columna en *El Tiempo* el 9 de julio de 1938. La columna aparecía habitualmente en la página 14, acompañada, por lo regular, de las columnas *Hace 25 años* y *Buenos días*, ambas de Federico Rivas Aldana (con el seudónimo de Fray-lejón)⁶³.

Nota: En las transcripciones de la obra de Vives Guerra, que presentamos a continuación, hemos optado por conservar, en lo posible, los giros gramaticales y ortográficos de los originales. Comprendemos que esto puede chocar a algunos lectores, pero esperamos su comprensión. Las diferencias con los usos actuales son más visibles, especialmente en lo que tiene que ver con la ausencia, o no, de la apertura de signos de exclamación y de interrogación, y en el uso, un poco irregular, de las tildes.

⁶² Casi ciego y con problemas cardiovasculares, dejó de escribir por recomendación médica.

⁶³ Rivas Aldana colaboró con el diario *El Tiempo*, en el que escribió durante más de treinta años, con las columnas ya citadas, con otra columna llamada *Buenos días* y con un crucigrama que le dio amplio reconocimiento nacional. En el libro *Crónicas* aparece una semblanza biográfica suya, de Vives Guerra.

La Miscelánea

Sin duda es *La Miscelánea, revista literaria y científica*, la publicación de mayor aliento entre las revistas culturales de fines del siglo XIX y principios del XX en Medellín. Con altibajos se publicó desde 1886 hasta 1914, bajo la dirección de don Juan José Molina, primero, y de don Carlos A. Molina, su hijo, después. Dio *La Miscelánea* la oportunidad a muchos intelectuales antioqueños de publicar en sus páginas: Rafael Uribe Uribe, Tomás Carrasquilla, Pedro Nel y Tulio Ospina, Efe Gómez, Francisco de Paula Rendón, Alejandro Vélez Barrientos, Samuel Velásquez; la lista es larga.

Juan José Molina, fundador de la revista, fue un gran impulsor de la cultura literaria en Antioquia, además de ser él mismo un prolífico escritor. Fue autor, entre otros textos, de una antología de literatura antioqueña a la que tituló *Antioquia Literaria*, publicada, según Tomás Carrasquilla, en 1872, y de un *Ensayo de Literatura y de Moral*, publicado en 1886. *La Miscelánea* había desaparecido en 1888, pero reapareció a fines de 1894 bajo la dirección de Carlos A. Molina, con la misma intención con la que la había fundado su padre: publicar textos de autores antioqueños y, de ese modo, fomentar la literatura en esta comarca. Fiel a la tarea de impulsar la literatura en Antioquia, *La Miscelánea* realizó en 1897 su primer concurso de relato, en el que fueron jurados Carlos E. Restrepo, Francisco de Paula Muñoz y Fidel Cano, y en el que resultaron ganadoras las novelas *Madre*, del poeta y pintor Samuel Velásquez, y *Ernesto*, de José A. Gaviria (Naranjo Mesa, *El relato en Antioquia, 1890-1910* 2015).

Es La Miscelánea la publicación en la que más obras de Vives Guerra hemos hallado y recuperado: veintitrés, publicadas durante un período de diez años. Fue en esta revista donde encontramos "Sermón perdido", la primera obra publicada por Vives Guerra, en agosto de 1895. (No es esta la primera obra publicada por Vives Guerra, sino la primera que hallamos. La primera, vale la pena recordarlo, fue "Acuarela Medioeval", publicada en El Esfuerzo.) Su última publicación en La Miscelánea fue el cuadro "El árbol de la mala sombra", que apareció en marzo de 1905.

Título	Fecha	Género
Sermón Perdido	Agosto de 1895	Poesía
En el cielo	Septiembre de 1895	Poesía
Al dr. Uribe Ángel	Noviembre de 1895	Poesía
Helechos	Enero de 1896	Poesía
Lo serenata	Abril de 1896	Poesía
La canción del peral	Octubre de 1896	Poesía
¡Los dos!	Enero de 1897	Poesía
Sonetos antioqueños II - La montañera	Abril de 1897	Poesía
Sonetos antioqueños III - La riña	Agosto de 1897	Poesía
Fuego y agua	Febrero de 1898	Poesía
La canción de la luz	Marzo de 1898	Poesía
En el anfiteatro	Agosto de 1898	Poesía
Sonetos antioqueños IV-El velorio	Noviembre de 1898	Poesía
El toro viejo	Febrero de 1899	Poesía
En el calvario	Marzo de 1899	Poesía
Por Cano	Abril de 1899	Poesía
Sebastián Mejía V.	Octubre de 1899	Crónica
Pa morime sola	Mayo de 1901	Poesía
La madre del señor obispo	Abril de 1903	Cuadro
Volanderas	Abril de 1903	Crónica
Quo Vadis	Septiembre de 1903	Poesía
Sonámbula	Febrero de 1905	Poesía
El árbol de lo mala sombra	1905	Cuadro

Tabla 4. La obra de Vives Guerra en La Miscelánea.

Sermón perdido (Agosto de 1895)

Al señor Carlos A. Molina

El sermón empezó, y el sacerdote con místico entusiasmo —lleno de amor divino— predicaba contra el amor humano. Desde el reclinatorio de ébano y de raso, escuchaba mi rubia soñadora con la sonrisa entre los rojos labios.

"Evitad ese amor, hermanos míos", el sacerdote sin cesar clamaba, "; huid de esa pasión, que es en el mundo un cáncer de las almas! ¡Huid de esa pasión que nos sepulta en las eternas llamas!" Entonces ella me miró, y la risa entre sus labios de carmín jugaba.

¡Bello estaba el sermón! El sacerdote contra el terreno amor lanzaba flechas: nombró a Sansón y al "Sabio de los sabios" y nombró al Rey-profeta. Nombró por fin a todos los que amaron con el amor profano de la tierra... Ella —siempre sonriendo— me miraba apasionada y tierna.

Ya la noche caía. El sacerdote su sermón terminó; apagaron las luces; solitarios nos quedamos los dos. Llegose a mí la rubia de mis sueños y me dijo al oído con pasión: "Habló contra el amor porque no sabe amar como tú y yo".

En el cielo (Septiembre de 1895)

I

—¡Señor, soy Efraím! La amada mía, la angelical María al tiempo de expirar, con voz doliente me dijo así: "¡Te espero allá en el Cielo!" Y después... se nubló su blanca frente, su alma batió las alas suavemente y hacia vos dirigió su blando vuelo.

¿No recordáis quién es? Mi virgen bella, mi María, la virgen caucana, pura como la luz de la mañana; la de los negros ojos con fulgores de estrella; la de los labios rojos... la que me amaba tanto ¡que la mató el amor... mi ausencia... el llanto! III

El río Moro arrulló nuestros amores. y agradecido yo, pulsé mi lira uy le arranqué dulcísimos rumores, Tan tiernos cual los plácidos susurros Del aura flébil que en los huertos gira Y al robar los perfumes a las flores En las corolas trémulas suspira.

¡Mucho la amé, que en mi proscrita raza todos amamos como nadie ha amado! Por amor a los hombres murió crucificado vuestro hijo, aquel mártir de Judea... ¡Mucho la amé, Señor, porque sentía que por mis venas con ardor corría la sangre de Jesús de Galilea!

Soy Efraím, ¡Señor! La amada mía, Al lanzar el suspiro postrimero Me dijo desde el lecho de agonía: "¡Para el Cielo te cito... allá te espero...!" ¿En dónde está mi angelical María?

II

—Está, le dijo Dios, con las que amaron Y que fueron amadas en el mundo Con amor tan profundo Que las alas del tiempo no borraron. Búscala y sé feliz, ya que en la tierra Tantos años lloraste sin consuelo: ¡El que vivió en el mundo en cruda guerra encontrará la paz aquí en el Cielo!

Entró Efraím repleto de alegría a la feliz mansión en donde mora la pléyade brillante de amadas inmortales que en el mundo vivirán mientras haya poesía, mientras palpite con ardor profundo sensible un corazón en pecho amante!

Coronadas de soles, envueltas en fulgentes arreboles, allí estaban... Beatriz, —sueño del Dante; julieta, la amorosa veneciana, la que, al primer fulgor de la mañana, "No te vayas, Romeo, repetía, que no canta la alondra todavía"; Graciela soñadora, la pálida Leonora, y entre todas, la cándida María!

—¡Mi amor, mi virgen pálida!
¡Recuerdas? En la tierra me dejaste
como santo legado
tus cartas que de lágrimas bañaste,
tu cabellera negra cual las alas
del ave que lanzaba sus graznidos
sobre la luz de tu sepulcro helado,
tus despojos queridos
y tu recuerdo triste y adorado.

A tu sepulcro fui, y arrodillado sobre su fría losa, apoyada en su cruz mi frente mustia, lloré mi pena amarga y espantosa, y al través de mi llanto y de mi angustia ¡me pareció mi vida débil bajel en mar enfurecida!

Lloraba sin consuelo
cuando oí de repente
un graznido estridente,
y vi que el ave negra
apagaba su vuelo
sobre la cruz de tu sepulcro frío,
y vertiendo a raudales triste llanto,
temblando de pavor hui, bien mío,
apenas murmurando una plegaria
mientras el ave su agorero canto
hizo repercutir de monte en monte,
"¡Y atravesé la pampa solitaria
cuyo vasto horizonte
la noche ennegrecía con su manto!"

V

Hablaron de su amor, de aquella ausencia, de aquel adiós sombrío, de aquellos dulces sueños de inocencia, de aquel sepulcro frío...

De su tierna pasión en el exceso sus bocas se juntaron...
al ruido de ese beso las arpas celestiales
—pulsadas por los ángeles— vibraron; las bellas heroínas de los castos amores inmortales entreabriendo sus bocas purpurinas hicieron resonar cantos nupciales.

.....

Las estrellas vertían sobre los dos sus puros resplandores, y al derramar su brillo, confundían con sus vivos fulgores el fulgor de ese amor siempre radiante, mientras henchidos de amoroso anhelo ¡celebraron sus bodas en el cielo la novia eterna y el eterno amante!

Al Dr. Uribe A. (Noviembre de 1895)

Siempre la caridad tu planta guía; en tu vasto cerebro sólo se anidan pensamientos grandes, y hay en tu corazón santos anhelos de hacer el bien a todos los que sufren y lloran sin consuelo. La santa caridad guía tus pasos, y llevas en el pecho una antorcha encendida en el sagrado fuego que ardió en el corazón de San Vicente, que ardió en el corazón de Borromeo.

Las canas que circundan esa frente como blanca aureola han brotado al calor de pensamientos cuya luz bienhechora dulcemente ilumina al que ríe, al que llora, al que habita en espléndido palacio, al que vegeta en miserable choza: La nieve de la vida tu cabeza corona, ; pero en el fondo de tu gran cerebro resplandece la aurora!

Helechos ⁶⁴ (Enero de 1896)

"Nada tengo en el cerebro, nos decía; cuando muera abridme el cráneo y veréis que sólo guarda pavesas. Mis versos siempre están tristes, porque son mis compañeras, la nostalgia, que asesina, la neurosis, que envenena!"

Henchido de desengaños murió aquel pobre poeta, aquél de los versos tristes, aquél de las rimas negras. Años después, cuando abrimos su sepultura modesta, salió volando del fondo de aquella tumba entreabierta una alondra, que al posarse en el borde de la huesa, entonó en alegres trinos un canto de primavera. Era la última estrofa del neurótico poeta, aquél de los versos tristes, aquél de las rimas negras!

¿Qué encontrarán si algún día llegan a romper mi huesa? ¡Tal vez un búho que entone melancólicas querellas, mientras fúnebre se posa sobre mi tumba entreabierta! ¡Tal vez surgirá una alondra con cantos de primavera, cual la que salió volando de la tumba del poeta, aquél de los versos tristes, aquél de las rimas negras!

⁶⁴ Existe otro poema con el mismo nombre, en La Bohemia Alegre, marzo de 1896.

La serenata (Del poema Amores montañeses. Abril de 1896)

A Miguel Fernández E.

Ya todo es sombras en las montañas que se coronan de nieblas frías, sólo en las chozas de los labriegos brillan las luces de las cocinas. De rato en rato lejos se escuchan palabras truncas, ahogadas risas, rumores de hojas entre los árboles, tristes bambucos de campesinas.

Los perros ladran lúgubremente como si vieran negros fantasmas, y sus ladridos lejos se pierden entre las grietas de las montañas.

.....

Pasa un momento: cesan los cantos, mueren las luces en las cabañas, soplan las brisas, cantan los búhos, sale la luna, los perros callan.

**

Junto a la choza del viejo Pedro, medio sentado sobre la yerba, tras un matojo de verde helecho está un mancebo de faz morena; de ojos muy negros, bozo naciente, cuerpo muy alto, boca pequeña que ya sonríe, ya se contrae con fruncimientos de extraña pena.

Una vihuela tiene en la mano, y así, muy paso, tras los helechos, registra ansioso mientras es hora de ir a entonarle cantares tiernos a Margarita, la más hermosa de las muchachas del viejo Pedro, la de los labios color de fresa, la de los ojos negros, muy negros.

Y ella lo quiere porque él la adora, porque en las faldas de la montaña no hay un mancebo como él valiente, con una cara como su cara; porque si empuña una vihuela de las que llaman vihuelas bravas, con sus bambucos dulces y agrestes mueve los pechos y arranca lágrimas.

**

Es media noche. Con cautela llega el mancebo junto a la choza abre la puerta de la baranda, y suavemente, como una sombra, llega al angosto corredorcito y un pie en el muro, trémulo apoya, lanza un registro con su vihuela y estos agrestes cantos entona.

En el alto de Santa Elena no hay cara como tu cara; se emboban los pajaritos y ya no cantan, si cantas.

Como dos moras maduras tienes, niña, los ojitos, y yo me pongo a temblar cuando de pronto los miro.

Quiéreme, niña del alma, como yo te estoy queriendo; me pongo a pensar en ti y ya no como ni duermo. Yo te quiero, niña mía, yo te adoro, mi morena; y no hay amor como el mío en el alto de Santa Elena

Se oyen las toses del viejo Pedro, luego suspiros de las muchachas; ya su vihuela guarda el mancebo y va saliendo de la cabaña; después se pierde tras de los robles que hay en la senda para su casa; brilla la luna, sopla la brisa cantan los búhos, los perros ladran.

La canción del peral (De Paul Féval⁶⁵. Octubre de 1896)

A Carlos E. Restrepo.

I

Había un gran peral en el extremo de mi querida aldea; ramillete de flores parecía al lucir la galana primavera.

Se hallaba al otro lado del camino la casita modesta del viejo jardinero, y ostentaba una portada de vetusta piedra.

Tenía el jardinero
una hija hechicera;
se llamaba Bettina; éramos novios;
en sus mejillas tersas
había muchas rosas,
¡había tantas como flores frescas
el peral ostentaba
en sus frondas espesas.
Allí, bajo el peral, le dije un día:
—¡Oh mi Bettina bella!
¿Cuándo recibiremos
la bendición del Cura en nuestra iglesia?

En ella todo alegre sonreía: su oscura cabellera donde el viento jugaba; su cinturita esbelta; su blanco pie desnudo; sus manos pequeñuelas, que bajaban el ramo más pendiente para aspirar la esencia que exhalaban las flores; su frente, como un cáliz de azucena; sus dientecitos níveos ¡tras de sus labios rojos como fresas...! Y yo...; cuánto la amaba...! Ella me contestó con voz muy tierna: —Haremos nuestra boda cuando lleguen los días de cosecha; más si el Emperador joh Pedro mío! de soldado te lleva entonces nuestra boda será...; cuando Dios quiera!

⁶⁵ Poema basado en el cuadro del mismo nombre, escrito por el francés Paul Féval (padre), que apareció en el número 1 de la revista *El Repertorio*, de junio de 1896.

II

Cuando llegó el sorteo, encendí un cirio a la Virgen María; la idea de alejarme de mi amada hizo en mi corazón profunda herida. Saqué número alto...; Oh, la Virgen bendita! Más mi hermano de leche, Juan, el pobre sacó número bajo ; suerte impía! Yo lo encontré llorando y repitiendo: —; Pobre mi madrecita!

III

—Juan, hermano, no llores;
escucha... yo soy huérfano...
No podía creerme cuando dije:
—¡Voy á marchar por ti porque no tengo
madre que necesite mis cuidados...!
Él me abrazó llorando de contento.
vino bajo el peral mi linda novia
con los ojos de lágrimas repletos;
su sonrisa era bella, más sus ojos
¡Llorando eran más bellos!
Ella me dijo así: —Vete tranquilo;
has hecho bien, mi Pedro;
eres bueno, mereces ser dichoso;
¡Véte que yo te espero!

IV

—¡Así!;Por la derecha!;Por la izquierda!;Otra vez!;Otra vez!;Paso de carga!;Adelante!;Adelante!;Marchen!;Marchen! hasta Wagram llegamos.;Qué batalla!—;Firme, Pedro!;De frente al enemigo! Vi una línea de fuego que aterraba. los quinientos cañones que vertían metralla, humo que oprime el pecho y sangre hirviente donde el pie resbala!

Volví a mirar atrás acongojado con el miedo en el alma; atrás estaban mi pequeña aldea, y el peral, cuyas flores aromadas se convertían en fragantes frutos que su miel me brindaban...! ¡Después... cerré los ojos y vi a Bettina que por mí rogaba! ¡Alabado sea Dios! ¡Ya estoy valiente! —¡Adelante! ¡Ya es nuestra la batalla! ¡Por la derecha! ¡Por la izquierda! ¡Fuego! ¡Ahora mi arma blanca! ¡Así! ¡A la bayoneta! ¡Bien, recluta! ¡Un valiente eres tú! ¡Cómo te llamas? —¡Señor, me llamo Pedro! -¡Bien, Pedro, te hago Cabo! -¡Señor, gracias!

V

—¡Bettina, mi Bettina, ya soy Cabo!
¡Viva la guerra con sus marchas rudas!
¡Los días de batalla son de fiesta!
¡Ya soy Cabo y apenas soy recluta!
Aquí para ascender en el ejército
basta tener valor y el alma dura,
siempre adelante, ¡despreciar las balas
que en los oídos zumban!
—¡Por la derecha! ¡Por la izquierda!
¡Firmes!
¿Eres tú, Pedro? —¡Sí, señor! —¡Me gusta
tu valor! ¿Quieres una charretera?
¡Pedro, recoge una!
Cogí la charretera en el instante...
¡En hombros de los muertos había muchas!

VI

¡Gracias, señor! —Hasta Moscow sigamos! ¡Hasta Moscow marchemos! Es la enorme llanura como un sudario inmenso formado por la nieve ¡que en fríos copos cae desde el cielo...! En la llanura blanca un camino siniestro marcado con cadáveres que miran hacia arriba con ojos muy abiertos! Aquí, el río que brama; allí, muy cerca, el enemigo fiero; ja ambos lados la muerte nos acecha sonriendo! —¡Soldados! ¿Quién en línea pone el primer pontón? —; Señor, yo quiero ponerlo! —¡Capitán!¡Eres un bravo! ¡Y allí me dio su cruz de caballero!

VII

¡Alabado sea Dios! ¡Bettina mía!
¡Vas a estar orgullosa!
la sangrienta campaña ha concluido,
ya tengo mi licencia y tengo gloria!
Repican las campañas
que anuncian nuestra boda!
¡El camino es muy largo,
más la esperanza vuela presurosa!

Allá, tras ese monte, está mi aldea metida entre las frondas; ya reconozco el alto campanario; la campana se agita como loca, y su lengua de bronce me saluda con música sonora!

VIII

Resuena la campana, más mi cansada vista no percibe el peral. El mes de flores está empezado ya, y en vano miran mis ojos a la aldea, pues no logran ver la rama florida.

En otro tiempo alegre, desde lejos el hermoso peral se distinguía: ¡es porque en ese tiempo palpitaba en sus ramas el jugo de la vida...! Ya está mustio y seco aquel testigo de mis ternuras íntimas...! Había tenido flores, todas sus flores de fragancia henchidas...! Hoy sus hojas dispersas por el suelo yacían...!

IX

—Mateo, dí Mateo, ¿por qué están repicando? —Es, señor Capitán, para una boda. ¡No me reconocía el buen anciano!

¡Una boda! ¡Una boda! Los dos novios por las gradas del atrio iban subiendo ya; la novia era mi Bettina, mi encanto, siempre alegre y... ¡más bella! ¡El novio era mi hermano...! ¡Juan mi hermano! —¡Se aman! ¡Serán felices!, las gentes repetían a mi lado Pero ;dónde está Pedro? pregunté sollozando. -; Cuál Pedro? - respondieron... ¡Me habían olvidado! Me arrodillé a la entrada de la iglesia; ;por Bettina recé, por Juan mi hermano! ¡Era cuanto yo amaba en este mundo falso! Concluida la misa, de mi peral amado cogí una flor marchita, y mi camino —ya sin mirar atrás— seguí llorando, y exclamé: —¡Son felices y se aman! ¡Sea Dios alabado!

\boldsymbol{X}

—Señor, estoy aquí. —¿Estás de vuelta? sé bien venido, Pedro. tienes veintidós años: hacerte muy feliz ahora deseo; eres yá caballero y comandante; serás Conde también, y para serlo escoge una Condesa por esposa; ¡La que tú quieras, para ti la quiero! Pedro sonrió, y sacando de su robusto seno la pobre flor marchita que arrancó del peral allá en su pueblo, dijo con amargura, con un mar de sollozos en el pecho: —Señor, mi corazón se encuentra ahora así como esta flor: ¡marchito y seco! ¡Dadme un puesto en las filas, donde muera como francés, cristiano y caballero!

XI

¡Tuvo Pedro su puesto en la vanguardia, así cual lo pidiera en su dolor!
En el extremo de la aldea existe, oculta en un rincón, la tumba solitaria de un Coronel muy joven, que murió un día de victoria, y en la losa sólo hay esta inscripción en vez de un nombre que recuerde al muerto: ¡Alabado sea Dios!

Las dos! (Enero de 1897)

Yo tengo dos amores que perfuman la senda de mi vida: el amor de mi madre y tu amor ¡oh mi casta virgencita!

Mi madre lleva nieve en la cabeza y cielo en las pupilas; llevas tú en los cabellos la noche,¡y en los ojos luz divina!

Conservo un rizo blanco y uno negro como santas reliquias: el blanco es de mi madre y el rizo negro es tuyo, vida mía! Al cubrirles de besos, en las horas de mis nostalgias íntimas, huyen lejos mis penas y renace en mi pecho la alegría!

tu amor y el de mi madre son dos rayos de sol que me iluminan, dos astros de mi cielo y dos notas vibrantes de mi lira!

¡Os adoro a las dos! En mi existencia con luz fulgente brillan el amor de mi madre y tu amor ¡oh mi casta virgencita!

Sonetos antioqueños (II. La montañera⁶⁶. Abril de 1897)

A Antonio J. Cano.

Montera azul de paño guarda su airosa cabeza, que en los hombros gentil se empina; viene cargando helechos de la colina andando entre yerba verde y jugosa.

Camisa de zaraza color de rosa cubre su lindo busto de campesina, y una flotante saya de muselina oculta sus encantos de agreste diosa.

Del sol a los primeros rubios reflejos, sale grácil y bella, soñando amores, con el cántaro rojo, de la cabaña.

Y piensa en el arriero que desde lejos le manda sus cantares en los rumores de las heladas brisas de la montaña.

⁶⁶ Publicado también en El correo del Valle, número 74, diciembre 23 de 1897

Sonetos antioqueños (III. La riña. Agosto de 1897)

Al Dr. Luis Eduardo Villegas.

Empieza la disputa: ya se cantean las ruanas, y furiosos se precipitan; cual lagartos de fuego que al sol se agitan relumbran las navajas y culebrean.

Los ojos furibundos brillan, flamean; con los brazos izquierdos el golpe evitan; se insultan, se acometen, rugen y gritan; como tigres en celo, saltan, jadean.

Un torrente de sangre, luego un gemido; un hombre cae a tierra, y el otro, herido va a ocultarse en las quiebras de la montaña...

El vencido agoniza. Ya se demuda... y mientras muere... lejos, en su cabaña, ¡canta alegres bambucos la pobre viuda!

Fuego y agua (Del poema Amores montañeses. Febrero de 1898)

A Francisco E. Velásquez⁶⁷.

Ya sale de la cabaña Margarita la morena con el cántaro en la mano v el rodete en la cabeza. Llega al patio, y se coloca sobre el rodete que lleva el rojo cántaro y pronto se encamina por la senda que baja de la casita a la fuente que serpea. Allá en la obscura cañada que llaman Cañada-negra. los rayos del sol naciente alumbran la faz risueña de la linda Margarita que ríe, canta y gorjea. Está alegre la muchacha, está soñando despierta, piensa en Juan, a quien adora, el que con voz suave y tierna esa noche le ha cantado, al compás de la vihuela, unas estrofas muy dulces en que le dice que es ella la muchacha más hermosa del alto de Santa Elena.

Llega a la limpia fuente, se envuelve en las rodillas la falda vaporosa de blanca muselina, hunde los pies desnudos entre las aguas frías y cerca al chorro pone el cántaro la niña. En tanto que se llena de agua la vasija, ella baja los ojos v sonriendo mira inquietos pececillos que juegan en partidos y que se esconden rápidos debajo de las guijas. Sonríe y se divierte; más de repente mira que el cántaro está lleno, y al punto Margarita intenta levantarlo y en vano se fatiga. Entonces de sus labios se borra la sonrisa; mirando a todas partes murmura pensativa: —¡Dios mío! Si él viniera tal vez me ayudaría!

⁶⁷ Primo de Vives Guerra, a quien mencionamos y de quien compartimos un poema en páginas anteriores.

Como si un conjuro fueran sus palabras, vio la hermosa niña que hacia la cañada con pasos muy rápidos alegre bajaba Juan, aquel arriero por quien la muchacha sentía cosquillas allá dentro el alma. ¡Qué guapo venía con calzón de manta, ruana de dos paños, sombrero de Suaza y, jugando al viento, la camisa blanca! Al verlo la niña sintió que su cara con jugo de moras se coloreaba; y quedo, muy quedo, murmuró asustada: -¡Dios mío! ¡Allí viene mi negro del alma!

-; Qué hay, Margarita? ; Se vino sola? —Sí, vine sola, porque mi hermano aunque lo llame no me acompaña porque este frío diz que hace daño. —Pues vea, Márgara... si no se enoja... ¿Usted anoche no oyó mi canto? —Calle la boca, Juan, por la Virgen: toda la noche pasé temblando, porque a mi padre, que es tan celoso, la serenata lo puso bravo. -;Y usted recuerda, Márgara, alguno de los versitos que le he sacado? —A mí no ha sido... será a Mercedes que fue su novia desde muchacho. —No, Margarita, lo que le digo en esos versos es limpio y claro; yo a usted la quiero desde chiquito cuando en su casa jugábamos. ¿... Ya no se acuerda...? Esa Mercedes nada me importa... ni nos hablamos. -¡Dizque no se hablan...! quien lo vería en aquel baile que hubo en el alto por cualquier cosa le echaba flores... con coqueteos tan descarados. —Eso es mentira. Yo se lo juro por veinte cruces, que no ha pasado. yo nunca, nunca pienso en Mercedes, y á usted la quiero hace ya años. —Adiós, ya es tarde. —Oiga una cosa. —Ya está muy tarde. Después hablamos. -;Y no me quiere? —Después le digo. —Dígame ahora. —Si me alza el cántaro. —Y mil que fueran se los alzara. ¿Me quiere? —Aguárdese. ¡Tan afanado! —Ya está... ¡Me quiere? —¡María Santísima!

¡Se vació el agua! ¡Lo volví un pato! Quedó Juan con el agua vuelto una sopa; Margarita, sintiendo de amor sincero inflamarse su pecho, casi lloraba al ver sobre su novio tal aguacero.

—Perdone, Juan, perdone, que fue un descuido. —De esos descuidos vengan, como me quiera... Ya que me mojó diga: ¿me quiere mucho? Diga que sí y derrame la mar entera.

—¡Sí, Juan, no se lo niego... si usted lo sabe... El arriero al oírla pierde la calma, y estrechando a la joven entre sus brazos siente fuego en las venas, fuego en el alma. Después... los limpios rayos del sol radiante ahuyentan la niebla en la cañada, sigue la fuentecilla cantando amores y gorjean las aves en la enramada.

La canción de la luz (Fragmentos⁶⁸. Marzo-abril de 1898)

A José Joaquín Pérez.

I

Entra un rayo de la aurora a través de la vidriera y alumbra la cuna blanca do el niño durmiendo está; juega con los rizos áureos de la blonda cabellera, le da un beso luminoso en la frente placentera...
La madre ríe gozosa. La luz del alba se va.

⁶⁸ Aparece también en Revista Blanca, de Bucaramanga, número 6, de 1898, página 189.

II

Medio día. En el cortijo, cual sultán enamorado, peinando las rojas plumas, lanza el gallo su clangor; a la luz del sol radiante duerme el perro en el vallado; el lagarto abre las fauces, en un tronco recostado, y el labriego allá en la roza entona cantos de amor.

III

Es la tarde. Entre arreboles muere el sol en Occidente; las nubes fingen paisajes de esmeralda y rosicler; la luz dibuja acuarelas del riachuelo en la corriente; las aves hacia sus nidos van volando suavemente; alza su disco la luna... Comienza el anochecer.

IV

Todo es silencio. No se oye una plegaria ni un canto; la noche en el Universo extendió su negro tul, y la luna, triste lámpara que alumbra el silencio santo, brilla entre las blancas nubes como una gota de llanto tras de párpados de nieve, sobre una pupila azul.

V

En el viejo cementerio suena la voz agorera del búho que misterioso va volando con pavor; gime la brisa en los sauces como alada plañidera, y, tirada por el suelo, amarilla calavera está mirando a la luna con sus cuencas sin fulgor.

VI

Y la luna se refleja en la blanca dentadura de la horrible calavera que la mira sin cesar. la calavera se ríe mientras la luna fulgura... por las órbitas vacías entra un rayo de luz pura, y un idilio de gusanos va en el fondo a iluminar.

En el anfiteatro (Agosto de 1898)

Al doctor Teodomiro Villa.

¡Acércate, estudiante! El escalpelo empuña con presteza. ¿Ves? Una muerta de ojos como el cielo y de rubia cabeza.

;No la ves? Sobre el mármol extendido su cuerpo, se diría que es un cándido lirio que ha caído sobre la nieve fría.

¡Acércate! ¡No tiembles! Rasga, corta esa carne ya muerta! ¡Temes hacerle daño! ¡Eso qué importa! ¡Un muerto no despierta!

¡Acércate! ¡No tiembles! La sonrisa se congeló en su boca. Fue una loca suicida... Descuartiza las carnes de esa loca!

¿Te da miedo? ¿Por qué? ¿Por qué ha buscado en el agua la muerte? ¡Fue una Ofelia, una Safo... y se ha matado! ¡Ya es una masa inerte!

¡Ofelia ó Safo!... ¡En esta vida necia, si arde de amor la pira, el amante es Faón, cuando desprecia, o Hamlet, si delira!

Mas...; qué veo?; por qué, por qué, insensato, se nubla tu semblante? ¡Serás acaso algún Faón ingrato o un Hamlet delirante?

Comprendo, sí, por fin, tu pena fiera, la pena que te agobia: ¡esa muerta de rubia cabellera fue tu cándida novia!

¡Tu novia, sí! Tú no supiste amarla. ¡Lloras! ¡Faón cobarde! Tu llanto no podrá resucitarla. ¡Para llorar es tarde!

¡Huye, estudiante, huye! ¡La olvidaste! ¡Ayer Faón, hoy Hamlet que delira! ¡De ti muerta se ríe!... ¡qué contraste! ¡Se sonríe la muerta!... ¡mira! ¡mira!

Sonetos antioqueños (IV. El velorio. Noviembre de 1897)

A Tomás Carrasquilla.

Cuatro velas alumbran con luz muriente el ataúd pequeño, de azul teñido, donde el niño difunto yace tendido, coronada de flores la pura frente.

En totuma de coco bebe la gente, el guarapo que el padre les ha servido; beben, se rompe el baile... suena un gemido; ¡la madre abandonada llora doliente!

Llega la noche. Surge tras los collados, regando claridades, la blanca luna, y los duelos entonan los alabados.

Mientras cantan en coro la Ave María, la pobre madre llora junto a la cuna, ¡que su niño al morirse dejó vacía!

El toro viejo (Febrero de 1899)

A Clímaco Soto Borda.

En un rincón del hato el viejo toro sueña con sus tiempos de gloria y de ventura cuando hervía la sangre entre sus venas.

Recuerda sus amores con la novilla aquella de blanca piel, de rápidas pezuñas, lustrosa cola y fina cornamenta.

Piensa que en otro tiempo el rey de las dehesas era él. Al pensarlo, melancólico, lanza al aire un mugido de tristeza.

Ve pasar a su lado y chafando la yerba al toro joven que heredó su cetro y que es hoy el sultán de las praderas.

El monarca olvidado siente la envidia artera en su pecho; incorpórase... y al punto vuelve a caer sobre la grama fresca.

Ya no más de sus ojos la mirada altanera aterrará a los toros que, atrevidos, le disputaban las novillas tiernas.

Ya no más su garganta despedirá con fuerza el bramido feroz que, bruscamente, despertaba los ecos de la selva. Ya no más... que los años doblaron su cabeza, y al verlo enfermo, débil y abatido los rivales odiados le desprecian.

Y aquel rey destronado henchido de tristeza, muge con desconsuelo, y su mugido no despierta los ecos de la selva.

Va cayendo la noche lentamente, y, a la luz de las pálidas estrellas, en un rincón del hato, el viejo toro sueña.

En El Calvario (Marzo de 1899)

A D. José Joaquín Hoyos.

La composición que enseguida publicamos la teníamos en nuestro poder desde el mes de enero pasado, y por abundancia de materiales no había visto la luz. Hemos resuelto insertarla en esta entrega de La Miscelánea, porque el autor la había dedicado, como muestra de cariño, a D. José Joaquín Hoyos. El obsequio que Julio Vives Guerra le hacía al amigo vivo, bien puede hacérselo a la memoria del amigo muerto. (N. de la R.)

Con la frente nimbada de purísima lumbre Cristo agoniza exangüe del Calvario en la cumbre.

Al través de las lágrimas contempla esa agonía la madre del Dios-Hombre, la cándida María.

María, el blanco lirio, la rosa de Judea, la nítida gaviota del mar de Galilea, llora, y las cristalinas gotas de amargo llanto se pierden en los pliegues de su anchuroso manto.

La mirada de Cristo irradia una luz m que alumbra de la Virgen la faz eucarís	
Allá, tras una roca, el apóstol maldito contempla la agonía del Dios del Infinit	i a

¡Cristo lo ve... y las cejas divinas no se enarcan!... ¡Lo ve... con esos ojos que el Universo abarcan!

Y parece decirle su mirar afligido: "Los agravios perdono, las ofensas olvido.

"Perdono al que me hiere, al que mi sangre vierte, al que con sus pecados me da terrible muerte. Perdono al que mi frente con fiereza taladre, al que hace que se inunden los ojos de mi madre! ¡Al que dolor me causa, al que mi vida trunca! ¡Perdono a todo el mundo! ¡A los traidores, nunca!"

Judas tiembla aterrado, y lleno de pavura huye a ocultarse, lejos, del monte en la espesura.

Un ruido que parece siniestra carcajada lo persigue en aquella fuga desenfrenada.

Un ruido como choque de anillos de cadenas, un ruido que le enfría la sangre entre las venas.

Corre el traidor maldito por esa falda escueta cual si lo persiguiera del ángel la trompeta.

Y mientras él avanza cual raudo torbellino van los treinta dineros con su timbre argentino sonando entre la bolsa que en sus manos aprieta el réprobo que corre por esa falda escueta.

Y ese ruido que imita siniestra carcajada lo persigue en aquella fuga desenfrenada.

2	eaas en inj an con fier	ernai mare o tintineo.	0
		empla la ag índida Mai	

¡Y lanza la mirada de Cristo una luz mística que alumbra de la Virgen la faz eucarística!

Por Cano⁶⁹ (Abril de 1899)

Ya la noche desciende a los valles. en los bosques se duermen las auras, no susurra la brisa en los huertos, en los nidos las aves no cantan, se coronan de niebla las cumbres, los ensueños agitan las alas, y se ven, como estrellas caídas, rojas luces allá en la montaña.

Entretanto que extiende la noche sobre el mundo su clámide negra, viene Antioquia al recinto del arte a traer al artista su ofrenda: al artista, que allá donde gimen perezosas las aguas del Sena, mientras pinta risueños paisajes sus montañas queridas recuerda.

Y por eso acudió generosa, Medellín, la gentil Sunamita; porque sabe que es lauro de Antioquia el que ciñe la sien del artista; y por eso acudís las hebreas, de ojos bellos y tersas mejillas, las de labios cual flor de granado, las hermosas, las castas, las bíblicas.

Y sentirá el artista, cuando reciba el óbolo que Antioquia feliz le ofrenda, algo como el perfume de la montaña, algo como el susurro de brisa fresca; surgirán en el fondo de su memoria los recuerdos queridos en ronda inquieta, y, al través de los mares, vendrá un suspiro a saludar la libre tierra antioqueña.

En su límpida frente dibujaránse, con líneas vigorosas, la campesina, esa diosa gallarda de nuestros montes, esa diosa risueña, casta y esquiva; el labriego que lleva la azada al hombro, y que vuelve a su choza de la colina, cantando a pecho herido tiernos bambucos "cuando ya de la tarde la luz expira".

Entonces, de sus ojos entristecidos, al recordar su tierra, saldrán dos lágrimas, y sentirá, al verterlas, entre su pecho, algo como frescuras de la mañana, algo como rumores de los maizales, algo como susurros de brisa blanda, algo como fragancia de madreselva, algo como perfumes de la montaña.

⁶⁹ Poema escrito en honor a Francisco A. Cano, y recitado en abril de 1899, en el homenaje que se hizo en Medellín con el fin de recoger fondos para el pintor.

Sebastián Mejía V. (Octubre de 1899)

No, no se me ha olvidado aún el modo como lo conocí.

Me lo presentó Carlos Molina, diciéndome:

—Este es Manuel Antolínez.

Yo había leído los artículos de Sebastián Mejía, llenos de observaciones acertadas, rebosantes de talento y cultura intelectual, acres a ratos, porque para él era el Arte una religión, y el crítico un sacerdote.

Me había supuesto a Antolínez un hombrazo, con melenas profusas, miradas furibundas y gesto atrabiliario; y me encuentro con un mozo rubio, de ojos de mirada dulcemente azul, de mejillas sonrosadas como el talón de un niño. Tipo bíblico en toda su pureza. Parecía un San Juan; pero no el del Apocalipsis, sino el de la última cena: el hermoso Predilecto que se queda dormido sobre el hombro del Divino Galileo.

Hablamos mucho, mucho, de literatura, de versos, de crónica, de todo. Su verso fluía, bondadoso y correcto.

Después fuimos amigos, y supe, en nuestras cordiales relaciones, apreciarlo, admirarlo y quererlo.

Era un tipo medioeval. Llevaba el sentimiento del honor hasta la exageración.

En aras de una causa que él creía justa se sacrificó. Murió como un valiente.

Cuando pienso en aquel amigo querido; cuando recuerdo que murió en la flor de la juventud, en momentos en que su inteligencia fructificaba vigorosamente; cuando me imagino aquella cara infantil destrozada por un horrible balazo, siento allá, en el alma, como una desgarradura.

¡Duerma en paz...! ¡Que arrulle su sueño el rumor de los mares; ¡que el viento de la montaña le lleve los suspiros de su esposa y los ayes de sus hijos, y que las brisas marinas al pasar le canten salmodias misteriosas!

Pa morime sola (Del libro Aires antioqueños. Mayo de 1901)

A Juanilla.

Mama, no me miente más novios agora... Cuando a yo me contaron qui á Julio lu habían matao puallá por la Costa, le diji a la Virgen: "¡Madre mía y Señora, yá qui aquél lo mandaron tan lejo y murió solito sin ver a su novia, yá quel probe murió puay tirao sin un padre nuestro pa ise pa la Gloria, yo ti hago promesa de morir soltera de morime sola!"

Yo no puedo querer a ninguno... ¿Busté piensa, mama, que yo soy muy loca go que soy alguna malagradecida?... ¡Busté sí que tiene, mamita, unas cosas!... ¡Probecito!... ¡Pensar yo en casame cuando ya él tenía todo pa la boda y hecha su casita, y cuando él decía que lo de la roza era pa comprame la saya e merino y los guasintones?...Mama, no siá boba!... Así como Julio me quería tanto y murió solito... ¡yo me muero sola!

Busté dice, mama, que me case pronto, peru es porqu'inora que me paso las noches con flato llorando, rezando, sudando la gota... Es que yo no puedo sufrir con pacencia qui á Julio se lu haya llevao la ronda y que lu hayan matao tan lejo, ¡sin ver a su mama!... ¡sin ver a su novia!

¡Se me salen las lágrimas, mama! ¡Cuando lo llevaban yo lo vi en la tropa!... ¡Probecito Julio... iba más ispiao!... ¡Puay tarán los güesos, tal vez en la Costa!... ¡Déjeme que llore, mamita!... ¡Mamita!... ¡Me quedé tan sola!... ¡Me quedé tan sola...!

La madre del señor obispo⁷⁰ (Del Impulso de Antioquia. Abril de 1903)

Para el Dr. F. Cristóbal Toro⁷¹

La vieja ciudad estaba de fiesta. Cortinajes en las puertas, gallardetes en las ventanas y arcos en las calles por donde había de pasar su Ilustrísima. Hasta las brisas cantaban no sé qué marsellesas místicas al colarse por entre el ramaje de las palmeras. Y el río, después de besar los edificios seculares, se alejaba garruleando hossanas y aleluyas.

El viejo río también mezclaba sus notas en el concierto jocundo de la ciudad.

Y ¿cómo no? El Sr. Obispo y él, antiguos conocidos.

Cuando el Prelado era un pillete, el río le vio jugar y triscar en sus ondas.

Ahora el pillete se llamaba "el Sr. Obispo".

Hijo del pueblo, su talento y sus virtudes lo elevaron a Príncipe de la Iglesia.

Pero los honores no ahogaron su sencillez mística, ni el pectoral ganado aplastó en su corazón los sentimientos caritativos, ni los pergaminos de la nobleza eclesiástica embotaron la nobleza de su alma.

Volvía de Roma, después de diez años de ausencia (...) de ver de nuevo su ciudad colonial, su ciudad de edificios sombríos, cuyos portones berroqueños parecían darle la bienvenida con el chirriar de sus goznes.

De los contemporáneos de Su Señoría, la mayor parte eran padres de familia, y habían llevado a la fiesta a sus pequeñuelos, para que éstos conocieran "a Jesusito", como ellos decían.

Porque no querían llamarlo el Sr. Obispo.

⁷⁰ El texto se refiere al obispo Jesús María Rodríguez Balbín.

⁷¹ Francisco Cristóbal Toro Correa, nacido en la ciudad de Antioquia, obispó las diócesis de Socorro (Santander), Santa Marta, Jericó y Antioquia.

Nada... Jesusito esto, Jesusito lo otro.

- —¿Te acuerdas cuando Jesusito me pegó aquel puñetazo porque le rompí la cometa?
- —Sí, Jesusito era de pelar para las cocas.
- —Más valiente que ese... vea.

Y se reían sanamente al rememorar lo que ellos llamaban picardías del amigo de su niñez; picardías que no existían sino en las mentes de aquellos buenos artesanos, porque el Sr. Obispo desde chiquilín había sido un bendito. Aquello de la bravura de Jesusito no pasaba de ser una fantasía hija del cariño de sus amigos. No tuvo jamás en los labios sino palabras dulces para todos, oraciones para Dios y besos para su madre, una viejecita que, fuera del jabón que cocinaba, de la profunda fe religiosa y de su idolatría por el hijo, no barruntaba que hubiese más dicha en el mundo.

¿Zapatos a ella? ¿A ella encerrarle los pies entre dos borceguíes?

—Que se pongan eso las ricas —les contestó a unas señoras que le insinuaron la idea del calzado, cuando Jesusito se ordenó.

El hijo entró al Seminario, fue Sacerdote, ahora Obispo, y la seña Gabriela, erre que erre con los pies descalzos, fabricando su jabón y sus velas de sebo.

—Yo he trabajado —decía—, para que mi muchacho sea gente, no para que me hagan poner guasintones.

H

En todo aquello pensaba el buen Obispo: en su ciudad, en su río, en sus palmeras, en su casa, en sus amigos, en su niñez, y, por sobre todas las visiones que evocaba, surgía la enflaquecida cara de su madre, cuyos cabellos de blancura eucarística la circundaban como una aureola.

La ciudad en masa salía al recibimiento. Era un pasar y pasar de gentes que daba gloria. El Sr. Prefecto, el Sr. Alcalde, el Venerable Capítulo, todos.

Todos, menos la anciana.

—Yo lo aguardo en mi casa. Aquí nació él, aquí se crio, aquí me dijo adiós y aquí quiero que me encuentre.

No hubo qué objetar.

Muy endomingada, eso sí. Su traje de zaraza negra, su pañolito blanco en la cabeza; muy aplanchada, flamante, limpia.

Parecía una viejita de los cuadros de Moreau.

Ш

- —Seña Gabriela, que ya viene por la esquina de D. Manuel García —gritó un muchacho entrando, corrín corriendo, con el resuello grueso—. ¡Camine! ¡Ah querido! Se persignó al pasar junto a la cruz que hay junto a la esquina. ¡Apure!
- —Yo lo aguardo aquí —contestó la seña Gabriela—. Anda, encuéntralo tú.

No se lo dijo a sordo, porque el muchacho salió disparado.

El Sr. Obispo, en tanto, hacía su entrada triunfal. Montado sobre una poderosa mula, digna del buen Papa Bonifacio de Aviñón, regaba bendiciones a todos y sonrisas a sus antiguos camaradas que le vitoreaban.

-¡Viva!¡Viva Jesusi... el Sr. Obispo! le gritó un artesano, casi en los oídos.

El prelado lo miró, le dio un papirotazo en la cabeza y le dijo:

—Sí, Germán Valenzuela, yo soy el Jesusito de siempre.

Germán se quedó atónito de dicha y exclamó:

—Ah Jesusito fregao ¡Viva!

IV

La señá Gabriela se veía y se deseaba para contestar la oleada de saludos y felicitaciones.

—Dios se lo pague, Don Pachito. Gracias, D. Juan Pablo. Le agradezco mucho, misia Inés...

Y sonreía, con su sonrisa bonachona de mujer sencilla y honrada.

De pronto se puso seria. Una idea le escarbaba en la mente.

¿Vendría orgulloso? ¿Cómo vendría? ¡Dios mío! ¿La querría así?

La anciana rumiaba su idea, casi acongojada. Sus labios musitaban, sin de ello darse cuenta.

Es que reza, pensaban los circunstantes.

No rezaba, no. Era que se entregaba a un cuestionario de angustia. ¿Se lo diría? ¿No se lo diría?

—Sí, se lo digo. Yo no quiero que él se avergüence de mí.

-; Viva! ¡Viva!

—¡Ya llega!

El buen Obispo no había querido asistir al banquete que se le tenía preparado, sin antes abrazar a su vieja.

¡Y llegó!

—¡Madre!

—¡Jesusito!

Fue un abrazo frenético. El cuerpecito escuálido de la viejecilla casi desapareció entre los brazos robustos del Prelado.

Súbito, en mitad del abrazo, el Sr. Obispo soltó una carcajada. Algo le había dicho al oído la madre.

La alegría de un regreso arranca sonrisas, a veces llanto de felicidad, ¿pero carcajadas? Vamos que el Sr. Obispo no guardaba las conveniencias.

Esto era lo que pensaba la gente, aunque no se atreviese nadie a hablarlo.

La señá Gabriela hacía coro a las carcajadas de su Ilustrísima, quien volviéndose hacia el Canónigo más anciano, le dijo:

-¿Sabe Ud., Padre Valerio, lo que me ha dicho mi madre? Que ahora que soy Obispo no le haga poner botines.

Y dirigiéndose a la viejecita:

—Madre, para ti no soy el Obispo, sino el hijo. Sigue con tus pies desnudos. Ellos han andado siempre por el camino del bien, y merecen el premio de ser libres. Nada importa que lleves los pies desnudos, si cada una de las canas de tu cabeza representa una virtud.

\mathbf{V}

Años después, al referirme esto, el Sr. Obispo añadía:

—Hice que la enterraran descalza, ¿sabes? ¿Por qué no había de cumplir su voluntad hasta después de muerta ella? Dios no mira las botas, sino las virtudes del que muere.

Volanderas (Abril de 1903)

Mercedes se llama una novela póstuma de D. Marco A. Jaramillo, publicada por los hijos de este inteligente caballero.

Es un buen libro, acogido un poco despectivamente por la prensa del Departamento. ¿Por qué? Vayan Uds. a saberlo.

Eso de la frialdad periodística pertenece a los problemas filosóficos que la humanidad resolverá en un futuro más o menos remoto.

Muchas veces esa frialdad no depende sino de dispepsias recrudecidas, aunque por lo general es hija de sectarismos literarios y de fanatismos de escuela.

Que supongo será lo acaecido en esta vez.

Noten Uds. la facilidad y erudición con que diserto sobre cualquier tema.

Regreso a Mercedes.

Campea en las páginas de la novela un seductor tono de égloga. El estilo es sencillo, castizo y atrayente. La narración interesante. Figuran en ella, aunque en segundo término, personas muy conocidas, tales como el poeta Gutiérrez González; el General Juan Pablo Gómez, de quien decía su maestro que era "un muchacho con mucho talento y muy mal genio"; D. Luis Ma Botero, y muchos otros, definidos diestramente por el autor.

Esto aumenta el interés de la novela.

La que, a mi parecer, es buena, o por lo menos, mejor que muchas puestas por los periodistas en los cuernos de la luna.

Pero ya sé lo que me dirán los musulmanes literarios, los que creen que existe cierta literatura fuera de la cual no hay salvación: que soy un estancado y admiro lo viejo.

No. Es que admiro lo que me parece bueno, traiga la bandera que traiga.

Justo Pastor Ríos echará por estas calles de la Villa, próximamente, una entrega de su Musa Americana.

Ríos puede decir como Zenea, que "no sabe al despertar todos los días en qué desierto plantará su tienda".

Cuando uno se lo figura en Méjico, resulta en la Argentina; lo hace uno en Managua y surge en Antofagasta, y en todas partes va dejando pedazos de su yo, condensados en la revista.

Solamente en Antioquia no ha podido —porque es que no ha podido— publicar la Musa; pero él es testarudo como un aragonés, y la publicará.

¿No premiará Antioquia ese esfuerzo noble de este su hijo, que tanto la ha enaltecido en todas las Repúblicas de la América española?

Sí lo premiará.

No se diga que la Montaña está convirtiéndose en una como cárcel de Argamasilla, "donde toda incomodidad tiene su asiento", inclusive la incomodidad para las revistas de arte.

Como se había anunciado, durante los días de Semana Santa salió el libro Proceso de Cristo, por el Dr. Joaquín María Arbeláez.

En alguna crónica hablé sobre él, y después de leído, veo que no hice mal en recomendarlo como bueno.

El tema sólo ya es de suyo simpático.

No sé qué encanto singular tiene todo lo que con el Cristo se relacione.

Y, además, el gran acopio de datos curiosísimos que el autor suministra, hace la obra sobre modo llamativa.

Entre ellos, por no citar muchos —ello sería larga tarea— destaco éste:

"Las treinta monedas en que Judas vendió a Jesucristo, equivalen poco más o menos a \$ 940 papel moneda colombiano".

(ilegible)

Abro un paquete que me viene por el correo del Exterior.

Es un libro.

Se llama Heliotropos y me lo dedica Manuel Curis⁷², de Montevideo (Uruguay).

Después de agradecer la dedicatoria y de darme una ahitera de vanidad, viendo lo muy popular que soy a causa de mi gran talento y no menos grande ilustración, leo el libro.

Por mucho que agradezca yo al Sr. Curis su obsequio, le digo lo que de sus versos opino.

Curis es poeta. Al través de la maleza de lujuria de sus versos, se nota que es poeta.

Mas yo no convengo con esos versos pornográficos, indecentes, impuros.

El palacio del Arte no es una casa de lenocinio.

Una hetera puede ser bella, pero no por ser hetera, sino porque sea bella.

Así, una obra impura puede ser bella, pero no por lo impura sino porque encierre belleza.

⁷² Se refiere al escritor uruguayo Manuel Pérez y Curis.

Hay gente que toma el rábano por las hojas, y cree que se es grande con imitar a los grandes hombres en sus defectos, como en los tiempos del romanticismo había quienes imitaban a Byron en la cojera y con eso se quedaban tan campantes, en la persuasión de que habían escrito el Don Juan.

Eso les sucede a Curis y a muchos otros. Ahogan sus buenas facultades en un aluvión de porquerías, cual si la calentura estuviese en las sábanas.

El arte es algo mejor que escribir cerdadas. Es algo etéreo, tan etéreo que no se mancha ni con las indecencias de algunos literatos que nos cuentan sus secretos alcobunos y sus urgencias masculinas, y sus decúbitos genésicos.

Y que perdone el señor Curis.

Pero mi gratitud no llega hasta diputar buenas esas libertades de costurero ni esas narraciones de sobremesa para hombres solos.

¿Quo vadis? (Septiembre de 1903)

A Carlos Villafañe.

I

El Pescador anciano del mar de Galilea de Roma ya salía... Diezmados los cristianos, cuya sangre rodaba por la arena del Circo en ondas purpurinas, sintió el mísero Viejo tristezas en el alma, y, con planta atrevida huyó... Dentro su cráneo zumbaban todavía rugidos de las fieras y gritos de las víctimas de Nerón, el hastiado neurótico del trono, el chacal matricida!

II

Allá, por el Oriente, bañábanse los cielos con tintas de esmeralda; surgían y surgían de en medio de las sombras los árboles frondosos, cuyas robustas ramas a la luz de la aurora parecían los brazos de un grupo de fantasmas.

III

La enorme Vía Apia soberbia se veía como una sierpe inmensa, y las bruñidas lápidas de las tumbas brillaban cual pupilas de hiena, cual miradas fosfóricas de seres infernales que fueran de la ruta macabros centinelas!

IV

Mostrose el sol... De pronto visión maravillosa se presentó a la vista del Viejo Galileo... Pedro pensó que el astro, en vez de remontarse por el azul del cielo, bajaba, y avanzaba por la anchurosa Vía dejando tras su paso luminoso reguero!

V

El Viejo, como en éxtasis, de las caducas manos dejó caer el rudo bastón de peregrino, sus atónitos ojos miraban adelante y el placer irradiaba de su rostro marchito... Súbito sus rodillas dobláronse hasta el polvo, abrió los flacos brazos, y en anhelante grito —mientras celestes lágrimas sus ojos inundaban exclamó: "¡Cristo!...¡Cristo!"

VI

Luego inclinó hasta el suelo la frente, fervoroso besó la dura tierra, y, con tímido acento, a la Visión le dijo: "¿A dónde vas, a dónde, señor?" — Con voz tan leda como el rumor del viento que entre las cañas gime cuando la tarde alegre sus alas despereza, Cristo le dijo: "¡Vuelvo a que me den la muerte porque tú abandonaste a mis pobres ovejas!"

VII

.....

Y el Pescador anciano del mar de Galilea hacia Roma volviose... Densa nube rojiza flotaba sobre el antro del Histrión coronado —densa nube formada con sangre de las víctima—. El sol iluminaba las faldas y las cumbres de las Siete Colinas, y allá, dentro las férreas jaulas aprisionados los leones rugían sintiendo la nostalgia de los vastos desiertos, sintiendo la nostalgia de las arenas líbicas, sintiendo la nostalgia de los frescos oasis, sintiendo la nostalgia de la Esfinge sombría cuyos ojos de piedra velan el largo sueño de cien generaciones a sus plantas dormidas!

Sonámbula (Del poema "Entre neblinas". Febrero de 1905)

Para la señorita Pepa Uribe E.

I

En esa helada noche la gentil Margarita, la preciosa morena, con mano cautelosa abrió de la cabaña la carcomida puerta.

Envuelta en blanca túnica, al fulgor soñoliento de las mustias estrellas. semejaba un fantasma de aquellos que en los campos evocan las leyendas.

Sus ojos agrandados escrutan el espacio como siguiendo el vuelo fugaz de una quimera, y sus labios marchitos murmuran entre sueños: "Es Juan... es Juan, mi novio, que vuelve de la guerra!" Abrió luego los brazos, los brazos antes mórbidos que enflaqueció la pena, y estrechó... los jirones de neblina fría que pasaban, pasaban como en ronda siniestra!

II

Es la virgen ya viuda, es la agreste walkiria que en sus sueños contempla los despojos queridos del humilde soldado que pereció en la guerra. Es la virgen sonámbula que, cuando todo duerme, recorre los caminos, los montes, las florestas, gritando el nombre amado que recogen las brisas en sus alas inquietas. Y cuando en los maizales o en la cañada obscura de pronto se despierta, llora con ese llanto quemante y silencioso que la garganta aprieta, tiritando de frío regresa a la cabaña é insomne sobre el lecho la luz del sol la encuentra. Si a veces un viajero nocturno en el camino divisa de la niña la pálida silueta, ferviente se persigna, creyendo en su pavura que aquella sombra errante es el alma de Amelia la musa de Epifanio que vaga por los bosques en busca del poeta.

III

... Y la virgen sonámbula siguió por el camino su rápida carrera.
Cruzaban los murciélagos batiendo entre las sombras sus alas de tinieblas; lejos, allá en el huerto, los búhos entonaban sus trovas agoreras; en rondas misteriosas jirones de neblinas pasaban y pasaban por las profundas quiebras, y tras ellos corría, corría Margarita, como siguiendo el vuelo fugaz de una quimera... y se perdió en las sombras... y se perdió en las sombras de aquella noche triste, de aquella noche negra!

El árbol de la mala sombra (1905, año X, entrega 2a)

Personajes:

Jesús
El discípulo
El escriba
El fariseo
Judas
El caminante
El niño

El crepúsculo de Palestina se extiende por el cielo y por el suelo. Jesús, sentado sobre un pedrejón, dice la Palabra. Su túnica amaranto parece una gran llama. En sus ojos apacibles se copia el paisaje. El upas extiende su ramaje sobre la cabeza del Inviolado, formándole un parasol verde. El Inviolado dice la Palabra.

Jesús: — En verdad, en verdad os digo, que el nombre del Hijo del Hombre no ha de ser tomado en boca de hombre para el Mal.

EL FARISEO: — Explícanos, Rabí.

Jesús: — Mi palabra es diáfana para quien haya de entenderla. Para los oídos que puedan servirla de recipientes. Mas he aquí que hay cisternas con sedimentos en las cuales la diafanidad del agua se enturbia.

EL ESCRIBA: —Rabí, ¿los que no entendemos tus palabras somos cisternas lodosas?

Jesús: —Tú lo has dicho. Lo que el Hijo del Hombre habla es transparente como las pupilas de los parvulillos.

EL DISCÍPULO: —Sigue, Maestro, sigue. No hagas alto en el graznido de los búhos.

Jesús: —En verdad, en verdad os digo, que los vuelos de mi manto no han de cubrir jamás los odios del Demonio.

EL FARISEO: — Explícanos, Rabí.

Jesús: —Tú, que cortas mi decir, gritas por calles y plazas, en el vestíbulo del templo y en las puertas de las cabañas, que eres mi discípulo. Y tú, en mi nombre predicas el exterminio de tus enemigos.

EL FARISEO: — Porque tú, Rabí, has dicho: El que no está conmigo está contra mí.

Jesús: — Más está contra mí quien le da descrédito a mi nombre, tomándolo en boca para respaldar sus malos pensamientos.

EL ESCRIBA: — Es que queremos que tu doctrina se difunda.

Jesús: — Mi doctrina no se clava en la carne, como el cuchillo en el tronco de la higuera. Mi doctrina es algo tenue que por los oídos baja al corazón. Y vosotros queréis difundirla con la espada y la lanza. Raza de víboras. No creéis en el Hijo del Hombre. Sólo creéis en vosotros. Valen más los que rudamente me llaman impostor y loco, que los que con sus hechos me hacen pasar por loco y por impostor.

El escriba y el fariseo inclinan la cabeza, humillados. Judas se acerca, y les habla en voz baja.

JUDAS: — Es orgulloso el Maestro.

Jesús: — ¡Judas, no soy orgulloso!

JUDAS: — No he dicho eso.

Jesús: — Sí lo has dicho. No añadas a la traición la mentira, Judas, naciste para trincar con ese Escriba y ese Fariseo, que se llaman mis discípulos, como tú.

JUDAS: — Maestro...

Jesús: — Sí, soy tu Maestro. Pero tú no eres mi discípulo ni lo son tus compañeros, porque no practicáis mis enseñanzas.

Una pausa. El viento de la tarde remece el follaje del upas. Jesús alza los ojos y lo mira. En sus pupilas apacibles se copia el ramaje.

Jesús: — Judas, ¿ves este árbol?

JUDAS: — Lo veo, no soy ciego.

Jesús: — Eres ciego del alma. Mira. ¿Quieres para ti una rama de este árbol?

JUDAS: — ¿Para qué? Tengo leña en mi casa.

JESÚS: — ¿Y tan solo leña dan los árboles? ¿No dan sombra también?

JUDAS: — No necesito sombra.

Jesús: — Con la sombra que tienes en el alma se nublaría el sol... Este árbol dará sombra a tu cuerpo.

EL ESCRIBA (burlándose): — ¿Y al mío, Rabí?

Jesús: — Y al tuyo... Y al tuyo también, Fariseo. En verdad, en verdad os digo que cuando el Hijo del Hombre cierre los ojos, este upas os dará sombra a los

tres. Pero la sombra de vuestros cuerpos matará la sombra del árbol, y bajo el árbol no se acogerá ya más el caminante, porque morir morirá.

Un Discípulo: — Maestro ¿maldices el árbol?

Jesús: — No lo maldigo yo. Lo maldicen los malos pensamientos de los que me venden. Lo maldicen las malas razones de los que en mi nombre hacen el mal. Lo maldicen los malos hechos de los que levantan el vuelo de mi manto como bandera de odios.

II

El Caminante y el Niño jadean bajo el resistero quemador. El sol de Palestina lanza rayos que retuestan el suelo.

EL PADRE: — Ánimo, hijo mío; no desmayes. Pronto caerá la tarde.

EL NIÑo: — No puedo más, padre. Mira... un árbol. Descansemos a su sombra.

EL PADRE: — No, hijo mío. Esa sombra es sombra de muerte. Es el upas. ¡Si te guareces allí, tu carne se agrietará, como ázimo puesto al sol!

EL NIÑO: — ¿Por qué, padre?, ¿por qué?

EL PADRE: — Porque las ramas de ese árbol dieron tres frutos malditos: un traidor, y dos hipócritas. Desde entonces su follaje, como el vaho del Mar Muerto, mata las aves y las plantas y envenena la sangre del hombre. Lo dijo Jeshua: La sombra de vuestros cuerpos matará la sombra del árbol, y bajo el árbol no se acogerá ya más el caminante porque morir morirá.

EL NIÑO: — Tengo miedo, padre... Sigamos...

El caminante y el niño prosiguen su marcha y, jadeantes, se alejan por la llanura retostada. El árbol de la mala sombra, como un fantasma verde, extiende su ramaje, en el cual no anida el bulbul, ni juegan los niños ni trenza melodías la brisa cantarina.

La Bohemia Alegre

Fue La *Bohemia Alegre* una modesta revista, editada en la imprenta de *El Espectador* y órgano de difusión de la tertulia denominada a sí misma como Sociedad de la Bohemia Alegre. Esta tertulia, conformada por jóvenes literatos, se reunía en el café La Bastilla y, en ocasiones, en la casa de habitación de alguno de sus miembros. Sobre ella cuenta Vives Guerra sus impresiones en *La Bastilla* (p. 158):

Eran tertulias regocijadas y bulliciosas las de "La Bastilla", singularmente los sábados, cuando había "orto de empanadas", según decía José Montoya o, como repetía siempre Jesús Ferrer, "trincheras de empanadas y baluartes de tamales".

Y más adelante (p. 160):

Así todos los sábados animábamos con nuestras risas y nuestros versos los rincones de "La Bastilla", para escándalo de los buenos padres de familia que se detenían en el pretil del puente de Junín y se decían casi santiguándose:

—Son los poetas de "La Bohemia Alegre" que están comiendo empanadas.

Después el oleaje de la vida fue arrojándonos a distintas playas... (Vives Guerra, Gestas de la mi Cibdad 1963).

La revista circuló desde octubre de 1895 hasta febrero de 1897. Fueron sus fundadores los miembros de la Sociedad de La Bohemia Alegre: Jesús Ferrer, Antonio María Restrepo (seudónimo, Abel Farina), Federico Carlos Henao (quien adoptó el seudónimo Carlos Espinela), Pedro P. Londoño, Antonio J. Montoya,

Tomás Quevedo Álvarez, Saturnino Restrepo y José Velásquez García. La revista fue dirigida conjuntamente por Montoya y Henao.

Jesús Ferrer, futuro médico, había nacido, como Vives Guerra, en la ciudad de Antioquia y era su amigo desde que se conocieron en aquella ciudad. Es Ferrer quien, en el primer número de la revista, declara cuál es el perfil que quiere darle el grupo a la revista:

Amantes de las escuelas literarias fin de siècle, y con tendencias nobles a engrandecer el arte, postergado y abatido, proclaman hoy la necesidad absoluta de descubrir al público sus intimidades artísticas, dejando sobre las piedras del camino los hábitos de nociva timidez que las cubrían y tratando de asimilarse el prestigio que se crea en todas partes la juventud ardorosa y emprendedora (Ferrer 1895).

Como quien dice, la revista se proclama abanderada del modernismo en Medellín (Fernando 2011), lo que efectivamente enuncian de nuevo en el número 7, en julio de 1896:

La Bohemia Alegre es solamente un teatro vaudeville, donde —si continúa—, deben ensayar sus papeles todos los jóvenes que tengan tendencias al arte y se sientan con fuerzas para la lucha. Por eso ha tratado de ser ecléctica, para dar cabida a todas las manifestaciones del pensamiento y no entorpecer las jóvenes inteligencias con la camisola de fuerza de los sistemas literarios (Plumadas 1896).

Tertulia y revista tuvieron corta vida. Con el paso de los años, los integrantes de la tertulia siguieron, cada uno su propio camino. Abel Farina fue un poeta modernista a quien algunos críticos inscriben en el simbolismo y ponen a la misma altura de Silva y Valencia en el uso del lenguaje y en su expresión poética (Arango F s.f.). Carlos Espinela, por su parte, publicó en varias ocasiones en otras revistas de la época, como El Cirirí.

De todos ellos, además de Vives Guerra, quien más vuelo literario tuvo fue Saturnino Restrepo. De la misma edad de Vives Guerra, como este, Restrepo llegó a Medellín con dieciocho años y fue también La Bohemia Alegre su primer hijo editorial. Pero Restrepo fue "eminencia gris" de otras revistas culturales como El Repertorio, El Montañés, Lectura y Arte y Alpha, en las que coincidió en diferentes épocas con Vives Guerra. Fue un importante editorialista y hombre de

amplia cultura, habilidades que le sirvieron para producir una obra narrativa breve, pero significativa, especialmente en el campo del ensayo literario (Naranjo Mesa, El relato en Antioquia, 1890-1910 2015).

Vives Guerra publicó diez obras en los diez números que alcanzaron a publicarse de La Bohemia Alegre, desde el primero, en octubre de 1895 ("En el Rhin"), hasta el décimo, de febrero de 1897 ("Mignon").

Título	Fecha	Género
En el Rhin	Octubre de 1895	Poesía
Jerónimo	Octubre de 1895	Cuadro
Coroggio	Noviembre de 1895	Poesía
Pavesas	Diciembre de 1895	Cuento
Valiska	Febrero de 1896	Cuento
Escucha	Febrero de 1896	Poesía
Helechos	Marzo de 1896	Poesía
A Mercedes	Julio de 1896	Poesía
Jesús Ferrer	Octubre de 1896	Crónica
Mignón	Febrero de 1897	Cuento

Tabla 5. La obra de Vives Guerra en *La Bohemia Alegre*.

En el Rhin (Octubre de 1895)

Caminamos, caminamos y llegamos a la orilla y Ella, en tanto que yo alegre desataba la barquilla, sus cabellos destrenzó, y en cascada luminosa su cabellera abundosa sobre su espalda cayó.

El Rhin murmuraba triste oprimido por las brumas y traía hasta nosotros sus ramilletes de espumas que el viento desbarataba, mientras mi rubia hechicera con su blonda cabellera tranquilamente jugaba.

Y le dije enamorado – "Escucha mi virgencita: Ven, ¡la barca nos espera ¡oh mi rubia princesita! hada del brumoso Rhin, niña de los labios rojos, la de los azules ojos, ¡Mi pálido serafín!

"Ven, que ya viste la aurora sus resplandores rosados, oye el Rhin que nos convida; en sus ondas columpiados veremos nacer el día.
Es muy bello niña hermosa ver la luz esplendorosa rasgar la niebla sombría.

"Dejaremos nuestra barca a merced de la corriente Y en mis brazos estrechada dulcemente... dulcemente... ¡verás, niña, amanecer! verás rasgarse las brumas, verás las blancas espumas, ¡teñidas de rosicler!"

Con la sonrisa en los labios mi linda rubia escuchaba esa tierna barcarola que mi amor le improvisaba en la poética orilla!... Alzó al fin su falda leve y mostrando su pie breve saltó a la frágil barquilla.

Y cayó en mis brazos trémula sonriendo tiernamente mientras la rosada aurora iluminaba su frente Yo besé sus labios rojos besé su rubio cabello besé su cándido cuello besé sus azules ojos

Alegre el Rhin rumorea sin su clámide de brumas, el sol con sus rayos forma sobre las blancas espumas ¡paisajes de arrebol!

Y la rubia de mis sueños y mis puras alegrías

llena de rubor me dice: "¡Volvamos todos los días para ver salir el sol!"

Jerónimo (Del libro *Helechos*. Octubre de 1895)

Siempre con aquella sonrisa tan triste que parecía congelada en sus labios descoloridos. Cuando en las noches de luna, después de una excursión de bohemios entrábamos á El Nevado, lo veíamos siempre en el mismo punto, sentado en un rincón del ancho comedor con su cachucha grasienta caída sobre la sien izquierda, su chaqueta de dril aplomado y sus pantalones de paño burdo. Desde que oía nuestras carcajadas alegres y nuestro taconeo estrepitoso, se ponía de pie, y al vernos entrar nos miraba dulcemente y acentuaba su eterna sonrisa melancólica.

Porque nos quería, porque éramos los únicos que no hacíamos burla de su tristeza.

- —Oye Jerónimo, trae ponche.
- —Jerónimo, cerveza.

—Una copa de vino, Jerónimo.

Y mientras bebíamos, permanecía apoyado en la mesita redonda, oyendo nuestra charla, sin dejar nunca aquella sonrisa que tanto nos impresionaba, a pesar de la alegría que hacía cosquillas en nuestros corazones de veinte años.

Una noche llegó solo al restaurante. Acerqué una silla á la "mesa de Bohemios" —como decían los parroquianos maleantes— y me senté.

- —¿Qué le traigo? me preguntó Jerónimo.
- —Dos botellas de cerveza. Estoy solo y quiero que bebamos tú y yo juntos.
- —Gracias, señor.
- —Tráelas, tienes que beber conmigo.
- —Está bien, señor, voy a complacerlo.

Apuramos en silencio nuestros vasos. Cuando acabamos le pregunté:

—Jerónimo ¿por qué vives tan triste?

Me miró un instante, se echó para atrás la cachucha y contestó:

- —Por... no sé, cosas mías...
- —¿Y no quieres decirme qué son esas cosas tuyas?
- —Oiga U., señor, a nadie le he contado la causa de mi aburrimiento; pero á U. sí, porque me comprende y no se burla de mí.

Y en seguida, con la voz ronca, me refirió sus penas. Lo de siempre: una historia de amor y olvido: él, que se enamora con toda la fuerza de un corazón de veinte años, y ella, que le finge amor primero para engañarlo después.

Pero me relataba aquello con tal acento de tristeza, con la voz tan temblorosa, que no pude menos de decirle:

- —Me das lástima. Lo que a ti te ha pasado, me ha pasado a mí y a todo el mundo le ocurre. Amor y olvido son términos casi correlativos en la gramática femenina. ¿Ella te ha engañado? Busca otra que te quiera ¡bien sabes que la mancha de la mora se quita con mora verde!
- —¡No puedo olvidarla!
- —Pues, hombre, vas a parar en loco o en suicida.
- —Eso temo, señor.

Cuando a la noche siguiente entramos en el comedor de El Nevado los siete amigos que componíamos la Bohemia Alegre, extrañamos no ver a Jerónimo en su puesto de costumbre. En su lugar estaba un mocetón colorado y mofletudo.

- —¿En dónde está Jerónimo? le preguntamos.
- -Está muriéndose. ¿No saben? ¡Se tomó un veneno! ¡Vivía tan aburrido!

Nos pusimos de pie como movidos por un resorte y corrimos al cuarto de Jerónimo.

Allí, tendido sobre su lecho desarreglado, estaba el pobre mozo con un crucifijo en la mano; un ronquido convulsivo se escapaba de su pecho y una espuma verdosa salía por su boca entreabierta. Arrodillada al pie de la cama, con la cabeza entre las manos, estaba su madre, una viejecita pálida que lloraba silenciosamente.

—Jerónimo! —exclamé— ¿Qué fue eso?

Levantó los ojos, me miró y me dijo con la voz apagada por las bascas de la muerte:

—Señor...; que no pude olvidarla...!

Se retorció entre las sábanas, miró con ternura a la viejecita pálida que seguía llorando, y se quedó rígido.

¡Pobre Jerónimo! Aun después de muerto sonreía, con aquella sonrisa tan triste que parecía congelada en sus labios descoloridos.

Coraggio (Noviembre de 1895)

;No la veis? Lleva un manto escarlata y una túnica azul como el cielo y circunda sus sienes de mármol fulgurante corona de fuego. ;No la veis? Es la Virgen Idea, es la virgen que adoran los genios, la que baja entre vívidas nubes y nos dice al oído sonriendo:

"¡No humilléis las cervices, poetas! ¡Levantad vuestras frentes, bohemios! Y que sean espadas las frases, jy que sean centellas los versos!"

¡Es muy bella la Virgen Idea! Escuchemos su tímido ruego. Que la luz no se apague en la mente ¡y que no se enmohezca el acero! ¡Adelante! Si acaso en la lucha nos oprime mortal desaliento, ella baja entre vívidas nubes y nos dice al oído sonriendo: "¡No humilléis las cervices, poetas! ¡Levantad vuestras frentes, bohemios! Y que sean espadas las frases jy que sean centellas los versos!"

¡Adelante! ¡Que brille la estrofa!

¡Qué derrame armonías el plectro! No alumbréis con fulgor de relámpago, ¡Alumbrad con fulgores de incendio! No temáis a Neurosis, la pálida, ni os arredren sus tristes espectros, que desciende entre nubes Idea, nos anima, y nos dice sonriendo:

"¡No humilléis las cervices, poetas! ¡Levantad vuestras frentes, bohemios! ¡Y que sean espadas las frases y que sean centellas los versos!"

¿No la veis? Lleva un manto escarlata y una túnica azul como el cielo, y circunda sus sienes de mármol fulgurante corona de fuego. ¡No la veis? Es la Virgen Idea, es la virgen que adoran los genios la que baja entre vívidas nubes y nos dice al oído sonriendo: "¡No humilléis las cervices, poetas! ¡Levantad vuestras frentes, bohemios! y que sean espadas las frases jy que sean centellas los versos!"

Pavesas (Diciembre de 1895)

A D. Fidel Cano

El viejo poeta, el de la barba blanca de ermitaño, señalándome el arpa, que yacía empolvada en un rincón, me dijo:

—Oye, esta arpa ha sido testigo de mis muchas amarguras y de mis pocas alegrías. En otro tiempo, cuando mis versos brotaban de mi pluma fáciles y armoniosos, cuando la diosa Inspiración me prodigaba sus caricias; cuando el sol de mi fama estaba en su mayor brillo, me obsequiaron este instrumento simbólico mis admiradores.

¿Hace mucho tiempo? — Pregunté.

Sí, mucho tiempo —repuso con melancolía, pasándose la mano por los cabellos enmarañados y mirando vagamente como si evocase las visiones doradas de sus buenos días—. Mucho tiempo —siguió—; tenía treinta años, la edad en que la fuerza intelectual está en todo su vigor. ¡Qué bien lo recuerdo! Ya han pasado cuarenta años, y todavía, al pensar que fui el poeta predilecto de mis contemporáneos, me lleno de orgullo; pero al verme pobre, olvidado y repleto de desengaños, no sé qué deseos lúgubres me acometen: quisiera morir o volver a ser, como entonces, el cantor querido de mis compatriotas...; No hay cosa más triste que sobrevivir a la gloria! ¡Es algo así como vivir en un sepulcro, en conversaciones monótonas con los gusanos que roen los manuscritos de nuestros poemas azules y que celebran idilios sombríos sobre tálamos formados con los borradores de las rimas que brotaron de nuestro corazón!...

Pero —le interrumpí—, en la vejez se sentirá placer recordando las alegrías de la juventud.

—Nada, nada —me dijo con energía—, el recuerdo del dolor siempre es dolor, y el recuerdo del placer nunca es placer. ¡Los que hemos visto las multitudes aclamándonos, los que hemos oído nuestro nombre pronunciado por millares de bocas, sentimos —cuando se nos relega como muebles viejos— que con la gloria se van girones del alma, fragmentos de la vida!

Aquí el pobre anciano, hundiendo la cabeza entre sus manos, sollozó con amargura. La luz de la bujía, al quebrarse en sus cabellos blancos, le daba tonos fosforescentes a su venerable cabeza longfelliana.

De repente se irguió como si despertase de un sueño, y mientras recorría con pasos vacilantes la habitación, dijo casi delirando:

-¡La poesía!... ¿Y qué es la poesía? Una cocotte que se adorna con angaripolas de alquilón ¡La gloria! ¿Y qué es la gloria? ¡Fuego fatuo! ¡El amor! ¿Sabes tú lo que es el amor? ¡Una mezcla informe de miradas, sonrisas, besos y lágrimas... y olvido! ¡La vida! La vida es una ópera en cuatro actos y muchos cuadros: Acto primero: El nacimiento; obertura de llanto. Acto segundo: La infancia; coro de juegos inocentes y risas frescas. Acto tercero: La juventud; dúo de ilusión y amor.

Acto cuarto: La vejez; coro de desengaño. Después... El epílogo: ¡La muerte! marcha fúnebre!...

Y el viejo poeta, señalándome el arpa que yacía empolvada en un rincón, dejó rodar una lágrima que se perdió entre las frondas de su barba blanca de ermitaño y exclamó tristemente:

¡Pavesas y... pavesas!

¡Escucha!... (Febrero de 1896)

Si te dicen que no amo diles que mienten, María; Si te dicen que en mi pecho jamás el amor se anida, que sólo son mis promesas frases que la blanda brisa entre sus alas se lleva. ¡diles que mienten, María!

¿Que no sé amar? ¡Insensatos! ignoran que mi alma es tuya, que para mí son tus ojos paraísos de ventura; que en vano por no adorarte mi pobre corazón lucha... Los que dicen que no amo ¡ignoran que mi alma es tuya! Para ti son mis cantares, para ti son mis pobres versos, para ti son los latidos de mi corazón enfermo; tú eres para mí la dicha, la gloria que ardiente anhelo, mis alegrías son tuyas, ¡para ti mis pobres versos!

Tuyas son las vibraciones de mi lira de poeta, y en ellas –como un suspiro– tu dulce nombre resuena; tuyas son mis esperanzas, mis delirios, mis quimeras; tuyas las notas que arranco ¡de mi lira de poeta!

Valiska (Febrero de 1896)

A Lisandro Posada Berrío

I

¿Quieres una leyenda de Oriente, del país de las palmeras y los terebintos, de las odaliscas y los eunucos, de las arenas y los oasis, de los grandes amores y los odios gigantes?

Pues oye lo que me contó el viejo Jusuf, el buhonero árabe, aquel que hacía nuestras delicias refiriéndonos historias con ese lenguaje —mitad árabe, mitad castellano— que tanto colorido da a las narraciones orientales, cuando salen de los labios de un hijo del desierto.

Ħ

Valiska era bella como un sueño de poeta; en sus ojos "refulgían las noches de Kedén"; su cabello onduloso tenía tintes azulados a fuerza de ser negro; sus labios rojos parecían teñidos con jugo de terebinto; su cuello parecía torneado por los amores a la luz de una alborada; su talle era esbelto como las palmeras de los oasis; sus pies rosados y ágiles podían desafiar en rapidez las patas finas del antílope. Valiska era hermosa como las huríes con que el profeta halaga las pasiones de sus fanáticos sectarios.

Cuando en una noche, de aquellas noches estrelladas de la Arabia, se la veía en el aduar sentada a la puerta de su tienda, tañendo la guzla y entonando baladas orientales, se la creyera una visión paradisíaca evocada por la ardiente fantasía de un sultán voluptuoso y lascivo, que fuese poeta.

Ш

Mahomet, aquel sátiro del trono, la vio y sintió que su sangre se enardecía, como si corriese por sus venas el soplo del simoun.

Será mía, se dijo.

Y sin vacilar ordenó a su Visir que condujese a Valiska al harem.

Cuando la linda hija del desierto llegó a la presencia de Mahomet, estaba recostado muellemente en un canapé, fumando su pipa, con los pies sobre un cojín escarlata.

- —Serás mi favorita —le dijo el Sultán con voz sorda que procuraba suavizar.
- —Nunca —contestó con voz firme la altiva agarena.
- -¿Nunca? -gritó furioso el sultán-. Pues querrás por la fuerza. Los hombres de mi raza tomamos lo que no quieren darnos.
- -¡Moriré! —repuso Valiska, en cuyos ojos brilló una llamarada de odio Moriré, porque amo, y el que amo no sois vos, jy las mujeres de mi raza somos del ser querido o de nadie!

Y sacando un puñal la valiente ismaelita, lo hundió en su pecho, en aquel pecho que podía servir de almohada al mismo Alá. Sus ojos se fueron apagando, y al caer sobre el tapiz de seda roja gritó:

— ¡Tirano! Así mueren las que no nacen para odaliscas. ¡Así morimos las que amamos!

IV

Cuando el viejo Jusuf, el buhonero árabe, terminó su relación, chupó su pipa silenciosamente, se enjugó con el turbante una lágrima, y dijo con melancolía:

-¡Así mueren las hijas del desierto!... ¡Qué bella era Valiska y... cuánto me amaba!

Helechos (Marzo de 1896)

A Carlos Espinela

I

Dicen que eres muy niña todavía, que amor de niña y niebla son lo mismo, y yo solo respondo, vida mía, que así te adoro, exenta de falsía, y no pienso en tu fe de bautismo.

II

Cuando a mi pobre madre le dije ¡Adiós! juré que ella sería mi único amor; más si te veo olvido, niña hermosa, mis juramentos.

III

Junto a las dichas están las penas, todo es contrastes en este suelo: por eso hay cunas de harapos llenas y hay ataúdes color del cielo

IV

Yo tengo dos amores que me alumbran, porque es luz el amor: el amor de mi madre, que es luz de estrella; el amor que te tengo, que es luz del sol.

V

La primera mujer, la linda Eva, de comió la manzana, por curiosa, y la Eva del siglo diez y nueve se come la manzana, por golosa, y por eso en la gente femenina todo es curiosidad o golosina.

VI

Allí en aquel oscuro anfiteatro estaba un cadáver descuartizando. Y decía un marido a boca llena: ¡Qué bueno si el difunto fuese mi suegra!

VII

Tengo un secreto aquí que me sofoca, ¿quieres que te lo diga? Pues escucha: para olvidarte, mi pasión es mucha; para casarme, mi pasión es poca.

VIII

Óyeme, niña preciosa: quisiera, en loco embeleso, quitar de tu faz hermosa ese lunar...; con un beso!

IX

Luchó y vencido por la adversa suerte en la ruda batalla de la vida, cogió el arma homicida y sin pensar en Dios, se dio la muerte. ¿Dices que eso sucede cada rato? ¡Alma mía!... ¡por eso no me mato!

A Mercedes (Julio de 1896)

Los rayos de la aurora con su luz pura te iluminaban cuando por vez primera te vi en la cumbre de la montaña.

Una rama de helecho entre tus lindas manos llevabas, y así, me pareciste de nuestros montes la virgen-hada, haciendo huir las sombras con los fulgores de tus miradas.

Ceñía una corona de madreselvas tu frente pura, γ γο, al verte, Mercedes, flor escondida, paloma oculta, pensé en la triste Amelia, la virgen loca que errante cruza nuestras verdes montañas y nuestros bosques, llorando en busca de su novio ya muerto, mientras su mente vaga y se esfuma con todos sus delirios entre las sombras de la locura. También me pareciste del vate-loco la fresca musa pues ella, como Amelia, llora y se queja doliente y viuda.

Diosa de las montañas, linda Mercedes, ¡flor de los campos!... tú eres la poesía, en ti palpitan los bellos cantos de aquel poeta-loco, nuestro perdido bardo Epifanio, el de los versos suaves, llenos de aroma, llenos de encanto, con olores de helecho, jugo de fresas, celestes rayos, rumores de maizales, frescor de brisa, ¡gotas de llanto!

¡Oh! cómo te recuerdo, bella Mercedes, cuando risueña te vi sobre la cumbre de la montaña, ¡grácil y fresca! vi el oro en tus cabellos, sobre la frente tus azucenas, rosas en tus mejillas, entre tus ojos rayos de estrella. Al recordarte, creo que de estos montes eres la reina, que eres la musa casta de nuestro pobre-loco poeta, la gentil hada rubia de nuestros bosques y nuestras selvas, la virgen pensativa, la errante loca, ¡la triste Amelia! Y ahora anta tus plantas pongo mis trovas, niña hechicera, porque eres hada hermosa, porque eres musa lozana y fresca, casta como una virgen, y eres tan pura cual la azucena, y hay rosas en tu cara y hay en tus ojos rayos de estrella.

Jesús Ferrer (Octubre de 1896)

Lo conocí una tarde, hace ocho años, allá en nuestra vieja ciudad de Antioquia, y desde entonces nos ha unido amistad inalterable.

No resisto a la tentación de presentarlo tal como lo vi, recostado contra una añosa palmera, alumbrado por la luz del sol poniente, que penetraba al través del ramaje.

Alto, delgado, pálido, con una sonrisa semiburlona, semiamable, oyendo impasible las carcajadas que acababa de arrancar a un corrillo de amigos, a quienes refería un cuento color de... esperanza; el sombrero echado sobre las cejas, ocultando su hermosa frente; ojos claros y melancólicos por donde asoma su alma generosa.

Ni bello ni feo, pero de un conjunto agradable.

Es un muchacho muy serio, casi adusto, cuando no se halla entre amigos. No obstante, es de aquellos que inspiran grandes pasiones. A las mujeres les gusta un tipo como él. Recuerdo que una morenita preciosa me decía una vez:

—Me encanta ese joven tan antipático.

Esto, que parece una paradoja, no lo es, pues ya manifesté que, a pesar de ser casi adusto, Jesús agrada. Es que su seriedad no viene de mal sino de su temperamento nostálgico.

Detesta el matrimonio. Quiere ser libre en todo. No le gustan las cadenas así sean de flores. No ha tenido jamás una novia en firme, porque dice que, si se enamorara, se casaría, y que el matrimonio es una esclavitud. No sé si tendrá razón. Peut étre.

Ferrer es poeta, aunque no hace versos; siente, y su prosa tiene algo como arrullo de paloma, algo como canto de cisne, algo como susurro de brisa. Odia a todos los tiranos, desde el que empuña cetro, hasta el que esgrime pretina. Se indigna, y entonces en su prosa resuena algo como chisporrotear de fragua, algo como rugir de cañones, algo como romper de cadenas.

Recita a menudo los candentes artículos de Juancho Uribe, a quien admira. Por eso sus amigos le decíamos en nuestras intimidades:

—Jesús, tu prosa es muy juanchesca.

—Sí, muy juanchesca —nos contestaba—. Ojalá. El estilo del indio Uribe es digno de admirarse. ¿Dónde hay nada más bello que esto?:

"Ya se destaca la montañera, la doncella de tierra fría, hacendosa y casta, con el zumo de las moras en las mejillas... ¡Cuánta belleza en esa figura que decora las sierras, que esparce fragancia de cultivos nuevos y que tiene la redondez y tersura del globo de la granadilla!"

¿No es esto muy hermosamente antioqueño?

Le dábamos nuestro asentimiento.

Esta admiración casi incondicional de Ferrer por los escritos de Juan de Dios Uribe, hace que su prosa resulte juanchesca, pero aquél no es un imitador servil de éste.

Son semejantes en el estilo y en algunas ideas, y nada más. Se diferencian en mucho: Ferrer no es tan exagerado como Uribe, porque no quiere llevarlo todo a sangre y fuego como el "eterno proscrito" que —como algunas aves marinas nació para vivir entre tempestades. De todos modos, la prosa de Ferrer gusta, y gustará.

Jesús Ferrer es una antinomia viviente. Pasa de las más hondas tristezas a las más locas alegrías. En su conversación prodiga los chistes a granel y las frases lúgubres a porrillo. Su chiste tiene mucho de Taboada, su amargura tiene mucho de Balart; se ríe de todo, y todo lo fustiga con gracia, como aquél; llora a una muerta querida, como éste, y el dolor le hace lanzar frases empapadas en lágrimas. No hiere con su risa, como Larra; no blasfema en su tristeza, como Espronceda.

Cuando se alegra, hace alegrar a sus amigos; cuando gime, alza los ojos al cielo y nos hace gemir con él.

Dije que Ferrer llora a una muerta querida, su hermana, una virgen casta y hermosa, una verdadera antioqueña. Murió cuando todo le sonreía; cuando la vida era para ella un conjunto de ilusiones rosadas, ensueños azules y risas frescas. Desde entonces Jesús está muy triste.

Antes de esa pérdida solía caer en melancolías profundas. Ahora vive sumido en nostalgias, en anhelos vagos.

Cuando María, su hermana, murió, me dijo Jesús sollozando:

—¿Sabes? ¡María ha muerto!

No supe qué contestarle.

- -¿Para qué estudio? —siguió—; era mi único amor. Ella, mi pobre hermana, me reconciliaba con la vida desde que murió mi madre.
- —Te queda otra hermana, le dije.
- —Sí, y la quiero mucho, mucho... Pero a María la adoraba. Crecimos juntos, jugamos a unos mismos juegos; ya grandes tuvimos unas mismas aspiraciones... Ya no me queda en el mundo más que una hermana viva y el recuerdo de mi madre y de mi hermana muerta. ¡Estoy entre una niña y dos tumbas!

En vano traté de consolarlo.

Sin embargo, siguió estudiando hasta coronar su carrera.

Muchas veces, cuando —escalpelo en mano— rompía cuerpos humanos, vertía Ferrer dos lágrimas que se perdían entre los músculos rígidos de los cadáveres. Era que le asaltaba el recuerdo de su madre y su hermana.

Por fin fue médico, se graduó, fue doctor.

Hoy vive en el Tolima arrancándole víctimas a la muerte. Tal vez en sus horas de nostalgia, al contemplar la cumbre blanca del nevado gigantesco, al evocar los recuerdos de su querida Antioquia, al pensar en sus verdes montañas, sentirá Jesús perfumes de helechos y madreselvas, y verá allá, en el fondo de su mente, dos tumbas, ¡sombreadas por cipreses y campanillas!

Allí duermen su madre y su hermana, arrulladas por el Cauca, cuyas ondas besan la arena y se alejan cantando misteriosos *De profundis*.

Mignon

Febrero de 1897

Era una pequeña árabe, a quien llamábamos Mignon, por su aire nostálgico.

Malos tratamientos en el día, pésimo lecho por la noche, y llanto a todas horas, esa era la vida de la pobre muchacha.

Estaba muy flaca y muy pálida; pero en sus ojos se había concentrado toda la vida que se escapaba de aquel cuerpecillo endeble. Eran sus ojos negros, grandes, muy abiertos, como si la escuálida agarena quisiera, antes de morir, abarcar el mundo con una sola mirada.

Vino a Medellín con unos saltimbanquis que trajeron osos y micos. Allá lejos, muy lejos, en la Arabia, los padres de la infeliz la vendieron por una manta de hilo y un puñado de dátiles. Vivía muy triste la pobrecilla, recordando constantemente el desierto con sus arenas abrasadoras; las palmeras con su follaje fresco, los camellos con sus grandes jorobas, entre las cuales se dormía, arrullada por las canciones que su madre entonaba para animar el paso del deforme cuadrúpedo, fiel compañero del árabe, y el aduar con sus tiendas, su bullicio y sus cantos. Todo lo recordaba, todo. En sus miradas se traslucía la nostalgia, porque en el fondo de aquel corazoncito de diez años, estaba siempre vivo el deseo de volver al hogar abandonado.

Como si ella fuese un animal, la hacían dormir sus amos en un mismo cuarto con osos y monos, sin pensar en lo que sufría. Al principio, los monos la mordían; después se acostumbraron a verla, y ella al fin hizo buenas migas con tan vivarachos compañeros.

Mas con los osos, qué sustos pasaba al darles la comida y al oír sus gruñidos: Había sobre todo una osa parda, enorme, que hacía llorar de miedo a la pobre Mignon. El animal le manifestaba odio. ¿Por qué? Nadie podría saberlo, ni el mismo director de la compañía, quien, cuando la osa le tiraba un zarpazo a la chiquilla, se contentaba con decir en su germanía híbrida, mezcla informe árabe, francés y castellano:

—Te aborrece muy fuerte. Cuidado te mata ¿eh?

El circo estaba lleno de espectadores que aguardaban con impaciencia la función de animales sabios.

Sonó un silbido, y por una puertecilla situada bajo el palco de los músicos, salieron los saltimbanquis, los osos y los monos. Mignon venía un poco atrás, vestida con pantalones bombachos rojos y chaquetita azul. En la cabeza llevaba un turbante amarillo.

Llegados a la mitad del circo, los animales, obedeciendo las voces de mando de sus amos, exhibieron sus diversas habilidades.

Tocole el turno a la chiquilla. Subiose sobre los lomos del oso y empezó, siempre seria, a hacer prodigios de agilidad y prodigios de equilibrio. Al terminar, una tempestad de aplausos se desencadenó.

—¡Bravo, Mignon! ¡Bravo!

—Anda a recoger lo que esos señores te van a dar —le dijo el jefe, señalándole un grupo de personas que desde un palco la llamaban.

Y allá se dirigió la chica, llevando en la mano su turbante, en cuyo fondo cayó una lluvia de monedas.

—Oye, Mignon —le gritó un joven—¿qué harás con ese dinero?

- —Se lo doy al amo para pagarle lo que valgo, y con lo que sobre me voy.
- —Bravo, Mignon, ¡así se habla!
- —Bueno, Mignon, ¡toma más! —Gritaban todos compadecidos, arrojándole monedas entre el turbante. Una sonrisa, la primera que le veíamos, se dibujó en su boca al verse dueña de tanto dinero.

Volvió a bajar al Circo, donde la aguardaban sus compañeros. Y tal vez aturdida con su triunfo, no se fijó en que se había colocado muy cerca de la osa, que la odiaba.

—Toma, Mignon —gritó un espectador, tirando una moneda que cayó entre las patas de la osa.

La chiquilla se apresuró a tomar la nueva dádiva; pero antes de guardársela se sintió abrazada fuertemente. Sus huesos traquearon con un crujido de leña seca. ¡Era que la osa la ahogaba entre sus brazos!

No dio un grito. Cuando la levantaron, salieron rodando unas monedas de su bolsillo. ¡Pobre Mignon! Era el precio de su rescate, lo que le había de servir para volver a su desierto, a sus palomas, ¡a su aduar!

El Repertorio

Esta "revista mensual ilustrada" comenzó a circular en junio de 1896 y dejó de existir en mayo de 1897, después de publicar doce números. Sus directores fueron Luis de Greiff y Horacio Marino Rodríguez. El primero, intelectual, político y escritor, colaboró también en las revistas *Lectura y Arte* y *Alpha*. El segundo, arquitecto, pionero de la fotografía en Antioquia y pintor, era hermano del fotógrafo Melitón Rodríguez⁷³ y colaboró en las revistas *El Montañés* y *El Correo Liberal* (Gutiérrez D 2021).

El Repertorio se reconoce como la primera revista ilustrada que se publicó en Antioquia, un logro que se debe al uso de la técnica del fotograbado. En ella se publicaron los primeros dibujos de Marco Tobón Mejía y de Francisco Antonio Cano. Contó con la colaboración de Juan José Botero, Fidel Cano, Emiro Kastos, entre otros. Su nombre cambió a El Montañés, en septiembre de 1897 (Arango de Tobón, 2006).

Título	Fecha	Género
A Maximiliano Grillo	Junio de 1896	Poesía
Nieve de estío	Diciembre de 1896	Cuadro
Cuba	Febrero de 1897	Poesía
Julio Gutiérrez	Marzo de 1897	Crónica
Suicida	Marzo de 1897	Poesía
Maximiliano Grillo	Mayo de 1897	Crónica

Tabla 6. La obra de Vives Guerra en *El Repertorio*.

⁷³ Horacio y Melitón fueron los fundadores del reconocido taller Fotografía Rodríguez, llamado inicialmente Rodríguez y Jaramillo.

A Maximiliano Grillo (Junio de 1896)

Desde otra tierra hermosa, alegre y encantada, la fama bulliciosa me trajo alborozada, de tu sonora cítara la dulce vibración:

Y palpitó de gozo mi corazón herido, porque en tu canto hermoso, ternísimo y sentido, derramas un magnético raudal de inspiración.

A veces tus cantares son música guerrera, rugido de los mares que azotan la ribera, con turbulento estrépito de nubes al chocar.

A veces tus canciones son dulce melodía, latir de corazones, rumores de la orgía, del arroyuelo plácido el tenue susurrar.

Tu canto es el gemido que lanza el pecho amante, sollozo comprimido, suspiro agonizante, el soplo de los céfiros que besan a la flor.

Es, a veces, terrible, siniestra carcajada, es el rugido horrible de fiera encadenada, es el sonido lúgubre del viento atronador.

Nieve de estío (Diciembre de 1896)

Siempre que pasa a mi lado, tan joven, tan hermosa, con aquellos ojos tan fulgurantes, se me oprime el corazón al ver ese rizo blanco que —como serpiente de hielo— se destaca en sus cabellos negros.

La historia de ese rizo es muy sencilla pero muy triste.

Eran ricos, jóvenes y hermosos; se amaron y se casaron.

Julio, un muchacho de veinte años, de belleza delicada y casi femenil, como la del caballero de Casa-Roja; pero con un corazón generoso y apasionado. Sofía, casta, buena y amante; con una boca a lo María Estuardo, unos ojos brillantes y enloquecedores que —según Julio— sacaban chispas de las piedras, y un rostro melancólico de italiana.

La luna de miel, ese tiempo en que el hogar es un rincón del paraíso, la pasaron los esposos en El Tablazo, en una casita medio escondida entre los naranjos, que les brindaban sus frutos de oro y perfumaban sus amores con azahares.

Pasó un año.

Y Julio tosía, tosía sin cesar.

La tisis, esa enfermedad que han dado en llamar romántica, pero que es horrible, había hecho su nido en los pulmones de Julio, le oprimía el pecho y le hacía retorcerse a cada acceso de tos, como los hijos de Laocoonte, apretados por las serpientes.

Sofía, pálida como una virgen de mármol, oía, estremeciéndose de dolor, aquel estallido de los pulmones, aquel crujir del pecho, aquel aletear de la muerte en torno de la cabeza de Julio, mientras éste, sonriendo dulcemente, le decía:

—¡Ya me aliviaré, no te aflijas!

Aquella noche Sofía, sentada al borde del lecho, teniendo entre las suyas las manos enflaquecidas de su marido, contemplaba, con los ojos muy abiertos, la agonía de éste. A la cabecera, colgado, un crucifijo de marfil, con una pilita de concha al pie; junto a la cama una silla; en el centro del cuarto una mesa atestada de frascos; una Hermana de la Caridad, un sacerdote, dos médicos, mujeres que sollozan... y todo esto alumbrado por una lámpara, cuya luz no ahuyenta la oscuridad de los rincones, en donde, entre negruras pavorosas, la muerte sonríe acurrucada. Por las vidrieras penetra la claridad de la luna y lo rodea todo de una vaguedad pavorosa, algo como la neblina de lo desconocido.

De pronto el moribundo fija sus ojos extraviados en los grandes ojos de Sofía, y con fuerza convulsiva le aprieta la mano hasta hacerle crujir los dedos...

¡La agonía fue larga, muy larga!

Cuando por la mañana fueron a sacar del lecho el cadáver para colocarlo en el ataúd, notaron que las manos de Julio, ya rígidas, apretaban las manos de su esposa, como si quisiera llevársela consigo. La piel tersa de Sofía ostentaba los surcos amoratados que habían dejado los dedos del muerto.

En esa noche pasada al borde del lecho de un moribundo, sintiendo enfriarse gradualmente ese cuerpo adorado, viendo cómo, poco a poco, la vida se iba para dar paso a la muerte que llegaba; en esa noche, tan triste; tan larga, no derramó una lágrima Sofía. No podía llorar y se ahogaba.

Cuando un año después volví a verla, me sorprendí al notar un mechón blanco que se destacaba en su negro cabello. Era el dolor sombrío y mudo de aquella noche que había dejado sus rastros en esa cabeza de Madona.

Hoy ha pasado junto a mí. Iba para la iglesia. Es el tercer aniversario de la muerte de su marido. ¡Pobre Sofía! ¡Que bella estaba con su mantilla de crespón que la envolvía como una oleada de espuma negra y que le daba cierta vaga semejanza con la *Joconda de Vinci (sic)* y con las legendarias tapadas de Lima!

Al contemplarla tan joven, tan hermosa, tan digna de ser feliz, se me oprimió el corazón, viendo ese rizo blanco que, como serpiente de hielo, se destaca en su cabellera negra. ¡Nieve de estío!

Cuba⁷⁴ (Febrero de 1897)

A D. Rafael María Merchán⁷⁵

Llega a nosotros en turbión deshecho la fama, Cuba, de tu ardor que espanta, y sentimos sollozos dentro del pecho, ¡y sentimos gemidos en la garganta!

⁷⁴ El Repertorio había publicado en un número anterior un poema con el mismo título, autoría de Juan C. Tobón. Ambos poemas atendían al pedido de Rafael Uribe Uribe, quien había propuesto al gobierno colombiano apoyar el movimiento de independencia de la isla. Su propuesta fue ignorada por el gobierno, así que sólo la prensa dio acogida a su iniciativa (Gutiérrez D 2021). Recuérdese la censura aplicada por el gobierno a El Cirirí por artículos relacionados con este mismo asunto de Cuba.

⁷⁵ Escritor cubano, ferviente defensor de la independencia de su país, lo cual se valió el destierro. En Colombia, fue secretario del presidente Núñez (Fernández, Biografías y vidas 2004).

¡El valor de tus hijos nos deslumbra! ¡Va la fama tus hechos pregonando! ¡Lucha, que la victoria tu paso alumbra! Y si has de morir, muere...; pero matando!

Arroja a los tiranos que te oprimen ¡Haz de su sangre fecundante riego! ¡Los pueblos dignos mueren, pero no gimen! ¡Si un pueblo digno llora, su llanto es fuego!

¡Mata! que no merecen quedar vivos aunque hagan de valor fieros alardes. ¡Los cubanos son siempre leones altivos y son los que te oprimen tigres cobardes!

En todos los cubanos corazones ¡la Libertad, como volcán, estalla! ¡Hoy se mezcla el rugido de los cañones al rumor de las olas sobre tu playa!

¡Amo tus ideales seductores! ¡Cada hijo tuyo para mí es hermano! ¡Que te lleven las brisas en sus rumores la admiración ardiente de un colombiano!

Julio Gutiérrez (Marzo de 1897)

¡Ha muerto Julio, el popularísimo *Frasquito*!

Joven, lleno de vida, ardiente de entusiasmo, con un volcán de inspiración en su mente luminosa, así lo sorprendió la muerte.

Contaba cinco lustros. Era un verdadero bohemio, de esos que tras de un sansfaçon lleno de gracia, ocultan un alma generosa.

Fuimos compañeros de redacción en El Dúo, periódico que por el esprit y la chispa de Julio y por la actividad sorprendente que éste desplegaba, alcanzó gran popularidad.

Julio nació para repórter. Parecía tener don de ubicuidad. En todas partes estaba. ¿Había boda? Allí él, con su inseparable bloc, haciendo apuntes. ¿Entierro? Pues al cementerio se iba, a tomar notas. Después, en la revista de la boda, derrochaba gracia, y con la del entierro hacía llorar a los lectores.

Su modo de ser, un tanto excéntrico, y su amable carácter, hacían que de todos fuera conocido y que todos lo quisieran. Singularmente entre las mujeres tenía grandes amigas. Las niñas lo señalaban con el dedo, sonriendo cariñosamente.

—Mira, aquel *mono* es Frasquito, uno que hace versos tan hermosos.

Porque era poeta, a pesar de que escribía pocos versos. En su cartera guardaba inéditos raudales de bellezas. Si estaba triste, su canto salía mojado en lágrimas; si alegre, en sus estrofas rotundas palpitaba la sal de Andalucía.

Desengaños amorosos, según él mismo me contaba, lo hicieron escribir, durante dos años, estrofas muy tristes, muy abigaíl-lozánicas, como él las llamaba. Tenía un poemita precioso, en décimas, llamado En el templo y en la calle. En ese poema había derramado la savia de su alma. Aquello parecía escrito con jugo del corazón.

Empezaba la escena en la iglesia, una tarde del mes de mayo, cuando la luz del día se aleja para dar paso a la noche que llega:

";Recuerdas? Del templo santo por los oscuros sillares, las sombras crepusculares tendían fúnebre manto! ¡Suave, dulcísimo canto al cielo en ondas subía, y de la Virgen María la imagen sencilla y pura, con infinita dulzura a los dos nos sonreía!"

Después, la descripción de la amada del poeta: una virgen de ojos azules y de cabellos rubios, retratada más tarde por él en un soneto que publicó con el título de *Esther*:

"Es Minerva con ojos de querube, fiel trasunto de Venus Citerea, fantástica visión que el alma crea envuelta en los jirones de una nube. Es un sueño de amor que al cielo sube circundada la sien de luz febea; es del poeta la suprema idea la inspiración que en mi delirio tuve. Hay en su frente luz y poesía, hay en su corazón el santo anhelo por la virtud que su existencia guía. temo que Dios con su infinito celo la lleve a él en impensado día porque hay un ángel que le falta al cielo!"

¡Pobre Frasquito! ¡Temía que su amada se muriera y él fue el muerto! La novia de esos amores ideales no lo buscó; y él celebró sus bodas, no con la niña de los cabellos rubios, "Minerva, con ojos de querube", sino con una "hermosa y pálida: ¡la muerte!"

El resto del poema, aunque con argumento muy común, conmueve hasta hacer saltar las lágrimas. ¡Tanta melancolía respiran aquellos versos de la adolescencia; ide esa edad en que el hombre cree en el amor puramente ideal, y en que sueña con hadas envueltas en mantos de niebla y coronadas de espumas!

En los días de *spleen*, la lira de Julio lanzaba notas negras. Entonces sus versos eran nostálgicos y pesimistas. En Mi almanaque, soneto muy bello, nos da la muestra del desaliento que le producían los desengaños que nacen y las esperanzas que mueren:

"Hoja tras hoja al bloque numerado arranco pensativo, mudo y serio: las que quedan encierran un misterio, las que se van se llevan un pasado. Aquellas tienen el incierto hado que me guarda del mundo el cautiverio; estas van a llenar el cementerio do ambiciones y dichas han quedado.

¿Cuándo tendrá su fin esta tarea de sepultar venturas y alegrías, cuanto noble ideal el alma crea? ¿Por qué sigo forjando fantasías, dulces sueños de amor, si en la pelea caigo herido otra vez todos los días?"

¡Pobre Julio! ¡Otros seguirán arrancando hojas de tu Almanaque! ¡Ya tú no arrancarás más! Con tu muerte prematura te contestaste las fatales preguntas que te hacías en tus horas de nostalgia.

Como traductor fue bastante notable. Las romanzas de Bourguet, vertidas por Julio al castellano, están pregonando que si éste valía como poeta original, como traductor sabía dejar bien puesto su nombre y bien puras las concepciones de los grandes autores extranjeros.

¡Y se murió! Ya no volveremos a oír sus alegres carcajadas, ni lo veremos improvisar lindas poesías, ni leeremos su prosa chispeante. Murió cuando le sonreía la gloria, cuando las ilusiones lo cobijaban, cuando las estrofas revoloteaban en su cerebro.

Aún me parece verlo con su cabellera rubia y larga y sus azules ojos que brillaban animados por la risa que eternamente plegaba su boca. Aún me parece escuchar su charla salerosa y picante. ¡Y se murió! ¡Hay hombres que no deberían morir y Julio es uno de ellos! ¡Pero ya todo acabó! "¡Plantad un sauce junto al lecho frío!" ¡Que descanse en paz el antiguo compañero, mientras los demás, los que supimos admirarlo y quererlo, quedamos luchando brazo a brazo con el mundo!

[&]quot;¡Plantad un sauce junto al lecho frío!"

:Suicida...!⁷⁶ (Marzo de 1897)

"... la vida abandonamos o bien nos abandona. ; y quedan tantas lágrimas y penas bajo la helada losa! ;Allí también el hombre en la partida hace llorar?... Si lloran... cuando hay madre que cierre su sepulcro; porque si no... ¡la tumba queda sola!"

Julio Gutiérrez

¡La noche ya caía! ¡La noche aterradora! ¡los búhos revolaban entre la sombra espesa! y así dijo el bohemio de mente soñadora con voz como salida del fondo de la huesa:

"¡Oh!¡No llaméis cobarde al que dejó la vida! al que se dio la muerte cansado de sufrir llamadlo desgraciado, ¡no más! ¡Pobre suicida! ¡el que su pecho hiere jamás será cobarde! ¿Qué espera de la Gloria? ¡La Gloria llega tarde! ¡Para vivir penando, mejor es no vivir! "¡Morir...! ¡y qué es la muerte...! Sentir que los dolores ¡se van lejos... muy lejos... se arrancan de raíz! ¿Y qué es la vida?... ¡Mezcla de amargos sinsabores y ráfagas de dicha, de risas y de llanto...! ¡muramos entonando de juventud el canto...! ¡la bala del suicida no deja cicatriz!"

"¡Mi pobre madre llora mientras la muerte llega y con su beso frío la viene a consolar! ¡El ánimo sucumbe del mundo en la refriega! ¿Qué espero de la Gloria? ¡La Gloria viene tarde! Que escriban en mi losa: 'Descansa aquí un cobarde!' Yo escribiré en mi tumba: 'Morir es despertar!'"

⁷⁶ Firmado con su nombre de pila, José Velásquez García.

"Me lloraréis, amigos; más pasarán los años, ¡y nadie al recordarme su llanto verterá! ¡así es el Mundo! ¡Luchas, amor y desengaños! ¡me olvidaréis vosotros gozando de la vida...! una mujer me llora ¡la que jamás olvida! ¡Mi madre! ¡Sí...! ¡Tan solo mi madre llorará!"

...

Los búhos entonaron su cántiga doliente rasgando las tinieblas con voz aterradora, jy resonó el disparo que destrozó la frente de aquel poeta pálido de mente soñadora!

Maximiliano Grillo (Mayo de 1897)

He aquí un poeta.

Sus estrofas revolotean, brillan, deslumbran, tienen vida.

Es muy joven, casi adolescente, y ya sus versos, como libélulas de luz, han volado por el mundo y vuelto trayendo hojas del laurel que adorna la frente soñadora del bardo.

Nació en Manizales, allá "donde se levanta, entre cordilleras verdes, una cordillera blanca".

¿Por qué los cantos de Grillo son siempre tan tristes?, me he preguntado muchas veces. Es que su inspiración conserva la melancolía que de niño le produjera la vista del Ruiz. Mas si ese páramo le infundió su imponente tristeza, no pudo infundirle su frío. No: la poesía de Grillo tiene fuego, mucho fuego, aunque respira nostalgia.

Leamos, si no, *Al toque de Ángelus*. Ese soneto es un sollozo; leyéndolo, le parece a uno que ve el espíritu tétrico que ora oculto en los sonidos; que siente el susurro de los cipreses del Campo Santo; que oye el piar de los moradores de los nidos; que se baña en los fulgores de la aurora; que lo invade la nostalgia de

la muerte, y llora pensando en la madre, esa mujer siempre santa, a quien Grillo consagra un recuerdo casi en todos sus cantos.

En Nostalgia, la musa de Grillo acentúa más su nota melancólica. Es un lamento rimado, escrito quizá en una noche fosca de invierno, cuando cae lenta la nieve a la llanura; cuando el poeta escucha el monótono ruido de la lluvia que azota las ventanas, y cuando la muriente llama de una bujía finge, al temblar, fantasmas de indecisa catadura.

Sí: Grillo es un gran poeta. Sus estrofas revolotean, brillan, deslumbran, tienen vida.

Sus sonetos son modelos. Al toque de Ángelus y ¡Callad...! son dos gemas rutilantes, que nada tienen que envidiar a los Trofeos de Heredia.

Hoy publica El Repertorio el retrato de Grillo y dos composiciones inéditas suyas: Margarita, un preciosísimo cuento, cortado a la francesa, y Alma rerum, bellísima poesía muy espiritualista. Ambas son dignas de su autor; ambas muestran una vez más que Grillo, si como crítico es notable, como poeta y cuentista forma con los Flórez, Arciniegas, Vega, Uribe, Torres y otros muchos, esa constelación que tanto brilla en el cielo de nuestra literatura.

Estaba escribiendo estas líneas cuando recibí una carta de Grillo, en que me habla de lo difícil que es forjar estrofas pensando en artículos del Código Civil; esto es: la casi imposibilidad que hay para juntar, en buen maridaje, la Poesía y la Jurisprudencia, sin que uno de los cónyuges perjudique al otro. Y sin embargo él, a pesar de ser un laborioso y activo jurisconsulto, es un bardo inspirado: fabrica sus sonetos áureos, sus rimas hechiceras y sus romances nostálgicos, mientras hojea códigos, recuerda artículos y eleva memoriales. De modo que, como él mismo me dice, ¡reparte su tiempo entre el trabajo de Marta que lava las ánforas, y los éxtasis de Magdalena que se embelesa oyendo las enseñanzas de Galileo!

El Cirirí

Este periódico, segundo empeño empresarial de Vives Guerra después de *El Dúo*, fue, según él, uno de los periódicos más populares del país en su momento (Vives Guerra, *Gestas de la mi Cibdad* 1963). Como se recordará tuvo tres épocas diferentes. La primera, en Medellín, a cargo de Vives Guerra y Jesús Del Corral entre abril y noviembre de 1897, la segunda, ya en Bogotá, en 1904, y una más en 1909. En la biblioteca digital de la Biblioteca Luis-Ángel Arango, del Banco de la República, es posible encontrar varios números de la segunda época⁷⁷, y en la colección de patrimonio documental de la Universidad de Antioquia, versiones microfilmadas de números de la segunda y la tercera época.

En *El Cirirí* encontramos tres obras ("Carta abierta", en abril de 1897, "Madre", en mayo de 1905, y "La mejor natilla", en 1909). La primera de ellas usando el seudónimo Fray Cepillo y las dos últimas como Julio Vives Guerra.

"La mejor natilla" es una crónica que hallamos en el libro *Gente maicera*, de don Benigno Gutiérrez. Nos hemos decidido a incluirla aquí, aunque no hemos certificado su origen, por su alto valor literario y porque los indicios nos inducen a pensar que fue publicada en *El Cirirí*, en su tercera época, a finales de diciembre de 1909.

Título	Fecha	Género
Corta abierto	Abril de 1897	Crónica
Madre	Mayo de 1905	Poesía
La mejor riatillo	1909	Crónica

Tabla 7. La obra de Vives Guerra en *El Cirirí*.

⁷⁷ https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll26/id/30/rec/1

Carta ahierta⁷⁸

Señor General Manuel Casabianca, donde se halle.

Carísimo hijo:

Permíteme que empiece con las palabras del Dios del Sinaí: Honra patrem tuum et matrem tuum, ut sis longievus super terram, cuam Dominus Deus tuus dabit tibi. Como tú, naturalmente, oh hijo mío, no sabrás latín, te traduzco estas frases sublimes, por si Micheas, que sí entiende eso, no tiene tiempo de traducirlas: Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largo tiempo en la tierra prometida.

Te advierto que esa "tierra prometida" no es la República, como pareces creerlo tú, según el jugo que le sacas.

¿Conque tú, hijo mío, sabes que tu pobre madre está en Maracaibo, pereciendo de hambre y de ganas de comer, y no has sido capaz de enviarle ni un billetico, aunque sea clandestino? ¿No te da remordimiento darte la vitabona, mientras tu madre no tiene un pedazo de pan que llevar a la boca ni, como Jesús, una piedra donde reclinar su cabeza?

¡Ay, Manuel! Aquí cabe exclamar con el Profeta Rey: ¡Fili mi *Emmanuele*, *Em*manuele fili mi, ;quis mihi tribuat ut ego moriar pro te?

Se me erizan hasta los cabellos que no tengo en mi calva, cuando pienso en tu comportamiento.

Cierro los ojos, y allá, en el fondo de mi mente, aparece este cuadro:

En las calles de Bogotá un personaje, engalanado hasta las orejas, satisfecho, feliz, harto, adulado y... adulador; y allá en las orillas rientes del Maracaibo, en una choza miserable, una pobre viejecita de cabellos blancos, con las huellas del sufrimiento en su rostro demacrado, con los ojos marchitos de llorar por el hijo ausente, andrajosa, pálida y, lo que es más triste, ¡hambrienta!

⁷⁸ Se refiere al general conservador Manuel Casabianca Wersares, hombre cercano a Rafael Núñez e influyente personalidad de la república conservadora.

¡El personaje de los galones eres tú! ¡La anciana es tu madre!

Es tu madre, la que te tuvo en su seno; la que te dio el néctar de la vida; la que enjugó con sus labios tu primera lágrima; la que se alegró con tu primera sonrisa; la que te durmió en la cuna al eco de tiernas baladas.

¡Y mientras tú ríes, ella llora; mientras tú habitas palacios, ella vive en una cabaña; mientras tú ostentas galones áureos, ella tirita de frío; mientras tú estás harto, ¡ella pide por el amor de Dios!

Hijo mío, presumo que tú no eres buena persona, porque el que es mal hijo es mal todo, inclusive gobernante. Hay tres grandes amores: el de Dios, el de la Patria y el de la familia; y voy creyendo que tú no encierras ninguno en el corazón. Y aquí de mis silogismos marcofidelsuarianos. Repito, para mayor claridad, que tú no conoces esa radiosa trinidad de amores: no el de la madre, porque lo estás probando con tu proceder; no el de Dios, porque quien no ama a su madre no lo ama a Él; no el de la Patria, porque quien no ama a su madre y a Dios, no sabe ni lo que es Patria: ergo tú, hijo mío, estás de botar con dos tusas.

Concluyo, oh carísimo Manuel, ésta ya muy larga carta, repitiéndote las palabras del Dios del Sinaí: Honra patrem tuum et matrem tuum, ut sis longievus super terram, cuam Dominus Deus tuus dabit tibi.

Tu afectísimo capellán,

Fray Cepillo

Madre⁷⁹ (Bogotá, 18 de mayo de 1905)

Al Dr. Isaías Cuartas.

Abrió el cofre de negra madera en donde guardaba los tristes recuerdos de la muchachita que cuando vivía fue el sol de su casa. Del fondo del cofre se escapó un perfume, un perfume vago de cosas pasadas, de flores marchitas... de nido ya frío... y al sentir ese aroma, las lágrimas llenaron sus ojos jy en hilos mojaron sus mejillas pálidas!

Sacó los cabellos rubios y sedosos que, cuando en el féretro tendida ya estaba, le fueron cortados a la muertecita, y al mirar esas crenchas doradas un hondo sollozo rasgó su garganta.
Sacó las botinas y los escarpines, los besó con ansia, y un largo gemido escapose del fondo del alma!

Y pensó: —"Ya la pobre hija mía siquiera descansa...! ¡Pero aquel cementerio tan grande! ¡Ella tan solita, sin su madre amada! ;Tendrá frío?...;Tal vez tenga frío...! Tal vez del invierno las glaciales ráfagas entrarán al través de las grietas que abrió el sol en la fresca argamasa... ¡Pobrecita…! de noche… ¡Tan sola…! ¡Ay! ¡Qué miedo tendrá de las ánimas y de los horribles hoscos esqueletos que de noche danzan de los altos cipreses en torno, a la luz de la luna callada...! ¡Tal vez tiene miedo...! ¡Le haré compañía! ¡Tal vez tiene frío...! ¡Me voy a abrigarla!" ¡Y partió…! Los cristales con furia la lluvia azotaba, y al embate del viento colérico crujían las ramas de los verdes sauces que en la carretera semejaban enormes fantasmas.

El sepulturero después refería que aquella mañana encontró una mujer muy hermosa cerca de la lápida que cubre la tumba do yace una niña, y que aquella mujer murmuraba:

—";No tengas ya miedo que yo te acompaño!
;Duerme!, duerme!, ¡duerme, hija de mi alma!"

⁷⁹ Firmado con su nombre de pila, José Velásquez García.

La mejor natilla⁸⁰

Nada que más atriste, en la tristeza que la ausencia de los míos me trae, que este telegrama, recibido en momentos en que Bogotá es una pura floración de alegría.

"Medellín, 24 de diciembre de 1909. Vives Guerra – Bogotá. ¿Cuál es la mejor natilla? Kama".

Este seudónimo telegráfico, que tiene no sé qué visos de japonés, corresponde a Carlos Mejía, un joven casi adolescente que me distingue con su cariño y que, en esta vez, entre charla y charla me ha hecho el honor de considerarme capaz de definir cuál es la mejor natilla, quiero decir, y quiso él decir, cuál es la mejor Nochebuena, porque la natilla en Antioquia es la condensación, la representación de la nochebuena, pues sin natilla, la verdadera Nochebuena tradicional no existe allá, por más que se reemplace con cuanto majar sueñe un artista Brillat-Savarin.

Le diré a Ud., mi buen amigo Carlos:

La pregunta suya requiere una contestación más larga de la que cabe en el procústico molde de un telegrama, y esa contestación se la doy por la prensa.

Cuando usted sea tan viejo como yo, se persuadirá de que es cierto cuanto voy a decirle.

¿La mejor natilla? La que el niño se come sentado en la cocina de la casa paterna, mientras la mano de la madre le acaricia los cabellos alborotados; mientras se oye el concierto formado por las carcajadas de los hermanitos, el burbujeo de las ollas que hierven en el fogón y el chisporrotear de la leña seca; mientras el jefe de la familia rasga el tiple y canta guabinas dejativas.

⁸⁰ En diciembre de 1909, Julio Vives Guerra escribió esta, que podríamos denominar una canción de navidad antioqueña. Es triste, sí, y nostálgica en extremo, porque refleja el sentimiento del ser ausente que añora estar al calor de los suyos. Está firmada en Bogotá, al igual que su *Dios te salve, mi tierra*, en el mismo mes del mismo año, lo que nos inclina a pensar que, durante el final de 1909, Vives Guerra vivió en esa ciudad, una afirmación que no podemos confirmar, pues no hemos encontrado ninguna evidencia más allá de aquella crónica y de esta poesía.

¿La mejor natilla? La que el adolescente se come sentado junto a la piedra de moler, en coloquio con la noviecita quinceañera que ayuda a triturar el maíz, que se ruboriza cuando la mirada del barbilucio se detiene complacida en los brazos que vienen y van, y que sonríe castamente escuchando las palabras de amor que le levantan en el corazón remolinos de ilusiones.

¿La mejor natilla? La que el padre se come en su casa, rodeado de chiquillos bullangueros, con el alma tranquila, sin salsas pecaminosas; aquella natilla preparada por la madre de esos que gritan, cantan y ríen; por la madre, que no tiene más horizonte, más anhelo, ni más gloria que la alegría de su marido y de sus hijos.

Esa es la mejor natilla.

La de la casa, la del hogar querido.

La que se hace bajo las miradas arrobadoras de la madre, de la abuelita, de la hermana, de la hija, de toda mujer que nos ame porque nos ama, no porque le convenga amarnos.

Esa es la mejor natilla, la mejor Nochebuena. La tradicional, la santa, la hermosa.

Ud. dirá que chocheo. Quizá sí, quizá no.

Es que soy de mi tierra, de mi casa, de mis quereres, de los míos.

Ud. es muy joven, y anhela salir, correr, airearse. Bello anhelo, a fe mía. Pero procure Ud. que nunca llegue la Nochebuena y lo coja fuera del hogar.

El humo que ese día sale por las chimeneas de las casas donde viven los felices, le parece al ausente un humo negro. No es el humo azul que se escapa por la chimenea de las casas donde habitan los seres queridos. El humo propio es azul intensamente, totalmente azul, sin tonos grises, sin humos negros. Al menos, azul lo he visto siempre, con el azul de los ojos de mis chiquillos. Talvez lo he visto con tonos dorados, con el dorado de sus cabellos.

¿Se acuerda Ud. de Chateaubriand?

Parafraseémoslo:

"Felices los que no han visto el humo de las Nochebuenas extranjeras, y sólo han comido la humilde natilla de su hogar".

Y bien: ¿Qué importa que la natilla sea humilde, pobre, si la comemos al chisporroteo de nuestro propio fogón, al crepitar de nuestra propia leña, bajo el cobijo de nuestro techo? ¿Que la penuria nos impide hacerla con los ingredientes de rúbrica? Se hace con agua sola, y a vivir. Es hecha por la madre, por la esposa, por la hermana o por la hija, y basta. Ellas la condimentan con lo caricioso de las risas y lo apacible de sus miradas.

Créame Ud., Carlos. No coma nunca natilla extranjera. Si alguna vez se ausenta, haga cualquier sacrificio, y para ese día, esté Ud. en su casa, con los suyos, con sus quereres. En todo caso, que su natilla sea la preparada por su madre y por sus hermanitas y por todo ser femenino que lo ame de amor. Que la natilla suya sea preparada por ellas, o por su esposa, cuando el amor deje de ser amorío.

No sabe de tristeza quien no oye cantar villancicos en tierra extraña. Cada copla es como una copla de muerte y cada restallar de triquitraques es como versículo de agonía. No sabe de tristeza, no sabe de soledad. Esa es la gran tristeza, la que surge de la alegría ajena. Esa es la inmensa soledad, la que se forma con las muchedumbres.

Ahora, Carlos, ya sabe Ud. cuál es la mejor natilla.

Y yo, en cambio, sé que es la única.

El Heraldo

El Heraldo fue un periódico bogotano que circuló entre julio de 1889 julio de 1936. Fueron sus fundadores Lázaro Pérez y su hijo José Joaquín, comerciantes cartageneros. Al principio aparecía semanalmente, pero, poco a poco, fue aumentando su frecuencia convirtiéndose en bisemanal. Además de noticias, publicaba variedades y textos literarios (Banco de la República s.f.)⁸¹.

En el número 769 de *El Heraldo*, del 6 de mayo de 1899, aparece un artículo de Antonio José Cano ("El Negro" Cano), presentando a Julio Vives Guerra (usando su nombre de pila, José Velásquez García), en el cual se incluye la misma fotografía que se usó en su libro *Aires Antioqueños*. El artículo del Negro es seguido del cuento "El número 13"82.

El Heraldo acogió a Vives Guerra, por primera vez, en septiembre de 1898, cuando publicó un bello cuento: "Pijao". En el mismo número hay un poema de Jesús del Corral, "De mis montañas", dedicado a don Tomás Carrasquilla. Sus otras dos contribuciones son una poesía ("Dedicatoria") y otro cuento ("El número 13"), publicados ambos en mayo de 1899.

Título	Fecha	Género
Pijao	Septiembre de 1898	Cuento
Dedicatorio	Mayo de 1899	Poesía
El número 13	Mayo de 1899	Cuento

Tabla 8. La obra de Vives Guerra en *El Heraldo*.

⁸¹ En la Biblioteca Virtual del Banco de la República se encuentran 866 ejemplares digitales del periódico *El Heraldo*. Es posible consultarlo en: https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll26/id/2132

^{82 &}quot;Raro: no cree en la Poesía; es decir, es bohemio, pero no es *pálido*; ni llora, ni se queja. Y más contento con su suerte que con sus laureles, allá va siempre risueño, mozo arrogante, de frente ancha y descubierta, ojos azules y barba rubia a lo Enrique IV, zahiriendo con su acostumbrada jovialidad a los llorones *fin de siècle*, que no saben acallar los picores de la herida del alma...". Así define el Negro Cano al poeta Velásquez García (Cano, José Velásquez García 1899).

Pijao (Septiembre de 1898)

A Julián Páez M.

Es una aglomeración de edificios sombríos. Las paredes, antes tan blancas, ostentan desconchados como llagas enormes. En los pringosos cuartos vegetan esas mujeres a quienes, por antífrasis, quizá, se las llama de la vida alegre. Las galerías largas, oscuras y de techo bajo, son el *rendez-vous* de los mendigos. Por la noche se encuentra allí, en amalgama asquerosa, lo que gime, lo que llora, lo que sufre, lo que hiede... Parece que esa infeliz Plaza-Vieja fuera la alcantarilla donde la ciudad arroja en la noche lo que le produce náuseas en el día. Allí el mendigo borracho entona, con voz cascada, cantos obscenos; la celestina inmunda forja planes mefistofélicos; el ciego melancólico, recostado contra la pared, con el bordón entre las piernas, reza entre dientes; la pordiosera tísica desgarra su pecho con la tos que le baña los labios de espuma sanguinolenta; el niño huérfano llora de hambre: y gemidos, canciones aguardientosas, risas de bacantes hastiadas, toses, sollozos, todos esos ruidos de aquelarre se juntan en el aire, se arremolinan y suben... ¿a dónde? ¡Tal vez al cielo!

En la Plaza-Vieja nació y creció *Pijao*. Nadie sabía su nombre de pila. ¿Para qué averiguarlo, si pertenecía al gran montón anónimo? Pijao le decía su madre, y Pijao lo llamaron todos. Era un pobre idiota, en cuya memoria cuasi nula no había lugar para veinte palabras, y cuyas aspiraciones no volaban más allá de un plato de sancocho, una totuma de chicha, y una manta rota para abrigarse por la noche en su rincón de la Plaza-Vieja. Tenía la redonda cabezota coronada de cabellos ásperos como cerdas: unos mostachos de granadero, gruesos y largos; el cuerpo era canijo, y la barriga casi esférica. Su vestido lo componían unos pantalones de paño, regalo de cualquier "pijaíto," como él llamaba a sus conocidos; una camisa de lana negra, herencia de algún tahúr, y un abollado sombrero de copa.

Contigua a la Plaza-Vieja hay una casa de balcones. Acostumbraba Pijao ir diariamente a ella, con su totuma, a recibir la comida que le daban los dueños. La encargada de llenarle la totuma era Rosa, la hija menor de éstos, hechicera criatura de cinco años, bella, traviesa, alegre, de cabellos rubios, ojos azules y faz hoyuelada.

La ley de los contrastes hizo que el horrible idiota se aficionara con su pedazo de alma a aquella niña, hermosa como un amorcillo. Pijao se convirtió en adorador de Rosa. Cuando ella salía para la escuela, él la seguía, como perro fiel; cuando ella se mecía en el columpio, él, sentado al pie, contemplaba con los ojos saltones el vaivén del lazo, y cuando ella reía con su risa de avecilla, él lanzaba carcajadas que asustaban a los loros que, sobre la baranda, se galanteaban diciéndose "cotorritas".

Rosa estaba en el colmo de la dicha. ¿Y cómo no? Su papá le había comprado en Le-Bon-Marché un muñeco tan lindo, tan lindo, que gritaba bee, y un aro grande, grandote, para hacerlo rodar. La muchachita le mostraba ese par de maravillas a su amigo Pijao, quien, recostado contra la baranda, sonreía con su sonrisa de tonto inofensivo, cuando ella le acercaba el muñeco a la oreja y le gritaba ;bee!

—Pijao, ¿quieres que haga rodar el aro? —le preguntó ella, en su deliciosa media lengua, mitad voz de ángel, mitad gorjeo de pájaro.

—Bueno, pijaíta.

Se puso a hacerlo rodar; más de repente sus pies diminutos resbalaron en el tablado; la rubia cabecita dio contra la baranda; una de las varillas crujió... un rugido del idiota se juntó al ¡ay! de la niña, que cayó al patio y se rompió el cráneo contra las piedras.

Cuando acudieron sus padres, aún sonreía, como diciendo: Pijao, *¡bee!*

¡Qué bella estaba por la noche en el ataudcito forrado en raso blanco, vestida de blanco, coronada de rosas blancas! ¡Todo albo, color de inocencia!

Y mientras los padres se deshacían en lágrimas, el pobre idiota, a quien no se habían atrevido a echar de la sala, sentado al pie del catafalco níveo, lanzaba sollozos que estremecían las llamas de los cirios.

De la Plaza-Vieja llegaban ecos de gemidos, trozos de canciones obscenas, risas de bacantes hastiadas; todos esos ruidos de aquelarre se juntaban en el aire a los suspiros de los padres y a los sollozos de Pijao, se arremolinaban y subían... ¿A dónde? ¡Tal vez al cielo!

Dedicatoria (4 de mayo de 1899)

De un ejemplar de María

Es para ti este libro. Si te arranca lágrimas su lectura, llora, llora; que del cielo la novia casta y blanca te enviará sus sonrisas con la aurora.

Sentirás en las páginas galanas de este idilio inmortal que tierno brilla, efluvios de las selvas caucanas, ¡fragancias de quereme y de vainilla!

¡Llora por Efraín, a quien la pena hizo exhalar tristísimos gemidos!, que arrancó de su huerto una azucena cuyo perfume embriaga los sentidos.

..... Aquí en estos mares de verdura, en las montañas de la patria mía, Marías hay también: ¡que tú eres pura, buena, casta y gentil como María!

El número 13 (Mayo de 1899)

A Henrique Gaviria

Tac... tac... tac...

Me gustaba oír sonar, sobre las baldosas de la acera, su taconeo acompasado, que era como un ruido amigo, un ruido protector. Al escucharlo no me sentía solo en aquellas largas noches de vigilia, cuando soñolientos los ojos y cargada la cabeza, escribía yo sueltos, artículos y versos para el periódico donde ganaba el pan de los míos.

Tac... tac... tac...

Y el agente de policía número 13 volvía a pasar, despertando con su taconeo acompasado los ecos de la calle solitaria.

Era un joven, un efebo casi. Sus guedejas rubias asomaban bajo el casco en ondas luminosas, y sombreaban esa cara de Apolo adolescente, animada por dos ojos de una dulce mirada azul. Más que agente de policía, semejaba un San Miguel, de esos que con el lanzón en alto y un pie sobre la garganta del dragón apocalíptico, son terror de los niños y héroes obligados de las leyendas místicas de las abuelitas.

Una noche oí tocar a mi ventana. Llovía a mares. Abrí. Era el agente de policía.

- —Buenas noches, me dijo.
- —Buenas noches, policía. Mal tiempo ¿no?
- —Pésimo, señor. Perdone que lo moleste. ¿Quiere regalarme un poco de agua? Ardo de fiebre y de sed.

Al través de los balaustres estiró hacia mí su brazo izquierdo, que pulsé.

- —Es verdad, le dije. Entre mientras escampa.
- —Si viene el recorredor me rebajan el sueldo.
- —Peor es que usted se muera.
- —Poca pérdida.

Después de vivas instancias entró. El pobrecito estaba empapado y tiritaba de frío.

Le di un vaso de agua, que se bebió gorgoteando.

- —Esta no es vida —balbuceó con amargura.
- —¿Por qué no pide la baja?

-¿Y qué como? ¿Y qué come mi madre, tan viejecita, tan enferma? Yo no puedo trabajar en otra cosa, este brazo roto me lo impide.

Me mostró el brazo derecho, un muñón liso, repugnante, que daba lástima.

- —¿Cómo se quedó usted manco?
- —Ese es un cuento triste. Hace unos diez años tenía yo doce, trabajaba como peón ayudante de albañil en la construcción de una casa de tres pisos, cuyo dueño es un señor muy rico. Cierto día me cayó un tablón en la mano y me la despedazó. Hubo que amputarla. Cuando sané, me metí a mandadero. Así que crecí un poco, a la Policía. Allí gano más.
- —¿El dueño de la casa donde usted trabajaba no lo auxilió?
- —Sí, mucho contestó sonriendo con triste ironía—. Me pagó seis reales, correspondientes a dos días de trabajo, y estuvo averiguando con todos los peones si yo no había ganado el jornal completo para rebajármelo.
- —¿Está contento en la Policía?
- —Sí, señor; pero tengo el presentimiento de que voy a morir con el casco en la cabeza. Desde que vi que estaba marcado con el 13, pensé: Mal número; de aquí no salgo vivo. Este número me será fatal. He estado tres veces a punto de ser asesinado.
- —Supersticiones, hombre.
- —¿Qué quiere usted? Yo creo en los agüeros.

Ya iba escampando, el agente de Policía se despidió, y lo vi perderse entre las sombras de la noche.

Volví a mi escritorio. A poco rato sentí el taconeo en la acera: ese ruido amigo, ruido protector que me hacía figurar que ni mi familia ni yo estábamos solos mientras percibiésemos los pasos de aquel desheredado que velaba por nosotros.

¡Pobre muchacho!

Cuando una mañana recogieron en una callejuela su cadáver acribillado a puñaladas, me acordé de sus presentimientos...

Fui a su entierro.

En el ataúd, sobre el fondo oscuro del uniforme, resaltaba el hermoso rostro del muerto, pálido como un cirio, circundado por la cabellera rubia que le daba aspecto de San Miguel, pero de San Miguel vencido en la lucha con el dragón apocalíptico. Sus dedos rígidos tenían asido el casco, que ostentaba el número 13; ese número maldito, cuyas cifras se destacaban en el fondo blanco como dos sabandijas negras.

Desde entonces, cuando en mis noches de vigilia siento los pasos del nuevo agente de Policía en la calle, consagro un recuerdo triste para aquel desgraciado que cayó bajo el puñal, cumpliendo con su deber. Pienso en su viejecita, que se muere de hambre y llora por el hijo asesinado; en el número 13, que le apretaba las sienes como un aro de hierro; en el burgués ventrudo, que le regateó medio día de salario; en el brazo trunco, que se agitaba como protestando contra las grandes injusticias...

Y creo oír en la acera los pasos acompasados, los pasos protectores del número 13.

Tac... tac... tac...

El Medellín

El Medellín fue un periódico de variedades, órgano de la Agencia Comercial de Herrán, Jaramillo y compañía, fundado en plena Guerra de los Mil Días⁸³, en el que Vives Guerra trabajó como su redactor principal en 1901.

En *El Medellín* escribió Vives Guerra un poema ("A una rubia") en marzo de 1901, e hizo de crítico de teatro, escribiendo, en tono humorístico, una crónica a propósito del estreno de la obra *El postill*ón de la Rioja, el mes siguiente⁸⁴. Justo antes de esta crónica, el periódico anunciaba la inminente publicación de *Aires Antioqueños*, el segundo libro de Vives Guerra en los siguientes términos:

Está ya corrigiéndose en pliegos el libro que con este título tiene escrito el señor José Velásquez García.

En nuestro próximo número publicaremos el índice de las publicaciones que contendrá.

El valor de la suscripción es de \$ 2,50. Quienes deseen inscribir sus nombres en la lista de suscriptores, pueden dirigirse al autor.

Título	Fecha	Género
A una rubio	Marzo de 1901	Poesía
De teatro	Junio de 1901	Crónica

Tabla 9. La obra de Vives Guerra en El Medellín.

⁸³ Debido a la guerra, la circulación del periódico fue más bien de carácter local.

⁸⁴ Usó en esta crónica el seudónimo Fray Cepillo. Creemos muy probable que en ediciones perdidas de *El Medellín* existan otras crónicas de Vives Guerra con este, uno de sus seudónimos.

A una rubia (Marzo de 1901)

¿Que lo amas? Verdad... sé que lo amas, que entre tu pecho la pasión se anida, que en tu pecho el amor prendió sus llamas, que en ese fuego casto ya te inflamas, ¡que el poeta es la vida de tu vida!

Y si amas así, ;por qué indiscreta con fiero orgullo desamor le finges, y por qué desdeñosa, si el poeta busca el amor en tu mirada inquieta, tus ojos callan como dos esfinges?

Él te adora... yo sé que su alma pura siente congojas si tu amor vacila, que sueña con tu edénica hermosura, y que busca temblando la ventura en el rayo de luz de tu pupila.

Cuando amanece y las campiñas dora el alba con suavísimos destellos. del trovador la mente soñadora encuentra en los fulgores de la aurora la luz que brilla entre tus ojos bellos.

Cuando tras las montañas lentamente en lecho de arrebol duerme la tarde, del trovador la soñadora mente encuentra en los fulgores del poniente el ascua roja que en los labios arde.

Cuando la tierra en honda paz reposa en la luz de la luna arrebozada, del trovador la mente luminosa cree ver en la noche silenciosa la blonda cabellera destrenzada.

Si cargada de esencias y de olores pasa por el jardín con soplo lento la brisa susurrando entre las flores, de la brisa en los rítmicos rumores oye el bardo las notas de tu acento.

Él, que persigue locos ideales, hoy que su pecho con tu amor se inflama quiere, como en los tiempos feudales, morir, cual los guerreros medievales, "por su Dios, por su patria y por su dama!"

De teatro (Junio de 1901)

El Postillón de la Rioja fue estrenado el último sábado. Esto nada tiene de particular, porque todo el mundo estrena, menos yo, que tengo un inconsútil cafesuzco que ya no es más que la traba.

Lo particular es que todos los actores sabían sus papeles de memoria.

Con esto no quiero significar que muchas veces no los saben, sino que muchas veces los ignoran.

Menos Da. Clarisa, D. Pío, Quesada y Tánchez.

La verdad por delante, como el semblante.

La Sra. Olave hizo una vieja que merecía casarse.

Yo, al menos, siendo postillón y sabiendo que esa vieja era una muchacha, me hubiera casado con ella, sin que esto sea ofender a mi señora (e. p. b.)

Es un decir.

Da. Clarisa, en la escena del balcón, vale lo que pesa Pedro Santamaría.

Y creo que doy idea cabal del mérito de esta inteligente artista.

Porque Pedro se ha robustecido mucho.

Tanto como Pedro Betancur se ha enflaquecido.

No parece sino que Betancur fuera por ahí botando carne y Santamaría comiéndosela.

Pero volviendo a Da. Clarisa, no me cansaré de repetir que artista más inteligente no ha pisado el Teatro de Medellín.

Se posee del papel y se identifica con el personaje respectivo.

Yo, que la he visto desde entre bastidores, llorando verdadero llanto, lo aseguro.

Y pueden Uds. creerme a mí bajo mi palabra de honor, que es lo único que tengo para dar.

Eso y la esperanza y las buenas intenciones.

Y unos borceguíes que casi, casi...

Herencia de un tío mío que murió perfectamente soltero.

A cuyos borceguíes les está pasando lo que a las botas de Sixto V o de Pío IX.

No recuerdo cuál; pero en la bulla figuran un Papa y unas botas.

Las cuales botas las compró él siendo estudiante; se les rompieron las suelas y se las puso nuevas.

Es decir, no se las puso él sino un zapatero.

Porque Sixto V, entre otras cualidades, tenía la de no ser zapatero.

Pues a las susodichas botas se les rompieron las capelladas, y se las puso nuevas el zapatero.

Y de remonte en remonte, las botas le duraron diez u once años.

No recuerdo si fueron diez u once; pero por año más o menos no hemos de pelear.

A propósito de años, sé un cuento verde que se lo refiero a quien quiera venir a oírmelo.

Volvamos a lo del Teatro.

Del Sr. Quesada no hay qué hablar. Ya se sabe que él es el actor mimado merecidamente del público.

El Sr. Bello hizo perfectamente su papel de postillón que no es postillón ni marqués, y de marqués que no es marqués ni postillón.

Los Sres. Uribe y Vega, muy bien. La escena de los sordos les resultó chistosísima.

El Sr. Pereira ha adelantado mucho; ya sus papeles los representa con más naturalidad y sin pronunciar la c, que es mucha ventaja.

Con esto de la c recuerdo otro cacho —verdecito también— que se lo cuento a quien quiera oírlo.

Dirán ustedes que... (ilegible); pero los míos son pocos y medio verdes apenas; al paso que los de aquel ruborizan a un Teniente Coronel.

Pero volvamos al teatro.

El Sr. Tánchez caracterizó a maravilla el papel del senil D. Rufo.

Este actor da grandes esperanzas para el arte, pues es muy joven.

Pero dejando los actores y pasando al teatro les diré.

¿Para qué sirven las puertas?

Regularmente para entrar por ellas, y para salir después de haber entrado, si uno no quiere quedarse adentro.

Olvidaba: también sirven para machacar los dedos y para que la cocinera se siente a conversar con el novio.

Pues si las puertas sirven para entrar y salir ¿qué objeto tienen las dos laterales que dan a la platea?

Porque jamás las abren; y cuando las abren, los policías no lo dejan entrar a uno.

Como si las puertas de la platea fueran bocas, y los espectadores, moscas.

Aunque de cierto modo tienen razón los policías; hay espectadores que son moscas asentadas en la nariz.

Vea que el otro día me tocó un adolescente, mono él, que me dejó seco.

Entusiasmado el hombre con Da. Clarisa y (ilegible) con la Alvaritos en *El Rey* que rabió.

—Ahí sí hay canela —gritaba—¡Otro!¡Otro! Fíjese en esa mona. Vea esa Lolita, qué (ilegible) cuarta. Esa Alvaritos es lo más lindo del mundo. Si es que parece mismísimamente una manzana. ¡Ah linda!

Y no me dejaba oír nada.

—Joven —le dije—. La Srta. Álvarez es soltera. ¿Por qué no se casa con ella? A mí no me manifieste usted sus sentimientos, que yo no se los voy a comunicar a ella. Yo no soy el padre, la madre, ni pariente, ni siquiera amigo.

Pero no le valió. Siguió perorándome al oído haciéndome confidencias, y en últimas no me pude enterar.

La fortuna que *El Rey que rabió* lo he visto como unas veinte veces.

Después supe que Tánchez había salido al escenario a manifestarle al "respetable público", de una manera muy velada y con grandes (ilegible), que el señor Larrañaga estaba con una (ilegible)... pues... en fin... que no se podía contar.

A propósito: el señor Lañarraga hace una falta inmensa en la Compañía, y ésta debe llamarlo nuevamente.

¿Y por qué no se lleva otra vez a la escena el monólogo Dos millones?

Yo declaro que esos *dos millones* me hacen falta.

El Cascabel

Este periódico circuló desde enero de 1899 hasta junio de 1901, bajo la dirección de su propietario, Henrique Gaviria I.

No tenemos evidencia de publicaciones de Vives Guerra en este periódico. Su conexión con él tiene que ver con el hecho de que fue *El Cascabel* —o, más bien, su director— el responsable de solicitar a varios escritores antioqueños escribir un cuento cuyo tema fuera "la vuelta del recluta después de la guerra" (Naranjo s.f.). Lo interesante de la propuesta es que fue realizada en medio de la misma contienda, la Guerra de los Mil Días. La solicitud fue atendida por Ricardo Olano, Eusebio Robledo, Julio Vives Guerra, José A. Gaviria, Luis del Corral, Alfredo Castro, José Montaña, Juanilla, Gonzalo Vidal, Tomás Carrasquilla y Efe Gómez. Vives Guerra escribió el cuento *De la guerra*, tercero en la antología (Universidad EAFIT 2000).

Desafortunadamente, el periódico fue censurado por el gobierno, sin poder publicar los cuentos recibidos; por tal razón, el señor Gaviria decidió publicar los cuentos como libro, en febrero de 1901. La edición, que aún se conserva en algunas colecciones patrimoniales⁸⁵, incluye la fotografía de cada uno de los autores. La Universidad EAFIT reeditó el libro en el año 2000.

⁸⁵ El ejemplar que consultamos para extraer la fotografía de Vives Guerra que se incluye en este libro se encuentra en la Sala de Patrimonio Documental de la Universidad EAFIT.

De la guerra

(Aparecido en *El Recluta*, antología de cuentos sobre la guerra de los Mil Días, convocatoria del periódico *El Cascabel*), 1901

El sol apenas se vislumbraba allá arriba, como una enorme pupila tras los párpados cenicientos de las nubes.

Los soldados, lasos y hambrientos, sentían renacer sus fuerzas, al aspirar no sé qué perfumes de la patria, que los vientos llevaban.

Allá, en los arenales retostados de la Costa, habían quedado muchos compañeros, muchos amigos; pero con el júbilo del regreso, los vivos olvidaban a los muertos que, en las playas ardientes, tendidos cara arriba, servían de festín macabro a los cuervos.

Los soldados cantaban a voz en cuello.

- -Pepe, echáte una trova -dijo un Cabo, dirigiéndose a un recluta que venía taciturno.
- —Hombre, no tengo ni ánimo.
- -¿Por qué? Vos has sido el más alegre siempre; y, además, vas a ver otra vez a tu mujer y a tu muchachito. Mirá, desde aquí se divisa tu casa.
- —Sí, pero no sé qué tengo... Estoy como triste.
- —Dejáte de bobadas. Rasgá ese tiple y adentro con una trova.

Pepe descolgó el tiple que llevaba a la espalda, lo rasgó y cantó con voz vibrante.

Mientras estuve en la guerra Mi mujercita gemía, Y cuando volví a mi casa Mi mujercita reía, Ole, morena,

En mi pobre casita Tú eres la reina.

—O sigo cantando —exclamó.

Y sumiose en un mutismo profundo.

No sabía por qué, pero regresaba triste.

Recordaba la campaña.

Cuando lo reclutaron, Juana su esposa se quedó gimiendo, y el chiquitín, Carlitos, se agarraba a los pantalones de los soldados, gritando:

—No se lo lleven, no se lleven a mi papacito...

Después vinieron las grandes marchas a pie, ora bajo las lluvias torrenciales, ora bajo el fulgurante sol de la Costa, que escalda la epidermis. Luego los combates, los largos y reñidos combates, en que el pobre recluta se espeluznaba de miedo al ver a un compañero revolcándose en la sangre y rugiendo de dolor como precito dantesco; los días enteros muerto de sed, sin encontrar más que agua mezclada con sangre en charcas nauseabundas; las largas semanas desfallecido de hambre, sin comer más que mendrugos como guijarros; las derrotas, cuando, por entre los zarzales punzadores, tenía que huir sintiendo casi en las espaldas la respiración jadeante del enemigo que lo perseguía; las victorias, cuando la gente de las ciudades arrojaba a los soldados coronas de laurel...

Toda su campaña la veía como delineada en un lienzo.

Ahora volvía sin saber por qué.

Los soldados, en tanto, cantaban a grito herido.

Ya Pepe llegaba a su casita, situada en una colina, al lado del camino.

¡Cosa extraña! La puerta estaba cerrada. Ni su mujer ni su hijo parecían aguardarlo. Se salió de las filas, corrió a la casita y llamó.

— ¡Juana!... ¡Carlitos...! ¡Soy yo!

Nada. El eco de las montañas le devolvía sus frases, con implacable mímesis.

Se quedó pensativo. ¿Dónde estarían?

Una risa infantil lo sacó de su abstracción. Al mismo tiempo oyó la voz de un niño que gritaba:

—¡Si es mi papacito...! ¿Dónde dejó a mi mamá? ¿No vino con usté?

Al oír aquellas preguntas hechas con tanta inocencia, olvidó hasta abrazar a su pequeñín, que insistía:

¿Dónde está mi mamá?

Pero si yo la dejé aquí —balbuceó el infeliz.

—Sí, pero un día se fue con unos soldados...Yo me puse a llorar, y me dijo que iba a buscarlo y a traerme un caballito. ¿Me trajo el caballito?

Pepe le interrumpió:

-¿Con quién se fue? ¿Cuándo?

Y zarandeaba al niño que contestó con voz trémula:

—No me arañe... Yo no tengo la culpa. Yo no quería quedarme y le dije que no se fuera... Mi mamá me dejó donde mi tía... Mi tía casi no me da comida... Vivo con hambre... Mi mamá dijo que volvía... ¿Mi mamita se murió?

—Sí, Carlitos —exclamó el desgraciado, midiendo todo lo terrible de su infortunio—. Tu mamá murió para vos y yo... Pero aquí estoy para que no te falte nada. ¡No volvás a pensar en ella!...

Allá a lo lejos, en las vueltas del camino los soldados cantaban:

Mientras estuve en la guerra Mi mujercita gemía Y cuando volví a mi casa...

El resto del cantar se lo llevó el viento. Y Pepe, sentado sobre el quicio de la casa que fue nido de sus amores, concluyó la estrofa en voz baja y llorando:

¡Mi mujercita moría! ¡Adiós, morena, en mi pobre casita tú eras la reina!

Una lluvia menuda comenzó a caer, como llanto del cielo que se adivinaba allá arriba negro y hondo.

Lectura y Arte

Fue *Lectura y Arte* la primera publicación especializada en artes visuales en nuestro medio, fundada por Antonio J. Cano (el Negro)⁸⁶, Enrique Vidal, Francisco Antonio Cano y Marco Tobón Mejía. Con los dos últimos personajes a cargo de la revista no debe extrañarnos que las ilustraciones hicieran parte importante de su contenido, conscientes sus editores de la herencia dejada por *El Repertorio* y *El Montañés*.

La revista está ligada a la conformación de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín y su Centro Artístico⁸⁷, creado por aquella para el fomento del pensamiento en la región y dirigido por don Ricardo Olano, quien, a su vez, fue el gran gestor de las revistas culturales *Lectura y Arte* y *Alpha*.

El Centro y la revista se encargaron de la realización de los primeros juegos florales⁸⁸ (en su doble acepción de festividad y concurso), en 1904 (Bedoya S. 2018). En el número 9 de la revista se reseñan los resultados del concurso literario de los Juegos Florales, al cual se presentaron 24 obras en verso, y en el cual Vives Guerra obtuvo mención de honor por su poema en homenaje a Epifanio Mejía, titulado "¡Es un rayo de luna!" El jurado dio cuenta de los méritos del poema en los siguientes términos:

⁸⁶ El Negro Cano fue, sin duda, uno de los más grandes animadores de la cultura en Medellín a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Su librería acogía una alegre tertulia, una de las más concurridas y dinámicas de la época en la ciudad y, según se afirma, fue el lugar donde se inició el movimiento republicano que dio fin a la hegemonía conservadora y llevó a la presidencia de la República a Carlos E. Restrepo (Naranjo Mesa, *El relato en Antioquia, 1890-1910* 2015).

⁸⁷ Centro al que perteneció Vives Guerra.

⁸⁸ La realización de los Juegos Florales era una vieja propuesta del periódico *El Oasis* que no había podido concretarse.

Nuevo recuerdo de amor al dulce Epifanio es la segunda de las composiciones en verso a que hemos aludido como acreedora de una honorífica mención. Divaga el viejo bardo en el silencio de su celda de loco; fíltrase la claridad de la luna en su retiro; en su cerebro trastornado van surgiendo con vividez engañadora escenas de sus poemas, heroínas de sus romances, los seres más queridos de su alma; más, cuando encendido de amor tiende los brazos a esas visiones alucinantes, déjalos caer otra vez, ya vueltos de su engaño, exclamando con desaliento: "Es un rayo de luna!". Tal es el título de la composición que, bajo la firma supuesta de Paco López, envió a este certamen literario el popular poeta a quien todos llaman Julio Vives Guerra (Jurado calificador 1905).

Lectura y Arte circuló entre 1903 y 1906, sólo 12 números, y dio paso a una iniciativa de mayor aliento, de don Ricardo Olano y el Centro Artístico: la revista Alpha.

En Lectura y Arte, Vives Guerra publicó "Julio Echavarría", en el número 2, de agosto de 1903, y Fragmento del poema "Juan el Evangelista", en el número 11, de 1906, en el que también aparece la caricatura de Vives Guerra firmada por Sempronio, seudónimo de Marco Tobón Mejía, que aparece más tarde en esta obra.

Título	Fecha	Género
Julio Echavarría	Agosto de 1903	Crónica
Fragmento del poema Juan El Evangelista	Julio de 1905	Poesía

Tabla 10. La obra de Vives Guerra en *Lectura y Arte.*

Julio Echavarría (Agosto de 1903)

Y en sus sueños veía un ramo de azahares, un velo blanco, al través de cuyas mallas sutiles fulguraban los negros ojos de su hermosa prometida que lo iluminaba con su sonrisa de amor.

Deliraba con sus montañas verdes, donde lo aguardaba la niña de sus ensueños infantiles, a la que había consagrado todos sus esfuerzos de luchador, todas sus ansias.

Después...

El ramo de azahares se convirtió en un manojo de siemprevivas; en vez de los ojos de su prometida, vio las cuencas áridas de la muerte; la sonrisa de su novia se esfumó, y sólo alcanzó a divisar el gesto macabro de la gran Segadora; el velo blanco de la desposada se convirtió en el manto de la eterna sombra, y sus montañas verdes fueron sólo el abismo del sepulcro.

Y no despertó...

Mientras él duerme allá, donde el Cali rueda, sus padres, al ver cómo sus hijos queridos van cayendo en las fauces de la tumba, sienten en el fondo del alma algo como oleadas de negrura, que al llegar a la garganta estallan en sollozos, en esos sollozos mordientes que son el rugir de los inmensos infortunios.

Mientras él duerme, una virgen llora en los rincones silenciosos del oratorio por el dueño de su amor, por el que había de ser compañero de su existir; llora por su felicidad perdida, llora por su futuro hogar, destrozado a golpes de guadaña.

Cuando muere un hombre como Julio, yo, que supe quererlo, siento —a pesar de mi profunda fe cristiana— levantarse en mi espíritu algo como un fantasma de protesta; me someto, pero no me resigno, y a mi mente viene aquella frase, que es como un bofetón fulgurante sobre la mejilla azul de los cielos:

"¿Dios mío, en dónde está tu providencia?"

Fragmento del poema "Juan el evangelista" (Julio de 1905)

A La. María Francisca de Hoyos.

"Estaba reposando sobre el hombro de Jesús uno de sus discípulos, aquel a quien más amaba Jesús". (San Juan, Cap. XIII, Vers. 23)

I

Era la última cena... Juan el discípulo amado, en el hombro del maestro reclinado suavemente, dulcemente se durmió.
Mientras los demás mostraban en el semblante la pena y Judas vertía el virus de su sonreír felino, en esa última cena Juan el virgen, recostado sobre el Maestro Divino, entre su sueño soñó.

II

Soñó con su tierna infancia no lejana, con su cabaña tranquila, con sus bosques de palmeras donde cantaba el bulbul; con su pobre madre anciana cuya doliente pupila reflejaba las tristezas y el azul del cielo azul.

III

Y soñó con la barquilla del anciano Zebedeo, que partiendo de la orilla con ligero balanceo se escondía entre las olas del mar de Genezareth... En el fondo de su alma surgieron las barcarolas que le cantaba el anciano mientras su caduca mano acompañaba la cántiga con el compás del rabel... Y vio la nevada vela de su débil barquichuelo que semejaba en la inquieta faz del murmurante lago blanca garza solitaria que allá en el azul del cielo en su vuelo misterioso, errante, vago, ya se esconde, ya aparece, ya se oculta, ya se ve...

IV

Vio en su sueño misterioso el sufrir del Galileo; escuchó el rugir furioso del populacho judío que, azuzado por inmundo fariseo, como tropel hambreado de chacales, se agitaba junto al árbol de la Cruz... Oyó a Jesús murmurando: "Perdónalos, Padre mío" y el sudor bañó la frente del Discípulo durmiente que soñaba... que soñaba... ¡que soñaba reclinado sobre el hombro de Jesús!

V

Despertó al fin... A su lado los Apóstoles gemían; los labios del Inviolado —fuentes del Cielo— vertían el consejo y la enseñanza; sus palabras infundían el soplo de la esperanza en los pechos afligidos de los humildes ungidos que Jesús para guardianes de su doctrina escogió... Al través de la ventana parpadeaban los luceros; volaban entre las sombras los pájaros agoreros, y la luna por el valle derramaba tristemente nívea luz que parecía un sudario refulgente... El crujir de los aceros en las losas de la calle con rudeza resonó... Y Jesús entonces dijo: "Es mi día... la hora brilla!" Todos callan... Y al recuerdo de su horrible pesadilla ¡ Juan el virgen sobre el hombro de su Maestro lloró!

El Nuevo Tiempo Literario

El Nuevo Tiempo fue fundado en Bogotá en 1902 por el editor Joaquín Pontón, cuando la Guerra de los Mil Días estaba por terminar. El periódico se convirtió rápidamente en el primer diario del país y fue vendido a Carlos Arturo Torres en 1905 y a Ismael Enrique Arciniegas en 191189. Su suplemento, denominado El Nuevo Tiempo Literario, apareció en mayo de 1903 y fue el primero especializado en literatura, lo que lo convierte en el pionero y padre de los suplementos de El Colombiano, El Espectador y El Tiempo, que subsisten hoy. La idea de fundar este suplemento corresponde a Carlos Arturo Torres, con la intención, como ocurrió con muchas revistas culturales durante el siglo XIX, de alejar a los lectores de las discusiones políticas tan comunes en aquella época de guerras civiles90.

De este suplemento hemos rescatado doce obras de Vives Guerra, publicadas entre 1904 ("Juan el médico") y 1914 ("La apuesta"), de las que ocho son poesías⁹¹.

⁸⁹ El poeta Ismael Enrique Arciniegas fue quien, en la presentación del número 20 de la Biblioteca Aldeana de Colombia, titulada *Otros cuentistas*, hizo una bella semblanza biográfica de Vives Guerra (Ministerio de Educación Nacional 1936). En esa antología aparece su cuento "El parricida".

[&]quot;Tratábase de obsequiar a los abonados a un periódico de propaganda y de combate, con páginas serenas, no contaminadas con la acerbía de la pasión, sino colocadas allá en esa región superior del arte, en donde no hay culto sino para la belleza y por consiguiente para la verdad", justificaba el suplemento (Bedoya S 2018).

⁹¹ Vives Guerra también publicó en *El Nuevo Tiempo Literario* "La araña de los jardines", en la edición del 17 de octubre de 1909, poesía que había sido publicada previamente en *Alpha*, en agosto de 1906.

Título	Fecha	Género
Juan el médico	Enero de 1904	Poesía
Paráfrasis	Julio de 1904	Poesía
El mejor canto	Noviembre de 1905	Poesía
En lo tierra baja	Diciembre de 1906	Poesía
La hermanita que se murió	Julio de 1909	Cuadro
A la vuesa fermosura	Julio de 1909	Poesía
De cómo se trunca una leyendo	Octubre de 1909	Cuadro
De "il pecatto di madgio"	Octubre de 1909	Poesía
El coronel Escamilla	Noviembre de 1909	Cuento
¿Cómo quieres que lo olvide?	Junio de 1910	Cuadro
Gestas de la mi cibdad, los zapatos de oro	Noviembre de 1912	Poesía
La apuesta	Mayo de 1914	Poesía

Tabla 11. Publicaciones de Vives Guerra en El Nuevo Tiempo Literario.

Juan el médico (Enero de 1904)

Para el Dr. Alfonso Castro

Juan, aquel joven médico, nos decía una tarde: —"Yo sé lo que es el llanto, pero llorar ignoro; jamás quemó mis párpados la lágrima cobarde ni se empapó mi rostro con el ardiente lloro! "Cuando murió mi amada, la de guedejas blondas, de purpurinos labios y miradas tranquilas, sentí negras tristezas ... ¡muy negras y muy hondas! pero el llanto no quiso refrescar mis pupilas.

"Conozco del sepulcro la lobreguez que espanta, desgarro corazones con mi feroz cuchilla, sufro el dolor sombrío que aprieta la garganta... y las lágrimas nunca mojaron mi mejilla! "Siento que a veces flota junto a los muertos, frígido, un algo misterioso... y de pavor me hielo! Comprendo lo que dicen aquellos cuerpos rígidos cuando en la carne exangüe se clava el escalpelo.

"Nada a mis secos ojos gotas de llanto arranca, —repitió Juan—, no puedo llorar como un cobarde!"... Luego calló... A lo lejos, tras una nube blanca surgió la brilladora estrella de la tarde.

En el angosto lecho tendida está la anciana con los cansados ojos para siempre dormidos. Penetra por la reja la luz de la mañana y entran vagos perfumes de los campos floridos. Y Juan, arrodillado junto al mortuorio lecho, mira cómo se extiende la claridad del día; convulsivos sollozos le destrozan el pecho y repite muy paso: "¡Mi madre, madre mía!"...

Después, cuando en la iglesia el órgano doliente lanzó por el espacio notas dulces y extrañas, el médico abrumado bajó la altiva frente, sintiendo que ya el llanto mojaba sus pestañas!... Y Juan derramó lágrimas muy tristes y muy suaves mientras lanzaba el órgano sus cántigas divinas y pasaban volando por las vetustas naves, como un tropel de ritmos, las negras golondrinas!

Paráfrasis⁹² (Julio de 1904)

Rugía la guerra, y el hambre afilaba su garra fatídica... Las fábricas, quietas; los talleres, mudos; millares de obreros en huelga sombría!

Luis, el carpintero, con hosca mirada en su hogar veía reinar la miseria, donde en otro tiempo reinaba la dicha!
Ya no más sus risueños bambucos alegraban su casa tranquila; ya no más el toc-toc del martillo resonaba cual himno de vida, ni las carcajadas de Luis concertaban con los balbuceos tiernos de su hija!

¿No trabajas ahora como antes?, preguntéle un día No tengo trabajo, repuso, y el hambre hiere a mi chiquilla...!

.....

Una tarde vi a Luis que en su casa una tabla de cedro pulía.
¿Estás trabajando?, le dije, muy bueno.
A tu hogar ya regresa la dicha,
y ya nunca verás asomarse
la miseria con mueca maldita!...
Y Luis contestóme,
mostrando en sus labios amarga sonrisa:
Sí, señor, por fin tengo trabajo...
Es que Dios a los pobres no olvida...
¡Estoy acabando
la caja mortuoria de mi muchachita!...

El mejor canto⁹³ (Noviembre 1905)

(Tema de Arciniegas)

Una tarde la amada de mi alma me dijo con voz tierna:

—"Dime un canto de aquellos que tú sabes, mi pálido poeta, uno de aquellos cantos que nos hablan de mujeres de rubia cabellera que demoran cautivas en negras fortalezas, y de amantes, garridos trovadores que —al son de su laúd— cantan endechas al pie de las ventanas ojivales... dime un canto, poeta de las nieblas!"

⁹² Aparece también en El Correo del Valle, de agosto de 1904.

⁹³ Poema elaborado por Vives Guerra a partir de un pequeño texto de Ismael Enrique Arciniegas que aparece en la página anterior del mismo suplemento.

Vibraba en nuestros tiernos corazones la dulce primavera de la vida, y cargada de aromas soplaba mansa brisa cantando con sus plácidos susurros la primavera tropical, lasciva. A los verdes naranjos de aquel parque llegaban en bandadas las bellas aves de plumaje de oro agitando las alas; en el azul del cielo lentamente brotaban las primeras estrellas como antorchas —encendidas por manos de las hadas, en tanto que a lo lejos del manso lago en las dormidas aguas —como beso de luz— resplandecía del sol la postrimera llamarada. Con sus ojos tan grandes, tan azules clavados en mi rostro, con sus cabellos rubios derramados sobre sus blancos hombros allí, a mi lado y en aquella tarde, tarde de amor y ensueños vaporosos, parecía mi amada una cautiva de aquellas rubias de los labios rojos a quienes los donceles entonaban sus cantos amorosos al pie de las ventanas ojivales acompañados del laúd de oro. Cogí en mis manos trémulas sus manos de alabastro y temblando de amor y de ventura llevé mis labios a sus rojos labios! La noche con sus alas de tinieblas empezó a cobijarnos!... Paso un momento... La adorada mía no me pidió más cantos.

*En la tierra baja*⁹⁴ (9 de diciembre, 1906)

Para Rafael Espinosa Guzmán

—Ruborosa campesina, di. campesina ruborosa, ¿Tú qué buscas por aquí? Vuelve, vuelve a la colina... ¡la ciudad no es para ti! La neblina temblorosa que arreboza la montaña; las palomas que revuelan por las lomas; el humo de la cabaña: la frescura suave y pura de la hondonada silente. el susurrar de la fuente, todo diciéndote está: "; Campesina ruborosa, ruborosa campesina, ¡Vuelve acá!"

-¿Qué deseo?... ¿Lo sé acaso? yo tan solo sé que un día él, con presurado paso, de la montaña bajó... Todavía no ha vuelto... ¡y el alma mía triste, triste se quedó! Ya no suena en la hondonada su cantar, ni su trova enamorada vuela en alas de la brisa. ni su risa va a las quiebras de las lomas los ecos a despertar. Las palomas ya no me dan sus arrullos, y los vientos vagarosos pasan, pasan quejumbrosos y no me dan sus murmullos! ¡Eso busco... ¡La alegría que huyó cuando huyó el infiel!... ¡Eso busca el alma mía!... ¡Lo busco... lo busco a él!... Al que robó mi alegría, al que huyó, al que un día de la montaña bajó!

⁹⁴ Publicada también en *Bogotá Ilustrado*, una revista cultural dirigida por los hermanos Rafael y Eduardo Espinosa G., que circuló entre noviembre de 1906 y marzo de 1908. Vives Guerra publicó su poesía "En la tierra baja" en un número especial de la revista que se editó en homenaje al arzobispo de Popayán, Manuel Antonio Arboleda. El poema está dedicado a Rafael, uno de los directores de la revista (Banco de la República s.f.).

—Ruborosa campesina, yo, campesina ruborosa, lo vi cuando se marchó. ¿No sabes?... Una gitana en sus redes le prendió! Vuelve, vuelve a tu colina silenciosa!... Quizá el olvido mañana tus heridas curará... -No pienses en él, chicuela, que ya nunca volverá! De la tierra baja, vuela paloma hacia la montaña; torna, torna a tu cabaña... Desde tu montaña fría todo llamándote está: en la hondonada sombría la frescura suave y pura; en las lomas las palomas; en la cañada la fuente que rumorea y se va; en el boscaje silente la madreselva doliente que al aire su aroma da... Vuelve, vuelve a tu colina silenciosa, ruborosa campesina, todo llamándote está; campesina ruborosa... ¡Vuelve allá!

La hermanita que se murió (Julio de 1909)

Monólogo de navidad

A Eduardo Castillo⁹⁵

(Allá lejos las luces de Bengala forman constelaciones cromáticas sobre la masa oscura de la montaña; por las calles se oyen rasgueares de tiples, bordoneos de guitarras y trinar de bandolas; los villancicos se pierden en el espacio, subrayados por las líneas rojas de los cohetes; las brisas garrulean hossanas y aleluyas; los muchachos pasan gritando y haciendo resonar pitos y tamboriles; en la atmósfera fría un globo de papel remece su vientre inflado. En la sala de la casa, tendida en su ataúd blanco, está la niña, con las manos cruzadas sobre el pecho, diademada de rosas albas la frente, con una sonrisa congelada en los labios descoloridos. Los padres sollozan, y desde un rincón *Juanillo* mira la escena triste. Sigue afuera la bullanga de Nochebuena).

Juanillo (seis años). —Nunca volveremos los dos a reír al pie del árbol de navidad, que va a secarse...; que ya está seco! ¿Por qué se moriría mi hermanita, por qué, vamos a ver? ¿No era muy buena? ¿Entonces por qué se murió? Papá y mamá son buenos también. El señor Cura les dice que Dios les quitó a mi hermanita porque quiso probarlos... ¿Y qué será probarlo? ¡Ah, sí! Es morirse los hijos... Si yo me muero será que Dios piensa probar a papá y mamá ... ¿Cuándo me moriré yo? ¡No quiero morirme, porque me da lástima verlos llorando por mi hermanita... y así llorarán por mí!

(Juanillo sigue mirando fijamente el cadáver; afuera siguen los cantos; en la montaña siguen los puntos rojos de las luces de Bengala, y las estrellas siguen en su continuo parpadeo).

—Tan alegre como ella aguardaba la Nochebuena. ¡Qué bonitos juguetes nos trajo papa!... ¡Pobrecita! No pudo ni gozarlos porque no la dejó la fiebre. Murió abrazada a su muñeca grande... ¿Por qué murió sonriendo?... Mamá dice que

⁹⁵ Ensayista, cuentista, periodista y crítico literario zipaquireño, nacido en 1889. Como escritor se le ubica dentro de la llamada "Generación del Centenario".

porque ya veía a los ángeles... ¿Estará mi hermanita aburrida en el Cielo? Tiene que estarlo... Si allá no conoce a nadie. Ni un solo angelito es amigo suyo... y en el cielo no hay angelitas para jugar con ellas a las muñecas...

(Se oyen en la vecindad risas infantiles que Juanillo escucha atento.)

-¡Esas son Julia y Rosa que se ríen! Ya la olvidaron porque no la querían como yo... que no me río...

(El niño rompe a gemir.)

—La probrecita no va a tener con qué jugar en el cielo... A mamá se le olvidó ponerle la muñeca en el ataúd... Por la mañana se la llevarán al Cementerio. ¡Se va á morir de miedo...! ¡Pero si ya está muerta...! Los ángeles tienen los ojos azules y el pelo rubio como mi hermanita... ¿Por qué serán rubios los ángeles? Yo soy pelinegro, y mamá me llama su diablillo...

¡Pero qué triste es morirse una muchachita!... Hoy cuando se murió parecía que se ahogaba... ¿Será aburridor el Cielo? El señor Cura dice que es muy delicioso y que allá está ella, porque fue buena... ¿Entonces por qué lloran papá y mamá... y por qué lloro yo?...

Me da tristeza que no lleve juguetes al Cielo... Que se lleve siquiera su muñeca nueva...

(Se levanta, entra al interior y a poco regresa. Con un brazo sostiene la muñeca, que abre sus grandes ojos de vidrio; con el otro sostiene el tamboril, en cuya caja dorada muequea un Pierrot. La madre le dirige una mirada interrogadora al niño que, paso, pasito le murmura en el oído:)

Oye, mamá. La muñeca es para ella y el tambor para que se lo preste al niño Jesús. Así podrán jugar juntos... hasta que vamos a acompañarla...

(Afuera, siguen los villancicos, en la montaña siguen los puntos rojos de las luces de Bengala, y las estrellas siguen en su continuo parpadeo. Rasga el aire un cantar, como una saeta de armonía:)

¡Noche buena, noche santa, siempre alegre y hoy tan triste! Otro tiempo cuántas veces junto al árbol que fecundas y engalanas y enriqueces, venturoso tú me viste velar solo la cosecha con que sueña la niñez!

.....

¡Y que un muerto estoy velando me parece en esta vez!

A la vuesa fermosura (Octubre de 1909)

Bogotana, sultana de la sabana, preciosa bogotanilla, la de los labios muy rojos, la de aurorada mejilla, la de los candentes ojos en que brilla, en que brilla y se refleja el dorado sol que alumbra y deslumbra la somnolienta Sabana: bogotana, grácil morena, sultana de estos valles hechizados por tus donosos hechizos; bella ondina cuyos rizos por los vientos agitados, son como airones de sombra sobre una estatua divina; oye, gentil bogotana, sultana de la Sabana, mi cántiga campesina.

¿Qué quién soy? Un trovador agreste, y aquí he venido a colgar mi pobre nido y a lanzar cantos de amor. ¿Que qué son mis trovas, dices? son todo lo campesino: el doliente sollozar de todos los infelices; el discreto rumorar del arroyo cristalino; la carcajada inocente de la alegre montañera, que, a la orilla de la fuente, oye, inclinando la frente, la plática lisonjera del nemoroso gañán, mientras su trémula mano, que a impulsos de amor se agita deshoja una margarita cuyos pétalos, mecidos por la espumosa corriente, tenuemente... tenuemente... levemente... dulcemente ya se alejan, ya se paran, saltan, giran, llegan, vuelven, se retiran, vienen, van!

¿Que quién eres tú? La suma de todo lo que es hermoso: Lo que atrae, lo que esplende, lo que encanta, lo que canta lo moreno, lo donoso, lo que fulge y que perfuma; tú, preciosa bogotana, sultana de la Sabana, eres brisa, eres querube, eres fulgor, eres nube, eres gloria y eres luz; y merecieras por palio el regio cielo andaluz! Por ti es bella la Sabana, bogotana; por ti el cielo de la tarde arde; por verte reír feliz, tal vez se hubiera enclaustrado a fuerza de enamorado el virrey José Solís...

Bogotana, sultana de la Sabana; ríe, que verte reír es ver cómo sale el sol... ríe, bogotana, ríe... yo también amo lo hermoso como el virrey amoroso don José Solís y Folch!

De cómo se trunca una leyenda (10 de octubre de 1909)

La entrada de un parque sombrío, rodeado de eucaliptus, cuyas copas plateadas toman tonos fantásticos al claror de la luna. Allá, a la derecha, una capilla vetusta, que dice de los muertos de espadín y gola y de las muertas de brial profuso y corpiño recamado.

Caen las hojas, caen las hojas silenciosamente.

Arriba, una luna insomne muequea en el azul.

Llega un coche y se adosa a la reja del parque. Descienden Lilí y Naná, dos chicas lindas y ojerosas; luego desciende Héctor, un poeta melenudo. Los tres se bambolean un poco bajo el sortilegio de la luna.

El Poeta

Oídme... oíd... Para el coche... ¿No veis el parque sombrío? ¡Qué oscuro! ¿Por qué esta noche, siendo tan blanca la luna, está tan negro y frío? ¡Qué misteriosa laguna de argento el parque semeja con negras islas de sombra!... Escuchadme una conseja...

Naná

¿Cómo? ¿Conseja se nombra?

Роета

Conseja, cuento o historia, pero historia muy añeja que ha venido a mi memoria al mirar esa capilla triste y vieja, en donde una lamparilla con reflejos funerales brilla... parpadea... brilla.

Lilí

¿De qué es el cuento? ¿de hadas?, ¿de duendes?, ¿de aparecidos?, ¿de qué?

POETA

De muertos queridos y muertas enamoradas. Es la historia de una muerta que a un muerto le dio su amor.

Naná

¡Ay! ¡es un cuento de espanto!

Lilí

¡Y de vampiros! ¡qué horror!

Naná

¿Y eso cuándo fue?

Роета

Hace tanto tiempo... Cuando los Virreyes...; Hace tanto tiempo... tanto! La muerta fue una Virreina... Ponedle un nombre cualquiera...

Doña Sol... Doña Mencia...

Oíd: la Virreina era

Hermosa, como española que es hermosa; ardiente como andaluza, que es ser dos veces ardiente, voluptuosa, sonriente, sonriente, voluptuosa.

Lilí

¿Su edad?

Роета

Veinte años de edad.

Él, treinta.

Naná

Mas, ¿quién es él?

Роета

El muerto: don Rafael Altamira y Val-de-Rad.

Lilí

Ya lo das por muerto, y no has comenzado a contar el cuento. Vas a acabar por donde el cuento empezó.

Роета

Sigo, pues. Doña Mencia...

Naná ¿No se llama doña Sol?

POETA Bueno. Doña Sol un día Que vio al paso un español...

Lilí ¿Al muerto? ¿A don Rafael?

POETA Eso. A él. Y la pobre doña Sol...

Lilí ¿Doña Sol? Doña Mencia.

Naná ¿Qué nombre, dinos, tenía la Virreina enamorada y por qué se enamoró? ¿En dónde está sepultada? ¿Y el otro de qué murió? Deja tu cuento sombrío, que al fin nos melancolizas, y no calientes el frío de coloniales cenizas. ¡La vida es bella y es corta! ¡Gocemos! Qué nos importa la muerta Virreina aquella ni su muerto? ¡La vida es corta y es bella y el porvenir es incierto!

En el alero de la capilla canta un búho. La luna sigue brillando. Las hojas caen, caen, caen...

Lilí

Brilla la luna... La noche parece un día dormido bajo la melancolía. ¡Siga el coche, que lo manda doña Sol!

Naná

¡Lo ordena doña Mencia! Ahora somos tus Virreinas y tú eres nuestro español.

Lilí

Ya no más historias viejas; no más sombrías consejas.

Naná

Partamos, que aquí se mece la tristeza, y me parece que en la sombra se aparece la sombra del español; de ese español que en la fosa tuvo la visión gloriosa de que, muerto, le quería la muerta doña Mencia o la muerta doña Sol!

En el parque, las ramas de los árboles, al remecerlas el viento, asumen extrañas actitudes, y al brillar de la luna, semejan ánimas de las que salen en las leyendas terroríficas de las abuelitas. El poeta mira, mira, y las hojas siguen cayendo.

Роета

¿Veis aquella forma blanca que vaga por la alameda? Vuela... corre... gira... rueda...
Viene... se aleja... ¡Mirad!
No es el rayo de la luna que juega con el follaje.
Es el impalpable traje
de aquella Virreina hermosa,
de la española beldad,
cuya sombra misteriosa,
sin ruido
rueda... corre... vuela... gira...

tras aquel muerto querido don Rafael Altamira y Val-de-Rad.

Las chicas lindas y ojerosas vuelven al coche, donde bostezan zafiamente. El poeta, recostado contra la verja, señala el parque. Las chicas, bajo el abracadabra lunar, son invadidas por un extraño sopor. Una brisa tenue, tenue, simila cantar la canción del sueño.

POETA

Y ved cómo en este parque evoca la musa mis caballerescos recuerdos.

Oíd... Pero ¿os habéis dormido doña Sol, doña Mencia, al rumor de mis recuerdos? Despertad ya, Virreinitas...

¡Vamos a evocar recuerdos!... ¡Oh! ¡Qué bien dice la Biblia! Nunca arrojéis margaritas a los cerdos!...

El poeta sube al coche. El cochero fustea y los caballos arrancan. En el parque un ruiseñor —Pierrot con alas— le canta su serenata a la luna, que muequea en el azul. Las hojas caen, caen, mientras a lo lejos, en el coche que rueda, se oye la avinada voz del poeta, que entona:

Luna, hermosa y cándida luna, oye mi triste canción! Yo te canto mi fortuna ¡y en ti me consuelo de una mujer que me hizo traición! Luna, hermosa y pálida luna!...

De "Il pecatto di madgio" (17 de octubre 1909)

A Guillermo Valencia

Paseábamos el bosque... Recuerdo... Era sutil mi compañera y rubia. En la nuca infantil tenían sus guedejas esas tintas extrañas que a los cabellos diera Tadema. Las pestañas largas; del ojo el iris verde, chispeante con mil átomos de oro...
De la hierba odorante ella surgía erecta como columna viva. El bosque... los dos solos...
Bajo la luz de arriba parecían los troncos cual en bronce fundidos, y bajo las cortezas se oían, interrumpidos, subir los forcejeos de la savia que estalla, el romper de las yemas, la vida que batalla.

¡Oh ninfas, hamadríades que estáis en las raíces ocultas de los bosques! ¿Los amores felices nunca cantar supisteis, ni el pagano paseo donde me calcinaba la llama del deseo?

Yo contemplaba mudo a Yella. Sus acerbas risas campanillaban entre las altas hierbas mecidas por el viento y bajo la espesura de los copudos árboles, palios de verdura. La mansión de sus dientes cautamente se abría para mostrarme el arco rosado de la encía—ese arco de la encía, rojo casi cruelmente—que luego me ocultaba voluptuosamente. Exhalaban perfumes aquellos senos puros, perfumes excitantes cual de frutos maduros...

⁹⁶ En este mismo número, Vives Guerra publicó "La araña de los jardines", previamente publicada en Alpha, en agosto de 1906.

Flotaba por el bosque como un alma serena; pero me circulaba, yendo de vena en vena, un áspero falerno de juventud...; Oh risas, risas tintineantes que llevaban las brisas, las brisas que del hondo regazo del boscaje lanzaban un saludo nemoroso y salvaje al último desmayo del postrimero rayo de aquel evanescente atardecer de Mayo!

El Coronel Escamilla (Noviembre de 1909)

Para la donosa cuentista Floralba, respetuosamente.

Jadeaba el batallón, retostado por aquel sol de fuego, que alzaba cabrilleos sobre las piedras del camino.

Trepaba un repecho agrio, tallado, como un enorme navajazo, en la roca viva.

A un lado montes altos, casi perpendiculares sobre la cuesta; al otro, un abismo en cuyo fondo bramaba el torrente.

El Coronel Escamilla iba preso. Cogido con las armas en la mano, luchando rabioso como un desesperado, como un perro hidrófobo casi, había tenido que rendirse al número de los enemigos; y por eso los ojos fruncidos y chispeantes de ira, el bigote erizado y el vestido vuelto guiñapos, subía a pie la falda áspera, retragándose las cuchufletas de la soldadesca y las burlonas miradas del jefe de quien iba prisionero.

- —No puedo andar, estoy muy cansada —dijo de pronto una bella cantinera que llevaba en los brazos un niño dormido—. Este muchacho me pesa mucho...
- —Que te lo lleve el preso, gritó el jefe.
- —Me da pena...—replicó entre sonrisas compasivas la madre—.
- —No, no, qué cuento de pena. Que te lo lleve.

El Coronel Escamilla se quedó estupefacto. ¡Ponerlo de niñera a él, cuya cuna se había mecido en las toldas de los campamentos; a él, que ostentaba cabellos agrisados por el humo de la pólvora; a él... Vamos, ¡que no llegaba a creerlo!... No considerar que venía enfermo, magullado, famélico, a pie... Lanzó un gruñido con entonaciones de rugido, y recibió al niño con tal furor como si quisiera quemarlo con los ojos.

El chiquillo seguía durmiendo, y el batallón continuó su marcha.

Un pensamiento negro cruzó por la mente del Coronel. Le revoloteaba contra las paredes del cráneo, como un pájaro maldito.

El niño lo agobiaba con su peso. En vano lo cambiaba de un brazo a otro, porque aquel angelote de cabellos negros parecía hecho de plomo.

El prisionero agitó la cabeza repetidas veces, procurando espantar la idea que le zumbaba en el cerebro, procurando apaciguar los revoloteos del pájaro maldito que aleteaba contra las paredes del cráneo. Al principio esa idea fue una mancha, luego una sombra, luego una obsesión. Cerraba el infeliz los ojos, por no ver el abismo que abría sus fauces de piedra a un lado del camino, y lo llamaba con la voz del torrente que rebotaba, allá abajo, entre las peñas.

La idea labraba, labraba.

—Si yo arrojara este muchacho al abismo —se decía el rudo veterano—. Si lo arrojara...;La venganza es bella!... Este muñeco es hijo, se dice, del General... de ese canalla que me lleva prisionero... ¡La venganza es dulce!... ¡La venganza!

Le brillaban siniestramente las miradas.

Súbito se acercó al borde de la sima, echó un pie atrás como para recoger sus fuerzas, alzó al niño sobre su cabeza... y el angelillo despertó.

Al verse levantado con aquella rapidez, creyó en su inocencia dichosa que el preso lo aupaba, que jugaba con él, y una risa argentina, gorjeadora, se escapó de su garganta.

El Coronel se detuvo. Aquella risa infantil le recordó sus hijitos que le aguardaban allá lejos, muy lejos, en su puebluco, y que rezaban porque volviera, "para que no maten a papá los hombres malos", como decía el más pequeñín; recordó los ojos azules y los cabellos rubios de sus chicuelos, y, bajo aquel sol de fuego que cabrilleaba sobre las peñas del camino, inundó de besos y lágrimas la carita rosada del niño, que se reía... se reía... mientras el torrente, desde el fondo del abismo, acompañaba esa risa celestial con su rugido sordo.

¿Cómo quieres que lo olvide...?97 (Junio de 1910)

Para doña Dorila Antomarchi de Rojas⁹⁸

Amanece

Suena la campana del Colegio, y la Hermana María Gertrudis —la Hermana Tules, como la apodan cariñosamente sus discípulos—, se lanza galvánicamente del lecho al suelo. Por velar la cabecera de un chiquillo enfermo, se ha acostado vestida, y no halla más complicación de tocador que calzarse los burdos zapatos y tocarse con la nívea corneta de lino. Llégase al reclinatorio que está al frente del altarcito a cuyo pie se desgranan las oraciones, se arrodilla e inmediatamente sus labios musitan una plegaria. A poco, su mano marfilina —su mano aristocrática y casi transparente, hecha para despetalar margaritas de ensueño a los pies de la Virgen María, en un cuestionario de amor divino— desparrama tres bendiciones que abarcan todas las camitas de los niños, luego otra bendición más pausada que parece aletear, como una paloma del cielo, sobre la cama del enfermito.

Flota por el aire ese algo impalpable, tenue, puro, de las respiraciones concertadas de los niños que duermen.

Sor María Gertrudis se levanta y echa a andar de cama en cama. Aquí, arropa un angelote, revoltoso hasta en ensueños, que ha convertido las cobijas en uno como nido despedazado; allí, con el envés de la colcha, enjuga la frente de un rubio canijo; allá, cubre pudorosamente la casta desnudez de un morenucho que

⁹⁷ Publicado también en El Correo del Valle, en octubre de 1910.

⁹⁸ Poetisa cucuteña (1850-1923).

sonríe a visiones del cielo; acullá, besa unas mejillas, tersas como flores tempraneras. Suavemente, maternalmente, casi tristemente.

Porque la Hermana Tules, a pesar de su impoluta virginidad jamás maculada ni por la sombra levísima de un mal pensamiento, siente, allá en lo más hondo de su ser, de su recóndito femenino, y sin darse cuenta de ello, no sabe qué vagos mariposeos de un espíritu de maternidad no satisfecho, un espíritu sitibundo de caricias infantiles. Porque ama a los niños con adoraciones de madre, con protecciones de hermanita mayor.

La luz de la aurora va prestándoles a las vidrieras desvanecidos tonos dorados, y los chicos comienzan a despertar. Se oyen bostezos, risas, suspiros, frases sueltas; gorjeos a media lengua:

—Hermana, ¿dónde están mis pantalones? —Helmana, no encuentlo la camisa. —Se me perdió una bota. —Buenos días, Hermanita. -Helmanita, déjeme dolmil otlo latico; y la quielo como a mi agüelita. —Se me enredó el cordón de la bota. —Hermana, Jaime está diciéndome feo. —Luis me robó mi trompo, Hermana. —Hermanita... —Hermana...

Y la Hermana María Gertrudis va de lecho en lecho, distribuyendo cuidados, sonrisas, besos y respuestas, y contemplando arrobada aquellos cuerpos infantiles, tendidos en sus camas como una fila de lirios caídos.

Cuando termina la faena de la levantada, salen todos para la capilla, y allí, con las manos juntas, aquella lechigada de angelillos alza, en coro con la Hermana, una oración, que se percibe como el murmullo de una colmena.

Se oye una voz débil que llega del dormitorio:

—Hermana Tules...; Hermanita!

La Hermana se levanta rápidamente y vuelve al dormitorio. Carlos, el enfermito, la llama de nuevo. Su cara, roja de fiebre, se destaca agresivamente sobre la blancura de la almohada; sus cabellos rubios se arremolinan, húmedos, en las sienes; la mirada saltona de sus ojos azules toma cierta fijeza alineada al posarse en la Hermana.

Y llega un diálogo.

LA HERMANA: — A ver ¿qué es lo que desea su Majestad el Rey del Colegio?

CARLOS (delirando): — Hermanita. ¿no sabe?... Vengo de mi casa... Me fui por el aire... volando... Y mi papá me dijo que en la Semana Santa viene por mí... He venido por el aire... volando... volando... Llegué en un ratico, y eso que mi pueblo queda lejos... lejos... Hermana, ¿me moriré?

HERMANA: -No, Carlitos, si vas a aliviarte. Cállate, no digas eso, que me entristeces.

CARLOS: —Me callo, Hermanita, porque la quiero mucho... mucho... ¿Cuando yo esté grande me caso?

HERMANA: —Eso... lo que Dios quiera.

CARLOS: —Sí, cuando yo sea grande, grandote, así como Arturo mi hermano, cuando sepa fumar cigarrillo y vender en el almacén como él, me caso... ¿A que no sabe cuál es mi novia?

HERMANA: —Tienes novia? ¿Sí? ¿Quién es esa dichosa?

CARLOS: —Unos días estuve de novio con mi mamá; pero *pelié* con ella porque no quiso comprarme unas botas lindas que había en El Buen Tono... Eso fue cuando ella y mi papá vinieron del pueblo a traerme al Colegio.

HERMANA: —Hola, hola, Carlitos. ¿Conque el noviazgo con tu mamá era por interés?

CARLOS: —No, yo estuve bravo con ella un día no más.... Cuando entré a este Colegio me entablé con la Virgen, y fuimos novios como quince días... Yo le rezaba... y ella se sonreía cuando la luz de los cirios le daba en la cara... ¿No se ha fijado? ¿No se ha fijado, Hermana, ¿en que la Virgen se sonríe cuando la luz le da en la cara?... —Se sonríe y espabila...

HERMANA: —¿Ya no eres novio de la Virgen, Carlitos?

CARLOS: —No, Hermana Tules, porque ahora soy novio de usted...

HERMANA: — ¿Mío? Y yo que no sabía nada... ¿En qué consiste tu noviazgo con esta pobrecita hermana vieja y fea?

CARLOS: —¿Cómo que en qué?... Pues en que usted me parece la Hermanita más bonita y la más buena y la que más me contempla... Así le escribí a mi mamá, que me casaba con usted...

HERMANA: — ¿Qué te contestó tu mamá?

CARLOS: —Que sí, que estudiara para que usted se casara conmigo, porque si me quedo bestia, usted no se casa...

HERMANA: —¿Es por eso por lo que estás tan estudioso?

CARLOS: —Natural, por eso... Cuando yo sea grande... ¿se casa conmigo, Hermana?

El chiquillo medio se incorpora, hunde el codo en la almohada, apoya en la mano la cabeza y mira ansiosamente la ascética fisonomía de Sor María Gertrudis, que sonrie.

HERMANA: —Cálmate, Carlitos, que te hace daño. Acuéstate, Carlitos.

CARLOS: —Bueno, ¿pero ¿quiere que seamos novios, aunque yo esté chiquito...? Ya estoy muy grande... En agosto cumplo siete años.

HERMANA: — Sí, ya eres todo un hombre grande.

CARLOS: —Entonces, ¿sí somos novios?

HERMANA: —Sí, hombrecito grande, cálmate, acuéstate, duérmete.

CARLOS: —Ahora me duermo muy formal... Como ya somos novios... Cuando me alivie estaré muy aplicado...

La Hermana Tules cobija al enfermito, que casi instantáneamente se queda dormido, respirando fatigosamente. Luego le traza la señal de la cruz sobre la frente sudorosa; y se aleja despacito, despacito.

La luz de la mañana penetra por el ventanal.

Anochece

La Hermana Julia y la Hermana Tules están arrodilladas al pie del lecho donde Carlos agoniza. Un señor de barba corrida confecciona potigues junto a la mesa. La oscuridad invade lentamente el dormitorio. Afuera se oyen cuchicheos velados de los niños que aguardan la muerte del que se muere.

HERMANA JULIA: — ¿Se morirá?

MÉDICO: —Se muere, Hermana, pero ya.

HERMANA TULES (sollozando ruidosamente): — iPobrecillo! iEl que más me quería!

CARLOS (desperezándose y sentándose): — Me duele la cabeza, Hermana... ¿Me moriré?... ¿No es verdad que no?

En este momento se enciende el foco que pende del plafondo.

CARLOS: —Mire... Hermana... ya sale la luna... mire... la luna está colgada del cielo raso... se murió la luna del cielo? á...

MÉDICO: —Es el delirio de la agonía.

HERMANA: —Carlitos, acuéstate.

CARLOS: —; Para qué? Si ya estoy sano... En la Semana Santa me voy para mi casa... Nos vamos juntos, Hermana Tules... Yo en el caballo moro de mi papá... usted en la mula negra de mi mamá... Es muy mansita... No crea que la tumba... En mi casa le enseño a cantar a usted, Hermanita... ¿No sabe cantar bambucos? Son muy bonitos... Oiga...

(Canta con voz entrecortada):

¡Cómo quieres que la olvide si al darle la Extremaunción, en vez de mirar al Cristo, mirándome se murió!...

Es lindo eso, Hermana... muy lindo... Estoy ahogándome... ¿Será que voy a morirme? Cuando mi abuelita se murió, parecía que se ahogaba... Caperucita le preguntó que porqué tenía los dientes tan blancos... Ustedes no me dejan morir, Hermanitas... ni usted, doctor... ni se sabe lo que llorarían mi mamá y mi papá... Abuelita. ¿por qué tienes los dientes tan largos?... Son para comerte; hija mía... Allí entra mi mamá... Mamacita... estoy enfermo, pero no me muero... Soy el niño Pulgarcillo... No te vuelvas tan pronto, mamá... que me voy contigo... Mi mamá se desapareció como humo de incienso... Estoy ahogándome... como la abuelita... ¿por qué tienes los ojos tan abiertos... Para verte mejor, hija mía... Allá entró mi papá... ¿Trajiste la mula para la Hermana Tules...? Es mi novia... Papacito, no te vayas... me voy contigo... Mi papá también es humo de incienso... El incienso es lo que se come en el Cielo... Me ahogo... me ahogo... como la abuelita... Yo soy el niño Pulgarcito... ¿Por qué tienes los dientes tan largos?... Para comerte mejor, hija mía... Y el lobo se comió á Caperucita... Me ahogo... como la abuelita...

Se deja	caer	sobi	e la a	lmo	hada.	se i	retue	ce y	muere.	

Cuando la Hermana Tules queda sola, arrodillada al pie del lecho donde el chiquillo duerme el enorme sueño, murmura, puestos los brazos en cruz y evocando los tiempos en que fue dama delicada, reina de los salones y artista aristocrática:

HERMANA: -Mi rubio Lohengrin, supiste amarme con la pureza de tus seis años y la vehemencia casta de tu corazón de niño... Duerme en paz... Tu Elisa de un día no puede olvidarte nunca... Me amaste como amabas a tu madre, a la Virgen, a la mula, a todo lo etéreo... Mi rubio Lohengrin, duerme... duerme...

Sor María Gertrudis besa la frente empalidecida del niño muerto, sale del dormitorio sorbiéndose dos lágrimas que ruedan hasta las comisuras lívidas de sus labios, y reconstruyendo la copla de la agonía, dice con fervores de plegaria:

HERMANA: — En vez de mirar al Cristo, mirándome se murió...

Los zapatos de oro

(*Gestas de la mi cibdad*⁹. Fragmentos del poema "La condesa de Peztagua". Noviembre de 1912)

> Ante la tu beltat non an preçio las flores, ca tal fue el maestro que echó las colores: Nobles son las fechuras, las virtudes meiores, ondeie laudan tanto los tus entendedores Gonzalo de Berceo

I

... y hoy, desde el cuadro que cubre la pátina de los años, joh gentil Doña Xoaquina de Madariaga, Condesa de Peztagua, me interrogan tus bellos ojos extraños, En cuyo límpido fondo se arremansa la tristeza.

II

Bajo el ruedo de alamares, que bordea el brial joyante, asoma tu zapatito de oro, con gesto burlesco, riendo de esta edad de prosa... y evoca la edad distante, cuando reía jocundo en el minuet picaresco.

III

Xoaquina de Madariaga, tu zapato me enamora, tu zapato duro y frío —¡siempre el oro es frío y duro!— ¡Condesita de Peztagua, serenísima señora, tu zapato está muy triste, tu zapato de oro puro!

IV

Zapatito de oro puro, zapatito repujado, al mirarte, ¡qué leyendas coloniales mi alma fragua! ¿No añoras, áureo zapato, el pie leve y sonrosado que ocultaba entre tu cuenco la Condesa de Peztagua?

⁹⁹ Desde muy temprano en su vida, Vives Guerra tenía la escritura de *Gestas de la mi cibdad* como un sueño por cumplir.

V		

VI

Fue una historia de amor casto... ¡Ya quizá no la recuerdas, zapatito... ¿la recuerdas? Recuérdala... sueña... sueña... Mientras tú te deslizabas por sobre los prados verdes, estallaban rojos besos en la boca de tu dueña!

VII

Después... ya su boca roja no besaba, no reía, Y tú, en el fondo del arca, te quedaste contemplando cómo la hermosa Condesa se moría... se moría... ¡Cómo se vino la muerte, tan callando, tan callando!

VIII

Y hoy, desde el cuadro que cubre la pátina de los años, joh, gentil Doña Xoaquina de Madariaga, Condesa de Peztagua! Me interrogan tus bellos ojos extraños, en cuyo límpido fondo se arremansa la tristeza!...

La apuesta (10 de mayo de 1914)

Para el poeta Diego Uribe¹⁰⁰

I

Están los dos amigos sentados a la mesa, alegres escanciando la dorada cerveza, Y Bénder dice:

—Pedro, tus hermosas canciones embargan los sentidos y arrastran corazones, pero apuesto a que el eco de tu canción alada, no atrae con su hechizo a Tsila mi adorada—

Pedro responde:

—Apuesto mi caballo fogoso contra tus fieles perros, a que al eco armonioso de mis dulces canciones, vendrá tu esposa bella a iluminar mi choza con sus ojos de estrella...

II

Es media noche...

Pedro con mágico donaire, de su pecho parvadas de notas lanza al aire, y sus acentos rasgan el espacio sombrío, en el bosque agonizan y mueren en el río.

Los negros pinos oyen atentos, no se queja la brisa, sus rumores la fontanilla deja. La blanca luna surge tras nebuloso velo y las estrellas guiñan desde el azul del cielo.

Tsila duerme. De pronto despierta murmurando: -; Al pie de mi ventana quién estará cantando? Se incorpora... se viste... El canto melodioso la fascina, la llama como imán misterioso.

Allá va... vedla... Corre por el bosque sombrío... Miradla... ya ha cruzado el murmurante río... Y corre, y no detiene su marcha presurosa... Pedro con sus canciones la atrae hacia la choza...

III

Es de día...

Ya Tsila vuelve con planta incierta a su cabaña. Bénder aguárdala en la puerta y le dice: —;La noche en dónde la has pasado? Contesta...; Por qué tienes el cabello empapado?—

TSILA

—Del río de los nixos estuve en la ribera... Las ondinas mojaron mi blonda cabellera...

BÉNDER

—El río tiene arenas como tapiz mullido. La arena de la playa no mojó tu vestido ni ensangrentó tus plantas...; Me engañas!; Mientes, Tsila!... No estuviste del río en la orilla tranquila.

TSILA

Estuve allá en la selva do los silfos danzaron... Mis pies las punzadoras espinas desgarraron...

BÉNDER

-¡Mientes!... Los silfos tejen sus bailes seductores cuando mayo sonríe, cuando se abren las flores. Estamos en otoño... el frío reina ahora, el viento helado zumba y entre las ramas llora.

TSILA

Estuve... allá... en la choza de Pedro... La armonía de su hechicero canto con gusto me atraía... él cantaba...;Dios mío!...;Qué fuerza misteriosa como un imán terrible me llevó hasta su choza? ¡Aún arden sus canciones dentro del pecho mío porque ese canto encierra extraño poderío!... Cuando en la oscura noche aquella voz se espacia, con sus acentos mágicos atrae la desgracia! Y ahora ¿qué me queda después de mis delirios? juna mortaja!... rosas... los crespones... los cirios...

IV

De negras colgaduras la iglesia está vestida y las campanas lloran con voz entristecida. Se ve dentro del féretro a Tsila reclinada, con la marmórea frente de rosas coronada.

De pie, cerca del túmulo donde yace su esposa, Bénder triste suspira y trémulo solloza, y exclama: —Adiós venturas de mi vida tranquila... Perdí mis fieles perros...; y ya está muerta Tsila! En la choza de Pedro, enhiesta la cabeza, piafa el bridón fogoso; dos palomas se arrullan, y los perros de Bénder aúllan con tristeza... aúllan... aúllan... aúllan.

Pierrot

Como se mencionó previamente, Vives Guerra fue redactor de este periódico en 1906. En él encontramos la publicación de tres crónicas: "La flor natural" y dos "Volanderas". Fueron estas crónicas (*Volanderas*) la génesis del que sería uno de sus libros más conocidos: *Volanderas y tal*, publicado en 1911.

Título	Fecha	Tipo
La flor natural	2 de febrero de 1906	Crónica
Volanderas	9 de febrero de 1906	Crónica
Volanderas 2	28 de febrero de 1906	Crónica

Tabla 12. La obra de Vives Guerra en *Pierrot*.

$La flor natural^{101}$ (2 de febrero de 1906)

El premio de los Juegos Florales será una flor natural.

Hombre, pero, qué bonito eso de la flor natural.

¡Qué les parece! Quemarse uno las pestañas, beber café a pasto, para que después le digan:

—Joven! ¡Joven pálido, aunque poeta! Habéis merecido una flor, ¡lleváosla!

Lo que es a mí, maldito si me entusiasmaría, en caso de ser poeta, lo de la florecita.

¹⁰¹ Firma con su seudónimo Fray Cepillo.

Si tan siquiera fuese flor de azufre, algo se quitarían los barros.

¡Pero una violeta, o un clavel, o un jazmín natural!

Nada, nada.

Ante todo la moralidad.

Que la flor sea legítima, es decir, de legítimo oro.

Lo de los fcs. 500 para la composición en prosa, me embelesa.

Ya he escrito cinco monografías, cuatro artículos de crítica, veintidós necrologías y diez y nueve idilios, total cincuenta boletas para la rifa.

A fcs. diez por composición, no me parece mal negocio, con cambio al 10.450 oro.

Vuelvo a la flor natural.

¡Que subiera yo al escenario, con estos andares y este dorsay que Dios me dio y San Pedro me bendijo, y me entregaran un cheque por 500 francos! ¡Qué ovación habría en mi casa! ¡Y qué comida me servirían! ¡Y por la calle las muchachas, cómo me matarían los ojos!

Pero ¡ay! Si llego con la flor natural, me florean naturalmente un palo en las costillas.

¡Que se aparezca a su casa D. Sinforoso, un amigo poeta, con la flor natural!

Menudo cisco se arma.

- -¿De dónde sacaste esa flor? ¿Quién te la regaló? ¿Es una prueba de amor?, gritará su señora.
- —Fue que me la dieron como premio por mi poema sobre *El elefante dormido*.

-¡El elefante eres tú! Traer flores a la casa, regaladas por quién sabe quién. ¡Dios mío! para qué le diste encantos físicos a mi esposo! ¡Para qué lo colmaste de hechizos personales!

Es de advertir que D. Sinforoso es tartamudo del ojo izquierdo, chato perdido y usa dorsay café.

Repito que mi ilustre nombre no brillará en los próximos juegos florales.

¿A mí con florecitas naturales?

Volanderas¹⁰² (9 de febrero de 1906)

Ha resultado buen negocio el de las firmas autógrafas.

La de Shakespeare tres mil pesos (\$3,000) [oro se entiende]; la de Milton novecientos pesos (\$900); la de Napoleón seiscientos pesos (\$600); la del Gran Capitán quinientos pesos (\$500); la de Cervantes diez mil pesos (\$1,000), y así de otros.

Cualquier día vuelve uno a soltar su firma como testigo, sin que se la paguen bien.

Las personas notables no pueden ser muy pródigas de la firma, porque después de muertas se les deprecia por aquello de "a abundancia del artículo baja del precio".

Leo por ahí que los chinos acostumbran —¡qué costumbre más hermosa y más laudable! — convidar por tres veces a quien desean obsequiar con una comida.

¡Después llaman bárbaros a los pobres ojioblicuos! ¿Hay algo más civilizado que ese convite triple?

¹⁰² En este número de Pierrot, en la sección "Buzón", aparece un aviso de Vives Guerra a su amigo Jesús del Corral: Trabuco. -Bogotá. -Pierrot está a las órdenes del viejo compañero.

Una colonia china no estaría mal, a ver si nos contagiamos algo.

* *

Sir Gerkir, sabio profesor de la Universidad de Cambridge, ha demostrado que estamos amenazados por un nuevo diluvio universal.

Parece guasa; pero ¿y si no lo fuera?

Por si acaso, es bueno que vayan preparando el Arca de hogaño.

Suprimiendo, eso sí, algunas parejas de animales.

Y sin olvidar todos, lo que reza la muñeira de la zarzuela:

Y en cuanto ajunte mil pesetiñas, compro en mi tierra cuatro vaquiñas, compro una bura y una mujer y con estos animales ¿qué más puedo apetecer?

Volanderas 2 (28 de febrero de 1906)

Nada más singular que el álbum inventado ahora.

No es de postales, ni de banderas, ni de retratos.

Es de besos.

La cosa es sencillísima.

Va usted a casa de una muchacha y ella le dice:

—Hágame el favor de ponerme aquí su autógrafo.

Le entregará a usted un menjurje rojo para untarse los labios, besa usted después una página del libro, y ese es el autógrafo.

Ridículo, sencillamente ridículo.

Conozco yo por ahí cierta boca que necesitaría un folio del Mayor para poner el autógrafo.

A su dueño, cuando se ofreciera a dejar el autógrafo habría que decirle, como D. Enrique Arboleda a uno de sus conmilitones:

"Comprende que tus besos jamás habrán de ser míos".

Da cuenta Mesa Revuelta de que en Amagá se incendió una casa pajiza y quedaron tres niños carbonizados, mientras sus padres estaban en una función religiosa.

Increíble.

¿Es que todavía hay salvajes que dejen solos a sus niños, para irse a rezar?

Crispa los nervios el figurarse aquellos tres infelices chiquillos, medio asfixiados, corriendo entre el humo con los cabellos vueltos una hoguera, llorando, buscando una salida, mientras las llamas se enroscan en los cuerpecillos débiles y los convierte en carbón; llamando a gritos a los padres que a esa hora estarían dándose golpes de pecho.

No sé si un abandono criminal como el que dio por fruto la trágica muerte de los tres niños en Amagá, sea legalmente punible, pero la ley moral y el sentimiento repelen eso, que es por lo menos indolencia, mezclada a una devoción histérica, que cree ser más meritorio rezar que cuidar los hijos como Dios manda.

Primero es la obligación que la devoción; y antes de enseñarles a rezar a los que se casan, precisa enseñarles a ser buenos padres y buenos cristianos.

Alpha

Previendo la desaparición de *Lectura y Arte*, lo cual dejaría un gran vacío cultural en la ciudad, el Negro Cano solicitó a don Ricardo Olano impulsar la creación de una nueva revista. Así nació *Alpha*, en 1906. Fue dirigida por Mariano Ospina Vásquez, Antonio J. Cano y Jorge de la Cruz, mientras que Francisco Antonio Cano diseñó su carátula. El éxito de *Alpha* se mantuvo hasta 1912, y en ello fue muy importante Saturnino Restrepo, su editorialista principal.

En el número 69 de *Alpha* se publicó una reseña celebrando la aparición de *Volanderas y tal*, tercer libro de Vives Guerra. Las palabras de Luis Tablanca se referían así al libro:

Julio Vives-Guerra¹⁰³ difiere hondamente de nuestros otros escritores epigramáticos, que en lo general sólo apuntan las flechas de sus sátiras a las flaquezas del prójimo, por su manera especialísima de hacer ironías y tomar como blanco principal su propia personalidad de autor, mueca despectiva que parece ahorrarle al poeta la factura de versos sollozantes. Al poeta he dicho. Con lo que, a mi ver, en el fondo de todas esas guasonerías, de todas esas travesuras, de todas esas amenas trivialidades, óyese pasar llena de dulces murmurios la fuente de poesía que mana de un corazón (Tablanca 1911).

Fue *Alpha* una de las revistas en las que más obras publicó Vives Guerra: trece en total, entre las que se destaca uno de sus poemas más celebrados, "Dios te salve, mi tierra".

¹⁰³ En ciertos artículos y en algunas revistas aparece el nombre del autor así, con guion entre Vives y Guerra.

Título	Fecha	Género
La araña de los jardines	Agosto de 1906	Poesía
El barquero del amor	Junio de 1907	Poesía
Arrea, cochero	Octubre de 1907	Poesía
De las piedras viejas	Diciembre de 1907	Poesía
Teresita Vidal	Diciembre de 1907	Crónica
Amore e norte	Marzo de 1909	Cuadro
Dios te salve, mi tierra	Diciembre de 1909	Poesía
Como la serpiente	Agosto de 1910	Cuadro
Esta es la justicio	Septiembre de 1910	Cuadro
Y después pa tarugo	Marzo de 1911	Cuadro
Hacia arriba, hacia arriba	Julio de 1911	Cuadro
El turno bravo	Enero de 1912	Cuadro
Había un labrador	Diciembre de 1912	Poesía

Tabla 13. Publicaciones de Vives Guerra en Alpha.

La araña de los jardines (Versión de una leyenda bretona. Agosto de 1906)

Para R. P. José Manuel Quirós, S. J.

"Jésus mourrait, L'æil noyé d'ombre, le flanc troné, l'épine au front, Autour de lui, sous le ciel sombre, les corbeaux noirs volaient en rond." (Hugues Cloris)

Cristo muere... Tiene el flanco perforado, los ojos turbios, y ciñe su santa cabeza blonda recia corona de espinas... Bajo el cielo nublado, una parvada de cuervos revuela en trágica ronda.

Rueda hasta el pie del madero la tibia sangre que pierde Jesús por la abierta herida —que es un sangriento vestíbulo de redención— y las gotas brillan en la yerba verde como perlas del patíbulo. El Santo, de quien el débil espera la fortaleza, el Vencido a quien imploran de rodillas los vencidos, exclama con la voz flébil, inundada de tristeza, impregnada de gemidos:
"Ya todo está consumado.
"Padre mío, Padre mío; por qué me has desamparado?"

Las enormes ignorancias son las grandes impiedades...
El pueblo a quien tanta ama, aúlla en torno y le grita
con fragor de tempestades:
"Muere, para que así expíes tanta palabra maldita.
¡No resucitaste muertos?...; Resucita... resucita!
¡Si de Dios eres el hijo, baja de la cruz ahora!
¡Júntate con tus apóstoles... desciende de ese madero!
¿Eres Dios?...; Llegó tu hora!
¡Baja, loco bullanguero!"

Pero Él triste, siempre triste, agoniza en muda calma, y alzando, en dulce desmayo la mirada pensativa, divisa en su último sueño una misteriosa palma que refulge temblorosa en el cielo ;muy arriba! y he aquí que un obscuro enjambre de necróforas hambreadas llega volando, volando, a la cima del Calvario, y bajo sus alas cubre las plantas ensangrentadas del Divino Solitario!

Jesús entonces murmura con desfallecido acento;

—" Ya los hombres, Padre mío,
me hicieron llegar al colmo del humano sufrimiento.
¿No basta?... ¿Por qué el sombrío
vuelo detienen las moscas para aumentar mi tormento?"

Luego inclina la cabeza sobre el pecho enflaquecido. Los verdugos dan al aire carcajadas y canciones, en tanto que las necróforas lanzan siniestro zumbido y en los pies del Inviolado sepultan los aguijones.

Movido a piedad entonces un humilde insecto sube, en torno a los pies divinos teje su hijo irisado, y entre las mallas sutiles va aprisionando la nube de necróforas que hieren los pies del Crucificado.

Es la araña de los huertos, de los floridos alcores, la araña de los jardines que allá lejos, allá lejos, nació cuando el sol vertía los primeros resplandores, y cuya trama semeja, de la aurora los reflejos, un jirón del arco iris que ha caído entre las flores.

Cristo la mira y la dice: "Cuando nadie se ha apiadado, tú, débil insecto, ahora a la multitud le has dado una lección muda y bella de amor... Quiero que el olvido nunca cubra con su manto tu acción y ya que has sentido piedad por mis sufrimientos, ¡bendita seas! ¡te lego la huella de mis tormentos!"

La Cruz su sombra proyecta, a la luz del sol poniente, sobre aquel débil insecto que se aleja lentamente, y desde entonces se mira, al entreabrir el follaje, la araña de los jardines que entrelaza el ramaje sus hilos tenues que brillan del sol a la ardiente luz. Es la pobre y buena araña, que orgullosa y resignada, ¡sobre su dorso redondo lleva la huella argentada del cadalso de Jesús!

El barquero del amor (Junio de 1907)

Para Ana

Oye lo que me cantaban cuando niño allá en mi tierra. Es una alegre balada que mucha tristeza encierra. Oye lo que me cantaban:

La Balada

— ¡Ah de la barca! ¡Barquero! Llévame a la otra orilla, donde entre las negras sombras una luz lejana brilla! ¡Ah de la barca!... ¡Barquero!

Allí está la bella mía, la que hace tiempo me aguarda y murmura, en mí pensando:"¡Cuánto tarda! ¡Cuánto tarda!" ¡Allí está la bella mía!

¡Rema, rema, barquerillo! que me espera mi adorada, la de los ojos de fuego y cabellera dorada... ¡Rema, rema, barquerillo!

Barquero, ¿tú no la has visto? Por eso no te apresuras y no haces volar tu barca sobre las ondas obscuras... ¡Barquero! ¡Tú no la has visto!

¡Es tan hermosa mi amada! ¡Si la vieras!... ¡Si la vieras! ¡Quizá tú la pensarías ondina de estas riberas! ¡Es tan hermosa mi amada!

¿Que quién soy yo?... Bardo errante;
y al son de mi mandolina
voy entonando mis trovas a aquella gentil ondina.
¿Que quién soy yo?... Bardo errante.

Buscando a mi rubia, vengo del país de la Tristura, más ya no soy, como entonces, bardo de la desventura. Buscando a mi rubia vengo.

¡Cuántas veces he gemido al son de mi pobre lira, que si está triste, solloza, y si está alegre, suspira! ¡Cuántas veces he gemido!

¡Ahora la dicha es mía! Ya no andaré como enantes lanzando trovas dolientes a los céfiros errantes! ¡Ahora la dicha es mía!

Ella, mi paloma rubia, oirá mis cantos nupciales, mis endechas amorosas, mis trovas primaverales... ¡Ella, mi paloma rubia!

¡Rema, barquerillo, rema, que allí mi amada me aguarda, y murmura entre rubores...: "¡Cuánto tarda!... ¡Cuánto tarda!..." ¡Rema, barquerillo, rema!

¡Barquero, adiós, ya llegamos! ¡Que te dé el Cielo buen viaje! ¡Sigue alzando barcarolas al compás del oleaje! ¡Barquero, adiós, ya llegamos!

Buen barquero, buen barquero: dime tu nombre, que quiero recordarte en mis canciones y en mis santas oraciones!... — ¡Me llamo el Amor Primero!... ¡Buen barquero! ¡Buen barquero!

EL ENVÍO

Para ti, niña amorosa, y más que amorosa amada, yo, el agreste trovador, he entonado la Balada del Barquero del Amor.

Tú bien sabes que a la orilla de la Ventura se llega si hay esperanza y valor, y si rema en la barquilla que entre las sombras navega, el Barquero del Amor.

¡Arrea, cochero! (Octubre de 1907)

Para Luis E. Latorre

I

"Noche... Ya la sombra adusta en las cañadas negrea... ¡Haz que restalle la fusta! ¡Arrea, cochero, arrea!

"Del camino en las orillas las flores abren sus broches... ¡Buenas noches, florecillas! ¡Florecillas, buenas noches!

"Flores...; no me recordáis? Yo soy vuestro viejo amigo. ¿Estáis dormidas? ¿Soñáis? Si dormís, soñad conmigo.

"Suena un suave murmurio bajo el ala de la noche... ¡Sí es mi río!... ¡Sí es mi río...! ¡ Cochero, detén el coche!

"Quiero ver sus aguas puras que ha tiempo no las veía, contarles mis amarguras, decirles la pena mía.
'Río, yo soy el zagal que jugaba con tus ondas, pero el hálito del mal blanqueó mis guedejas blondas'.

"¡Qué murmuras? ¡Ah, ya sé! que soy joven, que la vida es larga... Río ¿por qué me anima tu voz querida? ¡No te escucho!... ¡No te escucho! ¡Tu voz no calma mi anhelo! ¡Oh río!... ¡te quiero mucho, pero no me das consuelo!

"Tus ondas casi me espantan!... Ríen, murmuran, ¡imploran!... Unas parece que cantan, otras parece que lloran.

"Adiós, río... de muy lejos vengo y muy lejos me voy! No me engañan tus reflejos... ¡Triste vine, triste estoy!

"¿Quedarme?...; No puede ser! ¿Para qué, si ya en tu orilla nunca, oh río, habré de ver a mi alegre gitanilla?

"En el pobre camposanto su cuerpecito quedó. Ella, que me amaba tanto, de tanto amor se murió!

"¡Adiós, río, compañero

de mi infancia!... Ya te deja el errabundo viajero... ¡El viajero que se aleja!

"¡Adiós! ¡Tus ondas me espantan! ¡Ríen, murmuran, imploran!... ¡Unas parece que cantan, otras parece que lloran!

.....

"Día... La risueña aurora en las montañas blanquea... ¡Despierta, que ya es la hora! ¡Arrea, cochero, arrea!"

II

Partió el coche, y una ondina que se ocultaba en las ondas lanzó una risa argentina, sus sedosas crenchas blondas enjugó, y saltando a las riberas exclamó:
"¡Salid, salid, compañeras, que ya el loco se alejó!"

De "las piedras viejas" (Diciembre de 1907)

Para el doctor Ricardo Tirado Macías

I

Es la novia prehistórica del dios Simoun furibundo, que celebra sus amores sobre tálamos de arena y que ha visto derrumbarse un mundo tras otro mundo con sus pupilas de piedra que nostalgiza la pena.

En las noches de borrasca, cuando el Simoun amoroso, ardiendo en brama, la besa en los labios de granito, se hace más profundo el surco de su rictus misterioso y el beso que le retorna se pierde en el infinito.

En las noches apacibles, cuando el Simoun lejos huye a buscar otros amores en apartadas regiones, la consuela el rumor vago que de las mastabas fluye, donde dialogan las momias de los muertos Faraones.

Y recuerda aquellos tiempos en que los reyes altivos la rendían homenajes, ante sus plantas postrados, y las hermosas princesas de obscuros ojos lascivos a Isis cantábanle en coros los versículos sagrados.

Cuando el enano Knuthmopu —larva de hombre— se agitaba, como negro escarabajo, por sobre su torso regio, y la reina Ameniritis con su risa la insultaba... ¡esa risa que crujía como satánico arpegio!

II

En pos de aquellos recuerdos desfila un tenue deseo: ver de nuevo a las princesas de la quemadora risa, a las hijas de Amenophis, de Ramsés, de Ptolomeo... a Merris, la soñadora, a la grácil Thermutisa!...

A la de las llamaradas estivales en los ojos, que son Maelström fatídico del hombre que la idolatra, a la que tiene los labios como dos vértigos rojos, a la gentil reina Lúbrica, a la Venus Cleopatra!...

111			
	•••••	•••••	•••••

IV

Así la han visto los siglos y la humanidad entera

velar sola, inmóvil, muda, los calcinados desiertos, y en la arena retostada erguirse siempre altanera vigilando las cenizas de aquellos mundos ya muertos.

Y cuando el último día vibre la sonata aguda del Ángel, que abre las tumbas cual potente abracadabra, Ella sigue siempre sola, siempre inmóvil, siembre muda, contemplando de los muertos la triste marcha macabra!

V

¡Sueña... sueña con las gentes de las antiguas edades...! y así la Esfinge, sumida en su mutismo que arredra, dolorida centinela de las vastas soledades, mira galopar los siglos con sus pupilas de piedra!

Teresita Vidal (Diciembre de 1907)

La puerta de la casa de Gonzalo Vidal pudiera tener grabado —a guisa de blasón— un pentagrama entre cuyas líneas se leyese:

¡Si no eres artista, no entres!

Porque siendo artistas todos los que componen esa familia de privilegiados, debería aquella casa estar cerrada para los que no entendemos los ritos sublimes del arte de la Gama.

Por esto yo —"alma monolítica de estructura simple", según despectivamente me calificó alguna vez un buen amigo y mejor poeta— entro al camarín de arte de Teresita Vidal, con el respeto hierático que merece una vestal de talento.

Teresa Vidal y Villegas —Teresita, como la llamamos cariñosamente los viejos que la conocemos desde que ella hacía pinitos—, apenas si tendrá diez y siete años, y ya su frente impoluta se nimba con la aureola del triunfo, sin que el brillo de esa aureola haya desvanecido su eterna dulce sonrisa, ni borrado la melancolía de sus ojos de gitana doliente; porque no es inferior su modestia a su talento, a pesar de que su talento es una institución.

Nació Teresita en Medellín, el 26 de enero de 1890, y comenzó el estudio del piano en 1899, bajo la dirección de su padre.

La base de su educación musical ha sido generalmente clásica.

Como pianista, su ejecución es esmerada; correcto el uso de los pedales; inteligible el ritmo de la frase musical; sobrio, sin pretensiones, su estilo.

Su retentiva es poco común, y prueba de ello es la facilidad con que toca de memoria fugas de Bach, piezas trascendentales de Liszt, Chopin, Mendelssohn, Beethoven y otros autores.

En el concierto celebrado en esta ciudad el 12 de junio último tocó, en público por primera vez, la Segunda Rapsodia de Liszt (edición original) y el Rigoletto del mismo autor, sin mayor tropiezo en cuanto a limpieza y retentiva. Por motivos de salud, rara vez ha estudiado más de dos horas diarias, pero afortunadamente ese estudio no ha tenido interrupción.

En el presente año comenzó sus tareas de profesora, para las cuales ha sido expresamente educada por su padre, y en las que está llamada a cosechar hermosos resultados.

Estos ligeros lineamientos dan idea de lo que es Teresita Vidal. Por ellos sabemos que comenzó a estudiar la música a los nueve años de edad, cuando todas las niñas piensan sólo en el traje azul de la muñeca, en el saltar a la comba, en el jugar a las señoras con batas desechadas por las mamás. Ya entonces en Teresita Vidal se mostraba la artista futura, y el edificio de esperanzas que sobre sus aptitudes construían sus padres ha venido a ser hoy fábrica regia.

A decir verdad, soy un lego en música. Las notas escritas se me antojan tarántulas venenosas. El estruendo de Wagner me sabe a temblor de tierra. Mas cuando por entre los ágiles dedos de la Srita. Vidal se filtra el Rayo de Luna del Gran Sordo, me creo joven, me melancolizo, regreso a mis lejanos veinte años y siento en los párpados no sé qué suavidad refrescante.

Evoca ella con esa sonata todo lo que la sonata dice.

Ora es una pradera extensa... en la mitad el lago, orlado de arbustos. Sobre el lago la barquilla. *Uno* que rema, *otra* que lo mira, los dos que cantan barcarolas. ¡Allá arriba, la luna, una luna pálida, insomne, cuyos rayos cabrillean en la estela del barco, que semeja flotante nido de amores ideales!

Ora es una aldea alemana... Aquí, las casitas agrupadas, que sombrean los emparrados; allá, la plazoleta; a la salida, en el crucero de las veredas, la cisterna, a donde acuden las ojiazules Rebecas germanas con sus cántaros de tierra gris. Tras el soto, por entre los viñedos, suena una mandolina; luego rasga el aire una saga del Rhin: es el trovador que llega a la poza a refrescar sus labios aridecidos, con el agua que le brinda la soñadora virgen de la orilla, y arriba, muy arriba, la luna ¡siempre la luna, alumbrando con su luz taciturna los idilios castos!

Ora es un peñón cuyo pico escueto se avanza sobre las ondas. Los nibelungos de barbas fluviales cantan la canción del oro: "¡Cantemos al oro, leche rubia de la madre Tierra!" Una forma blanca se destaca sobre la roca. Sus cabellos trenzados la envuelven como neblina de oro. Es Loreley, la pobre Loreley, que toma la revancha del desengaño, atrayendo a los peregrinos con sus cantares, ponzoñosos como un bebedizo. El hada Loreley que se abraza al incauto y se hunde con él en las ondas espumantes, y al hundirse aquel idilio macabro salen a la superficie, en forma de burbujas, el último canto de ella y el último grito de él. ¡Y la luna, la luna de siempre, la hermosa luna de Beethoven, alumbra aquella boda sombría!

Mientras fabrico todos estos castillos de quimeras; mientras evoco leyendas alemanas; mientras forjo historias del Rhin venerable, ¡Teresita Vidal toca, toca, sigue tocando!

Cuando termina, la veo al través de mis ensueños como una maga del Arte, que se me presenta en una apoteosis de sonidos, y apenas si me siento digno de besar aquellos dedos que hacen surgir mis recuerdos de niño y resucitan las visiones de Beethoven, el Príncipe sordo.

Amore e morte (Marzo 1909)

EL SEÑOR CURA

... y todo muere... y todos moriremos...

(El Sr. Cura es un viejecito, sobre cuya cabeza han caído las nebulosidades de sesenta años. En el claroscuro de la tarde abrileña, su frente parece aureolarse de una fulgencia blanca. Habla con remoto dejo de cancilla enmohecida.

La iglesia, una iglesita antigua de arquitectura peninsular, rebosa de gente. Los fieles, conmovidos, penden del hilo de voz del Sr. Cura, esa voz que simila el gargarear de una fuente que viene de lejos, de muy lejos, de lo profundo de la Eternidad.

Marieta, arrebujada en la espuma negra de la mantilla, oye y sonríe.)

EL SEÑOR CURA

... y el día del Juicio, cuando Dios lea el libro de la vida, sabréis que a su mirada omnividente no se escapa ni el galopar del elefante ni el agitarse de los élitros del insecto. ¡Sed buenos! ¡Que vuestras culpas, ya que no vais impolutos, sean el aletear de la libélula y no el correr del paquidermo!

MARIETA

(Una morena de ojos como con lumbre maldita. Su boca encáustica es tentación roja. Sus ojos, enmarcados por grandes ojeras, toman cierta fijeza de terror, a medida que habla el cura de los cabellos encanecidos.)

Si el Sr. Cura supiese... Pero ¿qué mal hay en amar y en que me amen? ¡El amor!... ¿Será el amor un galope de elefantes o un revoloteo de libélulas?

(Por el ventanal penetra la luz neblinosa de una luna de invierno, y, al atravesarlo, calca las figuras de las vidrieras historiadas, sobre las baldosas, donde semejan fantasmas que sueñan. Las lápidas de los antiguos Visitadores, de los Prelados de enantes, de los Encomenderos españoles, empotradas en los muros laterales, reflejan

la luz de la luna. Parecen sus brillares las miradas de los muertos que reposan tras esas cortinas de mármol.)

EL SEÑOR CURA

... y pensad en los muertos, que muertos seréis mañana... ¿Quién no tiene un ser querido en el Camposanto? ¡Tú, que eres padre, reza por tus hijos difuntos; tú que eres hijo, reza por tus padres difuntos; tú, que eres hermano, ¡reza por tus hermanos difuntos! Todos los muertos son nuestros hermanos, con la gran fraternidad: la fraternidad de la muerte. ¡Ellos ya nacieron a la vida de la muerte; nosotros naceremos mañana, quizá hoy, ¡talvez en este momento! Mañana dormiremos, ellos y nosotros juntos en el regazo negro de aquella madre, envueltos en pañales de sombra, y arrullados por el Miserere, que es la balada de lo triste... Rezad por los muertos, para que mañana los vivos recen por vosotros. ¡Rezad... Recemos!...

(Los fieles se arrodillan, y por las naves vaga el aleteo de las oraciones. La luz de la luna les da tonos espectrales a las cabezas canas, a las cabezas rubias, a las cabezas morenas.

Marieta, con los ojos agrandados, piensa en su madre muerta, en su padre muerto, y en que su amor morirá.)

Marieta

Tiene razón, mucha, el Sr. Cura. Todos muertos mañana...; Todos!... Yo también... Juan muerto mañana...; Para qué amarnos?; Para qué esa boda?; Para lanzar al mundo hijos, que serán en el futuro hijos de la muerte, de la Madre Negra!

El Señor Cura

... y diréis que la vida es hermosa. Sí, es hermosa, cuando es hermosa, pero casi nunca es hermosa. No debe serlo. La vida es una estación. Cuando suena el pitazo en el tren de la muerte, tenemos que subir al estribo... y andar... andar... andar, por la carrilera de lo eterno. ¿Para qué formar placeres y cultivar cariños en una estación que ocupáis por un momento? ¿Para qué comenzar una partida de juego si ha de interrumpirla el pitazo fatal de la locomotora de la muerte? ¿Para qué reír?... ¿Para qué gozar... para qué amar?

Marieta

¿Para qué? Sí. ¿Para qué amar?

EL SEÑOR CURA

"Toma tu cruz, y sígueme," nos dice el Divino, el Grande, el Mártir, el Bueno. "Toma tu cruz, y sígueme"... Tomemos la cruz de la expiación, y sigámosle... De lejos, de muy lejos, de las playas italianas, el inmenso sollozo de una comarca que se aplasta bajo la cólera de Dios, nos repite: "Tomad vuestra cruz, y seguidlo." ¡Esos ruidos subterráneos son la concreción de la voz de Dios, del Dios que castiga los pecados de los hombres, del Dios que perdona a los arrepentidos! Dios habla, y su voz sale por el cráter de los volcanes, navega sobre las olas furentes, se envuelve en las trombas que rugen, cabalga en el rayo fulminador. ¡Oíd la voz de Dios! ¡Oídla! ¡Sed buenos!... Rezad por los muertos... rezad por vosotros, por vuestras almas muertas a golpes de pecado...; Miserere mei, Deus!

(Los fieles se arrodillan de nuevo. Entre el rumor de las oraciones cabrillean sollozos de mujeres. Surge un sollozo más fuerte, rudo, que hace estremecer. Marieta ha sentido algo que se derrumba en el fondo de su ser. Es el castillo de sus ilusiones. Siente que en su alma se abre una sima honda, honda, muy honda, a la cual ruedan en tropel su boda, su amor, su felicidad, y, lo que es más doloroso, su derecho a ser feliz, su derecho a amar, su derecho a que la amen. La sima se llena de agua, de un agua obscura, obscura como brotada en el manantial de la noche, y sobre el haz del agua flotan, mustios, marchitos, los azahares que hubieran podido formar su corona de desposada.)

MARIETA

¿Para qué amar? ¿Para qué? La vida es lo incierto, la muerte es lo fatal. ¿Para qué amar? ¿Para qué?

(El Sr. Cura sigue el sermón. Marieta sale de la iglesia. Las lápidas de los Prelados de enantes, de los Visitadores antiguos, de los Encomenderos españoles, la miran con sus pupilas de mármol, de las cuales la luz alza brillazones.

En la puerta está Juan, el novio, aquel cuyo amor rodó al fondo de la sima que se ha abierto en el alma de la novia.)

Juan: —¿Te sales? ¿Te cansó el sermón?... Aguardo a que el Sr. Cura termine, para el arreglo de las amonestaciones.

MARIETA: —¡No arregles las amonestaciones, Juan! ¡No le hables de amonestaciones al Sr. Cura!

Juan: —¿Por qué?

MARIETA: —¿Para qué? ¿Para qué amar?... Seamos buenos... La vida es una estación... Oye, Juan, suena el pitazo del tren. ¡Es el tren de la muerte!... ¡Recemos por los muertos! ¡Todo muere!... ¿Por qué no ha de morir nuestro amor?... ¡Recemos por nuestro amor muerto!... ¿Oyes? ¡Es que galopa el elefante!... ¿Oyes? ¡Es que revolotea la libélula!...

(Juan la mira... la mira... con los ojos muy abiertos, atónitos. Marieta se aleja envuelta en la claridad lunar.)

EL SEÑOR CURA (desde el púlpito)

¡Miserere mei Deus, secúndum mágnam misericordiam tuam!

Dios te salve, mi tierra¹⁰⁴ (1909, número 46)

A mis amigos de infancia:

Para vosotros, que erais niños cuando yo era niño; para vosotros, que llorasteis con mis pequeños dolores infantiles y reísteis con mis ruidosas alegrías de entonces; para vosotros, que fuisteis en la cuna acariciados por las manos inmaculadas de mi padre y besados por los labios puros de mi madre; para vosotros, que me habéis llamado hermano... para vosotros he escrito estos versos. Que por vuestros ojos no entren al cerebro sino al corazón, porque con el corazón los he escrito. No les des un elogio: ¡echadles encima una lágrima, cuando ellos os evoquen nuestra niñez distante y os hagan recordar los amigos que no pueden leerlos, porque han cerrado los ojos para no abrirlos más!

Julio Vives Guerra

¡Patria, de tus entrañas soy pedazo!

M. A. Caro

I

¡Santa Fe de Antioquia! ¡Dios te salve, anciana! ¡Mi ciudad querida!
Anciana lejana de cabeza cana,
madre centenaria que me diste vida,
¡Santa Fe de Antioquia, mi ciudad lejana!
Yo, que te venero; yo, que soy tu hijo;
yo, que estoy muy lejos, muy lejos... ¡tan lejos!
hoy la cariñosa pupila del alma
—llorosa viajera— amoroso fijo
en tus aledaños feraces y añejos,
a la suave calma
del sol de la tarde! — ¡el sol de mi amor! —
¡Santa Fe de Antioquia, mi anciana querida,
por ti se despierta la tiorba dormida
de aqueste trovero que es tu trovador!

¹⁰⁴ Firmado en Bogotá, en diciembre de 1909.

II

En tus anchas plazas, que evocan antiguas sombras coloniales, jugué cuando niño; tus torres sombrías, que hablan de otras razas ya muertas, gloriosas, y tus claustrales mansiones silentes, guardan mi cariño; tus mudas iglesias me oyeron rezar. Oyeron mis rezos de niño ferviente, los rezos que alzaba mi voz inocente y que yo creía que los escuchaba la Virgen María... ¡la Virgen María que me sonreía por entre el incienso que aroma el altar!

III

El alegre río que lame tus plantas y luego se aleja cantando tus glorias, tus gestas de antaño, tus bellas historias, cuántas veces, cuántas, en sus claras ondas me vio sumergir! Me vio en sus orillas con los compañeros de mi infancia ida, con mis bullangueros amigos de entonces... (Soñemos: las brisas se ríen oyendo nuestras locas risas ;y también el río parece reír!)

Rasga el aire una canción que se pierde por el río abajo, por el bosque verde; es una balada quejosa y sentida que un amor lamenta y una despedida y lo irremediable de la soledad... ¡Oh, mis camaradas de infancia, evoquemos aquellos cantares!... cantemos... cantemos... ¿Ya los olvidasteis? Oíd... recordad:

("Llegó el momento de los adioses, tomé en mi mano tu mano blanca, tu mano blanca como la nieve, como la nieve de la montaña.

.....

Cuando recibas estos recuerdos en cuyas líneas transfundo el alma, talvez exclames al ver mi nombre: ¡Cuánto me amaba!¡Cuánto me amaba!")

IV

Ya llega Diciembre. Sus dorados soles con su luz arropan las enormes moles de las altas sierras en que te reclinas; ya por tus colinas corren los rapaces llevando brazadas de musgo, y los haces de paja en que duerma el Niño Jesús. Yo también un tiempo trepé por tus breñas, Santa Fe de Antioquia, y arranqué a tus peñas puñados de musgo para la camita en que el Dios Infante de frío tirita...; También tu diciembre me bañó en su luz!

V

En un rinconcito del salón de honores de mi solariega casa, entre las flores, se alzaba el pesebre... Una confusión de musgo, de cañas, de árboles y ríos, de las diminutas y verdes montañas, fuentes y animales, reyes y bohíos, prados y zagales... ¡todo lo más bello de la tradición! Brilla aquí la estrella de pasta dorada; allí, lagos hechos con espejos rotos; allá una cigüeña medita callada

Por las arboledas de cartón y yeso y por las veredas y los sendericos, bajan los pastores. En el bosque espeso se oyen los hosannas y los villancicos.

El lago formado de una palangana; un tarralí seco sirve de barquilla; dos pierrots que bogan; sonriente y ufana va Caperucita Roja por la orilla; La Caperucita y el Lobo dialogan.

Arriba está el Niño Jesús. El buen viejo San José lo mira; la Virgen sonríe, y lanza la estrella su tenue reflejo sobre el Chiquitino que ríe... que ríe...

Y por el desierto de serrín y goma, que la pensativa estrella de Oriente apenas alumbra con fulgores vagos, tras la esfinge asoma con paso silente la gran caravana de los Reyes Magos.

.....

Ya viene la noche, y entona mi madre los rezos al niño Jesús... Entre el coro que todos formamos, la voz de mi padre se destaca grave con timbre sonoro...

VI

VII

¡Y todo tan lejos, y todo tan ido!... Ya dobló mi padre la nívea cabeza, al soplo del viento que la muerte trae... ¡Allá está dormido bajo los naranjos en flor!...; Con tristeza en su pobre huesa cae una hoja... y otra hoja cae!

¡Y todo tan ido, y todo tan lejos!... ¡Ya murió el anciano, la anciana está viuda! Nos cogió la racha de la suerte ruda y nos dispersó...! ¡Diciembre!... ¡Qué hermosa mi tierra querida!... ¡Si cierro los ojos evoco la vida ¡Que pasé en tu seno, y que ya pasó!

VIII

¡Santa Fe de Antioquia, Dios te salve, ¡anciana! ¡Quiera Dios que siempre tu cabeza cana nimbe fulgurante tu gloria ancestral! ¡Quiera Dios que siempre seas, como ahora, reina y adorada, amada y señora, y permita el Cielo que jamás se mire rodar por el suelo tu pura y brillante diadema condal! Bésente las auras, ámente las flores, la brisa campestre sople en tus alcores, hónrente tus hijos y canten tu gloria, conserve la fama tu dorada historia... ¡Santa Fe de Antioquia, que seas feliz! Y que siempre, siempre, tu Virgen María Sonría, sonría desde las penumbras de su camarín!

IX

Y escúchame un ruego, mi tierra lejana:
Santa Fe de Antioquia: cuando ya mañana
de mi sólo quede mi pobre cantar;
cuando bajo el leño de la Cruz musgosa
que vele mi sueño
y cubra mi fosa,
yo aguarde el momento
del Gran Despertar,
¡recuérdame, madre, oh mi tierra anciana!
y siempre que suene la triste campana
que su soñoliento
ángelus desgrana
di: Fue un hijo mío, nació en mi regazo,
él de mis entrañas también fue pedazo!...
¡Supo ser mi hijo y me supo amar!

Como la serpiente...!¹⁰⁵ (Agosto de 1910)

Para la exquisita escritora Lydia Bolena 106, respetuosamente.

Un claro en el bosque, a la orilla del río. Las aguas zigzaguean bajo la luz del cenit. Una brisa tenue, tenue, charla con el follaje. Rasga el aire un cantar:

Yo te quiero, ribereña; ribereña, yo te quiero...; Si no me quieres, te mato, y si me quieres, me muero!; Ribereña, ponle fuego y ponle leña al amor del leñatero, ribereña!

¹⁰⁵ Este fue el cuento que envió a don Miguel de Unamuno.

¹⁰⁶ Poetisa y cuentista barranquillera, cuyo nombre de pila era Julia Jimeno Espinoza. Autora de Comprimidos, un libro de cuentos.

Al conjuro del canto, aparece Mila, chafando la maleza, por la sendica que desemboca en el claro del bosque. En su melena oscura, trágicamente destrenzada, una campánula azul rememora un goterón de cielo. En sus ojos, de brillazones felinas, circundados de ojeras de hastío, las aguas ponen espejeos turbadores. Llega, y tiende el oído, en escucha. Sobre las aguas amarillas cabalga otra trova:

Cuando me acerqué a la orilla por ver tu rostro hechicero, si tú no acudes, me mato; pero si acudes... me muero! ¡Ribereña, ponle fuego y ponle leña al amor del leñatero, ribereña!

Una sonrisa, leve al principio, va cuajándose gradualmente en los labios pasionales de la ribereña. Al desvanecerse en el aire la copla, aparece en un recodo del río Daniel, el leñador, apodado "Lucho el Leñatero".

Mila se quita de la cabeza el pañuelo rojo y lo agita al viento, como un gallardete de amor. Lucho contesta alzando la pértiga.

La balsa se desliza rápidamente, dejando pintada en las ondas amarillas una carrilera de llamas.

Y atraca.

Lucho salta y, sonriendo, amarra en una raíz. Luego coge entre las suyas las manos de la que aguarda.

Lucho: — Creí que tendría que esperarte, porque me vine muy temprano... ¿Me das esa flor azul que llevas en la cabeza?

MILA: — Tómala... Como me vine muy temprano, creí que tendría que esperarte.

LUCHO: — Pareces el eco.

MILA: — Soy el eco tuyo.

LUCHO: — Estás muy leída... Se ve que has ido a la escuela. Por eso pensaba yo, antes, que tú no podrías quererme... Yo no sé leer...

MILA: — Pero lees en mis ojos cómo te quiero.

Lucho: — No sé escribir...

MILA: — Pero con tu balsa haces rúbricas en el agua, y en mi corazón con tus palabras.

Lucho: — No sé de cuentas...

MILA: — Pero me cuentas tu amor, y basta.

Lucho: — No sé hablar bonito...

MILA: — Pero cada frase tuya es para mí un madrigal.

LUCHO: — Y para mí es un cavilar cada palabra tuya... No te entiendo... A ratos pienso: ¿me querrá? ¿no me querrá? Sabes tanto... tanto... demasiado. Y yo... soy tan salvaje... Un jabalí, pues... Pero, dilo: ¿me quieres? ¿Por qué me quieres? Creo que te burlas... ¿Te burlas?

MILA: — No... No me burlo...

Se oyen pasos por entre el boscaje. Lucho vuelve la cabeza, avizor. Mila saca la lengua, en señal de burla, y sonríe siniestramente.

LUCHO: — ¿Oíste? ¿Qué será?

MILA: — Algún animal remontado.

Lucнo: — ¿Un jaguar?

MILA: — Puede... Pero se irá apenas nos sienta. Los jaguares de la orilla le tienen miedo a la gente.

Lucho: — Son traicioneros.

MILA: — Lo son... ¿A los traicioneros les tienes miedo?

LUCHO: — He peleado frente a frente con el tigre. Me he batido con el caimán, y no he temblado... Le tengo miedo a la serpiente, que atisba desde la orilla el paso de mi balsa, y cuyas escamas se confunden con la corteza de los árboles.

MILA (pensativa): — Sí... la serpiente... Las serpientes que muerden calladas... calladas...

LUCHO: — Hablemos de otra cosa. (Bruscamente) ¿Y don Juan, el cazador que te perseguía? ¿Sigue?

MILA: (Con estremecimiento que simila un cabrilleo que, venido desde el fondo del alma, hace ondular su piel morena). —No... no sé... No lo he visto.

Lucнo: — Dijo en el pueblo que me matará si tú le desprecias.

MILA: — No te mata... de frente.

LUCHO (Avizorando la selva): — Eso es lo malo... He peleado con el tigre, y no he temblado...; A la serpiente le tengo miedo!

MILA: — ¿Tienes miedo?

Lucho: — Quizá...

MILA: (Mirando soslayadamente al bosque, en donde vuelven a sonar los pasos) — ¿Me quieres, y tienes miedo?

Lucho: —;Porque te quiero tengo miedo! Don Juan no es el tigre... ¡es la serpiente!

(Se oyen de nuevo los pasos, más cerca, cerquita. Mila se aparta un poco de Lucho).

MILA: — ¡La serpiente silva!... ¿Oyes? —(Suena un tiro)—. ¡Es el silbido de la serpiente!

Lucho (cayendo sobre la yerba): —¡El silbido de la serpiente!...

Don Juan sale del bosque. Viste lujosamente y trae en la mano la escopeta, todavía humeante.

Don Juan: —La serpiente, ¿no? La serpiente eres tú, soy yo... Los dos somos la serpiente. ¿Nos vamos?

MILA (muy pálida): — ¡Nos vamos!

Cogidos de la mano saltan a la balsa, que se columpia en la orilla. Don Juan desamarra, empuña la pértiga, y la balsa corre río abajo, río abajo, sobre las aguas que espejean bajo el sol caldeante.

En el claro del bosque, el muerto, con un agujero negro en la frente, por donde sale un hilillo de sangre, aprieta en su mano contraída la campánula azul que rememora un goterón del cielo.

Abajo, sobre el río, cabalga una copla cínica de don Juan:

¡Eres como la serpiente, ribereña, y por ti muero! Ondulosa, falsa y bella... ¡así, serpiente, te quiero! ¡Ribereña, ponle fuego y ponle leña al fogón del leñatero, ribereña!

MILA (Contemplando con ojos extraviados la estela de llamas que pinta la balsa): —¡Mira... es una serpiente de fuego... ¡Qué bello es deslizarse así... callados, callados!...

Don Juan: — ¡Sí... como la serpiente!

Esta es la justicia¹⁰⁷ (Septiembre 1910)

Para Alberto Carvajal, literato y poeta

T

Es á fines del siglo XVIII. La ciudad colonial se anima. La vetusta plaza ríe bajo la brisa del poniente deslumbrador. Los cuatro tamarindos de los cuatro ángulos, se remecen al soplo de la brisa cálida. Desde la torre de la iglesia, las campanas desgranan tristezas de responsorio.

Juan García, el negro esclavo, a horcajadas en un asno, con las manos atadas sobre la espalda desnuda y con la crespa cabeza encorozada, esparce miradas melancólicas en torno.

Un alguacil, trajeado de negro, tira del ronzal del pollino.

La chiquillería alborotada grita y se empuja por contemplar a regodeo la escena.

El clarín deja oír su nota prolongada, en reclamo de silencio.

El silencio llega.

EL ALGUACIL: — Oíd... oíd... Esta es la justicia que manda hacer la muy Católica Majestad el Rey Don Carlos IV...

(La multitud se descubre.)

Oíd... oíd... oíd... Esta es la Justicia que manda hacer la muy Católica Majestad de Don Carlos IV, Rey de Castilla, de Aragón, de las dos Sicilias...

(Sigue un aluvión de fórmulas curialescas.)

... y por cuanto el negro Juan García, esclavo de la noble casa de don Fadrique de García y de la Fuente, Marqués de Rodín-del-Pino, osó decir donde oídos lo

¹⁰⁷ Publicado también en El Correo del Valle, en noviembre de 1910.

oyeron que había alzado sus miradas pecadoras hasta la faz de la noble doncella doña Berenguela de García y Peztagua, hija del Sr. Marqués de Rodín-del Pino; por cuanto el mentado arriba esclavo Juan García ha osado, donde ojos lo vieron, aplicar sus labios infames a los pétalos de una flor caída de la noble cabellera de la también ya citada Doña Berenguela de García y Peztagua; por cuanto el esclavo Juan García, mentado y mentado, llevó su lengua hasta afirmar que la muy noble dama citada y citada, doña Berenguela de García y Peztagua, había abajado sus nobles ojos hasta él; por cuanto el delito está probado, pues testimonios hay de que hizo y dijo lo dicho; por cuanto no le vale al Juan García, para desembarazo de su culpa, asegurar, como en verdad asegura sin verdad, que dijo entre sueños aquel decir y que besó aquella flor como se besa la reliquia de un santo; por cuanto el varias veces nombrado esclavo Juan García pertenencia es del Sr. Marqués de Rodín-del-Pino, como son pertenencia de éste sus haciendas, sus casas, sus hacaneas, sus caballos, sus joyas y sus blasones, y por cuanto el Sr. Marqués aquí nombrado ha encomendado a la justicia pública el castigo del esclavo sacrílego... oíd... oíd... oíd...

(Siguen otras fórmulas curialescas.)

... y se condena al esclavo Juan García, a recibir una veintena de azotes, dados por mano del verdugo, o de quien ejecute la Justicia, en la espalda sin vestidura. Luego volverá a su dueño y señor, para que de él disponga a su guisa como en talante le viniere.

Juan García, sereno, oye la sentencia.

Es un negro de belleza singular. ¿Pretende él también descender de Belkis y de Salomón? Pudiera, porque es hermoso como un arcángel hecho de sombra, y merece aquellos abolengos.

Cierra los ojos y aguanta impasible los trallazos. Apenas si con el primero ondula su piel sudorosa.

EL LÁTIGO: — Chacs... chacs... chacs...

EL ALGUACIL: — Esta es la justicia...

JUAN GARCÍA (aparte): — ¡Esta es la justicia!... ¡Y me ama!... ¡Doña Berenguela... no me lo ha dicho, pero me ama!

EL LÁTIGO: — Chacs... chacs... chacs...

EL ALGUACIL: — Esta es la justicia...

JUAN GARCÍA (aparte): — Sus ojos hablan... Si sus ojos me han hablado ¿qué importa que restalle el látigo? Por ella sufro, por ella padezco, por ella soporto, por ella me resigno... ¡Esta es la justicia!

La multitud aúlla. Los chiquillos gritan. Entre los gritos y los aullidos pone el látigo su nota seca que, sobre la espalda de torturado, se torna en nota roja.

II

Es media noche y cerca al dormitorio de los esclavos.

Juan García, sentado sobre una piedra, con la etiópica cara entre las manos, contempla el horizonte, donde la luna echa su rociada de luz.

El negro, por ratos, se lleva la mano a la espalda.

Las huellas del foete lo queman como culebras de fuego.

Por detrás del galpón aparece una forma blanca. Se acerca quedo, quedo.

El esclavo abismado, no ha oído. Sus labios aridecidos suspiran un nombre.

Juan García: —¡Doña Berenguela! ¡Doña Berenguela!

La forma blanca se acerca por detrás del esclavo.

Su brial nevado casi lo roza.

Juan García no ha sentido nada...

La aparición se inclina súbitamente, y suena un beso sobre la espalda llagada del esclavo.

Juan García: —¡Ah!...;Doña Berenguela!

Doña Berenguela: — ¿Qué? ¿Lo extrañas?

Juan García: — ¿El qué?

Doña Berenguela: — Verme.

Juan García: — Veros no... Sentiros... Sentir vuestra boca, más roja que mis llagas, sobre mis llagas, no tan rojas como vuestra boca.

Doña Berenguela: —¿Cómo no venir si por mí sufres... y si por ti padezco?

Juan García: —Por vos sufro, señora. Por mí padecéis... ¿por qué?

Doña Berenguela: — ¿Crees que tu piel es más delicada que la mía?

Juan García: —No, Doña Berenguela. Vuestra piel no hubiera soportado el martirio de mi piel.

Doña Berenguela: — ¿Piensas que el verdugo es más piadoso que mi brazo impiadoso?

Juan García: — Vuestro brazo, señora, es suave como los pétalos, como los vellones, como todo lo suave. Vuestro brazo es la madeja de seda...

Doña Berenguela: — Mira... mira la madeja de seda — Con sublime impudor, se suelta el alquicel que la envuelve. El brial queda sostenido por el ceñidor recamado. Le vuelve la espalda al negro, y exclama: —¡Esclavo!¡Mira... mira!

Juan García da un grito. La espalda de la marquesita es una llaga que chorrea sangre. Estrías violadas la cruzan.

Juan García (cae de rodillas): — ¡Doña Berenguela! ¡Ama mía! ¿Por qué?...

Doña Berenguela: — ¿Pensabas tú que, si te daban una veintena de azotes en la espalda, mi espalda se contentaría con menos de una veintena? No. ¡Si tú sabes amarme como veinte, como veinte sé amarte yo, Juan mío, mi esclavo... ¡Esclavo de tu esclava!...

Y bajo la luz de la luna que gondolea en el espacio diáfano, suenan los besos.

Doña Berenguela: — Esta es la justicia que manda hacer la muy pagana Majestad del Rey...

Juan García: — ... del Rey Amor!

Y después... pa tarugo (Marzo 1911)

Al poeta Luis F. Pineda.

(Bajo la maraña del bosque, la fuente cantarina entona el himno del estío. El sol del medio día, al tamizarse por entre el follaje, deja en las márgenes una rociada de goterones luminosos. Allá en la selva una torcaz en celo lanza su nota doliente.

Rompiendo la maleza aparece Pedro, el más airoso gañán de la montaña; se recuesta contra un pedrejón, y con el envés de la mano escurre el sudor que abrillanta su frente bronceada. Sonríe, y avizora la senda estrecha que serpea en la colina, al otro lado de la corriente).

PEDRO: — Sí vendrá... no vendrá... Lucha me costó arrancarle esta cita para irnos. Sí creo que viene. La tengo blanda, blanda como una madeja. Viene porque está que se derrite por mí... ¿No vendrá?

(Haciendo pantalla con la diestra, mira insistentemente hacia la senda de la colina.)

¡Cómo tarda! Son más de las doce, porque los árboles están parados sobre sus sombras. Pero Julia, de que viene, viene. A menos que su hermano, ese fantasmón de Antonio, pueda haber maliciado algo...

¡Qué diablo! Ella me juró anoche, llorando, que vendría para irnos lejos, muy lejos... y después... Si me aburro con ella, que se vuelva para donde su hermano... Así como así éste no merece otra cosa, por vivir diciendo que yo soy un tarambana y que creo que todas las mujeres se mueren por mí... ¡No se mueren todas, pero sí agonizan algunas!...

(Lanza una carcajada. Dos mirlos, que se arrullan en las ramas de un caunce, vuelan espantados. Allá en la selva, la torcaz en celo sigue lanzando su nota doliente. Pedro repite, casi en voz alta:)

¡Cómo tarda!

(Se oyen unas pisadas rudas sobre la maleza, y súbito, tunelando el ramaje, aparece Antonio. Está pálido, y las comisuras de sus labios temblorosos ostentan cierta lividez de ira. Pedro da un paso atrás.)

PEDRO: —; Ah! es Antonio...!

Antonio: — Sí, soy yo. No te asustes. ¿Te parece que mi hermana tarda mucho, ¿no?

PEDRO: — No, si no me asusto... Para algo soy hombre. Para no asustarme... Sí, me parece que tu hermana tarda mucho... ¿y qué?

Antonio: — (Apretando los puños.) ¿Y qué? Que mi hermana no es para ti.

PEDRO: — (Sonriendo.) No, que será para los cerdos.

Antonio: — Con ellos quedaría mejor... (Se muerde el labio inferior, como conteniéndose.) Oye, Pedro. Tú y yo nos hemos criado juntos. Tu madre y mi madre nos arrullaron con los mismos cantos; indistintamente repartieron sus besos entre nosotros, y duermen en el mismo cementerio... En la misma batalla murieron tu padre y mi padre, con la misma oración entre los labios... Nunca te he hecho mal... ¿por qué no me dejas tranquilo el único bien que me queda, que es Julia, mi hermana?

(Antonio inicia un sollozo que determina una mueca despectiva de Pedro.)

PEDRO: — ¿Qué? ¿Vas a llorar? Adiós con la señorita. Te había tenido siempre por un poca-cosa, pero ignoraba que fueses también marica.

Antonio: — ¿Marica yo? ¿Marica porque te suplico que dejes tranquilo mi hogar y que no lo manches como has manchado tantos? ¿Marica porque te ruego en nombre de tus padres y de los míos que me dejes disfrutar el solo bien que me queda, que es el cariño de mi hermana? ¿Marica porque te imploro para que no conviertas en hembra cuartelera a la niña inocente cuya cuna de huérfana mecimos juntos en otro tiempo? ¿La quieres para esposa...? Tómala... Sé que será desgraciada contigo; pero en cambio seguirá siendo honrada.

PEDRO: — ¿Para esposa...? ¿Tú estás figurándote que yo nací para amarrarme a una mujer, aunque esa mujer sea tu hermana? No. Yo nací para algo más grande; para correr el mundo; para ver tierras; no para echar a la vida infelices que mañana vayan a atajar balas con el pecho, porque los mandan los ricos.

Antonio: — Y si no la quieres para esposa ¿para qué la quieres?

PEDRO: — Para lo que ella quiera...

ANTONIO: — ¡Canalla!

Pedro: — ¡Marica!

(Estalla el ruido seco de un bofetón que hace tambalear al cínico tenorio. Brilla el relampagueo de dos navajas de barba que se agitan y relumbran como dos lagartos de fuego. Los reñidores saltan, jadean, resoplan. Como enormes bocas se abren las heridas sobre las carnes retostadas.)

Antonio: — (Llevándose la mano a la garganta y cayendo a la orilla del arroyo.) ¡Me mataste... maldito!

PEDRO: — Lo que querías hacer tú conmigo. Ahora que busque tu hermana quién la defienda.

(Con la falda de la camisa se enjuga la sangre de la herida que le cruza la frente. Antonio, tendido sobre los guijarros de la orilla, se desangra como un tonel roto. Los ojos

se le empañan. El agua del arroyo se va enrojeciendo. Al pie de la colina aparece Julia. Es una gallarda diosa veinteañera, en cuyos ojos con negruras del abismo la pasión pone fulguraciones salvajes. Atraviesa el arroyo y, espectralmente pálida, contempla la escena. Allá entre la selva, la torcaz en celo sigue lanzando su nota doliente.)

JULIA: — ¡Es Antonio...!

Pedro: — Sí... él.

Julia: — Pedro... ¿tú?

Pedro: — Sí, yo.

JULIA: — ¿Por qué? Pedro, ¿por qué?

PEDRO: — Porque quiso ser el más fuerte y fue el más débil. Porque quiso arrebatarme tu amor... porque quiso impedirme que fueras mía.

JULIA: — Y lo impidió, Pedro, y lo impidió. Ahora ya no puedo ser tuya...

PEDRO: — Ahora es cuando debes ser mía. Sí, ahora, cuando por tu amor he de huir lejos como una fiera acosada. ¡Ven...! (La agarra duramente de la mano.) ¡Ven, lejos... muy lejos!

JULIA: — No, Pedro. ¿Y mi hermano muerto por ti?

PEDRO: — Sí, Julia. ¿Y yo, asesino por ti?

JULIA: — (Cediendo y mirando el cadáver.) ¡Pobre Antonio...! ¡Pobre mi hermano...! ¡Lejos... muy lejos!

PEDRO: — ¡Sí, lejos, muy lejos!

(Asidos de la mano, se internan por la selva enmarañada. El muerto, tendido panza-arriba sobre los guijarros enrojecidos de la orilla, mira, con los ojos turbios, los pedazos de cielo que, al través del ramaje, parecen pupilas azules. El agua de la fuente toma extraños tonos purpúreos. El sol del medio día, al tamizarse por entre el follaje, deja en las márgenes una rociada de goterones luminosos. Allá en la selva, la torcaz en celo sigue lanzando sus notas dolientes...)

(Julia y Pedro, asidos de la mano, dialogan.)

PEDRO: —; Muy lejos!

JULIA: — Sí...; pero muy lejos...!; Tan lejos como se queda mi otra vida...!; Mi vida de mujer honrada!

Hacia arriba... bacia arriba (Julio 1911)

(Es una ermita pajiza, en la falda de la montaña abrupta. Una sendica, tajada en la peña, serpea hacia arriba, muy hacia arriba, hacia allá donde la nieve refracta la luz de los viejo luminares.

El Ermitaño —un anciano de barbas patriarcales— está sentado sobre una piedra, a la puerta de la ermita.

El orto lunar se divisa encima de los riscos lejanos. El Ermitaño desgrana las cuentas de su camándula.)

EL ERMITAÑO: — ... venga a nos él tu reino...

(Por la vereda que sube de la hondonada, aparecen Julia y Pedro. Ella, una gallarda diosa montañesa, él un jayán cuyos ojos lanzan brillazones de pasión.)

PEDRO: — Hermano, buenas tardes.

JULIA: — Buenas tardes, hermano.

EL ERMITAÑO: — Son noches, hermanos. El sol ya no se ve, y la luna ya alumbra.

PEDRO: — Cuando la luna alumbra, ¿es noche?

EL ERMITAÑO: — No siempre. Pero es noche cuando no alumbra el sol.

Julia: — ¿Siempre?

EL ERMITAÑO: — Todo lo que no tiene luz, es sombra. La noche no tiene luz, luego es sombra.

PEDRO: — Está muy ergotista el buen ermitaño.

EL ERMITAÑO: — Fui estudiante.

JULIA: — ¿Y estudiáis aún?

EL ERMITAÑO: — Estudio todos los libros. Un libro no es sólo una ristra de páginas cosidas por el lomo. La naturaleza entera es un libro. ¿Veis el sol que se oculta? Es una página que se vuelve. ¿Veis la luna que sale? Es la página que dice continuará.

Julia: — ¿Sois poeta, hermano Ermitaño?

EL ERMITAÑO: — Todos los que vivimos solos somos un poco poetas. Poeta quiere decir profeta. Profeta quiere decir adivino.

PEDRO: — ¿Adivino? ¿Qué adivináis de nosotros?

EL ERMITAÑO: — Saber no es adivinar. Para vosotros no soy adivino sino cronista. ¿Se dice aún cronista en el mundo?

PEDRO: Se dice. Croniqueadnos, pues.

EL ERMITAÑO: — Os amáis. Vuestro amor no es un amor bendecido y bendito, porque lo ocultáis. Quien oculta, esconde. Escondéis vuestro amor. Ostentadlo. Creced y multiplicaos, dice la Escritura. Pero nadie ha dicho: esconded vuestro amor. Amaos a la luz del sol y de la luna y de las estrellas, como se aman las aves, las flores y todos los seres creados. ¿Vais hacia arriba?

Julia: — Hacia arriba vamos.

EL ERMITAÑO: — Algunas veces ir hacia arriba es ir hacia abajo.

Pedro: — Parabólico estáis.

EL ERMITAÑO: — ¿Parabólico? ¿Por qué? ¿Porque os hablo con todas las letras? Vosotros sois mis hermanos, como el cordero es mi hermano y la luna, y el sol, y las aves. Todos somos hermanos, seamos hermanos.

JULIA: — ¿Soy yo vuestra hermana?

EL ERMITAÑO: — Sí, hermana mía, hermana bella. Sois mi hermana. Dios es padre de todos. ¿Os hablo como hermana?

Julia: — Hablad, hermano.

EL ERMITAÑO: — No siempre se oye lo que se quiere.

Pedro: — Hablad, hermano.

EL ERMITAÑO: — Las palabras fraternales suelen estar cargadas de acíbar.

Julia: — Hablad, hermano.

EL ERMITAÑO: — Hablo. Si mis palabras son acíbar, no las tachéis. Acordaos sólo de que cada copa que se llena tiene sedimento.

PEDRO: — Siguen las parábolas.

EL ERMITAÑO: — ¿Os burláis? ¿Y si yo os digo que vale más la esposa de un carbonero que la amiga de un príncipe?

PEDRO: — Yo no soy un príncipe.

EL ERMITAÑO: — Pero ella, ¿es vuestra esposa?

Julia: — ¿No valgo siquiera como amiga de príncipe?

EL ERMITAÑO: — ¿Sois su esposa? No. ¿Es él un príncipe? Tampoco. Echad las cuentas.

Julia: — ¡Callad...!

EL ERMITAÑO: — Callo. Pero, ¿calla vuestra conciencia? ¿Sois su esposa? ¿Es él un príncipe?

Julia: — ¿Qué soy, entonces?

EL ERMITAÑO: — Fuisteis un tiempo pura. Quizá lo seáis aún. Cuando grita la pasión enmudece el honor. Seguid hacia arriba, hacia arriba. Quedo rogando por vosotros... Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros...

PEDRO: — ¿Tenéis deudas con Dios?

EL ERMITAÑO: — ¿Y quién no las tiene? También yo fui joven, también amé, antes de venir a este bosque... Hermano bosque, bendigamos a Dios...

Julia: — ¿Amasteis? ¿Mucho? ¿A quién?

EL ERMITAÑO: — Seguid, seguid... Dejadme... No evoquéis mis recuerdos... También yo fui joven... También amé... Seguid. Hacia arriba... Sois bellos, sois jóvenes y os amáis... Hermana juventud, bendigamos a Dios.

Pedro: — Adiós, hermano Ermitaño. Rezad por nosotros.

EL ERMITAÑO: — Seguid... seguid... Hacia arriba.

Julia: — Adiós, hermano Ermitaño. Rezad por nosotros...

EL ERMITAÑO: — Por vosotros... y por mí.

(Bajo la caricia lunar, Pedro y Julia se alejan, hacia arriba, siempre hacia arriba.

El Ermitaño sigue desgranando las cuentas de su rosario.

La luz de la luna cabrillea sobre su barba plateada.)

¡La juventud...! ¡El amor...! ¿En qué rincón de la eternidad estará mi juventud...? Yo también fui joven... Esta misma luna también alumbró mis cabellos negros... ¡Hermana luna, bendigamos a Dios!

El turno bravo (Enero de 1912)

Para Libardo López. Fraternalmente.

(Nochebuena. En las calles, la chiquillería alborotada canta villancicos y hace restallar los triquitraques. Los farolillos de colores parpadean en las ventanas.

En la casa de Juan, el Policía, los dos niños cantan y bailan al son de un tiple destemplado y un pandero roto.

Juan los mira y sonríe.)

JUAN: — ¡Qué lástima que hoy me toque el turno bravo! Es una pereza en una noche como ésta tener que dejaros, para salir a vigilar borrachos.

Luisa (Una linda morena, en pleno otoño, cuyo cuerpo esbelto no ostenta las huellas de la maternidad y cuya cara gitana conserva íntegra toda la belleza juvenil): —No vayas hoy. Que te reemplace un compañero.

JUAN: — Sí, para que mañana me dejen arrestado en el cuartel y me arranquen la multa.

LUISA: — ¡Es un horror ese turno bravo! Levantarte a las doce de la noche cuando apenas empiezas a coger el sueño... o en una noche de alegría como ésta, dejarnos solos...

JUAN: — Y gracias que siquiera tengo el empleo, para que no paséis hambre...

CARLOS (Es el niño mayor, un adorable diablejo de ocho años.): — ¿Por qué no trabajas en otra cosa, papá?

Juan: — Porque no hay en qué, mi hijo. El trabajo escasea. Los patrones quieren que se les sirva de balde... En fin, sea lo que Dios quiera. Tráeme el casco, Luisa; y tú, Carlitos, búscame la peinilla.

(Luisa y Carlos le colocan a Juan los arreos del oficio. Juan abraza a los dos niños, da la mano a su mujer, y sale.

En la calle siguen los villancicos y los cohetes. En la casa de Juan, ni cohetes ni villancicos.

Luisa, sin saber por qué, siente terrores desconocidos cuando le nombran el "turno bravo". Es como en los cuentos de la infancia hablar del Lobo de Caperucita, o de las uñas del Mohán, o de las garras del Hojarasquín.

Los niños cabecean. Luisa los acuesta y se sienta en una silla al pie del Pesebre, donde el Niño-Jesús sonríe y la Virgen extiende los brazos como en bendición de amor.)

Luisa: — ¡Pobrecito! Allá andará por esas calles, luchando con borrachos para ganar el pan nuestro de cada día. Todos tienen derecho a dormir tranquilos, menos los policías. ¡Y ese maldito turno bravo...! Madre mía y Señora de los desamparados protégelo. ¡Hoy que hay tanta gente, tanto borracho! ¡Niño-Jesús, sé bueno, ya que eres tan bueno! San José... Dios mío...

(Luisa se va quedando dormida, con un retazo de oración en los labios.

Allá lejos, en el puesto de guardia de la calle que vigila Juan, en una cantina mugrienta, cuyos habituales parroquianos son rufianes, vagos y mujerzuelas, se oyen voces de riña. Juan corre. ¿Qué sucede? Nada. Dos que pelean por una venus del arroyo. Luego, el policía interviene, el velón que se apaga de un garrotazo, la gente que huye, otros Policías que acuden, y encuentran a Juan revolcándose en un charco de sangre. A la casa lo llevan entre cuatro, y de lejos se oyen sus gritos.)

Juan: — ¡Luisa, Carlitos, abrid que soy yo!

(Luisa se despierta. Corre a abrir. Los dos niños, medios dormidos, saltan de la cama.)

Luisa: — Juan, Juan, ¡lo mataron... pobrecito...! ¡el turno bravo!

Juan: — Pero ábreme. Hoy no me tocó el turno bravo. Ábreme. Cambié con un compañero. A mí me toca mañana.

Luisa (abriendo la puerta): — Soñé que te mataban... Hoy no te toca... Pero mañana... Los pobres no nos escapamos, más tarde o más temprano, del turno bravo...

(Los niños reanudan su baile, al son del tiple destemplado y del pandero roto.

Juan y Luisa, asidos de la mano, contemplan embelesados la alegría de sus hijos; pero de cuando en cuando les oprime el corazón la idea de que, a ellos, a los pequeñuelos, también mañana le tocará el turno bravo de la vida.)

Juan: — Míralos. ¡Cómo están de contentos!

Luisa: — Sí, muy contentos... Pero...

Juan: — ¿Pero ¿qué?

Luisa: — Nada... Que hoy nos tienen a nosotros... y mañana...

Juan: — ¿Mañana? ¡El turno bravo para ellos, como para ti, como para mí, como para los desamparados todos...!

(Luisa cierra los ojos, y ve allá, en el fondo del alma, la charca de sangre que vio en sueños, entre la cual se revolcaba Juan.)

Luisa: — Para todos los desamparados... El turno bravo... ¡Santa María, Madre de Dios, ¡ruega por nosotros...!

Había un labrador... (Diciembre de 1912)

Para la Srita. Clara Posada Pérez. Muy respetuosamente.

I

... y en aquellos tiempos, dice la Parábola, puñados de trigo regó un sembrador; pero el buen labriego, soñando, soñando,—que, más que labriego, era un soñador—negligentemente los granos de trigo al viento arrojó.

II

Muchos granos, muchos, quedaron regados sobre los senderos, y entonces pasó una tropa agreste de rudos burdéganos que con recios cascos los pisoteó... ;y los pobres granos mezcláronse al lodo que los envolvió!

III

Otros pocos granos de trigo quedaron sobre los peñascos, donde el arrebol pone sus fulgores, y, al venir la noche, un ave del cielo, borracha de sol, tragose los granos, y por el espacio azul se alejó...

IV

Un grano, uno solo, cayó sobre el surco; fue planta... en espigas después reventó; luego fue blancura de la blanca harina; luego en los hogares el hambre acalló... ¡Y fue el grano—abuelo... y de los trigales el progenitor!

V

Mis versos, puñado de trigo son, y los aviento, como aquel labriego que era soñador: unos bajo el casco de los asnos ruedan, los otros se esfuman cual tenue vapor... ¿Germinará un día este que ahora siembro en tu corazón?

El Correo del Valle

Su nombre completo era *El Correo del Valle, periódico literario, industrial y noticioso*. Circuló en la ciudad de Cali entre 1894 y 1919, siempre bajo la dirección de Blas S. Scarpetta. Suspendió sus actividades durante la Guerra de los Mil Días, pero regresó en 1903, convirtiéndose, poco a poco, en una revista cada vez más dedicada a los asuntos literarios (Banco de la República s.f.).

En la edición digital del *Correo* encontramos doce publicaciones de Vives Guerra, a lo largo de más de catorce años. Resaltamos de entre ellas los poemas "Mi bandera", considerada por algunos como una de las mejores; "Lejos de María", firmada con el seudónimo de Andrés Votino; y "Lejos de Efraín", firmada con su nombre de pila.

De "Lejos de María" y "Lejos de Efraín", en algún momento existió duda sobre si su autoría correspondía a la misma mano. El asunto se registra en *Libros colombianos raros y curiosos*, donde se menciona un opúsculo publicado en Quito, en 1910, titulado "Andrés Votino, Julio Vives Guerra. Henrique Álvarez Henao", autoría de Juan Ignacio Gálvez, en el que se citan ambas elegías como si fueran producto de dos autores diferentes. Zanja la cuestión el autor de *Libros colombianos raros y curiosos*, diciendo:

Pero basta la atenta lectura de los dos poemas, para advertir por la identidad de sentimiento, por la coincidencia de ideas, lenguaje, expresiones, recursos poéticos, procedimientos técnicos en la factura del verso, etc., que uno y otro fueron escritos por la misma pluma. Velasco Madriñán, en su biografía de Isaacs, El caballero de las lágrimas, transcribe fragmentos de los dos poemas, como de Votino y de Vives Guerra respectivamente. Pero en un periódico literario, La Pluma, serie I número 9, que circuló en Cali en enero de 1927, ambos poemas aparecen como de Velásquez García, lo cual nos parece que es lo único acorde con la realidad (Rodríguez G. 1967).

Como se puede ver, *El Correo del Valle* ya había publicado, completos, en 1907, ambos poemas.

Título	Fecha	Tipo
El arriero	23 de diciembre de 1897	Poesía
Los vírgenes blancas	3 de febrero de 1898	Cuadro
El Cauca	Marzo de 1898	Crónica
Ojos	Mayo de 1898	Poesía
En el balcón	Septiembre de 1898	Poesía
Memento	Febrero de 1904	Cuento
El castillo de la sangre azul	Febrero de 1905	Poesía
Isaías Gamboa	Abril de 1905	Crónica
Lejos de María	Septiembre de 1907	Poesía
Lejos de Efraín	Septiembre de 1907	Poesía
Mi bandera	Diciembre de 1908	Poesía
El sueño del Papa	Diciembre de 1911	Cuento

Tabla 14. La obra de Vives Guerra en El Correo del Valle.

El arriero (Diciembre 23 de 1897)

Pantalones de manta; blanco sombrero; sucio guarniel de nutria con reata roja; camisa de coleta que, holgada y floja, hace pliegues si sopla viento ligero.

Faz alegre y bronceada, miembros de acero; frente altiva y serena que el sudor moja; blandida por sus manos, al aire arroja chasquidos la zurriaga del recio cuero.

Entona a todo pecho cantos sentidos que interrumpe con ¡'upas'! y con silbidos para animar la recua ya perezosa.

Y subiendo el camino de la montaña, piensa en sus tiernos hijos y en su cabaña, ¡piensa en la montañera, su casta esposa!

Las vírgenes blancas (Febrero 3 de 1898)

I

En los claustros del colegio de niños reina la alegría. Es la hora del recreo. Los niños rodean a las Hermanas de la Caridad. Una de ellas es el centro de un círculo formado por diez o doce cabecitas adorablemente despeinadas.

—Hermanita, un cuento — grita un diablillo rubio, tirándola de la camándula.

—Sí, sí, un cuento — gritan todos, y agitan las manecitas, y aplauden, y se pellizcan, y se aprietan en torno de aquella Virgen blanca, que besa a unos, agita los cabellos revueltos a otros y sonríe a todos aquellos angelotes traviesos, que parecen escapados de un cuadro de Murillo.

Luego les cuenta las aventuras de la Caperucilla encarnada, o los del Marqués de Carabás, o las de la Bella dormida del bosque. Y los niños escuchan aquellas maravillas, con las boquitas muy abiertas, deleitándose con los relatos de la Hermana, que les parece un Salomón con faldas y camándula.

Y por la noche, cuando ella, vigilando los dormitorios se acerca a las camitas, ellos entreabren los ojos soñolientos, le sonríen, le tiran un beso con la puntita de los dedos y vuelven a dormirse. Y sueñan con el Marqués de Carabás, con la Caperucilla encarnada, con la Virgen blanca que les cuenta esas historias tan lindas, y en sueños creen que ella es la *Bella dormida del bosque*, con su corneta de lino, cuyos vuelos se agitan como las alas de una paloma.

II

En aquella sala anchurosa del Hospital, a lo largo de las paredes, hay colocados simétricamente unos lechos angostos. Es de noche.

Dos lámparas colgadas del techo, medio ahuyentan las sombras, que se repliegan a los rincones. Turba el silencio, ya un ¡ay!, ya una oración, ya una blasfemia.

¿Veis una forma blanca que va de un lecho a otro? Es una Hermana de la Caridad. Nacida quizá en el lujo, cura con sus manos delicadas las llagas asquerosas de los leprosos. Acaba de atar una venda, de poner unas hilas, de lavar una úlcera, y amorosamente cobija al enfermo, como una madre. Después va a sentarse junto a la mesita atestada de frascos, que está situada al pie de una de las lámparas, y mientras en el Hospital todo duerme, ella, en vela, reza silenciosamente.

Los enfermos, con los ojos medio cerrados, la contemplan como a una Virgen María, como a una aparición ideal, y se figuran en su delirio que los vuelos de la corneta de lino son las alas cándidas de una paloma que trae la medicina para sus dolores.

III

Rugen los cañones. Las balas silban y dejan huellas de muerte. Sobre el fondo azul del humo domina la nota roja; sangre y fuego. Sólo se ven algunos puntos blancos: son las Hermanas de la Caridad. Allá van, ya se esconden, ya surgen. Donde cae un combatiente, donde se oye un gemido, allí están ellas. ¿Las veis? Los vuelos de sus cornetas de lino se agitan como alas de paloma. Ellas son las palomas que alivian con sus caricias, que consuelan con sus arrullos.

El soldado moribundo que las ve pasar a lo lejos, entre la confusión y el fragor del combate, sonríe, porque cree ver a su madre, a su hermana, a su hija, a su esposa; pues ellas —las Vírgenes blancas— tienen para él dulzuras de madre, sonrisas de hermana, respetos de hija, abnegaciones de esposa. Y el soldado muere casi alegre, porque al ver a las Vírgenes blancas, ha sentido levantarse, allá en el fondo de su mente, "los mirajes de los bosques patrios"; ha pensado en su cabaña, donde lo aguarda su madre, la viejecita pálida de cabellos grises; ha recordado el camino que serpea en la falda de sus montañas verdes; ha contemplado sus tardes campesinas; ha sentido olores a tomillo y madreselva; ha evocado escenas idílicas de sus amores con la linda montañesa que "esparce fragancias de cultivos nuevos y lleva el zumo de las moras en las mejillas"... Y mientras el soldado muere, las Vírgenes blancas corren, y llevan a todas partes su ternura y sus cuidados, en tanto que los vuelos de sus cornetas de lino se agitan como alas de paloma.

IV

El expósito ve en ella, en la *Virgen blanca*, la madre que le falta, y ella, al acariciarlo, piensa en sus hermanitas ausentes, allá, muy lejos, muy lejos. Al mecer las

cunitas albas, recuerda su infancia, cuando al amor de la lumbre, sus padres le referían historias añejas, mientras ella se adormecía contemplando el vaivén de las cunas de sus hermanitos.

Y, sin embargo, es feliz. Halla en la Caridad la suprema dicha. Si la nostalgia la hiere, acaricia la sedosa cabellera de un niño, y al sentir entre sus dedos aquellas suavidades, al aspirar aquellos olores a nido tibio que exhala la cabecita de un diablillo de cuatro años, la patria y la familia se ensanchan en los horizontes del recuerdo: lo que antes era una aldeílla en un valle de Provenza se dilata hasta ser Francia; Francia se ensancha y se torna en Europa; Europa se ensancha, y es el mundo entero; y en el fondo del cerebro de la Virgen blanca, sólo queda un pensamiento: "¡Mi patria es el mundo; mi familia, la humanidad!".

Los niños aman a las Vírgenes blancas, los enfermos las adoran, los soldados las quieren y las respetan. Ellas son las reinas: su palacio es el Hospital; su cetro, la camándula; su corona, la corneta de lino, cuyos vuelos se agitan como alas de paloma.

El Cauca (Marzo de 1898)

En el año de 1895, en un periódico llamado Miniaturas —no recuerdo si venezolano —vi por primera vez el nombre de Isaías Gamboa en un artículo que le consagró a éste, l'enfant terrible, Arturo Ambregi. Enamorado yo de lo que del señor Gamboa decía el Benjamín del decadentismo centro-americano, busqué los versos de aquel, los leí, los saboreé y me dije, no tocándome la frente, como Chenier, sino señalando las poesías del vate caleño: "¡Aquí hay algo!" Y no es algo solamente; es mucho: mucha inspiración, mucha delicadeza, mucho amor por el arte. Después, he seguido paso a paso al señor Gamboa en su carrera literaria, y ahora soy su admirador: no incondicional, porque el incondicionalismo no es conmigo ni en los versos ni en la política. Pero sí admiro a aquél por el corte rotundo de sus estrofas sonoras, por su inspiración nostálgica, por todo aquello que lo muestra como un poeta verdadero...

Ahora acabo de recibir el bello poema, "El Cauca", que el señor Gamboa nos ha enviado a mi inteligente amigo Jesús del Corral y a mí, como redactores de El Cirirí, y la impresión que me produjo la lectura de esa silva elegante, aquí la vierto.

Dije atrás que no soy incondicionalista ni en los versos ni en la política; por eso admiro lo mucho bueno del poema y apuntaré de paso lo poco malo. Si algo duro saliere de mi pluma, perdóneme el vate caleño, en gracia de la sinceridad que gasto al juzgarlo.

Está el poema escrito en silva, maestramente manejada. Tiene descripciones soberbias. Lee uno La Montaña, y cree aspirar efluvios de selva intacta; El Rio, y cree escuchar las carcajadas argentinas y ver fulgurar los ojos rutilantes de las caleñas hechiceras; El Camino del Dagua, y cree distinguir el sendero cortado a pico y percibir el rugido de las ondas al estrellarse contra las rocas... El conjunto es lindísimo; pero, desgraciadamente, analizando las estancias, se hallan versos muy duros y largos y prosaísmos atroces. Vayan algunos ejemplos:

"Del que lee aquellas páginas, apenas..."

"Excelsa en medio a cuanto le rodea..."

"Y el poema melancólico del llanto..."

"Abajo no: pues aunque todavía..."

"Es que se llega a la deseada cumbre..."

"Como infinito océano de verdura..."

"De modo tal que un dios era cada hombre..."

"Que el niño, hecho hombre, en viaje para el mundo..."

Parece increíble que un poeta tan aventajado como el señor Gamboa haya dejado escapar semejante novena de versos. Son ellos, como decimos en Antioquia: "los pollos pelones" de esa nidada de jilgueros. Sólo por haber vivido en Centro-América se le puede perdonar tal cosa al autor; porque allá casi todos los que hacen versos se figuran que caer es monosílabo; y figurándose eso, es muy fácil caer en versos medidos con caucho.

Como muestra de prosa rimada, despego estos botones:

"Y sucede que recuas numerosas En los desfiladeros Ocasionan escenas espantosas, Pues unas van mientras las otras vienen: Y se encuentran, y entonces se detienen Y en el angosto corredor se estrechan...

Esto puede evitarse en fácil modo: "Unos y otros arrieros gritando irán, y si a lo lejos oyen que les contestan, llegan a un recodo, el primero que encuentran los que vienen o los que van, y cuando tales están seguros, ya previenen a los otros, y trémulas, mirando con inquietud la sima pavorosa una a una las bestias van pasando".

Esta parvada de prosaísmos parece un informe de Inspector de caminos, y produce el mismo mal efecto de una burda montera en la cabeza de una mujer elegante.

En cuanto a

"Lo que Abraham viera absorto ante la tierra prometida", me limito a decir que fue una equivocación. Confundió al conductor con el progenitor de los israelitas: Moisés con Abraham.

Ojalá el señor Gamboa reciba este juicio, no como punzada de escalpelo, sino como leve alfilerazo, no como regaño de dómine intransigente, sino como consejo de hermano menor. La misma admiración que le profeso y el mismo placer que me causa la lectura de El Cauca, hacen que me dejen pésima impresión los defectos acotados. Lo que digo de su precioso poema es, más que crítica, una fe de erratas para la segunda edición.

Réstame ahora felicitarlo por su poema. Hizo bien dedicándolo a la memoria de su padre. Los despojos del anciano se agitarán de placer entre la tumba, al colocar el hijo amoroso, sobre la losa, esa corona formada de versos coruscantes. Ese poema luce más sobre el sepulcro de don Mateo Gamboa que un ramo de violetas blancas; porque estas se marchitan, y los versos del bardo tienen un perfume imperecedero: el de la inspiración. Bien puede dormir orgullosamente tranquilo entre su tumba el padre anciano: su sueño lo arrullarán los rumores nostálgicos de El Cauca.

Termino felicitando también a Cali, la "sultana lánguida que posa sobre verde cojín su blanca frente", por tener un hijo que tanto la honra, y que la ha cantado al son de la lira armoniosa. A tal madre, tal hijo. Una ciudad tan bella, tan amante del progreso, tan culta y tan llena de encantos, tiene que dar de su seno hombres de valer, y merece bien las estrofas áureas del señor Gamboa.

Ojos (Mayo de 1898)

A D. Blas S. Scarpetta

Son muy bellos los ojos azules de dulce mirada. si los tiene una rubia hechicera de mejillas pálidas.

Son muy bellos los ojos que tienen color de esperanza, que parecen brillar con fulgores de viva esmeralda.

Pero son más hermosos tus ojos, mi linda sultana, esos ojos tan negros que encierran fulgores del alba.

Me fascinan los ojos azules, los verdes me encantan; más los tuyos, que alumbran mi vida, con su brillo me alumbran el alma.

En el balcón (Septiembre de 1898)

Allá en el balconcito que el verde jazminero perfuma y engalana con su follaje fresco, los dos sentados solos, sintiendo en nuestro pecho cantar las ilusiones su plácido concierto, asidos de las manos mirábamos el cielo que estaba encapotado con nubarrones negros.

La noche muy oscura la calle solitaria el funeral silencio ningún rumor turbaba. De pronto mi morena, mi virgencita pálida, me dijo tristemente con voz tan suave y blanda como el frotar de pétalos besados por el aura:

- "Anoche tuve un sueño cargado de tinieblas soñé que estabas lejos, muy lejos de esta tierra; que habías olvidado mi amor y tus promesas, y que al saberlo, había yo muerto de tristeza! ¡Qué sueño tan horrible! ¡Me vi tendida, yerta, con vestiduras blancas, en una caja negra; mi frente coronada con rosas y violetas!

¿Qué harías tú, qué harías si acaso me muriera?"

Sentí que un dolor hondo mi pecho reventaba, y vi a mi virgencita con vestiduras blancas tendida castamente en una negra caja. Tomando entre mis manos sus manecitas pálidas, por fin rompí en sollozos y en quemadoras lágrimas. Ella al mirar el llanto corriendo por mi cara, me dijo dulcemente con voz tan suave y blanda como el frotar de pétalos besados por el aura: -"¡No llores, no, no llores que no he soñado nada!"

Después... sobre mi frente posó sus labios trémulos... Allá, en el balconcito, se oyó el rumor de un beso! Perfumes exhalaba el verde jazminero, el viento ya barría los nubarrones negros, surgían las estrellas en el azul del cielo!... ¡En tanto en nuestras almas se alzaba placentero un coro de ilusiones en celestial concierto!

Memento (Febrero de 1904)

¡Cómo resalta la cruz negra sobre las frentes blancas!

"¡Memento homo!...", dice el sacerdote mientras con su descarnado pulgar traza cruces en las frentes blancas y tersas, y borrones en las frentes arrugadas.

Las niñas sonríen picarescamente, sienten cosquillas; las beatas bajan los ojos; los beatos miran con un ojo al sacerdote y con otro a las muchachas bonitas, que sonríen a hurtadillas, burlándose de los borrones informes que el señor Cura traza sobre las calvas amarillentas.

"¡Memento homo!" dice el sacerdote apartando capules con una mano, mientras con el pulgar de la otra va trazando cruces de ceniza que resaltan sobre las frentes blancas.

Los muchachos se arrodillan con las manos en los bolsillos de los pantalones, miran al señor Cura, al altar, a todas partes.

"¡Memento homo!..." dice el sacerdote; pero los muchachos olvidan que han de ser polvo, y se levantan riendo, porque acaban de ver a una vieja con las narices embadurnadas de ceniza.

¡Descuidos del señor Cura!

Una morena de ojos anarquistas se arrodilla. Da la casualidad que a un moreno de ojos incendiarios le toca el turno y se arrodilla también. Con el rabillo del ojo se pespuntan. ¡Picarones! Si no os habrá conocido vuestro vecino el señor Cura pelando la pava todas las tardes, de la esquina a la ventana. Pero tú, linda morena, no sabes que ese santo anciano que en este momento te recuerda la muerte, te ha visto desde su casita, mientras reza en su breviario, cambiar miradas y frases con el efebo que está aguardando a tu lado la cruz de ceniza.

"¡Memento homo!..." dice el sacerdote, y traza con la mano temblorosa por la vejez y la abstinencia, sendas cruces en las frentes de la morena de ojos anarquistas y el moreno de ojos incendiarios.

Ellos se levantan. Él, así, rápidamente, le dice a ella, en el oído:

—¡Memento!... Alicia que ayer no saliste... ¿me quieres?

Ella contesta paso, pasito:

—¡Memento!... Arturo que tienes otra novia... ¡Sí te quiero!... ¿y tú?

Se sonríen, sin hacer caso de las miradas del anciano Cura, que escandalizado y distraído, le embadurna a una beata un ojo con la ceniza, mientras exclama:

—"Memento"... muchachos, que aquí no se viene a secretear!

El castillo de la sangre azul (Febrero de 1905)

Para Antonio de J. Cano

Noble dueña, omíllome yo vuestro servidor... Todos vos obedecen como a su facedor, Reyes, duques e condes e toda criatura, vos temen e vos sirven como a vuestra fechura.

Archipreste de Hita

I

El viejo castillo se erguía en las rocas como centinela de aquella comarca, y allí la condesa de cabellos rubios su vida pasaba.

II

Un anciano fraile preguntóle un día: —Di, ¿por qué estás triste, condesita pálida? Condesita rubia, di, ¿por qué tus ojos se llenan de lágrimas?

¡Pobre condesita! Sé por qué estás triste: porque el bardo moro de la piel tostada te dijo llorando que el duelo sombrío le clava sus garras; que tañe su guzla de cuerdas de oro y canta tus gracias; que lleva tu imagen grabada en el alma; que es tuya su vida, su amor y su suerte, que es tuya su vida, su amor, su esperanza!!! Todo eso te ha dicho, y tú sonreías mientras el poeta de tez bronceada al sol de su guzla de cuerdas de oro cantaba, cantaba... Mas llegó el orgullo de tu altiva madre, El orgullo rancio de la castellana, y truncó de un golpe tus dulces amores y tu idilio casto lo trocó por lágrimas. ¿Por qué? Porque el bardo morisco no tiene los ojos azules, la frente nevada!... Nada importa la sombra en el rostro ¡Si se lleva la luz en el alma! No sabe tu madre, la altiva condesa, que los pergaminos de las viejas razas los roe el gusano, y que de ellas quedan sólo cronicones en antigua fabla!

III

Y la condesita de cabellos rubios lloraba, lloraba.

IV

El viejo castillo no existe en las rocas; ya no es centinela de aquella comarca; ya por los escombros muestran los lagartos sus verdes escamas!

V

Ya la condesita de cabellos rubios pasó con su sangre de caducas razas; de la adusta condesa quedaron los huesos desnudos en la cripta blanca; con los pergaminos los voraces gusanos se sacian, y de aquellos nobles tan solo subsisten viejos cronicones en antigua fabla.

VI

Del bardo morisco de tez bronceada aún viven los cantos que triste entonaba al son de su guzla de cuerdas de oro en las noches claras, cuando las estrellas desde el alto cielo su brillo le enviaban.

VII

Y dicen las gentes de aquella comarca que por esas ruinas en la noche vaga la sombra doliente de la condesita de la frente pálida, que tenue murmura con voz de plegaria: "No desprecies, madre, las frentes tostadas! ¡Nada importa la sombra en el rostro si se lleva la luz en el alma!"

Isaías Gamboa (Marzo de 1905)

Es mi suerte como un tumbo que de playa en playa rueda, sin que nadie decir pueda de do viene, a donde va (...)

En el frío desamparo de la ausencia sobre un atrio, he soñado en los vergeles de mi hermoso suelo patrio

_

Yo me acojo bajo el ancho pabellón de tu horizonte, ;libre mar!

Isaías Gamboa, "Ante el mar"

Echando hacia atrás los ojos del alma, a lo largo del sendero de mi no corta vida, ¡cuántas cruces veo a la vera, muchas de ellas con nombres queridos! Me detengo y leo:

Julio Gutiérrez, el bohemio decidor, que arrojó la vida como se arroja un fardo; Pedro Londoño, el amable "Pipí" como lo llamábamos sus íntimos, que murió estoicamente, con los pulmones cruzados por un dédalo de cavernas; Julio de Francisco, el inspirado autor de "Perfiles", que retrató maestramente el tiperío de su tierra; Julio Echavarría, que sonreía al espirar, ostentando entre sus ojos azules no sé qué remembranzas de pureza infantil... y tantos, tantos, tantos amigos desaparecidos, que forman el cementerio de mis recuerdos!

Columbro una tumba recién abierta, y en ella descifro un nombre: Isaías Gamboa.

Fue un luchador. Fue un pletórico de ilusiones. Tenía mundos de poesía en el alma, y vivió triste.

¿Lloró acaso desengaños reales? Si no los lloró, los supo cantar intuitivamente.

Él, que tanto amó su *tierra nativa*, que adornó con festones de campanillas las ventanas de su *casa paterna*, murió solo, allá, en las orillas del Pacífico, sin que su

madre, la doliente viejecita de cabellos blancos, enjugara con sus besos el sudor de la agonía; sin oír los rugidos de su *Cauca* furente; sin poder bañar sus pupilas moribundas en la luz del cielo caucano; sin aspirar por última vez los olores acres de sus selvas intactas...

Pero murió como lo había deseado en su último poema: ante el mar. Fueron dos inmensidades frente a frente: la inmensidad del océano y la inmensidad de las nostalgias del poeta.

Fue un dúo grandioso: el poeta lanzaba sus últimos cantos, mientras el mar rugía a sus pies; el mar rebotaba contra las peñas, en tanto que el poeta entonaba la trova última que rodaba de tumbo en tumbo hasta perderse lejos, lejos, más allá de la línea misteriosa "donde se funde con lo azul la tierra".

Nunca nos vimos Isaías y yo, pero nos quisimos. Distinguió en mí un admirador, que sabía sentir con él y por él; descendió desde la altura de su popularidad hasta la humilde de mi musa campesina; al través de las distancias me tendió su mano de amigo, me prodigó sus aplausos bondadosos, me confortó con sus palabras de aliento, dijo en mi oído la augusta marsellesa del ideal, y me llamó su hermano.

Con las cartas de mi anciano padre ya muerto, y con las de los amigos desaparecidos, guardo las de Gamboa. Abro una al acaso y leo:

Dichoso usted —me decía— que, como Trueba, puede exclamar:

Feliz el que no conoce más río que el de su patria y duerme anciano a la sombra do pequeñuelo jugaba.

No me envidie el haber corrido de país en país. Viajar por viajar es muy hermoso; pero es triste ser como yo una especie de Judío Errante. Usted se queja por estar siempre oprimido por el cinturón de sus montañas, y yo lamento el estar lejos de mi valle querido, de mi hermoso Cauca. Usted suspira por ver otras tierras y otras gentes, y yo anhelo vivir y morir en mi casita, al lado de mi anciana madre, y junto a la tumba de mi padre.

Usted, que sabe vivir la vida de sus montañas verdes, que puede traducir los sentimientos de los montañeros, como dicen en Antioquia, que se ha inspirado en la belleza casta de sus adorables paisanas, que ha sintetizado en sus cantos el alma del labriego y de la campesina, no desee salir de allá. ¡Qué mayor felicidad para un poeta regional que interpretar, dulce y donosamente, lo que le dicen sus hondonadas, sus sierras y sus bosques seculares! Mañana, cuando de los bardos de "suspirillos germánicos" no quede ni la memoria, las trovas de usted vivirán en las mentes de los antioqueños y se cantarán al son de las vihuelas tradicionales, haciendo latir los corazones de las serranitas ruborosas y de los jayanes de la "frente altiva que el sudor moja".

Abro, también al acaso, otra carta de Gamboa. Es su despedida:

Me voy. Es mi destino. No le digo el motivo, pero lo sabrá muy pronto. Quién sabe si esta será mi última carta para usted. Si mañana leyere en cualquier gacetilla que 'Isaías Gamboa ha muerto', conságrale un recuerdo al amigo, que tanto lo admiró y lo quiso, y enséñele a su rubia chiquilla a rezar por este poeta a quien la suerte le grita constantemente el ¡Anda! del Eterno Viajero.

Pocos días después, cuando estalló la guerra del 99 y me enteré de que Isaías estaba en las filas revolucionarias, me di cuenta del motivo que para irse me citaba en su carta.

La postrera voluntad que él me manifestó, la he cumplido y la cumpliré: porque su recuerdo es cosa de mi casa, y porque he de enseñarle a mi blonda pequeñuela a pronunciar con fervoroso respeto el nombre de aquel amigo que murió con entereza de cristiano y de caballero, lejos de su madre, y lejos de su patria, cuando en ésta

el horizonte estaba / negro como la boca de una tumba.

Lejos de María¹⁰⁸ (Septiembre de 1907)

(Monólogo)

"Vente, me decía, ven pronto, o me moriré sin decirte adiós.

"Pero ¿a qué afligirte diciéndote todo esto? Si vienes, yo me alentaré.

108 Firmado por Andrés Votino

"Allí estaban las flores recogidas por ella para mí: las ajé con mis besos; quise aspirar de una vez todos sus aromas..."

"... me dijo tan quedo que apenas pude oírla: entonces yo recogeré todos los días las flores más lindas...

—"¿Quieres, le dije al recibir las últimas, cambiar todas estas por el clavel que tenías en los labios?"

—Lo he pisado ya, respondió, bajando la cabeza para buscarlo.

—Así, pisado, te daré todas estas por él.

—¿Permites que vaya a recogerlo?

Se inclinó entonces para tomarlo y me lo entregó sin mirarme.

(Jorge Isaacs, María)

Lejos de María¹⁰⁹

Las doce al fin... ¡Cuán lentas son las horas cuando con ansia el corazón aguarda, y qué pronto sus garras matadoras me ha clavado el dolor...! ¡Ay! cuánto tarda en asomar la luz del nuevo día para emprender el viaje, ese viaje anhelado, y correr hasta el lado de María!

¹⁰⁹ Firmado con el seudónimo Andrés Votino.

Esta ciudad me cansa... en su grandeza hay mucho que me hastía tanto... tanto bullicio, y el constante caer de nieve fría!... Más que esa nieve, el corazón helado no puede resistir tan crudo invierno pues la suerte parece que un eterno dolor para mi pecho ha decretado! ¡Tan lejos de María yo no puedo vivir!... Desesperado me paso en este Londres... y aunque quiero disipar en los libros mi quebranto siempre es más mi sufrir...Pero Dios mío! si es que la quiero tanto!... ¡Oh ciudad monstruo!... ves que me consumo renegando de ti, ; y no me arrojas bien lejos de tu seno, do no escuches la voz de mis congojas, do no sientas la hiel de mi veneno? ¡Soy un pobre proscrito que apuro triste el tósigo maldito que mi negro destino me ha brindado!... ¡Arrójame bien lejos... ciudad grande! hasta Colombia... ¡cara patria mía! do serpentea gigantesco el Ande, jy donde está aguardándome María!... "Vente, dice su carta, porque muero" y yo aquí ¡negra suerte! talvez en este instante su certero dardo sobre ella lanzará la muerte!... ¡Ah... qué carta tan triste!... En vano lucho, en vano, por no llorar; si el cuerpo se resiste, hay en el alma furias de Océano!... ¿A qué ahogar el grito comprimido que se agita en el pecho? ¿A qué negar al corazón herido y donde ruge el huracán deshecho un alivio en gritar...? ¡María, María!

¡Lucero de mis noches! :Hermosa como el sol del medio día! tan hella cual los broches que prende Dios en la azulada frente de los hondos espacios cuando el sol se ha ocultado en el poniente! ¡No vayas a morir... espera... aguarda... a tu Efraín siquiera que recoja la última miel que guarda tu labio puro... y tu postrer congoja! Yo iré muy pronto a verte... ¡Morir!... ¡Eso jamás!... ¡Es imposible!... ¡Sería capaz en mi martirio horrible arrancarte a los brazos de la muerte! Cavar tu sepultura y con mi lloro horadar ese pecho que fue mío, ¡sacarte el corazón que es mi tesoro! y después... nada más... es lo que ansío! Mas, ¿qué digo? ¿Estoy loco? "Si vienes, viviré", me dice ella, y además ¿ha dejado alguna estrella de brillar por ventura en el vacío? Siendo ella mi lucero, ¿por qué habrá de extinguirse su luz pura?

¡Siempre ha de ser el faro de ventura que de mi vida alumbrará el sendero! Cuando crucé del mar por la llanura en la ligera nave, pensando en ella me pasaba a solas, y ya en la brisa suave, ya en el rugir del viento con las olas escuchaba su voz que era un arrullo de trinadora ave; y allá lejos también en lontananza divisaba a María, que gritando: "Efraín, ten esperanza," ¡cada rato a mi vista aparecía! ¿A qué afligirme pues?... ¡Maldito empeño que mi mente destrozas!

¡Deja que venga el sueño para soñar con ella!... ¡Cuán dichosas son esas noches en que yo soñando pienso que a mi María estoy besando!

Recuerdos de mi infancia ¡tan suaves cual la nítida fragancia de flor de limonero! que mi cerebro refresquéis, yo quiero, mi cerebro en que luchan las ideas como punzantes dardos, ¡como encendidas teas! ¡Aquellas tardes tibias de verano cuando, en tanto que el sol su disco hundía, vagábamos asidos de la mano en el jardín sembrado por María; cuando el viento jugando en los zarzales sus múltiples olores nos traía, jolores de violetas y rosales! Esas tardes serenas en que ella amante de mi ojal prendía frescos ramos de mirtos y azucenas; cuando hablábamos los dos con loco anhelo de mi ausencia fatal, de mi partida, de mi partida, causa de su duelo, de su amargura, y de mi honda herida! Pero ¿qué hacer?... Mi padre lo deseaba: Me dijo: "que te vayas es preciso" ¡Ah!... Que él no imaginaba que era arrancarme a mí del paraíso! "María es pura, es bella: ¡Cuando ya la merezcas, ven por ella!"

Y crucé los abismos de los mares, de la ciencia en la fuente ya he bebido; y después de sufrir tantos pesares, ¿ser dueño de ella aún no he merecido? ¡Ya pronto iré, María!... espera... aguarda a tu Efraín... siquiera que recoja la última miel que guarda

tu labio puro... y tu postrer congoja! ¡Cúmpleme lo que dices en tu carta: "Si vienes, viviré... si vuelvo a verte tú serás el escudo que atajará los dardos de la muerte!" Pues bien, iré... no dudo que yo muy pronto me hallaré a tu lado! ¡Vivirás para mí!... serás mi gloria!... ¡Trocaremos las gratas ilusiones que los dos nos forjamos por bellas realidades!... Escribiremos juntos esa historia que escriben los amantes corazones, historia de ternezas cual ninguna hoy trazada con rasgos de dolores, y que mañana endulzará gozoso el ángel tutelar de los amores! ¡Virgen y madre! tú que sí comprendes el porqué de mi llanto, tú que de los que sufren el quebranto, pues sufriste también, todo lo entiendes; tú que llevas el nombre de María el nombre dulce de mi novia amada, no dejes que una tumba vaya a encerrar tan pronto mi alegría...! Déjame que la vea, que goce de su amor eternamente!... más si escrito está ya que ello así sea ¡quiero morir también! ¡Sí! ¡Que sucumba!

Oh mi tierra caucana do el Zabaletas entre verdes frondas arrastra su caudal de turbias ondas! ¡Tierra donde pasé mi edad temprana, donde cuando era niño me dio María sus primeros besos, sus ósculos de amor y de cariño! Crespas enredaderas de tupido follaje donde juntos pasamos tantas veces,

ella, oyendo el turpial que entre el ramaje lanzaba al aire sus sonoros trinos; en tanto que yo oía los más suaves aún de mi María! ¡Oh límpida corriente que fiel copiabas en tu linfa pura los encantados bucles de su frente y el contorno gentil de su figura! Jardín que has recogido más feliz que yo todas las gotas de su dolor sentido! ¡ Jazmines, azucenas que en él plantó su mano delicada! ¡Tardes... noches serenas confidentes del alma enamorada! Guardádmela por Dios... que a mi regreso La encuentre siempre hermosa, que sus mejillas de purpúrea grana conserven sus colores, y queden en sus ojos los primores ¡De pupila de virgen africana!... O al menos que yo pueda Recoger su suspiro postrimero, que si la muerte llega, y pretende llevársela a porfía, la arranque de mis brazos!... Yo quiero presenciar esa agonía aunque me quede el alma hecha pedazos.

Más ¿qué escucho?...; Maldito el aleteo que en mis oídos suena!...
es la misma... la misma... allá la veo...
la misma que causó tan honda pena
¡a María!...; Esa ave aterradora,
que turbó nuestras dulces confidencias
con graznido feroz!...; Ave traidora!...
¿Eres presagio de mi triste suerte?,
¿la causa de tu viaje?,
¿acaso vienes a anunciar su muerte?,
¿te encargaron trajeras el mensaje?

¡Mientes, si eso me dices!... ¡Ella no ha muerto, no! ¡Sí! ¡Mientes, mientes! Abandona mi pieza monstruo de maldición!... ¡Maldita ave! ¡Con tu grito trastornas mi cabeza!... ¡Ella!... dime ¡Habrá muerto? ¡Imposible!... ¡No aumentes mi tristeza! Estará frío y yerto; ese rostro más bello que el espacio? No brillarán sus ojos con esa luz purísima que en ellos puso Dios imitando los destellos del astro de la tarde?... ¡Hallaré sólo al regresar despojos de la que amaba tanto?... ¿Estará mi María dormida ya en el triste camposanto? ¡Dime todo esto!... ¡Pero no, no puedo!... O..., no me digas nada, ¡que me da tu respuesta mucho miedo!... ¡Me espanta tu visita! ¡Vete, vete de aquí, ¡ave maldita! ¡María, María!... ¡A tu Efraín aguarda!... ¡La hora de mi viaje ya no tarda!... ¡Espérame siquiera que recoja la última miel que guarda tu labio puro!... y tu postrer congoja!

Lejos de Efraín¹¹⁰ (Septiembre de 1907)

Monólogo

"Las doce ya!... ¡La obscuridad me aterra!... ¡Todos duermen aquí... yo sola velo!... ¡El sueño ya mis párpados no cierra! Mejor... ¡así podré mirar el cielo! a ese cielo que esconde en su negrura

¹¹⁰ Firmado con su nombre de pila: José Velásquez García.

mi porvenir ignoto!... ¡Ay! lo he mirado tanto, que hasta creo, al ver cruzar la exhalación rojiza, que de tanto mirarlo ya lo he roto!

Con suave rumoreo
sopla la inquieta brisa
del bosque en la espesura,
y oigo como gemidos misteriosos,
como notas errantes,
como tristes sollozos,
como el tenue gemir de arpas distantes!

¡Qué oscura está la noche!... Las estrellas se esconden tras los densos nubarrones...
No es hermosa esta noche como aquellas en que Efraín cantaba sus canciones al pie de mi ventana...
Eso fue ayer no más... Lejos, muy lejos, más allá de los mares, ¡él quizá piensa en mí!... ¡Pero mañana, yo en la tumba estaré!... ¡Con sus reflejos talvez el nuevo sol me alumbre muerta! ¡Efraín! ¡Efraín!... ¡Ya tus cantares no podrán despertar a tu María!... ¡Jamás, jamás! ¡un muerto no despierta!

Noche, ¡noche sombría!

madre de las leyendas misteriosas,
oh, diosa del silencio,
protectora gentil de los amores,
reina de las tinieblas pavorosas,
cuando llegues tranquila
con tu manto de estrellas recamado,
si de Efraín se fija la pupila
en el remoto cielo,
buscando enamorado
a su María, la que fue su anhelo,
dile cómo lo amaba,
dile que de la luna en los fulgores

yo el fulgor de sus ojos encontraba, dile que...; Noche, guárdale en tu seno este suspiro santo que le envío...! pues cuando él vuelva de ventura lleno, estará el nido de su amor vacío!

¿Y por qué he de morir? ¡Porque mi madre sucumbió como herida por el rayo? ¿Por eso yo también?...¡Oh Dios piadoso! al recordar el fallo que me lanza al sepulcro pavoroso quisiera blasfemar...; pero me callo! ¡aquí la muerte está!... Dentro del pecho quiere estallar mi corazón amante... ¡Estalla, estalla, corazón maldito, pero déjame verle un solo instante! ¡Morir, cuando el amor había sentido entre mi corazón!... ¡morir amada! ¡Morir cuando Efraín había encendido en mi pecho un volcán con su mirada! ¡Yo no quiero morir!... Pero Dios Santo, ¿por qué me matas, di, cuál es mi crimen? Si es mi crimen amar tanto y si es crimen llorar, Tú amaste mucho y eres el Padre Tú de los que gimen!

Oh, flores campesinas, oh, blancas azucenas en cuyas copas puras y ambarinas he llorado mis penas! ¡Oh flores que en su estancia Yo puse como prenda de cariño, flores cuya fragancia él aspiró de niño! Cuando Efraín regrese y os contemple en el búcaro marchitas, referidle mis ansias infinitas, decidle que en los pétalos os besé! Ya mañana estarán vuestras corolas mustias y desmayadas,

¡pero no estaréis solas
pues tendréis el fulgor de sus miradas!
¡Mientras que yo –la pobre jardinera
que os regó con sus manos –
les serviré en el fondo de la tumba
de asqueroso festín a los gusanos!
¿Pero una vez siquiera
ya no he de verle más? ¿por qué los sabios
no han de encontrarte, corazón, remedio?
Es una farsa artera
lo que ciencia se llama!
¿De qué sirve la ciencia, si no puede
hacer vivir a una mujer que ama?

Aquí, junto a esta vieja enredadera me confesó Efraín su amor un día, jaquí por vez primera besó la casta frente a su María! Lo recuerdo muy bien... por el boscaje pasaban sin cesar brisas tranquilas! al través del follaje se veían pedazos de los cielos como azules pupilas, tras los párpados verdes del ramaje; los dos juntos, asidos de la mano, mirábamos hundirse tras el monte la silenciosa estrella de la tarde, y llenar con su voz el horizonte la luna solitaria... "Me amas?" ¡dijo Efraín con voz sentida, como el postrer rumor de una plegaria! Temblé, temblé cobarde, y hasta el fondo del alma conmovida, "Te amo" le respondí... Después un beso resonó entre la noche sosegada... siguió la brisa susurrando amores, hubo en el huerto una explosión de olores y cantó el ruiseñor en la enramada!

Huid, huid, ¡recuerdos de ventura! inoches de encantos llenas. ¡como lejos estáis! En mis delirios hoy evoco la dicha!... sólo espero una mortaja negra cual mis penas y el cárdeno fulgor de cuatro cirios: ¡Efraín! de mi infancia el compañero fuiste cuando la dicha sonreía! tú pensaste poner sobre mi frente perfumada corona de azahares; más... ¡el dolor me agobia! al regresar... la tumba de María sólo verás, y el velo de tu novia convertido en mortaja... Los pesares doblarán tu cabeza pensativa; más al pasar el tiempo, mi memoria cruzará por tu mente como fugaz historia o como una leyenda fugitiva! ¿Me olvidarás? ¡Talvez! Mas si en la calma De la callada noche Cuando te hiera el alma una pena secreta, si, al recordar nuestra pasión, me nombras, no te asuste el sentir sobre tus sienes incógnita frescura, soy yo, que en alas de la brisa inquieta, vengo desde la helada sepultura, a refrescar tu frente de poeta! ¡Oigo un extraño ruido! ¡el ruido que otra vez me heló de espanto! Es el batir de alas de aquella ave que con su vuelo grave viene del camposanto a recordarme el porvenir sombrío, mi triste porvenir que nada alegra!... ¡Es ella, sí, Dios mío! ¡Es ella!... ¡el ave negra! ¡Ave maldita, vuela, vete lejos! aquí no hay tumbas, muertos ni ruinas!

¡Vuela... que te sorprenden los reflejos de las rosadas luces matutinas! ¡Vuela lejos! ¡Adiós ave errabunda! ¡El batir de tus alas me sofoca! ¡Al sentirte volar me quedo yerta!

—Más, ¿qué digo? ¡Estoy loca! no te vayas guardián de los sepulcros que yo soy una viva que está muerta! ¡Adiós, ave infeliz, déjame sola, que no quiero morir!...; Pero Dios santo! ¿por qué me matas...? Di, ¿cuál es mi crimen? ¡Si es crimen amar tanto y si es crimen llorar, Tú amaste mucho y eres el Padre tú de los que gimen!

Mi bandera (Diciembre de 1908)

Por el espacio diáfano bates el ala como un ave de ensueño y de alegría, ¡Bandera de la Patria, Bandera mía, a cuya sombra el libre su vida exhala!

Si cabalga en los vientos la melodía de los Himnos triunfales, vistes de gala, y entonces, joh, Bandera, Bandera mía! por el espacio diáfano bates el ala.

Tu tricolor encarna muchos cariños!... Tu azul brilla en los ojos de aquellos niños que mi hogar iluminan con risas locas!

Tus oros me recuerdan su cabellera, y es tan rojo tu rojo como sus bocas cuando gritan: "¡Que viva nuestra Bandera!"

El sueño del Papa (Diciembre de 1911)

El anciano blanco se quedó dormido, y sueña.

Como en ideal cinematógrafo, van surgiendo entre sueños las escenas de su santa vida.

Ya es Ries, el pueblo natal, en la víspera de su ordenación. El gozo de los suyos, su propio gozo. Los decires de sus amigos de infancia, que entran a la casa a despedirse del futuro levita:

—Addio, Giuseppino a rivederti!

Ya es la iglesia de Castelfranco. Diez y nueve ordenados aguardan con él, ansiosamente, el momento en que el Cristo les diga: Descienda sobre vosotros el Espíritu Santo. Id a enseñar a las gentes lo que yo os he enseñado.

Luego el señor Obispo; ¡luego... ya es el padre Don Guiseppe Sarto...!

El genio de los recuerdos reemplaza la película del ensueño, y el Anciano blanco que duerme, vuelve a ver el pueblo natal.

Es en la iglesia, y allí están todos los que le vieron de niño corretear por las calles, los que jugaron con él; los que con él cantaban a la Virgen en el mes de mayo:

¡Madonna, Madonna mía!

Madonna della Pietá

Luego, al coger entre sus dedos la hostia, ¡el estremecimiento de las grandes iniciaciones! Bien recuerda el anciano Papa que duerme, la emoción del joven sacerdote que cantaba misa: En aquellos momentos augustos, al partir la Hostia santa, ¡sentíase deslumbrado como si entre sus dedos temblorosos apretase dos segmentos de Sol!...

Y siguen pasando películas borrosas. Se destaca una, se contorna, se define: ¡Venecia!

Las lagunas, en que se reflejan los palacios, que son petrificadas páginas de la Historia, los muelles llenos de sol, los gondoleros que, al verle pasar sonriente, dejando una estela de beneficios, le gritan arrojando al aire sus gorras:

-¡Viva el padre de los pobres! ¡Viva el patriarca de los gondoleros! ¡Addio, cariño!

El Anciano blanco despierta.

Parece que fue ayer, piensa.

Los campanarios de Roma cantan la alegría cristiana.

El buen Pontífice se incorpora, siempre sonriente, como en su lejana juventud. Su cabeza nevada brilla al sol de la mañana.

Se arrodilla y murmura:

"Señor Dios de San Pedro, Dios de mis padres, Dios mío. ¡Como te la ofrecí el alma en mi primera misa, te la ofrezco siempre por las almas de los que quieran hacer zozobrar la Nave del Pescador...!"

La luz que traspasa las vidrieras forma como una aureola en torno de la frente del Anciano blanco que ora por los buenos y por los malos, por las ovejas que balan y por los lobos que aúllan.

El Sol

Este "diario de la mañana", de orientación liberal, fue fundado por José Joaquín Aristizábal y circuló en Medellín desde 1909 hasta 1924. Como vimos anteriormente, su redacción se le encargó a Vives Guerra a partir del primero de enero de 1911, justo en el momento en que el periódico se empezó a publicar tres veces por semana. (luego fue diario desde 1914 hasta 1918). No tenemos evidencia del momento en que Vives Guerra abandonó su labor en *El Sol*, pero, creemos, estuvo en él hasta su viaje definitivo a Bogotá en 1915. Las once crónicas que hemos encontrado en *El Sol* son todas del segundo semestre de 1914, justo antes de partir. Probablemente otros números del periódico, a los que no nos ha sido posible acceder, contengan algunas más.

Título	Fecha	Género
La belleza masculino	Junio de 1914	Crónica
La estafeta del padrino	Junio de 1914	Crónica
Anímalas irracionales	Julio de 1914	Crónica
En las gradas del cine	Julio de 1914	Crónica
Mi veinte de julio	Julio de 1914	Crónica
Eso del cuello	Julio de 1914	Crónica
Ya no soy neutral	Agosto de 1914	Crónica
Los cables dum-dum	Octubre de 1914	Crónica
El juicio final	Octubre de 1914	Crónica
¡Adiós, requetepreciosas!	Octubre de 1914	Crónica
Las damas del maquillaje	Noviembre de 1914	Crónica

Tabla 15. La obra de Vives Guerra en *El Sol*.

La belleza masculina¹¹¹ (Junio de 1914)

No asustarse, que no se trata de una autobiografía, como pudiera creerse dado que voy a hablar sobre la belleza masculina.

Sucede que en Berlín se abrió un concurso de belleza, con el fin de premiar a los tres cachacos más bonitos, en escala, primero, segundo y tercer premios, y los dos primeros se quedaron desiertos, habiendo necesidad de adjudicarle el tercero a un cierto Ewers, que apenas es regular.

Eso desconsuela.

¿Qué se ha hecho la belleza masculina germana?

¿No era alemán Felipe el Hermoso, el bello archiduque por el cual se enloqueció la reina Doña Juana?

Pero en cambio, ustedes me dirán que alemán era también Wagner, cuya falta de atractivos físicos podía muy bien parangonarse con su genio.

En todo caso, nadie exige que todos los hombres seamos bonitos; pero que en una ciudad como Berlín no se encuentre un cachaco hermoso, sí es extraño, porque eso de darle un premio de belleza a un señor apenas "medio cuadrado", es un horror.

A propósito, y para que en Berlín se piquen, sería conveniente abrir en Medellín un concurso de belleza masculina.

No crean ustedes que me mueve algún interés al lanzar esta luminosa idea. Lejos de mí el vil interés. Sé que me sacaría por lo menos un *accésit*, pero desde ahora retiro mi candidatura.

Y ahora no me vengan con comisiones de muchachas bonitas, a hacerme desistir de mi intento de retirar mi figura del debate. Dije que no, y la retiro. No quiero

¹¹¹ Los once artículos publicados en El Sol fueron la base para la publicación del libro Volanderas y tal, reseñado atrás. Todos llevan el epígrafe Volanderas, que corresponde a la siguiente definición del Diccionario de la Real Academia: volandero, ra. 4. adj. Que no hace asiento ni se fija ni detiene en ningún punto. "Lectura volandera". Apl. a pers., u. t. c. s.

hacerles contrapeso a otros quizá merecedores del premio de belleza, aunque no tanto como yo.

Creo, pues, que debe abrirse en Medellín un concurso de belleza masculina, para que veamos cuántos somos y cuántos quedamos. Y puede que así se salve Colombia del déficit que tiene el actual presupuesto.

Digo, me parece; porque pienso que cuando Alemania, una nación tan seria, que dio a Bismarck y a Molke y tantos otros, abre un concurso de belleza masculina, será porque esto se necesita para el equilibrio de las naciones, y lo que sirve para equilibrar naciones bien puede servir para equilibrar presupuestos.

Ya me supongo las escenas que se ocurrirán, *asuntao* el concurso de belleza masculina.

La casa de Don Homobono se pondrá en agitación, porque Don Homobono tiene un hijo de veinte años, llamado Artajerjes, que usa en su hogar una indestructible fama de bello.

El cual Artajerjes, o Artajerjitos, como lo llama su madre, la respetable Doña Restituta, no es bello ni nada.

¡Qué bello ha de ser un cachaco con aquellas narices que parecen una algarroba y aquellas orejas que son dos palas sin encabar!

Pero váyanles ustedes a Don Homobono y a misiá Restituta con que Artajerjitos no es una belleza, y verán cómo los patean.

Pues cuando empiecen las votaciones para el concurso de belleza, el hogar de Don Homobono y Doña Restituta se alborotará. D. Homobono es bestia de nacimiento, y Doña Restituta es bestia por naturaleza, por educación, por sexo, por convicción y por índole. Calculen ustedes cómo será el heredero de aquellas dos potencias; un paquidermo.

Esa bestialidad hogareña hará que el día del escrutinio la familia no tenga sosiego.

D. Номовоно: —Yo no sirvo para estas cosas... ¿Qué hacemos con los que traigan la noticia de la elección de Artajerjitos?

Doña Restituta: —Muy fácil. Le damos a cada uno su trago. Ya está comprado.

ARTAJERJITOS: — (modestamente) Pero papá, pero mamá... La elección no es segura.

HOMOBONO: -¿Qué no? Si no te ganas el premio de belleza es porque los escrutadores hacen trampas. Se necesitaría que no fueras hijo mío.

RESTITUTA: — (indignada) ¿Y de quién iba a ser?

Hомовоно: —Es un decir... Además, yo ignoraría...

Artajerjes: —No se enojen, que no hay seguridad.

RESTITUTA: —¿Que no hay seguridad de qué? ¿De que tu papá...?

Artajerjes: —No, mamá, de que me gane el premio.

Homobono: —No fueras hijo mío.

RESTITUTA: —Ni mío.

Entre paréntesis, si D. Homobono, Doña Restituta no lo deja servido. Es más fea ella que él, aunque quien los ve por separado juzgue aquello imposible. Ella fue quien le inspiró a un poeta de relinchadero aquel epigrama barato, marca eme:

Diz que quince hijos tuvo Doña Restituta Prince; Pero la gente asegura Que ella jamás tuvo quince.

Así las cosas, llega la noticia del ganancioso en el concurso de belleza. Artajerjes, que ha permanecido modestamente oculto, sale a la calle con unos pantalones doblados hasta media zanca, unas medias moradas, unos botines blancos y un sombrero arriscado. Matador el hombre.

- —¿Quién ganó?— pregunta.
- —Fulano de tal— le contestan.

¡Horror! Artajerjes cae desmayado en los tiernos brazos de un Policía que, por primera providencia y mientras viene la orden, le arrima dos patadas con las de atrás. Lo llevan a la casa y allí... ¡la hecatombe! D. Homobono se arranca la media docena de hebras que le han quedado en la cerviz; Doña Restituta patalea como una gallina amarrada, y Artajerjitos no vuelve en sí ni quebrándole la cola.

De modo que si, a pesar de estas escenas que pronostico, quieren acoger mi idea, yo me lavo las manos.

Y si no han de abrir aquí el concurso de belleza masculina, tenemos que exclamar los que merezcamos entrar en él, como los franceses en el setenta:

¡A Berlín, a Berlín!

La estafeta del padrino (Junio de 1914)

Me parece haberles dicho a ustedes alguna vez que una de las cosas en que me parezco a Miguel de Cervantes es en la de leerme cuanto papel me cae bajo los ojos, aunque sea sacado de los cajones de la basura.

Pues en la calle me encontré la carta que copio en seguida:

(Aquí la fecha un poco borrosa, aunque creo que dice: Cascuemula, junio de 1914)

Mi querida Petrilla:

No sabes ni saber puedes cómo y cuánto te agradezco que te hayas acordado de tu viejo padrino, y que, en virtud de ese recuerdo, me hayas escrito esta carta tan llena

de filial cariño; y más que todo te agradezco que, para escribirme, les hayas hurtado algunos instantes a tus constantes giras, paseos, cines, bailes... y demás tangos.

Pero, compadéceme, ahijada del alma, como yo te compadezco. Estoy condenado a que todas mis cartas para ti sean regañonas. Qué quieres. Yo soy de la pelea pasada, y a muchas cosas que a ti se te antojan perfectamente lícitas, les doy la vuelta hasta encontrarlas censurables.

Y allá te va sermón, mi adorable cuanto bella ahijada.

Desde que vi que tu carta estaba datada en Medellín, arrisqué el labio superior, manera peculiar mía, como recordarás, para indicar que no me gusta una cosa.

Y no me gustaba, ahijadilla de mi espíritu, porque me puse este dilema:

Petrilla está con Juan, su marido, en Medellín, y con sus hijos, o no lo está: si lo primero, alguna novedad ocurre en la familia, lo que para mí es muy doloroso; si lo segundo, hace Petrilla muy mal en andar de bureo, dejando a su marido sudar el bofe en aquellos andurriales, para sacarle a la hacienda el pan de su mujer y de sus niños. Esto me lo decía, porque la mujer debe estar siempre con su marido, mientras el marido merezca que la mujer esté con él. Y como tu marido es una gran persona... calcula tú si al recibo de tu carta te habré puesto de oro y azul.

Pero más asombrado y más apesarado me dejó tu carta, cuando me enteré por ella de que no sólo has dejado a tu marido por venir a pasear, sino que a tus hijos también. Petrilla, Petrilla del alma, ahijadita de mis entretelas, ¿eso es ser una madre de familia? ¿Te has pensado tú que te casaste para quedarte soltera? ¿Qué idea tienes tú de la maternidad? La maternidad es lo más santo, lo más augusto, lo más ideal de la tierra... y del cielo también, porque María, la figura más ideal de la más ideal de las religiones, es la madre de todos, inclusive de las madres que no merecen el nombre de madres.

Tú tienes buen corazón, mi ahijada, y debes meditar en la tristeza que sentirán tus hijitos y tu marido cuando llegue esa hora gris, "esa hora triste y doliente en que el dolor embriaga", y no te hallen en los rincones callados del hogar, que son los tronos de la madre que sabe serlo. No creo que puedas tener gusto en las muchas diversiones que me cuentas, si te pones a recordar que mientras que tú

departes y triunfas y mientras ves pasar imágenes por un lienzo y mientras te arrancas por tangos y mazurcas, tus niños en sus camitas blancas están preguntándole a tu marido:

Papá... ¿y mi mamá porque no viene a enseñarnos a rezar?

¿Te parece a ti muy bien eso, Petrilla?

La madre que deja a sus hijos por irse de diversión, o de devoción, más es madrastra que madre.

Conque, chica, aplica el cuento.

Sí, ya sé que vas a ponerme de viejo, de pasao, de cursi, de sopero y de regañón, que no va a haber por dónde cogerme. Pero, ahijadita, quien bien te quiere te hará llorar y porque te quiero te aporrio.

También me dirás que, si tengo tanta vocación para criar hijos, por qué me quedé solterón. Por eso, ahijadita, por eso. Porque comprendí la santidad del matrimonio y no me sentí con alientos de ser un buen padre de familia. Porque eso sí: o ser buen padre o no casarse. Trasladándolo al femenino: o ser buena madre o no casarse.

Y cuenta que ser buena madre no consiste en solo querer a los hijos. No. Consiste también en ser de ellos y para ellos. Una madre no tiene más pensamiento que sus hijos. Una madre es el hijo. Una madre que merece el nombre augusto de madre, sacrifica por sus hijos hasta la vida... Ahora piensa tú si no ha de sacrificarles un paseo o un piquete o un tango o una película cinematográfica. Y la madre que no se sienta capaz de ser así, que abdique.

Ahora, dejar tú a tus hijos y a tu marido por venirte a Medellín a pasear... Petrilla, Petrilla... Por menos hay gente en el manicomio.

Sé que todo eso lo haces señorilmente, honradamente, como cumple a dama cuyas abuelas fueron hasta santas. Pero no basta ser mujer honrada: es preciso ser madre buena. Tener hijos, los tiene cualquiera; quererlos, los quieren hasta las vacas; pero saber quererlos, eso no le es dado sino a la mujer que merece ser madre.

Tú me perdonarás, pero yo no les sé a las palabras más uso que el de decirlas y escribirlas.

Tu padrino,

Pepe de Obando

Por la copia.

Animalas irracionalas (Julio de 1914)

No hay texto de lectura en donde no se halle esta definición:

"El hombre es un animal racional".

Como allí no se dice que "el hombre y la mujer son dos animales racionales", claramente deduce cualquiera que la mujer es un "animal irracional".

Pudiera alegarse, en contra, que cuando se mienta "hombre" se subentiende la mujer, pues así lo ordenan la gramática, la lógica, la Biblia y el sentido común; pero tratándose de mujeres, no hagan ustedes caso de sentido común, de lógica, de Biblia ni de gramática.

Yo no había caído en la cuenta de que en la frase "el hombre es un animal racional" quedaba encerrada la de que "la mujer es un animal irracional", porque, intoxicado como estoy de gramática, alegaba —o me alegaba a mí mismo — que la palabra "hombre" abarca también la palabra "mujer"; pero viendo que algunas de éstas obran como verdaderos animales irracionales, he caído en la cuenta de que por algo no se mentó a la mujer en la definición.

Conque, quedamos en eso, y paso a probar la irracionalidad femenina, si acaso necesita prueba, que lo dudo.

Las mujeres se arreglan, se componen, se emperifollan para nosotros. Sí, señoras y señores: para nosotros, para mí también, para el Presidente de la República, para los Ministros, para los Gobernadores, para los poetas, para los terciadores,

para todos, es decir, para que los hombres nos quedemos mirándolas, admirándolas y asombrados con su hermosura. Para eso: claro, clarito.

Y sin embargo procuran vestirse de la manera que más nos repugna a los hombres.

Claro, clarito también.

Porque hay ahora unas modas, que les digo esto.

Va usted por la calle, y ve que pasa una señora. Usted la mira. Bueno. Pasa otra. También la mira usted. Una tercera. Sigue usted mirando.

La primera lo saluda a usted muy simpática. La segunda muy sonreída. La tercera, ya con mucha confianza y por su nombre de usted.

Usted, que se cree irresistible, se atusa el bigote, se estira las rodilleras de los pantalones, y piensa:

—¡Lo que es tener una figura atrayente! Me han saludado la mar de sonreídas tres señoritas lindísimas, a quienes no conozco. Y son rubias. ¡Qué les parece! ¡Con lo que me gustan a mí las rubias!... ¡Y las pelinegras!

En este momento pasa un amigo, y usted, en el colmo de la satisfacción, le pregunta.

- —Hombre, Pepe, ¿quiénes son esas tres muchachas tan lindas que van allí?
- —Pero, hombre, ¿cómo me preguntas eso? Tú estás por charlar. La de adelante es Juanita Tangarife, la otra Petronila Bedoya, y la otra es hasta prima tuya.
- -¿Prima mía? No la había visto jamás.
- —No seas idiota. Con un mes que hace que estás en la finca, ¿ya no conoces la gente? Esa es Robustiana Aguinaga.
- —¿Robustianita? Pero...

—Ah, ya sé por qué no las conoces. Antes eran pelinegras y pálidas. Y ahora están rosadas y rubias.

Yo bien estaba en que se me parecían a algo conocido. Lo de la *rosadez* está bien, porque para algo venden colorete las cachivacheras. Pero el rubio del pelo...

- —Es que se oxigenan.
- -¿Y oxigenándose uno se vuelve rubio soñador?
- —Rubio sí, soñador no sé.
- —Pero yo vengo de tierra fría, donde está el oxígeno silvestre, y mírame el pelo negro como la noche en que Romeo vio por última vez a su Julieta.
- —No se trata de oxigenarse los pulmones, sino el cabello. Yo ni sé bien cómo se hace eso. El hecho es que las pelinegras resultan rubias o pelirrojas. Más bien con el pelo como color de achiote.
- —¿Y es que el cabello negro ya no es bonito?
- —Es bonito cuando es bonito; pero la moda estriba en cambiarle el color.
- —Hombre... lo que es ser uno montañero. Anteriormente, mientras más sencillas y naturales salían las mujeres, más nos gustaban a los hombres...
- —Ahora también.
- -Entonces ¿por qué las mujeres no nos dan gusto, si lo que buscan es la aprobación de los hombres?
- —Porque el hombre es un animal racional y...
- —Y la mujer es otro animal...
- —Sí, es otro animal, pero no racional.

Aquí deja usted el diálogo, y se va para la casa a oxigenarse el pelo, para quedar con la cabeza como un perro de tapete. A usted se le cae el pelo; más, en cambio, está usted a la moda, y eso es muy conveniente.

Yo he tenido siempre muy buena idea de las mujeres. Hasta he llegado a pensar que si no hubiera mujeres es muy posible que no nos pudiéramos casar los hombres; a menos que nos casáramos con micas... aunque en rigor allá se van una mica y una mujer que se pinta y se oxigena. He tenido muy alta idea de las mujeres, repito, pero cuando veo a algunas como máscaras, no puedo menos que recordar la definición:

"El hombre es un animal racional".

Y agrego:

Bueno, el hombre sí; pero... ¿y la mujer?

En las gradas del cine (Julio de 1914)

Drama trascendental, y con mucha miga, a causa del cual van a querer Maeterlinck y Benavente cartearse con el autor. (No hay que confundir este simbólico, augusto y opalescente drama con una película titulada "En las Gradas del Trono", ni con los "Espectros" de Ibsen.)

(Una parte de la gradería del circo, o una parte del redondel, a gusto de director de escena, o de la directora, porque se dan casos en que las señoras saben dirigir algo. Bien entendido que sería mejor en la gradería, porque figuran algunos limpiabotas, y estas libélulas, por motivos que se reservan, no suelen sentarse en primera, ya que son todos pobres, y al pobre hasta la plata le falta.)

Personajes y personajas:

Doña Sigisberta, una señora entre los cuarenta y los setenta y cinco años, con vistas a los ochenta, pero con tendencias a la baja, porque quiere aparentar treinta y dos y medio, a fuerza de colorete, de oxígeno y de muecas de muchacha. Lleva un sombrero inverosímil, de puro grande, enorme él, con muchas flores,

no menos plumas y algo de víveres. Un sombrero demodé, ridículo y tal. El traje corresponde al sombrero, y es tan estrecho que deja transparentar ciertas ruinas que producen en los organismos el mismo efecto que una ducha helada.

Don Tiburcio, afortunado esposo de la lírica doña Sigisberta, es un pobre prójimo a quien desde lejos se le nota que la señora lo pone a soplar la forja para la media-mañana, cuando hay visita. Viste pantalones cogepuercos, y por entre la pretina y el chaleco le asoma un "cándido cendal" de la camisa, la cual le da un aspecto poco semejante con el príncipe de Gales, el rey de España y Gabriel D'Annunzio, cosa que, dicho sea de paso, lo tiene completamente sin cuidado.

RUPERTICA, una niña de diez y ocho años, algo hija de D. Tiburcio y enteramente hija de misiá Sigisberta. Fuera de tener diez y ocho años, tiene gana de casarse, pero no mucha. No es absolutamente bestia y es muy alegre, en el buen sentido de la palabra.

DOROTEÍTO, medio-novio de la anterior. Es un tipo sarasa, como decimos los portugueses, o mariquito, como suele decirse por ahí con pudihundo eufemismo. Habla con mucho de "ave María niña", mucho de mostrar los anillos y no poco de gallito en el tragadero. Viste con afectación: un chaleco, que parece un tapiz; una pava tan pequeña, que lo mismo es verla que saber que ahí está; un cuello que semeja un púlpito o cualquier otro instrumento oratorio, una corbata arco-iris, etc. etc. Sobre la frente lleva un tufo o mechón, verdaderamente arrobador. Bastoncillo y flor en la solapa. No hay necesidad de que la flor sea con su significado, pues el significado no se nota desde las lunetas y demás gallineros.

Juancho y Concho, dos limpiabotas avispados. La indumentaria ya se sabe. No hay precisión de que, para caracterizarlos mejor, se jueguen las ganancias al trique ni al carisello.

Dos policías, cuya indumentaria también se sabe. Siempre es bueno hacer constar que no lleva cada uno sino un casco, y es inútil gastar ocho cascos en los dos. Tampoco urge que sepan Filosofía ni Historia Patria. Basta con que sepan pitar a destiempo. En cuanto a Zoología, aunque no la sepan tampoco, es suficiente que la vivan.

COMPARSA: Quinientos generales, ochenta soldados rasos, veinte policías, tres caballos y cuarenta señoras. Todos estos animales permanecen mudos, menos las señoras, porque al campo no se le ponen puertas.

NOTA IMPORTANTE: El único objeto de esta comparsa es el de que los individuos que la componen lleven sendas coronas de laurel, hechas de billetes de banco, para coronar con ellas las castas sienes del autor, quien se reserva el derecho de desbaratarlas para usos posteriores.

Empieza el drama o lo que salga. No olvidar que antes de empezar se alza el telón, porque con el telón caído quizá les sea un poco difícil a los espectadores ver lo que pasa en el escenario.

El autor, por un descuido muy disculpable en los grandes dramaturgos y saineturgos, no había caído en la cuenta de manifestar que es de suponer que todo el gental mentado está viendo unas películas que se desarrollan adentro, o en la cantonada, como dicen las personas eruditas en la jerga teatral... y tal.

Nada de latiguillos, porque un drama con éste sale solo... sin perjuicio de que el autor salga para la Cárcel antes de que la representación termine.

Al levantarse el telón, los dos limpiabotas están sentados en una de las gradas, con la comparsa muda, que se supone público del Cine. En este momento van entrando el ideal don Tiburcio, la grácil doña Sigisberta y la impoluta Rupertica.

Concho (a Juancho): —Esta señora sí se vino en cabeza.

Juancho: —Déjala, si llueve nos metemos debajo de su sombrero.

Concho: —Siquiera está bonita.

Juancho: —Muy bonita que está. Más fea no sirve.

Concho: —¿Cómo no ha de servir? Sirve pa jenómeno

Juancho: —Pero siquiera está joven.

Concho: —" Joven aun entre las verdes ramas".

Los limpiabotas han acompañado este caritativo diálogo con silbidos, pateo y carcajadas prerrafaelistas. Mientras tanto, ya se ha sentado la tenue familia sobre el mullido tablado.

Doña Sigis, a quien le fastidia el ruido, los mira de mala manera, y le dice al feliz compañero de sus días y de sus noches:

Doña Sigisberta: —Estos emboladores sí que hacen bulla.

CONCHO: —Le fastidia la bulla a la señora? ¡Vea qué guama! Hombre Juancho, ponte una llanta en la boca, que la señora sufre de los pímpanos. Y lo malo es que yo soy capaz de dormir oyendo un grajójono reventao.

Doña Sigisberta: —Se dormirá usté.

Concho: —Y el grajónono... pero no con la señora, porque más vale dormir solo que mal acompañao.

JUANCHO: —Y si le molesta la bulla a la señora, ¿qué hace cuando prerrumpen los niños?

Doña Sigisberta: —Yo no tengo niños, so malcriao.

Juancho: —¡Qué niños va a tener...!

CONCHO: —¿Va a tener? ¡Si tiene... ya serán nietos!

Doña Sigisberta: —¡Vámonos, Tiburcio! Estos emboladores son muy groseros.

Juancho: —No se vaya, la señora; aguárdese que se le jierva el cacao.

Concho: —Y si se va, déjenos el chapó por si llueve.

TIBURCIO: —Estos negros malcriados.

JUANCHO: —¿Usté es el marido de aquí? ¡La pegó!

Concho: —Se sacó el premio grande.

DOROTEÍTO: —(llega saludando con muchas contorsiones) Buenas noches. ¿Qué té a ele tal?

TIBURCIO: —¿Qué hay, Doroteíto?

SIGISBERTA: —¡Qué milagro!

RUPERTICA: —¿Qué ha hecho?

DOROTEÍTO: —Las meras nadas. ¿Y usté?

RUPERTICA: —Pensarlo.

DOROTEÍTO: —¿He ocupado su pensamiento virginal o, si se quiere, impoluto?

JUANCHO: —¡Oí éste, tan marico y con novia!

CONCHO: —Dejalo. ¿No te acordás de lo que dijo el doctor Copete en la conferencia?

Juancho: —¿Qué dijo?

Concho: —Que hay que componer la raza bovina.

JUANCHO: —¿Y qué será raza bovina?

CONCHO: —Pues la raza de los bobos... como este noturno tinieblo fugace.

DOROTEÍTO: —¡Jesús, María y José!¡Ah falta que hace la educación!

Juancho: —¿Eh? qué tan lindo.

CONCHO: —¡Izque lindo! ¿No estás viendo que es una señorita vestida de cachaco?

JUANCHO: —De terracotta.

Concho: —Fue que se vino con entravéis.

DOROTEÍTO: —¡Ay, por Dios! Voy a llamar al señor Agente de Policía.

TIBURCIO: —; Policía, Policía!

Doroteíto: —¡Señor Agente, señor Agente!

Juancho: —No grite así que le da un váguido.

UN POLICÍA (se arrima saludando militarmente a Dor.): —A la orden, jefe.

JUANCHO: —Pero número, ¿no está viendo que es jefa?

Concho: —Ya lo creo, es jefe y jefa.

JUANCHO: — Entonces es jefea.

Policía: -¿Qué es la cosa?

RUPERTICA: (Ilegible)

CONCHO: —Mi señorita, y ésta sí está bonita de veras... Le alvierto que no se dice emboladores sino limpiabotas. Acuérdese de las correcciones de la escuela: es butaca, no butaque, limpiabotas y no embolador.

JUANCHO: —Perjume y no intipirina.

Policía: —Téngasen la bondá...

CONCHO: —Número hermoso. Usté no es un tipo elegante. Habla casi pior que estas señoras. No se dice "téngasen" ...

Policía: —Ultimadamente, si siguen con la bulla...

Juancho: —Número del alma, por la Virgen, ¿dijo "ultimadamente"? Que le quiten el casco.

Concho: —Que le pongan cuatro cascos.

Juancho: —Uno en cada pata.

CONCHO: —" Yo soy la pata".

Juancho: —" Yo soy el pato".

Juancho y Concho: —"Que aquí en el Cine suelen pitar".

Policía: —Sigan pa la Central.

JUANCHO: —Numerito, con tal de que no nos lleve, no cuento lo de l'otra noche.

Concho: —¿Qué? ¿Qué fue lo de l'otra noche?

Juancho: —Nada; aquí el Número que tiene una novia y cuando hay pelea se mata la gente, porque como la novia es nerviosa...

Concho: —Yo la conozco. Es nerviosa... y tuerta también.

POLICÍA: — Cállense la boca, muchachitos, estesen muy formales, sin molestar a las señoras... Con permiso, jefes (Se va con las orejas gachas y la cola entre las patas. Para mejor inteligencia de esta nota deben suponer los espectadores que el Policía tiene cola.)

RUPERTICA: —¡Valiente Policía!

DOROTEÍTO: El joven aquí ha hecho uso del chantage.

TIBURCIO: —Del chan... ¿qué?

DOROTEÍTO: — Chantage. Es una palabra grecorromana, que significa meter miedo por un secreto.

JUANCHO: —Más ilustrao pa qué.

DOROTEÍTO: —Voy a llamar otro Agente. Ave María, caballeros y señoras. ¡Cómo está la juventud de perversa...!

Concho (Dirigiéndose hacia adentro, donde se supone que está el operador): —¡Qué hubo! ¡qué hubo!

(Ilegible)

Doroteíto: —Grosero, bestia.

CONCHO: —Bestia se escribe con be porque está en un catálogo que dice: "Bestia traje suelto de recamado aviso".

Doroteíto: —¡Malcriaos!

RUPERTICA: —No me gustan esos gritos delante de la gente. No parecen de un cachaco.

JUANCHO: —Es que aquí la joven no es cachaco sino cachaca.

DOROTEÍTO: —Usted, Rupertica, como que goza más con los emboladores que con mi casto amor y mi dulce trato

Concho: —Oh, ¡qué trato, qué belleza, qué luz!

Doroteíto: —Adiós, Rupertica.

Doña Sigisberta: —¿Se va?

DOROTEÍTO: —Sí, doña Sigisberta. Case a la señorita con un embolador.

JUANCHO: —O con los dos, por si se muere el uno.

Tiburcio: —No se vaya.

DOROTEÍTO: —Tengo que irme, don Tiburcio. Adiós todos.

Concho: —Adiós vos.

JUANCHO: —Déjenlo ir, que va a oxigenarse el pelo.

Telón, y ovación y empanadas para el autor.

Mi veinte de Julio (Julio de 1914)

El despertador me rechina a media vara del oído bueno. Rastrillo un Olano o un Jaramillo, y veo el reloj: las cuatro. Un demonio que se levante ahora. Me dispongo a sumirme en el sueño de la madrugada, que es un sueño que recomiendo a la piadosa consideración de mis lectores, cuando empiezan las monjitas del frente un campaneo que les digo esto.

Esas monjitas serán todo lo buenas personas que ustedes quieran, y hasta aseguro que lo son. Más aun, sé que con motivo de haber tenido yo necesidad de salirme un domingo cuando apenas llevaba media misa, rezan por mí un padrenuestro diario, que les agradezco mucho.

¡Pero caramba! Eso es mucho repicar.

Me levanto a las cuatro y media. Apenas me garabateo la primera cruz, la de la frente, recuerdo que hoy es veinte de Julio.

Me emociono.

Termino mis recitos mañaneros, que son cortos pero muy buenos, y empiezo a recitar aquel "Himno Nacional" que hice en mi primera juventud, a "petición de varias familias respetables".

Veinte de julio, fecha memorable, blanda, amarilla, mantecosa y tierna... Córdoba, Zea, Girardot, Bolívar, los primeros perritos de Marbella. En este momento noto que estoy cometiendo una antipatriótica profanación, y me resbalo otro Padrenuestro, por vía de penitencia.

Pero, nada. El himnito ese no se me cae de los purpurinos:

Ved a Córdoba allí... Va por la playa pisando con su planta cautelosa y después se detiene junto al río, buscando en donde comenzar la roza.

Me visto, me corro el tenue desayuno, y a pie a Medellín. No quiero perder ni un número de la fiesta del veinte de Julio.

Como a esa hora no hay tren, hago el patriótico sacrificio de venirme a pie. ¡O es uno patriota o no lo es, caramba! Por cierto que un callo, de la media docena que tengo el honor de poner a los pies de ustedes, me atormenta un poco; pero no hay remedio.

Es decir, sí hay remedio para los callos, mas no es hora de aplicármelo ahora.

Cojín, cojeando, llego a Medellín. Los cañonazos me entusiasman... y me asustan porque yo tampoco soy ningún héroe.

Se acaban los cañonazos, y luego hay un paréntesis en lo ameno del día. A las nueve, la Banda Marcial toca algunas piezas, entre las cuales figura el Himno Nacional, que, por más señas, es oído con el sombrero puesto por dos cachacos del marco de la plaza.

A medio día, a ver el Museo.

No sé qué sería de mí sin mi patriótica visita al Museo. No pierdo año. La contemplación del popularísimo gallo de tres patas, del inspirado ternero de dos cabezas y del lírico cuero de culebra, es cosa que predispone mi alma al más inefable patriotismo.

Entro. Las escaleras están llenas de mujeres y chiquillos que vienen, ávidos, a visitar el Museo.

Pisando un muchacho aquí, desjaretando una falda allá, logro trepar al balcón y me cuelo a la sala, ocupada en ese momento por centenares de personas.

Junto a las sirenas se ha formado un grupo.

- -¿Dónde pescarían estas sirenas? pregunta un señor como de cuarenta y cinco años y medio, a quien la sirena grande le recuerda la adorable fisonomía de su suegra (q.e.p.d.).
- —Dicen que en San Francisco.
- -¿En San Francisco? Pero si allá no hay más que el agua de la pila.
- —Es que me refiero a San Francisco de California —contesta el cicerone, desde la cumbre de su erudición.

Por allá, en un rincón, suena el molino de los pisones. Los montañeros abren cada boca que les digo esto.

El gallo de las tres patas es objeto de una ovación.

Y aquí del erudito:

- —Se dice que este gallo proviene de un huevo de dos yemas, y por eso salió con tres patas...
- -Y entonces aquel ternero de dos cabezas ¿de qué dimana? -pregunta un montañero socarrón.
- —De otro... no... es decir... de una vaca de...
- —¿De una vaca de dos yemas? —vuelve a preguntar el montañero.

El cicerone queda corrido, y se apresura a separarse del grupo.

Más allá, al pie del retrato de Policarpa, un tenorio le echa flores a una montañerita.

- —Vea la niña, usté me parece treinta veces más bonita que misiá Policarpa.
- —Tan florión —contesta la campesinita, en el colmo de la dicha.

El tenorio, viendo que no se le recibe a zofiones, prosigue:

—Vea la niña, si misiá Policarpa yace por salvar la Patria, yo yaso por esos ojos y por salvarla de la montaña.

Una oleada de gente me priva de seguir oyendo este diálogo prometedor.

Me salgo, a anotar mis impresiones, y a figurarme cómo será de aburridor un veinte de Julio sin el gallo de tres patas y el ternero de dos cabezas.

Si se los llega a comer la polilla, mi desesperación será indecible. ¿Cómo se celebra un día de la Patria, sin la contemplación de esos dos artículos de museo?

Así es que, en nombre del patriotismo, le pido a la Asamblea que vote una partida para gastos de naftalina, que dizque es muy buena para ahuyentar la polilla.

La naftalina está indicadísima para los gallos trípodes y los terneros bicéfalos.

Eso del cuello (Julio de 1914)

No recuerdo ahora si es en Inglaterra o en los Estados Unidos donde se ha abierto una cruzada contra el uso del cuello parado.

Si no hubiera habido Santa Cruzada, y no temiera yo, por consiguiente, cometer una profanación, afirmaría que esta es una cruzada santa.

Porque, al menos, es una cruzada de caridad.

No me negarán ustedes que, ante un cuello parado, bocabajo el tormento del borceguí, y el de la gota de agua y todos los tormentos del Jardín de los Suplicios.

Y si el dueño del cuello tiene un barro en la nuca, miel sobre hojuelas.

De mí sé decir que estoy en la tarea de averiguar quién inventó el cuello parado, para conseguir su retrato y colgarlo patasarriba en una pieza de mi casa, que no es precisamente la sala, ni las alcobas, ni el cuarto de zaguán, ni siquiera la cocina.

Ustedes interpretan.

Es que los tormentos que yo he padecido con el cuello alto, se los doy a cualquiera. Es decir, no se los doy, porque no soy tan mala persona como eso, sino que se los daría a cualquiera que me alegara no ser ese uno de los más atroces tormentos de este valle de lágrimas y de política.

Les contaré.

A mí me dedicaron en mi casa a cachaco, sin previa consulta...

Sea ésta la ocasión de lanzar la idea de indumentaria pedagógica, de que los padres no deben dedicar a sus hijos a cachacos, hasta que éstos, en virtud de hondas meditaciones y largos ensayos, no opten, o por la lírica ruana, con su correspondiente acompañamiento de alpargatas y carriel, o por el arrobador dorsay (saco-levita), con su respectivo cortejo de botines y cuello alto.

Es una conciencia aprovecharse de lo inocente de un niño para dedicarlo a cachaco, sin que él se entere de que debe protestar. Cuando caiga en la cuenta, ya está metido el infeliz en la arena movediza de la indumentaria civilizada, y por más que patee le es imposible salir.

[Sírvanse ustedes anotar que esta metáfora es suficiente para cubrirme de gloria.]

Si a mí me hubieran consultado en mi casa antes de dedicarme a cachaco, hoy andaría por ahí, con mi ruanita de dos paños, mis alpargatas listeadas, mi camisa de cuello vuelto y mi carriel de siete fuelles, en el cual una barbera dormiría en la plácida compañía de un espejo de tapita.

Matador el hombre.

¡Y poquitas conquistas que haría yo con aquel adorable indumento, sobre todo los domingos y días feriados!

Sería cosa de gritar en todas las esquinas:

-¡Madres, ocultad a vuestras hijas! "Aquí va Don Juan Tenorio, y no hay hombre para él".

Pero hoy, merced a la falta de previsión, soy un cachaco feo, maletoncito él, cojo por los callos, con unas barbas borrascosas y unos sacos que me río yo de los cesantes de zarzuelas. Y de conquistas, nada. Si me atrevo a matarle un ojo a una muchacha, se me ríe en las gafas, y a lo más me dice:

—Miren este cachaco de palo, cómo me mata un ojo. Usté tan feo no tiene derecho de que le gusten las muchachas.

Esto es cuando no me mienta los antepasados, con adjetivos denigrantes.

Decididamente, los cuellos altos hay que abolirlos. Esa abolición es el principio de libertad individual. Pueblo cuyos habitantes usan cuello parado es pueblo de esclavos, llamado a desaparecer. Y no vale la pena de que Bolívar y demás córdobas se hayan sacrificado por la libertad, para que sigamos metidos entre esos cuellos altos, "último resto del poder de España".

De modo que cuando ustedes me vean por ahí sin cuello, no crean que es falta de respeto: es que empiezo a ser libre.

Ya no soy neutral (Agosto de 1914)

La guerra europea tiene alborotado el cotarro, y las noticias andan "desde los puros labios de las princesas hasta las bocas rojas de las gitanas".

Ya no se habla sino de Austria, Francia, ejércitos, aviadores, muertos, asesinatos, movilizaciones y torpederos.

Yo he estado sumido en profundas meditaciones, porque, como si lo viera, no se pasa una semana sin que suban los víveres, a causa de la guerra europea, como si el Káiser estuviera encargado de sembrar el maíz, o como si el Zar vendiera papas en la plaza, o como si el Presidente de Francia fuera dueño de los trapiches que hay en Colombia.

Por lo pronto, ya la cocinera de mi casa le notificó a la emperatriz de mi hogar doméstico que, si no le pagaba a cuatro pesos mensuales, se largaba.

- Pero ¿por qué se va, Restituta? —le preguntó la señora—. Ud. me había dicho que estaba muy contenta aquí.
- —Sí, señora, pero no puedo seguir a tres pesos mensuales, porque con esto de la guerra...

La señora de este servidor, que no había oído mentar guerra europea, porque yo en mi casa no hablo de lo que no han de entenderme, se asustó.

- -¿Cómo? ¿Que hay guerra? ¿Fue que los liberales tumbaron a Carlosé?
- —No, mi señora. Es la guerra de Francia con París.
- -¿Y qué tiene que ver la guerra por allá con la paga suya?

La cocinera, que es sumamente leída, porque el novio, o lo que sea, fue vecino de un poeta, agrega:

- —Es que mataron al Gobernador de Alemania.
- -¿A cuál Gobernador?
- —Yo no sé. Un viejito que se llamaba Don Pacho.

Hube de intervenir. Aquello ya no podía soportarse.

Eso de que, al profundo dolor que tengo por la muerte del Emperador Francisco José (o don Pacho, como le dice la cocinera), se agregue el no menos profundo de que me cobren un peso más mensualmente, por confeccionar un sancocho inverosímil y un chocolate con linderos, no lo soporto yo.

- -Restituta -le dije a la fámula -, considero que el Emperador Francisco José ya estaba muy anciano, que le pegaron un barberazo o una puñalada porque eso es cosa de la familia; que él ya estaba enseñado...
- —¿Enseñado a que lo mataran?
- —No, a ver sangre. En esa familia el que no muere de bala muere de bomba...
- -¿De bomba? ¿Y qué enfermedad es esa? ¿Será como gota o descenso?
- —No. Hasta ahora en esa familia no ha habido descenso. Que lo haya es otra cosa.
- —Ultimadamente, o me siguen pagando los cuarenta cóndores al mes, o me voy.

Aunque yo he tenido siempre deseos de dedicar la señora a cocinera, me dio pena que se pusiera a aguantar humo solo porque al Emperador de Austria le hubieran ahumado la pechera, y después de declararme suficientemente informado, cerré la discusión ofreciendo aumentar el o la soldada de la fámula en un peso más.

De donde se deduce que la guerra europea me cuesta mensualmente cien pesos papel moneda, y como tiene la culpa el Emperador Francisco José, abandoné por completo la idea de neutralidad, y estoy cargado en favor de Rusia.

Ténganlo presente los Cónsules, para que no vayan a caer en la tentación de hacerme confidencias.

Por lo pronto, el retrato del Káiser lo tengo colgado con la cabeza para abajo.

De alguna manera he de manifestar uno su antialemanismo, caramba.

Los cables dum-dum (Octubre de 1914)

Esto de los cables está volviéndose verdaderamente alarmante.

Yo le guardo más miedo a un cable que a una bala dum-dum, y eso que a éstas no tengo el honor de conocerlas personalmente... ni pienso buscar quién me las presente.

Pero convengan ustedes conmigo en que un cable que llega es una bala explosiva que estalla, porque la gente estalla: unos de bravos, si la noticia es adversa a sus opiniones, y otros de felices, si favorece "a los suyos".

Porque eso sí, ya hoy nadie es colombiano aquí. Somos alemanes y franceses y se acabó.

Un alemanista conozco yo que se retiró de mi casa porque una vez que fue a merendar (o a refrescar, como dicen las personas muy finas) le pusieron pan francés con el chocolate.

Ya habrán ustedes adivinado que este alemanista furibundo es don Homobono, aquel que ha hecho mis delicias desde que estalló la guerra europea.

El cual don Homobono, que ha estado toda la vida entregado al pandetrigo, y para quien el pandetrigo ha sido el único vicio, desde que estalló la guerra se privó de este dulce placer, porque es lo que él me dice:

- —O es uno alemanista, o no lo es. Mucha falta me hace el pandetrigo con el cacaíto, pero mientras en Medellín no vendan pan de Viena, no volveré a comer pan.
- —Pues si habiendo tanta...

Y a mí por poco me patea el otro día, porque le dije que no me fijaba en la nacionalidad de la parva.

- —Tú siempre has sido un francesista —me dijo.
- —Pero don Homobono —le pregunté—, ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro? Puede el individuo, ora como hombre público, ora como hombre privado...

Don Homobono, notando que me estaba metiendo por esos zarzales de la conferencia, me atajó:

—Nada, nada. Yo manifiesto mis opiniones hasta en la comida...

(Incompleto, falta una columna.)

El juicio final (Octubre de 1914)

I

Igual que mi tocayo del Antiguo Testamento, yo no soy un soñador, y si mis hermanos no me han vendido a los mercaderes ismaelitas, es porque los mercaderes de por aquí no son ismaelitas... y porque no hay quien dé las treinta monedas por un servidor de ustedes.

Bueno. Pues por ser un soñador, y hasta rubio si a mano viene, me puse a soñar anoche que había llegado el Día del Juicio.

Dies irae, dies irae,

¡Solvet saeclum in familia!...

(Hago constar, en guarda de mi reputación como polígloto —o polígono según les dice un amigo mío a los eruditos en lenguas— que estos latinajos no los saqué del Larousse sino de un cierto librito que me viene "de nuestros primeros padres", lo mismo que el pecado original y un dorsay que me pongo los domingos y feriados.)

Me eché a soñar con el Día del Juicio. Se conoce que con la idea de la falta de juicio que están mostrando las naciones europeas (o la Europa, como todavía traducen por ahí), y con la idea de los millones de muertos que se pudren en aras de quienes debieran ser los primeros en hacerse matar, se me vino la macabra y espeluznante idea del día (ilegible).

¡Estoy en el Cementerio! ¡Ya llegó el día del juicio! Dies irae...

Asumo la actitud que debe asumir un buen cristiano. Empiezo por el examen de conciencia. En los mil años que hace que estoy muerto, no he cometido ningún pecado. Palabra de honor; por lo menos no me acuerdo.

En vida fui yo un cachaco muy elegante, y es natural presentarme al juicio de una manera decente. Noto que me falta una rótula y le digo a un vecino de bóveda:

—Oiga, Ud. vecino. ¿Tiene Ud. por ahí una rótula que no le haga falta por ahora?

El vecino, que acierta a ser un cojo, me mira con sus cuencas vacías y me hace una mueca completamente "cadavérica", mientras me dice a su turno:

- —No, señor. A|ntes vea si me consigue Ud. una pata que me hace falta.
- -¿Y dónde metió Ud. la pata?
- —Yo no meto la pata nunca, so güesudo.

Temeroso yo de que aquel mal vecino se quite una costilla y me pegue con ella, le atajo:

- —No se caliente, que acaba de salir de la "tumba fría". Yo no he querido tomarle el pelo... ni podría. Quiero preguntarle dónde dejó la pata que le falta.
- —En Bruselas.
- -¿Sí? ¿Le hicieron allá alguna operación?
- —Sí, me operó el Dr. Kaiser.

En este momento se acercan a nosotros unos esqueletos vestidos lujosamente, con muchos terciopelos, muchas púrpuras, muchos mantos y muchos plumajes. Vienen discutiendo:

- —Hombre, Kaiser, si no hubiera sido tan *lambraña*, no hubiera estallado la guerra europea y no tendríamos ahora este miedo de presentarnos al Juicio Final. Por tu culpa... dice uno de los esqueletos que me parece ser Francisco José, no porque tenga patillas de chaleta, sino porque se le nota cierto caminado de Registrador de Instrumentos Públicos.
- —A mí no me vengas con tus requilorios —contesta el esqueleto del Kaiser— Tú tuviste la culpa, quisiste aprovecharte de Serbia porque la viste chiquita.
- —¡Muy grande que es! Si escupe uno en Serbia cae la saliva en Rumania.
- —Y tú escupiste en Serbia y cayó la saliva en todo el mundo.
- -Metáforas, metáforas.
- —Metáforas y todo, ya verás la cuenta que vamos a dar. La Paila Grande nos va a quedar sofá de resortes.
- —Sobre todo, tú y yo no peleamos solos. Aquí están Poincaré, Jorge, Nicolás, Víctor Eme y cuantos pelearon con nosotros.
- —En eso sí que tiene Ud. razón, compadre —interrumpe Poincaré, que me parece el más razonable de la partida, cosa muy natural, porque subió por sus propios méritos y no por los latrocinios y asesinatos de sus antepasados.

A todas éstas, el cojo y yo escuchamos, profundamente consolados.

El que no se consuela es porque no quiere. Eso es más claro que el chocolate que me servían en mi casa cuando yo era un vivo. Estábamos el cojo y yo creyéndonos unos pecadores imperdonables, y da la casualidad que nos encontramos con los grandes asesinos coronados, que van a dar cuenta de los millones de muertos que, por ambición, tienen sobre las regias, imperiales y presidenciales costillas.

Me arrimo al cojo y le digo:

—Cojito: Ud. y yo somos unos ángeles, comparados con estos tíos de las plumas y de las capas. Hasta podríamos estar tocando las trompetas para despertar los muertos. Tranquilícese, que Ud. hasta buena persona sería cuando estaba muchacho.

- —Pues por lo menos no llevé a los infelices como a borregos a que les rompieran el alma por un protocolo más o menos. Lo único que me remuerde la conciencia es haberle tirado una vez a mi señora con un plato, que se le rompió en las narices.
- —¿Era de Caldas?
- -¿Quién? ¿Mi señora? No, hombre, ella era de Bruselas.
- —No. Le pregunto si el plato era loza de Caldas.
- —No recuerdo. Me supongo que sería de lentejas, puesto que al casarme cambié mi libertad por un plato de lentejas.
- —En fin. Camine, cojito, a que nos tomen la cuenta.
- —¿La cuenta? Yo no traje menuda.
- —No se preocupe, que con la gruesa que traen estos tíos de los cascos y las coronas, sale la cuentecita nuestra.

El cojo y yo desfilamos. Por cierto que el pobrecillo cojea lastimosamente porque la pata de palo con que lo enterraron se la comieron los comejenes.

Al pasar junto al grupo de los emperadores, reyes y presidentes, el Zar me señala a mí y le pregunta al Rey de Inglaterra:

- —Dime, primo, ¿ese no es Máximo Gorki?
- —No, más bien se me parece a Byron.

Cuando Jorge dice que me parezco a Byron, no puedo menos de enorgullecerme, aunque dudo si me le parezco en lo bonito o en el talento. Debe de ser que me le parezco en la cojera de mi compañero. Ilusión de óptica. En esto empiezan a desfilar muertos y muertos. Pasan generales, coroneles y hasta capitanes. Pasan muchachas bonitas o esqueletos que me supongo que lo fueron, puesto que el sudario se lo arrollan en un travée. Pasan unas chismosas, hablando mal del ángel de la trompeta. Pasa... Pasa que de pronto veo que el Kaiser me pega con un casco en una paleta, y me dice:

- —¡Infame! ¿Conque estás enamorado de la Kaiserina?
- —No, no. ¡Si yo soy casado! O lo fui un tiempo, pues tuve la pena de dejar viuda a mi señora, dolor que con mucho gusto hubiese cambiado por su dolor.

El Kaiser sigue dándome con el casco... Y desperté gritando:

-¡Yo soy casado! Yo no estoy enamorado de la Kaiserina... Yo no lo vuelvo a hacer... digo, no me vuelvo a casar...

Ш

¡Horror, otra vez! El sol de la mañana ya iluminaba mi rosada y pudibunda faz, y la Kaiserina de su imperio doméstico estaba despertándome a escobazo limpio, quizá porque confundió mi sueño con una telaraña.

Desperté, murmurando:

—El Kaiser no me pegó con su casco... pero esta manera de despertarlo a uno... bien decía yo que había cascos de por medio.

¡Adiós, requetepreciosos! (Octubre de 1914)

Me desencanto (sic) yo de golpe unos doctores, que me quedó hasta bizco.

Ahora me encuentro un cierto doctor Denlow Levis, que lanza estas frases, modelo de feminismo:

"La raza humana mejoraría muchísimo si se le permitiera a la mujer elegir y hacer el amor.

"La mujer tiene derecho de escoger marido a su gusto.

"Si fuese la mujer quien escogiese el marido, lejos de casarse con el primero que le propusiese matrimonio, escogería un hombre fuerte, robusto, etcétera, y con él se casaría.

"Con sus artes fascinadoras sabría hacerse dueña del corazón de aquél a quien su corazón eligiese."

Total, que el Dr. Levis debe ser una tía feminista disfrazada de sociólogo, que está cultivando una estatua, la cual las sufragistas le erigirán por suscripción.

No es que a mí me choquen las teorías del Dr. Levis, por más que me cogen un poco tarde, pues aunque viniera la moda de que la mujer pidiese nuestra blanca mano, no podría aprovecharme de ella (de la moda, no de la mujer), por motivos domésticos en que juega papel muy principal la Epístola de San Pablo.

Pero algo se pescaría. Así como hay hombres irrespetuosos que piropean a las señoras casadas, si les parecen bonitas, qué sabemos si, al venir la moda del Dr. Levis, empezarían las muchachas por ahí a faltarme al respeto y a echarme flores que, si por primera providencia me ruborizaran, después serían oídas por este cura con el más olímpico desdén.

Supónganse ustedes que ya está establecida la moda. ¿Ya se lo supusieron? Pues figúrense esta escena:

Voy por la calle, muy serio, temeroso de que las muchachas me camelen y, al volver una esquina me encuentro con Rupertica Aguinaga, una muchacha que va por estas calles dando el ¡quién vive! con unos ojos capaces de incendiar a Lieja, o a Moscow, que es más frío. Rupertica se me queda mirando, y como da la casualidad de que en ese momento atraviesa la esquina Transfiguración Tangarife, que es una rubia, allí las dos se detienen, flechadas por mis encantos físicos.

—¡Que joven tan bello! —dice Rupertica, que todavía no ha aprendido a piropear como es debido.

- —Parece un arcángel con barbas —agrega Transfiguración que está más enterada.
- —¡Lástima que tenga un botín roto!
- —Eso no importa. Por ese roto asoma el leve pie, como una paloma al borde del nido —dice Ruperta que ha leído a Carlota Braemé.

Este elogio negativo me hace ruborizar, como una casta virgen que oye las frases de amor que le murmura su amado. ¡Oh! Me siento "pío, felice y triunfador", y no me siento Trajano porque no está bien que uno se compare con los emperadores.

Vuelvo a mirar mis pies y noto que la del piropo se ha equivocado, pues no tengo un botín roto sino los dos.

Como yo continúo impertérrito mi camino, las muchachas siguen mis pasos lanzándome piropos incandescentes y flores de arco voltaico.

- —Eres bello como un botón de rosa.
- —No caminas, te deslizas.
- —Por una mirada, un mundo...

Sacando fuerzas de flaqueza, les lanzo una mirada de aquellas del ave noventa y dos, con su correspondiente caída de ojos, esa caída de ojos que fue la desesperación de las niñas bonitas cuando yo era un cachaco regular... antier, como quien dice.

Esa mirada es decisiva. No llamo Policía, porque la gratitud me impide pagar un piropo con un carcelazo; pero sí me siento profundamente ruborizado. Por fin llego a la oficina, y las dos muchachas se paran en la esquina a aguardar que yo les pespunte por la ventana.

Decididamente, si se llevan a la práctica las teorías del Dr. Levis, los jóvenes buenos mozos, por más casados que estemos, nos veremos muy piropeados en la calle, lo que no deja de presentar sus inconvenientes domésticos.

De modo que desde ahora y para entonces les ruego a las muchachas bonitas que, llegado el caso, prescindan de mi nombre en ese debate. No estoy para rubores... ni para reyertas a domicilio.

Las damas del maquillaje (Noviembre de 1914)

Todos los teólogos y los Santos Padres hemos estado de acuerdo en asegurar que "la mujer es el viejo enemigo del hombre", opinión que ha sido apoyada por "Jonatás el rabino, el espíritu y carne de la bíblica ciencia".

Pues ya hoy la mujer casi no es enemigo, a fuerza de querer serlo.

Se adorna, emperifolla y maquilla tanto, con el laudable fin de gustarnos a los hombres (inclusive a mí), que ya no sabemos al ver pasar por ahí una de estas muchachas a la moda, si tenemos el honor de tratar con un maniquí, o con una mica en rifa, con una "socia", o con una señorita decente.

No se pintan todas, claro está; pero las que no se pintan ni se oxigenan dizque no están a la moda, al menos según la respetable opinión de las que se oxigenan y se pintan.

También hago constar que las que se embadurnan son las menos; más éstas ya forman legión, lo que resulta alarmantísimo por aquello de la fábula de las manzanas.

Niña conozco yo que parece una lotería. Cabello dorado, con tonos verdosos; labios que, al desteñirles el carmín, le dan a la fisonomía cierto aspecto de decapitación, y quizá sea esto lo que la enjalbegada busca, para parecerse en algo a Mme. Lamballe; ojeras que cogen media cara, quizá porque así las usan las actrices y las damas de postal... y una constelación de lunares, que ya no provocan a recitar lo de Cástor & Pólux:

Morena de mis cantares, ¡quién fuera Morales Pino, para hallarte en mi camino y tocarte "los lunares!"

Sino que provoca decir:

Niña de ojeras de loca Y de mejillas pintadas, oye mis pobres cantares; si no te limpias la boca voy a cogerte a patadas y a borrarte los lunares.

Por supuesto que no está completamente correcto que uno les dé a las señoritas con los remos inferiores; pero es que voy viendo que hay ciertas señoritas que parecen maniquíes, y un maniquí no siente agravio ni agradece beneficio.

Ustedes habrán notado que hablo con deplorable frecuencia de una conocida mía, que responde al lírico nombre de Robustina Tangarife. Es una señorita muy decente, lo reconozco con gusto; pero como se pinta el pelo y la boca y las mejillas como las señoritas que no son decentes, ha pasado cada vergüenza que ya debiera haber escarmentado. Por fortuna el rubor en esas niñas que se pintan no se nota, porque corre por debajo del colorete, lo que es una ventaja, pues la que se pone a imitar a ciertas mujeres en el maquillaje, es natural que las imite también en la falta de vergüenza, o siquiera en aparentar que no la posee.

Pues esta que les digo, Robustina Tangarife, es la que bate el récord de la pintura al pastel. Empezó por el jalbegue de las mejillas. Siguió el enrojecerse de los labios. Después vino la pintura del cabello. Luego las ojeras de hastío. Hasta... (ilegible).

Lo malo es que Rubostianita, muy amiga de la simetría y lo que se pinta en una mejilla se pinta en la otra... (ilegible).

Anexo 1. Vives Guerra en imágenes

De Vives Guerra existen varias imágenes más o menos conocidas. Las reproducimos aquí juntas para que el lector se forme una idea de la evolución del personaje con el paso de los años. Vives Guerra se presenta en diversos formatos gráficos, desde el dibujo a lápiz hasta la fotografía.

El Heraldo, 1899

Es esta la primera fotografía que se conoce de Vives Guerra.

Esta foto fue usada por "el negro" Antonio J. Cano en un bello artículo que publicó sobre Vives Guerra en el periódico bogotano *El Heraldo*, número 769, del 6 de mayo de 1899. De manera, que, en la foto, Vives Guerra debía tener alrededor de 26 años de edad. En el artículo dice el negro Cano de Vives Guerra:

Raro: no cree en la Poesía; es decir, es bohemio, pero no es pálido; ni llora, ni se queja. Y más contento con su suerte que con sus laureles, allá va, siempre risueño, mozo arrogante, de frente ancha y descubierta, ojos azules



Figura 36. Fotografía de Vives Guerra en su segundo libro, *Aires Antioqueños*, de 1901.

y barba rubia a lo Enrique IV, zahiriendo con su acostumbrada jovialidad a los llorones... (Cano, "José Velásquez García" 1899)"112.

Una reproducción de la misma fotografía se utilizó dos años después, en 1901, a página completa, enseguida de la portada del segundo libro de Vives Guerra, *Aires Antioqueños*.

El Recluta, 1901

Vives Guerra participó en el libro *El Recluta*, con el cuento "De la guerra". Allí se incluye la siguiente fotografía del autor, tomada por Gonzalo Escobar:

Ese rostro de Vives Guerra como salido de los talleres del Greco, esa maraña de pelos, esa aureola de romanticismo y de ave nocturna", así define Jorge Alberto Naranjo al Vives Guerra de esta fotografía en "El Recluta..." (Naranjo Mesa, El relato en Antioquia, 1890-1910 2015).

Sempronio, 1905

Sempronio era el seudónimo usado, en ocasiones, al principio de su carrera, por el escultor, dibujante y pintor Marco Tobón Mejía. El dibujo de Vives Guerra que aquí se presenta apareció en la revista *Lectura y Arte*, de julio de 1905. Era *Lectura y Arte* una revista dirigida por Antonio J. Cano, Francisco A. Cano,



Figura 37. Fotografía de Vives Guerra que aparece en el libro *El recluta*, antes de su cuento "De la guerra".



Figura 38. Caricatura de Vives Guerra, aparecida en la revista *Lectura y Arte*, firmada por Sempronio (seudónimo de Marco Tobón Mejía).

¹¹² En la misma página, a continuación del artículo de Cano, aparece un cuento de Vives Guerra, titulado "El número 13".

Enrique Vidal y el mismo Marco Tobón Mejía y marcó un hito en Medellín y Colombia en el uso de las artes para ilustrar cada número. Los nombres ilustres de su junta directiva dan fe de ello. Este número de la revista anunciaba el viaje sin retorno de Tobón Mejía, viaje que lo haría recalar definitivamente en París. También aparece en la página 204 de este número un fragmento del poema "Juan el Evangelista", de Vives Guerra (Tobón Mejía 1905).

La caricatura se encuentra, de página completa, al final de la revista.

Ricardo Rendón

En páginas anteriores nos referimos a la anécdota que cuenta Vives Guerra de cómo Ricardo Rendón le hizo una caricatura en la que, según el artista, parecía «una lechuza». Durante varias jornadas esculcamos en diferentes repositorios de la obra de Rendón, sin éxito. Afortunadamente, cuando ya creíamos que la caricatura en cuestión se había perdido en alguna colección particular, nos enteramos de que había sido publicada en el libro Cien años de la vida de Medellín, de Fabio Botero Gómez¹¹³. Efectivamente, allí estaba el dibujo de Vives Guerra en el lápiz de Rendón.



Figura 39. Caricatura de Vives Guerra, por Ricardo Rendón (Botero Gómez 1998).



Figura 40. Fotografía de Vives Guerra, en Volanderas y Tal. Foto de Melitón Rodríguez, Repositorio digital de la Biblioteca Pública Piloto (BPP-F-010-0960)

¹¹³ Agradecemos al investigador Nicolás Naranjo Boza quien, en una ilustrativa e ilustrada charla sobre la importancia cultural de Julio Vives Guerra, presentada en el museo Juan del Corral de la ciudad de Antioquia, con motivo de la apertura de la Exposición bibliográfica y documental. Literaturas y culturas de Occidente, nos presentó la caricatura en cuestión y nos dio el dato sobre la fuente.



Figura 41. Dibujo de Vives Guerra en la carátula de *Volanderas y tal*.



Figura 42. Carátula de *Crónicas*, dibujo de Alberto Arango Uribe..

Volanderas y Tal, 1911

La carátula del tercer libro del autor es un interesante dibujo de Vives Guerra, con su infaltable pipa.

En páginas interiores de *Volanderas y Tal* aparece una fotografía que le hizo don Melitón Rodríguez.

En Crónicas

En el que es, tal vez, su libro más conocido, *Crónicas*, texto publicado póstumamente gracias a las gestiones de sus descendientes Humberto Díez Velásquez, Jaime Humberto Díez y Óscar Múnera Velásquez, en 1994, encontramos siete imágenes de Vives Guerra.

Alberto Arango Uribe

Alberto Arango Uribe fue un dibujante y humorista manizalita, fundador y director de la Escuela de Bellas Artes de Manizales. Reconocido por sus caricaturas en el periódico capitalino *El Tiempo*, Arango Uribe hizo parte de la generación de artistas e intelectuales que a comienzos de siglo XX revolucionó el campo intelectual a través del humor (Banco de la República s.f.).



Figura 43. De Francisco Morales Londoño, óleo sobre lienzo, cortesía de El Colombiano.



Figura 44. Página 483, de Crónicas. De autor desconocido. La firma que aparece en el dibujo es ilegible.

Francisco Morales Londoño

Francisco Morales Londoño fue un pintor nacido en Caldas (Antioquia), en 1916. Dorian Flórez describe de la siguiente forma su paleta:

> Se caracteriza por su sencillez, el moldeado exacto y las entonaciones grises y violáceas, dispuestas en grandes planos que le dan un aspecto de modernidad, lo alejan de su escuela y lo emparentan con los realistas simbólicos (Flórez 2016).

De autor desconocido

Presumiblemente el autor fue alguno de los caricaturistas que trabajaban para el periódico en 1940, cuando su columna empezó a incluir este cabezote (que antes no tenía). Por los trazos de las letras parece ser de Adolfo Samper, de quien hablaremos pronto. Este Anecdotario fue la base para la publicación del libro Crónicas, en el que se incluyeron más de doscientas correspondientes a los años 1940 y 41. Es importante anotar que el Anecdotario de Vives Guerra en El Tiempo fue una columna que, al parecer, escribió desde el 8 de julio de 1938, hasta finales de 1946, cuando por sus dolencias físicas dejó de hacerlo¹¹⁴. Como la columna era diaria estimamos que en total estas crónicas pueden haber sido alrededor de 2.000, un esfuerzo que le valió la consagración definitiva como uno de los mejores cronistas de Colombia.

¹¹⁴ Para un trabajo complementario, hemos escaneado más de doscientas crónicas adicionales a las publicadas en el libro Crónicas, correspondientes sólo al año 1938.

Francisco Antonio Cano

Este dibujo de Cano incluye al pie el nombre de Vives Guerra.

En "Un gran artista desaparecido", p. 205 de *Gestas de la mi cibdad*, cuenta Vives Guerra cómo conoció al artista:

Fue en el año de 1895 cuando vi por primera vez a Francisco Cano... Hacía pocos meses había llegado yo a Medellín, procedente de Santa Fe de Antioquia, mi ciudad querida que duerme su sueño de grandeza pretérita, a la sombra de los tamarindos seculares que vieron bajo su ramaje a los jarifos hidalgos de espadín y gola, y a las pálidas segundonas en cuyos ojos se reflejaba el sol de mi cielo siempre azul... cuando una tarde me dijo Carlos E. Restrepo, que era presidente de la Tertulia Literaria (...) —Esta tarde te aguardo en la Tertulia Literaria para presentarte.



Figura 45. Dibujo en su columna "Anecdotario de Julio Vives Guerra", en El Tiempo. De autor desconocido.



Figura 46. Francisco Antonio Cano, p. 507 de *Crónicas*.

Adolfo Samper

Adolfo Samper (1900-1991), fue uno de los pioneros de la caricatura política en Colombia. Ilustró la sección "Cuentos nacionales", de la revista *El Gráfico*. También trabajó en *Cromos*, en 1921, y en *El Tiempo* desde 1950 (Banco de la República 1989). En los mismos tres medios se ocupó Vives Guerra, de manera que, muy presumiblemente, su amistad debió ser de gran aliento.



Figura 47. Dibujo de Adolfo Samper, p. 512 de *Crónicas*.

Leo Matiz

Leo Matiz, uno de los fotógrafos colombianos más reconocidos internacionalmente, comenzó su trajinar artístico como caricaturista en la revista barranquillera Civilización. En 1935, recién llegado a Bogotá con escasos 18 años, publicó sus caricaturas en diversas revistas capitalinas. La imagen que publicamos fue realizada por él para la edición conmemorativa de los 25 años de la revista El Gráfico, donde Vives Guerra escribía diferentes columnas desde su llegada a la capital en 1915. En esta edición, Vives Guerra publicó su crónica "El espadón de don Fadrique"115. Su crónica está acompañada de esta caricatura realizada por Leo Matiz.



Figura 48. Vives Guerra, caricatura de Leo Matiz para El Gráfico, 1935.

Otras fotografías

En diferentes fuentes, sin que haya sido posible su verificación, se encuentran otras fotografías del autor, casi todas de su edad madura y su vejez. Las incluimos aquí, aunque sin mayor información sobre ellas.



Figura 49. Vives Guerra, joven. Fotografía facilitada por don Alonso Monsalve Gómez.



Figura 50. Fotografía de Vives Guerra en Bogotá. Probablemente de los años 30.



Figura 51. Fotografía sin datos ciertos..

¹¹⁵ Esta crónica, creemos, fue la última que escribió de la serie Gestas de la mi cibdad.

Anexo 2. Correspondencia

En la Sala Patrimonial de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, de la Universidad de Antioquia, se conservan tres cartas y tres telegramas que Vives Guerra le escribió a Carlos E. Restrepo, fechadas en diferentes años, entre 1919 y 1932, y la respuesta de éste a una de ellas.

Carta 1

-o ha dado ditinamente, mi querido Carlos. por a mirate, y esta carta en un brote de esa apotecsis que estoy haciendote inter . nome decimes les clásices.

Y he estado le yendo. Te seguiré leyendo. Colembia, país único, los ertéiculos sobre el 16 de Harz -o. todo, en fin, me ha llenado, me llen -a y me llenará, lo que prueba que tú mer -eces oue vo sea tu migo "y hasta creo o -ue pariente", como dice el Curita de los Episodios Mecionales refiriéndose al Prin -cips de la Pas.

Qué hubo de tu libro "Ori -entación Republicana?". Cuándo sale Ya lo estoy viendo en si estante. Sólo que n -o tengo estante, y oue mi biblioteca la uso debajo de los oblehones.

Yo. por no se -r menos, tembián voy a echar libro. Se l -lamara "Gestas de la mi Cibdad" y lo con -stituiranm las crónicas coloniales de la ciudad de Antionuis; que he venido escrib -iendo. Ya tengo publicadas en El Gráfico unas veinte. Tá no recibes El Gráfico? Si no. svisamelo , pera enviértelo, singular -mente los números en que salgon mis leye -ndes, que, dicho sea de paso, han gustad -o una barbaridad. (-eto no es una violeta invertida, sino un dato.) No quisieras tú descender deads tu olimpo político, liter -ario y tal y escribirme un prólogo? Esc para mi, fuero de la consiguiente honra,

sería ossi decisivo para la guita, porque hay por ahi unos quantos tarambanas que tienen la debilidad de admirarte. Hace? Si hace, me lo avisas, pare yo darme el g -ran pisto con eso, y sureolar el libro. También llevard date un prologo de Max Gr -1110. Tá verás si escoges más bien escri -birme un epílogo, sue es más original, y . por serlo, resulta más sencillo. Como t -s digo. si no has leido en El Gráfico la -s leyendas, te las envío en los mimeros en que haya salido. Hece H bris de agrad -ecértelo. bien lo sabes tú. Ahora, si po -r tus compaciones, o por cuel uier otro motivo, no puedes, me lo dices con entera francueza, y tan amigos como antes. Claro que tú no podrás defin rme el asunto sin conocer las levendas. Una ver conocidas. me dices con francueza: "Bo, te escribo e -1 epilogo, por meles". Pero como no te pido prólogo apologético. puesdes-e-cribi -rlo sobre la ciudad de Antionuia, sobre su ambiente colonial., sus leyendas, su pasada grandeza. & & a mi lo que me impor -ta es el nombre. A menos que me digus co -mo la Marquesa de Villasia: "Mi nombre? Pues mi nombre es lo ue no doy, hija mia" En fin, tu resolveris, y yo habré de sgra -decerte una u otra cosa.

ta Grillo envió a Europe dos de esas leyendas, como muest -ra , para hacer el negocio. En este mes habra contestación. 's doy este dato, par -a que veus que no es un libro de lienzo

lienzo gordo el que proyecto.

Saludame afe

-otuosamente a Isabel y la tribu toda.

Adel

-ine y Latty se unen a mi pera envierte fraternales recuerdos, así como a todos los tuyos.

Qué hubo del muchacho que tenías Misiors en el Exterior? Volvi 6. Se quedó por allá?

En

estos asuntos de 16 de merzo y Banco Merca -ntil, ha sonado tu nombre una barbaridad. Todo el mundo gritaba en la ca lle: "Si es tuviers aquí Carlosé no pasaban estas cos -as!". Hasta hubo quién me dijera que te dirigiéramos un telegrama llamándote, "oa -ra hacer una escandalera"(palabras textu -ales. "e modo que si has venido, singula -rmente chora con los auntos del Ban -co -arcantil, esterías en la Cárcel o en la Presidencia. Yo pensé dirigirte un tel -egrama, oreyendo que eras benador, que v -inieras a co upar la curul, pero me info -rmaron a tiempo eue no había tal Senador. "e alegro, porque te habían espichado .

Tu viejo amigo (y "aun oreo que pa-

riente")

Jose The

Carta 2

Acho de recibir, mi querido Carlos, tu carta del 1/o de Diciembre último, así como los libros que me remitiste.

No sabes

cómo y cuanto te agradezco que te hayas acordado de mí, en medio de tus muchas y delicadas ocuaciones. No en veno llevamos los dos en el coragón una no interruspida smistad de mas de treinta años, que se acendra con el galopar de los años y que terminará cuando terminemos.

"Noto con

inusitado regocijo que estás hecho una fiera nella bellina e dolce favella del Dantely que cultivarás mejor nel bel passe lá dove il "sí" suons. He dich algo?

A Co-

lombia estamos barriéndola para entregarla. No se oye más que ellanto y el ce dir de dientes. Yo entoy aspunto de quedarme sin empleo, porque mi sueldo se ne cesita para aumentar algunos otros, coo por ejemplo, el del yemo de Enrique Sontos, a quien nombraron consul en Liber-

pool con \$400, so mensueles , puesto que que servia otro con discientos. contenjamiento general, inclusive del Gobiemo. Pero cao "El Tiespo" estaba oposicionándose, hubimos de hacer aquello, recordante el personaje de Pé rez y González:

> Tapemossin dilación toda boca que amenaza: la del pobre, compordaza, la del rico, con turron".

Hoce diez años que sirvo este puesto, y lo van a suprimir. Ya ves tu, Un ikdividuo que sirve un puesto diez años, se presume que sirve, y el premio es dejarlo desamparado, al cabo de la vejez. Me han pas do por encima tres minis terios (Correce, Gobierno y H cienda), y doce o más ministros, y yo shi", co mo decía el terme del quento, Quedabale a "mi Gobiermo" la triste gloria de dejarme sin pan,

Se me ocurre que tú pudieras ayudarme, e cribiéndo le una cartica al Dr. Olaya, en que me recomendaras y le dijeras lo que te manificato. El era muy anigo mío antes de presidenciarse; pero tú sebes que yo soy incapaz de hacer valer amistad pretérits ante ningun presiente. Quize ai ye le hubiem escrito una cartica, me habría servido; pero despué a de que es presidente. L Data ignorará el a i existo o nó. De modo que yo habris de agradecerte hobdamente esta recomendación. . Una carta tuya a el sería no sólo eficaz sino decisiva, de ello estoy absolutamente seguro, Sería una tristeza que ne quedara sin pan al cabo de la vejez y que mis pobres he manitas se vieran, tambien en hyejez, sin un techo y sin que llevar a la boca.

Te repito mis agrade

coimientos por el envío de los libros. No te canses tú de ser bueno y fraternal camigo,

Pera Isabel y los tuyos mi afegtuoso, saludo.

Bogota, 10 de enero de 1931

Carta 3

Te abrazo, mi querido Carlos, y deseo para ti y para los tuyos mil felicidades.

Te remito un m número de "El Grafico", en quepublique una anecde ta relativa a tu papa. Esa crónica forma parte de de una sección que alimento (y que me alimenta) en esa revista. No se si habras visto las otras, mejor dicho, no se si recibes "El Grafico".

bí la carta en que me dices que no puedes enviarme la carta para el Mono Oficial. Como te dije en la mia, mi oficina se acaba, creo que dentro de ocho días, porque tu dulce Mono Oficia acabo con lasimportaciones. Natura lmente, a el no le importan las importaciones, y perdona el ca lamburcito de estopa v lana.

Tu me dices que te de a ti como referencia, pero yo soy incapaz de pedir le al Mono Oficial ni un "Jesus!" por un tubo de acueducto. A el la concentración se le a circunscrito a enriquecer tenicos yanquis, y a hacer quitar em leados para colocara los primos y sobrinos de su mujer. De modo que para mi, como si no existiera, porque sot incapaz de pedir le nada. lo que no haga ca los ministros, lo doy porno hecho, "Y si me muero de hambre es con mi plata. A lo cua l puedo agregar como un cachaco que no nombro por no hacerte ruborizar castamente: "solo ca misideas y con mis ideales".

Te suplico saludarme a Isabelita y me repito tu afmo.,

Junio 6

Respuesta de Carlos E. Restrepo

0: 73 D- 2561



Roma, agosto 20 de 1932

Señor

José Velásquez García

Bogotá

Muy querido amigo:

Me llegó tu carta del 6 de junio, con el número de " El Gráfico f, en que cuentas con mucho donaire y con igual cariño, una anecdota de mi padre. Entre las muchas que de él sé, no conocía esta tan simpática y que muestra que a su natural candor solía unir un tanto de aguda ironía.

Dios te pague ese artístico requerdo de familia y ojalá otros tantos de ese género te sigan sosteniendo en las columnas de la revista que sostienes.

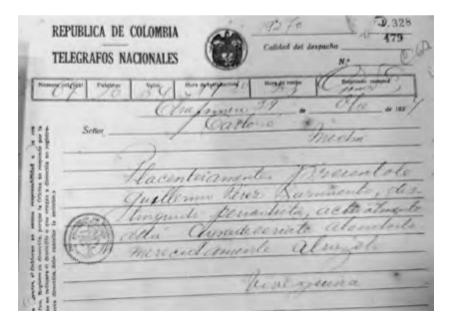
Te agrasa cordialmente tu amigo,

C. E. Rym

Telegrama 1



Telegrama 2



Telegrama 3



Palabras finales

Es indudable que uno de los ejes alrededor de los cuales giró la vida de Julio Vives Guerra fue el gran amor por su ciudad nativa. Es difícil imaginárselo a él sin la ciudad de Antioquia. Son innumerables las páginas —tanto en prosa como en verso— en las que transmite un enorme sentimiento de nostalgia por su tierra, evocando sus leyendas, las costumbres de sus gentes, los lugares que habitó, la familia en la que nació —y la que inventó — y los amigos con los que compartió.

Cosa curiosa: la manifestación de la creatividad literaria de Vives Guerra solo surgió después de dejar su ciudad natal. Su periplo creativo comenzó nada más llegar a Medellín y cubrió varios períodos. Primero se animó como poeta, alcanzando en muy poco tiempo la valía de ser llamado "poeta regional" de Antioquia. En sus versos dejó representada el alma antioqueña, especialmente la de las gentes del pueblo, con sus amores, sus usos, sus formas de parlar, sus tristezas y alegrías. Casi simultáneamente fue escribidor de cuadros de costumbres y cuentos y, finalmente, cronista alabado por muchos, incluso después de su muerte.

Vives Guerra publicó en vida cuatro libros. Dos más fueron publicados después de su muerte, incluido *Gestas de la mi cibdad*¹¹⁶, obra que, creemos, era la más querida para el autor, aunque no pudiera publicarla en vida. Incluye en ella doce crónicas, en las que "inventa" el mito de don Fadrique de Hoyos, conde de Casanegra¹¹⁷.

¹¹⁶ Gestas de la mi cibdad, como evidencia su carta 1 a Carlos E. Restrepo (Anexo 2), es una recopilación de crónicas publicadas por él en El Gráfico. En la Biblioteca Nacional de Colombia se encuentran trece crónicas más con el mismo título del libro, que no fueron incluidas en la edición original de Gestas. Bien podría reeditarse esta obra suya, incluyendo en ella las trece restantes.

¹¹⁷ Creemos que, maliciosamente, deja Vives Guerra en el aire la duda sobre la realidad de la existencia de don Fadrique: en entrevista a Jaime Buitrago afirma que "según la tradición, en dicha casa vivió un antepasado nuestro; el Conde de Casanegra" (Buitrago 1994).

Pero más allá de esos seis libros, su obra dispersa en decenas de publicaciones seriadas, escrita a lo largo de cincuenta años, representa un esfuerzo literario mayor que, en definitiva, lo llevó a la cumbre del reconocimiento de sus contemporáneos. Aquí, en estas páginas, hemos querido dejar al lector toda la obra literaria que hemos podido hallar de Vives Guerra durante sus primeros veinte años mientras vivió en Medellín. Guardamos la esperanza de que quien lea el poco más de centenar de obras que nos hemos tomado el trabajo de transcribir, organizar y juntar aquí, logre un conocimiento más ajustado del hombre nacido como José Velásquez García, el buen hidalgo.

Aún queda pendiente la labor de recopilar su gigantesco trabajo en Bogotá, treinta años de escribir casi a diario para diferentes periódicos y revistas. Sería el punto final para, por fin, tener sus obras completas a disposición del público.

Índice de figuras

Figura I.	por tantos años, reseñaban la noticia de su muerte			
Figura 2.	Las iniciales del nombre de pila coinciden con las de su seudónimo más famoso 8			
Figura 3.	Poema de Francisco E. Velásquez, primo de Vives Guerra			
Figura 4.	Descripción de la distribución urbana de la ciudad de Antioquia, en la segunda mitad del siglo XIX, según Uribe Ángel. Esta estructura aún es perceptible para el visitante atento de la ciudad			
Figura 5.	Renglón 38 del cuadro "que manifiesta el aprovechamiento, la conducta y calificación de los alumnos" y en el que aparece José Velásquez, aún sin notas			
Figura 6.	Notas del alumno José Velásquez			
Figura 7.	Resultados académicos de Vives Guerra en las asignaturas de Francés y Filosofía, en el colegio de San José, de la ciudad de Antioquia			
Figura 8.	Nota de agradecimiento de Vives Guerra al nuevo director del periódico <i>El Instructor de Antioquia</i> , quien lo había invitado a colaborar en él (Velásquez G 1896).			
Figura 9.	Vives Guerra intentó sobrevivir en Medellín ejerciendo diferentes oficios			
Figura 10.	0. Carta de Vives Guerra a don Miguel de Unamuno. Repositorio digital GREDOS, Universidad de Salamanca.			
Figura 11.	Carta de Miguel de Unamuno a Vives Guerra, en la que incluye un poema inédito suyo: "Al llegar a mis cuarenta y seis años".			
Tabla 1.	Producción literaria de Vives Guerra durante su primer año en Medellín 44			

Figura 12.	Primera página del número 5 del periódico <i>El Dúo</i> , primer producto de las actividades editoriales de Vives Guerra. Fue editado en compañía de Julio Gutiérrez				
Figura 13.	Periódico <i>El Cirirí</i> , dirigido por Vives Guerra y Jesús del Corral4				
Figura 14.	. El humor contra el poder				
Figura 15.	5. Vives Guerra comienza a trabajar en <i>El Sol</i>				
Figura 16.	Vives Guerra redacta el periódico <i>Pierrot</i> , desde su primer número4				
Figura 17.	Carátula de <i>Prosa y Versos</i> , primer libro publicado por Vives Guerra en 1899 5				
Figura 18.	Carátula de su segundo libro, Aires Antioqueños5				
Figura 19.	Carátula de <i>Volanderas y Tal</i> , publicado en 1911				
Figura 20.	Aviso parroquial sobre Mirócletes Durango, en <i>El Monitor</i>				
Figura 21.	Mirócletes Durango se convierte en inspector de Policía5				
Figura 22.	Aviso de Mirócletes Durango en <i>El Instructor de Antioquia</i> 5				
Figura. 23.	Mirócletes Durango golpea a Jesús del Corral, a la salida de la misa dominical, según cuenta Vives Guerra en una de sus crónicas				
Figura 24.	Vives Guerra se hace cargo de <i>El Cirirí</i> , mientras su amigo del Corral se repone de la golpiza recibida				
Figura 25.	Artículo de Ernesto Ochoa, en <i>El Colombiano</i> , sobre don Mirócletes				
Figura 26.	Vives Guerra sobre Fernando González, en el periódico <i>El Sol.</i>				
Figura 27.	Fernando González reconoce en nota manuscrita el papel desempeñado por Vives Guerra en los comienzos de su carrera literaria				
Figura 28.	Aclaración de Ochoa en <i>El Colombiano</i> , a petición de la familia de Mirócletes Durango (Ochoa, El otro Mirócletes 2012)				
Figura 29.	Artículo del periódico <i>El Tiempo</i> , del 27 de junio de 1916, en el que se conmemora la muerte del niño Gilberto Velásquez Tamayo, hijo de Vives Guerra. El artículo incluye una fotografía del niño				
Figura 30.	Carátula del número 3 de <i>La Bohemia</i> , número en el que aparece el cuento "Valiska"				

Figura 31.	Crónica de Vives Guerra en <i>Caras y caretas</i> , 193466				
Figura 32.	Detalle de la revista <i>Hojas Selectas.</i> 67				
Figura 33.	"El castillo de la sangre azul", en <i>Hojas selectas</i> , 1911				
Figura 34.	"La balada de los conquistadores", en <i>Hojas selectas</i> , 1915				
Figura 35.	La Historia Anecdótica, conjunto de crónicas de Vives Guerra, en Apuntes, revista costarricense				
Tabla 2.	La obra dispersa de Vives Guerra, clasificada de acuerdo con la publicación seriada en la que aparece				
Tabla 3.	Clasificación de la obra dispersa de Vives Guerra, según el género literario				
Tabla 4.	La obra de Vives Guerra en <i>La Miscelánea</i>				
Tabla 5.	La obra de Vives Guerra en <i>La Bohemia Alegre</i>				
Tabla 6.	La obra de Vives Guerra en <i>El Repertorio</i>				
Tabla 7.	La obra de Vives Guerra en <i>El Cirirí</i>				
Tabla 8.	La obra de Vives Guerra en <i>El Heraldo</i>				
Tabla 9.	La obra de Vives Guerra en <i>El Medellín</i>				
Tabla 10.	La obra de Vives Guerra en <i>Lectura y Arte</i>				
Tabla 11.	Publicaciones de Vives Guerra en <i>El Nuevo Tiempo Literario</i>				
Tabla 12.	La obra de Vives Guerra en <i>Pierrot</i>				
Tabla 13.	Publicaciones de Vives Guerra en <i>Alpha</i>				
Tabla 14.	La obra de Vives Guerra en <i>El Correo del Valle</i>				
Tabla 15.	La obra de Vives Guerra en <i>El Sol.</i>				
Figura 36.	Fotografía de Vives Guerra en su segundo libro, <i>Aires Antioqueños</i> , de 1901 337				
Figura 37.	Fotografía de Vives Guerra que aparece en el libro <i>El recluta</i> , antes de su cuento "De la guerra"				
Figura 38.	Caricatura de Vives Guerra, aparecida en la revista <i>Lectura y Arte</i> , firmada por Sempronio (seudónimo de Marco Tobón Mejía)				

364 | Juan Guillermo Toro Martínez

Figura 39.	Caricatura de Vives Guerra, por Ricardo Rendón (Botero Gómez 1998) 3			
Figura 40.	Fotografía de Vives Guerra, en <i>Volanderas y Tal</i> . Foto Rodríguez, Repositorio digital de la Biblioteca Pública Piloto (BPP-F-010-0960)			
Figura 41.	Dibujo de Vives Guerra en la carátula de <i>Volanderas y tal</i>	340		
Figura 42.	Carátula de <i>Crónicas</i> , dibujo de Alberto Arango Uribe	340		
Figura 43.	De Francisco Morales Londoño, óleo sobre lienzo, cortesía de <i>El Colombiano</i>	341		
Figura 44.	Página 483, de <i>Crónicas</i> . De autor desconocido			
Figura 45.	Dibujo en su columna "Anecdotario de Julio Vives Guerra", en <i>El Tiempo</i> . De autor desconocido.	342		
Figura 46.	Francisco Antonio Cano, p. 507 de <i>Crónicas</i>	342		
Figura 47.	Dibujo de Adolfo Samper, p. 512 de <i>Crónicas</i>	342		
Figura 48.	Vives Guerra, caricatura de Leo Matiz para <i>El Gráfico</i> , 1935	343		
Figura 49.	Fotografía de Vives Guerra en su juventud. Facilitada por don Alonso Monsalve Gómez	343		
Figura 50.	Fotografía de Vives Guerra en Bogotá. Probablemente de los años 30	343		
Figura 51.	Fotografía sin datos ciertos	343		

Referencias bibliográficas

- Agudelo Ochoa, Ana María. «Cuento y géneros próximos en revistas literarias colombianas (1900-1951): un balance.» Anales de Literatura Hispanoamericana 47, 2018: 17-36.
- Alvarez O., Juliana. «La Escuela de Artes y Oficios de Medellín y la profesionalización de los artesanos. 1869-1901.» *Historia y Sociedad*, 2014: 99-119.
- Arango de Tobón, María Cristina. Publicaciones periódicas en Antioquia 1814-1960. Medellín: Ediciones EAFIT, 2006.
- Arango F, Javier. «Abel Farina, el simbolismo en Colombia.» s.f. https://publicaciones. banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/5375/5626 mo acceso: 2022 de agosto de 2022).
- Archivo General de la Nación Argentina. Caras y caretas. s.f. https://atom.mininterior.gob. ar/index.php/caras-y-caretas (último acceso: 6 de agosto de 2022).
- Argentina, Gobierno de la. Caras y caretas (1898-1939). s.f. https://www.argentina.gob.ar/ interior/archivo-general-de-la-nacion/caras-y-caretas (último acceso: 6 de agosto de 2022).
- Banco de la República. *Adolfo Samper.* Bogotá: Banco de la República, 1989.
- —. Banco de la República biblioteca virtual. s.f. https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll18/id/473/ (último acceso: 11 de agosto de 2020).
- —. El Heraldo: comercio, industria, literatura y variedades. s.f. https://babel.banrepcultural.org/ digital/collection/p17054coll26/id/2132 (último acceso: 3 de mayo de 2020).
- —. Hemeroteca Digital Histórica. s.f. https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/ p17054coll26/id/50/rec/1 (último acceso: 17 de marzo de 2021).
- —. Hemeroteca Digital Histórica. s.f. https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/ p17054coll26/id/3458 (último acceso: 19 de septiembre de 2022).
- Bedoya S, Gustavo. «El suplemento El Nuevo Tiempo Literario y los procesos de modernización cultural.» Tesis. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2018.

- Bedoya S., Gustavo. «Los juegos florales y la creación del valor literario. El caso de la narrativa breve antioqueña.» Anales de literatura hispanoamericana, 2018: 53-72.
- Beigel, Fernanda. «Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana.» Utopía y Praxis Latinoamericana, vol. 8, número 20, 2003: 105-115.
- Biblioteca Aldeana de Colombia. Otros cuentistas. Bogotá: Minerva, 1936.
- Biblioteca Nacional Digital de Chile. s.f. http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/ bnd/612/w3-channel.html (último acceso: 6 de agosto de 2022).
- Botero H., Fernando. «El espejismo de la modernidad en Medellín: 1890-1950.» *Lecturas* de economía, número 39, 1993: 13-57.
- Buitrago, Jaime. «Estampa de Julio Vives Guerra.» En Crónicas, de Julio Vives Guerra, 505. Medellín: Colección Autores Antioqueños, 1994.
- Cano, Antonio J. «"José Velásquez García".» *El Heraldo*, 6 de mayo de 1899: 4.
- —. «José Velásquez García.» *El Heraldo*, 6 de mayo de 1899.
- Carrasquilla, Tomás. La Marquesa de Yolombò. Bogotá: Círculo de Lectores, 1984.
- El Diario. «Sábados literarios de "El Diario".» El Diario, 10 de diciembre de 1932.
- *El Instructor de Antioquia.* 15 de enero de 1893.
- El Instructor de Antioquia. «Acta de los exámenes privados en el Colegio de San José de Antioquia.» El Instructor de Antioquia, 15 de agosto de 1893: 5.
- —. «Colegio de San José.» *El Instructor de Antioquia*, 1893 de marzo de 1893: 8.
- —. «Colegio de San José.» El Instructor de Antioquia, 15 de mayo de 1893: 6.
- —. «Colegio de San José, cuadro que manifiesta el aprovechamiento, la conducta y calificación de los alumnos, en el mes de abril del presente año.» El Instructor de Antioquia, 1 de mayo de 1893: 6.
- El Instructor de Antioquia. «Empleados públicos.» 15 de mayo de 1896.
- El Instructor de Antioquia. «José Velásquez García.» El Instructor de Antioquia, 15 de junio de 1896: 5.
- El Monitor. «25 de enero.» 1 de febrero de 1886.
- El Tiempo. «A los 77 años falleció en Bogotá ayer el escritor Julio Vives Guerra.» 3 de octubre de 1950.
- El Tiempo. «A los 77 años falleció en Bogotá ayer el escritgor Julio Vives Guerra.» El Tiem*po*, 3 de octubre de 1950.
- *El Espectador.* «En el sepelio de Vives Guerra.» *El Espectador* 1950: 1.
- Escobar, C., Miguel. «Ricardo Rendón, una ausencia temprana.» Catálogo de publicaciones, Secretaría de Educación y Cultura Departamental, 1994.
- España, Biblioteca Nacional de. Hemeroteca digital. s.f. http://hemerotecadigital.bne.es/ results.vm?q=parent%3A0004080157&lang=es&s=1050 (último acceso: 3 de agosto de 2020).

- Hemeroteca Digital. s.f. http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?lang=es&-q=id:0001327755 (último acceso: 21 de agosto de 2020).
- Federico, Rivas A. «Vives-Guerra.» En *Crónicas*, de Julio Vives Guerra, 491-496. Ediciones Autores Antioqueños, 1994.
- Fernández, Tomás y Tamaro, Elena. «Biografía de Adriá Gual.» 2004. https://www.biografiasyvidas.com/biografia/g/gual_adria.htm (último acceso: 6 de agosto de 2022).
- —. «Biografías y vidas.» 2004. https://www.biografiasyvidas.com/biografía/m/merchan. htm (último acceso: 8 de octubre de 2022).
- Ferrer, Jesús. «Inicial.» La Bohemia Alegre, 1895: 2.
- Flórez, Dorian. *Francisco Morales 1916-2016*. 21 de mayo de 2016. https://m.facebook.com/209240429266289/posts/535429713314024/?_rdr (último acceso: 22 de octubre de 2021).
- Fray-Lejón. «Vives_Guerra.» En *Crónicas*, de Julio Vives Guerra, 491-496. Medellín: Edición Autores Antioqueños, 1994.
- Gallo Martínez, Luis Álvaro. Diccionario biográfico de antioqueños. Bogotá, 2008.
- Gobernación de Antioquia. «Resolución.» El Cirirí, número 11, 1897: 1.
- González Rodas, Publio. «Unamuno y Colombia.» *Anales de literatura hispanoamericana, número 25*, 1996: 335-354.
- Gutiérrez D, Almary. «El Repertorio, revista mensual ilustrada: una aproximación a la biografía de la revista.» *Quirón, Revista de Estudiantes de Historia*, 2021: 30-46.
- Gutiérrez, Benigno A. Gente maicera. Medellín: Bedout, 1950.
- Jiménez J., Sonia. «La sátira política y de las costumbres del periódico El Bateo: Medellín, 1907-1957.» *Historia y Sociedad*, 2010: 221-245.
- Jurado calificador. «Juegos florales. Informe del Jurado calificador.» *Lectura y Arte, números* 9 y 10, 1905: 161-163.
- León Soler, Natalia. *Las mujeres durante la gran guerra*. marzo de 2015. https://www.banrep-cultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-303/las-mujeres-durante-la-gran-guerra (último acceso: 30 de marzo de 2020).
- Londoño Vélez, Santiago. «El pintor Francisco A. Cano: nacimiento de la academia de Antioquia.» s.f. www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-81/el-pintor-francisco-cano.html (último acceso: 7 de julio de 2022).
- López Narváez, Carlos. «Mi pequeña lección de literatura.» *Lingüística y literatura*, 1998-1999: 59.
- Mejía, Juan Luis. *Universo Centro*. febrero de 2010. https://www.universocentro.com/NU-MERO9/Elcultoalavispado.aspx (último acceso: abril de 2020).

- Melo, Jorge Orlando. «Medellín 1880_1930: Los tres hilos de la modernización.» Revista de Extensión Cultural, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2018: 180-193.
- Ministerio de Educación Nacional. *Otros cuentistas*. Bogotá: Editorial Minerva, 1936.
- Montoya, José. «Aires Antioqueños.» *Lectura y Arte*, 1901.
- Naranjo Mesa, Jorge Alberto. Antología del temprano relato antioqueño. Medellín: Escuela de Ingenería de Antioquia, 2013.
- —. El relato en Antioquia, 1890-1910. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2015.
- —. «El relato y la poesía en Medellin, 1858-1930.» En Historia de Medellin, tomo II, de Jorge Orlando Melo, 457. Medellín: Compañía Suramericana de Seguros, 1986.
- —. «Una extraña e interesante convocatoria.» Revista de Extensión Cultural, s.f.
- Nieto Caballero, Luis Eduardo. «El hidalgo y el gramático.» En Crónicas, de Julio Vives Guerra, 486. Medellín: Colección de Autores Antioqueños, 1994.
- Ochoa, Ernesto. «Don Mirócletes.» *El Colombiano*, 31 de agosto de 2012.
- —. «El otro Mirócletes.» *El Colombiano*, 29 de septiembre de 2012.
- Ortiz Mesa, Luis Javier. «Política, cabildo y ciudad: 1850-1910.» En Historia de Medellín, tomo I, de Jorge Orlando Melo (editor), 198. Medellín: Compañía Suramericana de Seguros, 1996.
- «Plumadas.» La Bohemia Alegre, 1896: 169, 170.
- Real Academia de la Historia. Gaspar Camps Junyent. s.f. https://dbe.rah.es/biografias/50084/gaspar-camps-junyent (último acceso: 6 de agosto de 2022).
- Restrepo Arango, María Luisa. «En busca de un ideal: los intelectuales antioqueños en la formación de la vida cultural de una época, 1900-1915.» Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, Historia y Sociedad, 2005: 115-132.
- Rodríguez G., Ignacio. «Libros colombianos raros y curiosos, LXII.» Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República, vol. 10, No. 10, 1967: 79-85.
- Rubio C., Enrique. «Biblioteca virtual Miguel de Cervantes.» s.f. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/afinidades-entre-el-gnero-cuento-y-el-cuadro-de-costumbres-carlos-frontaura-0/html/01e3b748-82b2-11df-acc7-002185ce6064_4.html (último acceso: 29 de agosto de 2022).
- Sepúlveda S., Juan Carlos. «Julio Vives Guerra y su vida en Bogotá.» El Santafereño, marzo de 2020: 16, 17.
- Sistema Nacional de Bibliotecas de Costa Rica. s.f. https://www.sinabi.go.cr/biblioteca%20digital/revistas/Apuntes.aspx (último acceso: 6 de agosto de 2022).
- Tablanca, Luis. «Volanderas... y tal.» *Alpha*, 1911: 402.

- Tobón Mejía, Marco. «Vives Guerra.» Centro Artístico. Lectura y Arte, número 11. Medellín, 1905.
- Toro H., Diana Carolina. «La cotidianidad de la cultura. Medellín a granel en La Miscelánea.» Agenda Cultural, Universidad de Antioquia, 2013.
- Universidad de Antioquia. Memoria. Universidad de Antioquia: protagonista y testigo. s.f. https://www.udea.edu.co/wps/portal/udea/web/inicio/campanas/memoria/ (último acceso: 23 de agosto de 2021).
- Universidad de Salamanca. «Repositorio documental GREDOS.» 8 de octubre de 2009. https://gredos.usal.es/handle/10366/21194 (último acceso: 22 de septiembre de 2020).
- Universidad EAFIT. El Recluta. Medellín: EAFIT. 2000.
- Uribe Ángel, Manuel. Geografia general y compendio històrico del estado de Antioquia en Colombia. París: Imp. de Víctor Goupy y Jourdan, 1885.
- Vallejo Mejía, Maryluz. La crónica en Colombia: medio siglo de oro. Bogotá: Presidencia de la República, 1997.
- Velásquez García, José. *El Instructor de Antioqua*, 15 de junio de 1896: 651.
- —. Prosa y versos. Medellín: Tipografía del Comercio, 1899.
- Velásquez Ospina, Juan Fernando. «Los rostros de Euterpe: La música en Medellín estudiada por medio del análisis de periódicos y revistas (1886-1903) (tesis de grado).» Medellín: Eafit, 2011.
- Vives Guerra, Julio. «Anecdotario colombiano: Luis Zea Uribe.» Caras y caretas, 1934.
- —. Crónicas. Medellìn: Dirección de Extensión Departamental, 1994.
- —. Gestas de la mi Cibdad. Medellìn: Imprenta Departamental, 1963.
- -. «La historia anecdótica.» Apuntes, 1937: 210-224.
- —. «Valiska.» *La Bohemia*, 1901: 13, 14.
- —. Volanderas y tal. Medellín: Imprenta Editorial, 1911.

Academia Antioqueña de Historia

Junta Directiva 2021-2023

Presidente:

Alonso Palacios Botero Vicepresidente:

Luis Fernando Múnera López

Secretaria general:

Gloria Isabel Muñoz Castañeda **Tesorero:**

Gustavo Bustamante Morato Secretario de actas: Luis Efraín Mosquera Ruales

Honorarios

Antonio Cacua Prada Marco Palacios Rozo Luis Pérez Gutiérrez Eugenio Prieto Soto Luis Alfredo Ramos Botero Darío Valencia Restrepo Álvaro Uribe Vélez

Eméritos

Héctor Gómez Gallego Luis Javier Villegas Botero

Numerarios

Pbro. José Manuel Acevedo Acevedo José Alvear Sanín Edgar Antonio Aparicio Montoya José María Bravo Betancur Gustavo Bustamante Morato Rodrigo Campuzano Cuartas Alba Inés David Bravo José Nevardo García Giraldo Iván de Jesús Guzmán López Daniela Marín Gil Gustavo Montoya Marín Orlando Montoya Moreno Alejandro Álvaro Morales Vélez Luis Efraín Mosquera Ruales Luis Fernando Múnera López Gloria Isabel Muñoz Castañeda Alonso Palacios Botero Ahmed Alfonso Restrepo Enciso Carlos Mauricio Restrepo Gil Luis Carlos Rodríguez Álvarez Álvaro Sierra Jones Mons. Nabor Suárez Alzate Germán Suárez Escudero Rafael Iván Toro Gutiérrez Juan Guillermo Toro Martínez Ricardo Alonso Vera Pabón Ricardo Zuluaga Gil Orestes Zuluaga Salazar

Correspondientes

Daniel José Acevedo Arango Aníbal Arcila Estrada Anacristina Aristizábal Uribe Orlando Betancur Restrepo Jairo Héctor Casas Arango Eduardo Domínguez Gómez José Joaquín Duque Gómez Juan Camilo Escobar Villegas Carlos Alirio Flórez López Juan José García Posada Robeiro González González Luis Bernardo González White Nayive Henao Zuleta Pbro. Jorge Iván Londoño Henao José Hilario López Agudelo Alonso Monsalve Gómez Nicolás Naranjo Boza Gabriel Naranjo Pizano Carlos Andrés Pérez Múnera Martín Alonso Pérez Pérez María Amantina Osorio Ramírez Víctor Enrique Ortiz García Ismael Porto Herrera Yohan Daniel Ramírez Mejía Nelson Augusto Restrepo Restrepo Carlos Iván Serna Ospina Mons. Diego Alberto Uribe Castillón Alberto Velásquez Martínez Norberto Vélez Escobar Francisco Cristóbal Yepes Rodríguez José Guillermo Zuluaga Ceballos

Correspondientes de otras ciudades

Eduardo Durán Gómez
Luis Álvaro Gallo Martínez
Fernando Mayorga García
Luis Fernando Molina Londoño
Javier Ocampo López
Mario Andrés Llano Restrepo
Nelson Osorio Lozano
Fernando Panesso Serna
Camilo Francisco Salas Ortiz
José Obdulio Gaviria Vélez
Ivonne Suárez Pinzón
Horacio Gómez Aristizábal
Víctor Manuel Uribe Urán

La Academia Antioqueña de Historia es una entidad de tipo cultural, dedicada al estudio de la historia y la historiografía de Antioquia, relacionándola con sus similares de de Colombia, Latinoamérica y el mundo.

Fundada el 3 de diciembre de 1903, fue aprobada por el Ministerio de Instrucción Pública y reconocida como entidad oficial mediante el decreto 360 del 2 de enero de 1904 de la Gobernación de Antioquia.

Cuenta con personería jurídica que le fue otorgada por el Ministerio de Justicia bajo el número 1805 de 1954.

Para su funcionamiento, la Academia cuenta con un selecto grupo de personas, del que hacen parte sus 28 miembros numerarios y un amplio elenco de miembros eméritos, honorarios y correspondientes.

Email: acadehistoria1903@gmail.com

Carrera 43 N° 53-37 Teléfono: 604-407 8182 Celular: 301-200-3182 Medellín – Colombia

www.academiaantioquenadehistoria.org











Este documentado y ameno estudio recupera la figura del gran cronista antioqueño Julio Vives Guerra









